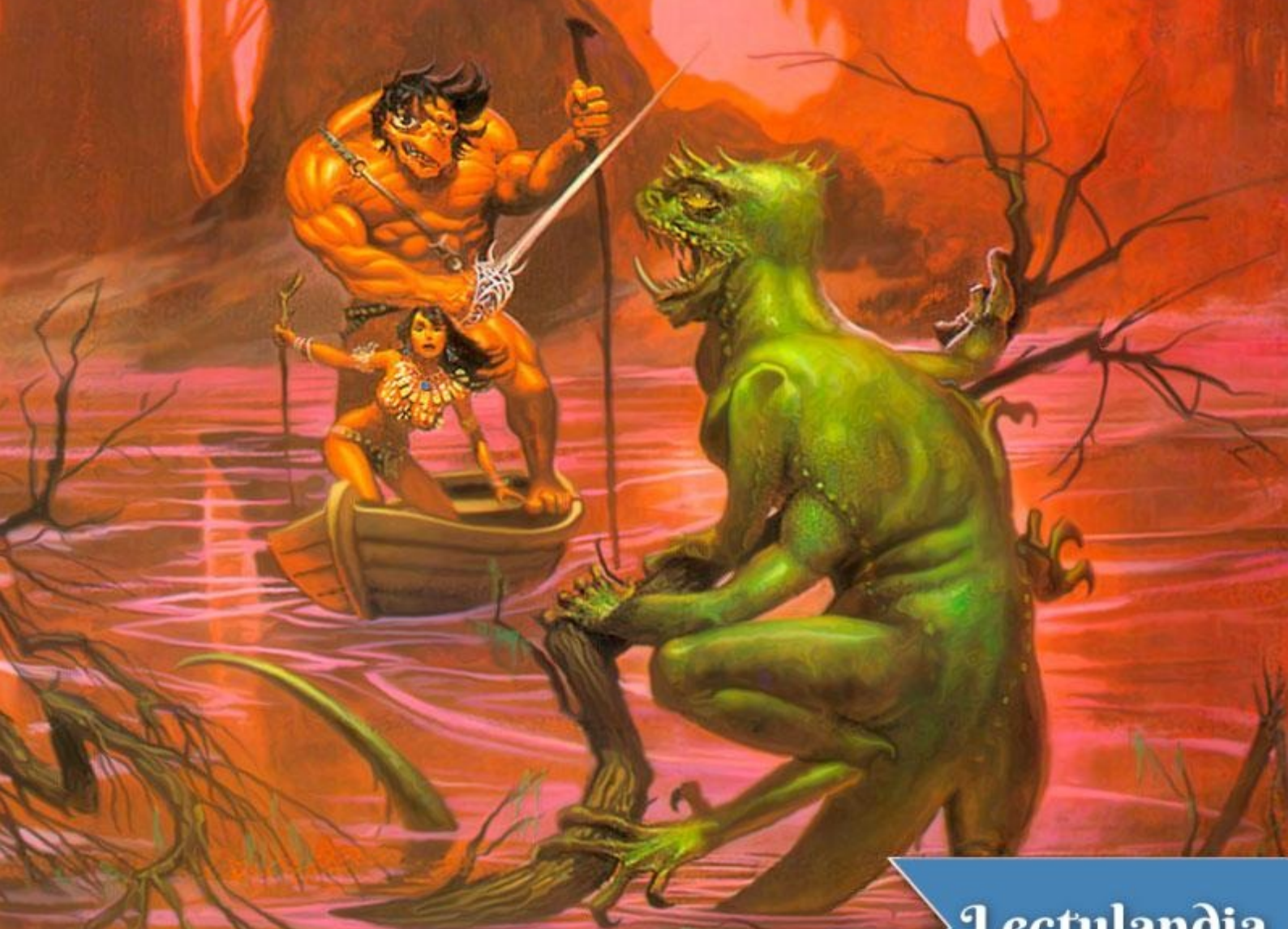


EDGAR RICE BURROUGHS

LOS HOMBRES SINTÉTICOS DE MARTE



Lectulandia

En Los hombres sintéticos de Marte, noveno libro de la serie de John Carter de Marte, el Señor de la Guerra, en compañía de Vor Daj, parte hacia las Grandes Marismas Toonolianas a la búsqueda de Ras Thavas, el Cerebro Supremo de Marte, único hombre cuya ciencia puede salvar a su princesa Dejah Thoris. El éxito que sonríe a su empresa pronto queda empañado al descubrir una amenaza creciente, que puede terminar con toda forma de vida en el planeta.

Edgar Rice Burroughs (1875-1950), es el gran clásico de la Ciencia-Ficción aventurera. Aunque es conocido fundamentalmente por la serie de Tarzán y sus innumerables adaptaciones cinematográficas, es creador de otros ciclos, como el de Pellucidar, que recrea una humanidad prehistórica en el centro de la Tierra, o el de Carson Napier, que se desarrolla en el Venus clásico de los bosques jurásicos y las princesas cautivas. Sin embargo, para el lector de Ciencia-Ficción, su creación más lograda es la serie de John Carter de Marte, que narra las aventuras de un caballero virginiano del siglo XIX en un Marte moribundo hecho para el combate y la aventura.

Lectulandia

Edgar Rice Burroughs

Los hombres sintéticos de Marte

Ciclo John Carter 9

ePUB v1.0

OZN 23.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Synthetic Men of Mars*

Edgar Rice Burroughs, 1940.

Traducción: R. Goicoechea

Ilustraciones: Michael Whelan

Diseño/retoque portada: LaNane

Editor original: OZN (v1.0 a v1.x)

Corrección de erratas:

ePub base v2.0

CAPÍTULO I



¿Donde está Ras Thavas?

Desde Phundahl, en su extremo occidental, a Toonol, en el este, las Grandes Marismas Toonolianas se extienden a través del moribundo planeta de Marte a lo largo de mil doscientos kilómetros, como un sucio, venenoso y gigantesco reptil. Un país cenagoso con estrechos riachuelos que desembocan ocasionalmente con algunas extensiones de agua libre, la mayor parte de las cuales apenas cubren unos pocos acres. Algunas islas rocosas, esporádicamente ocultas por una capa de vegetación selvática —un remanente esquelético de alguna antigua cadena de montañas rompen la monotonía de esta sucesión de pantanos, jungla y agua.

En el resto de Barsoom se sabe poco de las grandes marismas Toonolianas, dado que tal región resulta poco atractiva para la exploración, está infestada de bestias feroces y terroríficos reptiles, la habitan restos de salvajes tribus aborígenes aisladas del mundo desde tiempos inmemoriales, y guardada en sus extremos por los reinos enemigos de Fundal y Toonol, constantemente en guerra entre sí, y poco propicios a establecer relaciones con otros países.

En una isla próxima a Toonol, Ras Thavas, el Cerebro Supremo de Marte, había trabajado en su laboratorio durante más de mil años, hasta que Vobis Kan, jeddak de Toonol, se volvió contra él y le expulsó de su hogar insular, rechazando más tarde a una fuerza de guerreros fundalianos dirigidos por Gor Hajus, el asesino de Toonol, que intentaba reconquistar la isla y reponer a Ras Thavas en su laboratorio bajo la promesa de dedicar su saber y habilidades para aliviar los sufrimientos humanos en lugar de prostituirlos, en alocadas empresas de pecado y avaricia.

Tras la derrota de aquel pequeño ejército, Ras Thavas había desaparecido, y muchos de quienes lo conocieron le habían olvidado ya al darle por muerto, pero había otros que nunca le podrían olvidar. Estaba Valla Día, Princesa de Duhor, cuyo cerebro él había transferido una vez a la vieja y odiosa Xaxa, jeddara de Fundal, quien deseaba adquirir para su mente el joven y bello cuerpo de aquélla. Estaba Vad Varo, su esposo, en tiempo ayudante de Ras Thavas, que había restaurado cada cerebro al cuerpo al que pertenecía. Vad Varo, nacido como Ulises Paxton en los Estados Unidos de América, y oficialmente muerto por la explosión de una granada alemana en las fangosas trincheras de Francia. Y también estaba John Carter, Príncipe

de Helium y Señor de la Guerra de Marte, cuya imaginación había quedado intrigada por lo que Vad Varo le contara sobre la maravillosa habilidad del más grande científico y cirujano del mundo

John Carter no había olvidado a Ras Thavas, y cuando llegó la emergencia en la que la maestría del excelente cirujano quedaba como única esperanza, tomó la determinación de buscarlo y hallarlo en el caso de que aún viviera. Dejah Thoris, su princesa, había resultado herida gravemente en la colisión accidental entre dos naves ligeras, y estaba inconsciente desde hacía varios días, con la espina dorsal rota y retorcida, mientras que los más hábiles cirujanos de todo Helium habían abandonado toda esperanza de salvarla. Su ciencia tan sólo resultaba capaz de mantenerla con vida, sin poder hacer nada más por ella.

¿Pero dónde encontrar a Ras Thavas? Tal era la cuestión. Y entonces alguien recordó que Vad Varo había sido ayudante del gran cirujano. Quizás, si no se podía encontrar al maestro, la habilidad del discípulo bastara para lo que se pretendía. Además, de entre todos los hombres de Barsoom, Vad Varo era quien mejor podía conocer el paradero de Ras Thavas. De manera que John Carter decidió acudir primero a Duhor.

De entre todas las naves de la flota heliumita seleccionó un pequeño crucero ligero, que un solo hombre podía pilotar, y que podía alcanzar la velocidad de ochocientos kilómetros por hora, casi el doble de lo que podían alcanzar las naves aéreas que primeramente había conocido y conducido a través de la enrarecida atmósfera marciana. Hubiera deseado ir solo, pero Carthoris, Thuvia y Tara le rogaron que no corriera tal riesgo. Finalmente cedió, consintiendo en que lo acompañase uno de los oficiales de su guardia personal, un joven padwar llamado Vor Daj.

Es a éste a quien debemos el relato de una extraña aventura en el planeta Marte; a él y a Jason Gridley, cuyo descubrimiento, la Onda Gridley, hizo posible que yo recibiera esta historia desde el receptor que el mismo inventor instalara en Tarzana. Y también, desde luego, a Ulises Paxton, que tradujo el relato al inglés y lo envió por onda Gridley a través de ochenta millones de kilómetros de espacio vacío.

Escribo la historia ciñéndome tanto a las palabras de Vor Daj como sea posible sin vulnerar su claridad. Ciertas palabras y modismos resultan intraducibles, en tanto que las medidas de tiempo y longitud deben ser transformadas en las usuales en nuestro planeta; y también haré algunas interpolaciones de mi propia cosecha sobre las que asumo toda responsabilidad, y cuya identificación resulta obvia para el lector. Además de esto hay que contar, indudablemente, con las correcciones que tienen su origen en el propio Vad Varo.

Aclarado esto, cedo la palabra a Vor Daj.

CAPÍTULO II



La misión del Señor de la Guerra

Me llamo Vor Daj, y soy padwar de la guardia del Señor de la Guerra. Para los estándares de los terrestres, a quienes creo que va dirigido este relato, yo debería haber muerto de viejo a una edad avanzada, pero aquí, en Barsoom, aún se me considera un hombre joven. John Carter me ha contado que si un terrestre alcanza la edad de cien años, es considerado como un caso de interés público por su rareza. Bien, el período normal de vida de un marciano es de unos mil años desde que rompe el cascarón de su huevo en el que ha sido incubado durante cinco años, y del que emerge ya casi maduro físicamente, listo para ser entrenado y adiestrado casi como un cachorro del reino animal. Y una buena parte de tal entrenamiento se refiere al arte de la guerra, de manera que puede decirse que salimos del huevo equipados con los correajes y armas del guerrero. Pero creo que esto basta como introducción; es suficiente que el lector sepa mi nombre y que soy un guerrero cuya vida está dedicada al servicio de John Carter de Marte.

Naturalmente, me sentí muy honrado cuando el Señor de la Guerra me escogió para que le acompañara en la búsqueda de Ras Thavas, aunque la misión me pareció al principio de naturaleza algo prosaica, sin otra exigencia que estar junto al Señor de la Guerra y servirle a él y a la incomparable Dejah Thoris, su princesa. ¡Qué poco sabía yo entonces lo que en realidad me esperaba!

Era intención de John Carter volar primero a Duhor, ciudad situada alrededor de diez mil quinientos haads —unos siete mil kilómetros— al noroeste de las ciudades gemelas de Helium, donde esperaba hallar a Vad Varo, de quien intentaría saber el paradero de Ras Thavas, el único hombre que, con la posible excepción del propio Vad Varo, poseía los suficientes conocimientos médicos y habilidad para rescatar a Dejah Thoris del coma en que estaba sumida, y devolverla la salud.

Eran las 8:25, las 12,13 a. m. hora terrestre, cuando nuestra frágil y rápida nave despegó del campo de aterrizaje situado en la terraza del palacio del Señor de la Guerra. Thuria y Cluros se perseguían en el negro firmamento, creando bajo nosotros infinidad de sombras dobles cambiantes, como si una miríada de objetos en constante movimiento surcaran los campos, o como si a nuestros pies se extendiera un mundo líquido con remolinos y olas. Según me contó John Carter, las noches terrestres

resultan muy diferentes, con un solo satélite moviéndose de forma lenta y decorosa por la bóveda celeste.

Con nuestro compás direccional dirigido hacia Duhor y nuestros motores funcionando con silenciosa perfección, no existían problemas de navegación que ocuparan nuestro tiempo. Excepto en el caso de una improbable emergencia, la nave volaría en línea recta a Duhor, deteniéndose automáticamente ante sus murallas. Nuestro sensible altímetro estaba dispuesto para mantener la nave a una altura de 300 haads (unos 1.000 metros), con un límite de seguridad de 50 haads (unos 160 metros). En otras palabras, la nave volaría normalmente a una altura de 300 haads sobre el nivel del mar, pero en caso de que encontrara en su ruta montañas de una altura superior, un dispositivo la haría pasar a 50 haads de las cumbres más altas. Creo que pueden tener una idea de tal mecanismo si se imagina una cámara fotográfica de enfoque automático que pueda ser preparada para cualquier distancia. Cuando uno se aproxima a un objeto hasta estar a menos distancia que aquella para la que había sido preparada, la máquina misma corrige su enfoque. Parecido era lo que ocurría con los controles de la nave, y tan sensible es el aparato que puede actuar a la luz de las estrellas igual que durante el día más luminoso. Solamente las tinieblas totales lo hacían inoperativo, pero incluso en las raras ocasiones en que el cielo marciano está completamente cubierto de nubes, el dispositivo sigue actuando mediante un pequeño rayo de luz dirigido automáticamente desde la proa de la nave.

Confiado en la infalibilidad del campo direccional, quizás relajamos un poco nuestra vigilancia, e incluso nos adormilamos los dos al mismo tiempo durante la noche. No tengo ninguna excusa que ofrecer, ni John Carter me pidió cuentas de ello; por el contrario, admitió que su culpabilidad era superior a la mía. Al menos se auto inculpó, diciendo que la responsabilidad era suya por entero.

En realidad no fue hasta bastante después de la salida del sol cuando descubrimos que había algo equivocado en nuestra posición. El brillo de la nieve sobre las montañas Artoolianas que rodean Duhor debía ser claramente visible ante nosotros, pero no lo era. Tan solo una vasta extensión de fondos de mares muertos cubiertos por vegetación ocre discurría bajo la nave, y en la distancia podían verse algunas colinas bajas.

Tomamos rápidamente nuestra posición, tan solo para hallar que nos encontrábamos a 4.500 haads al sudeste de Duhor o, más exactamente, a 150 grados longitud oeste de Exum y 15 grados de latitud norte. Esto nos situaba a 2.600 haads al suroeste de Fundal, la ciudad situada en la extremidad occidental de las Grandes Marismas Toonolianas.

John Carter inició el examen del compás direccional. Yo sabía cuánta amargura debía haber en él a causa de aquel retraso en la misión. Otros pudieran haber renegado de su destino o exteriorizado su disgusto, pero él simplemente dijo:

—La aguja estaba ligeramente desviada, lo suficiente para llevarnos fuera de nuestra ruta. Pero quizás haya sido mejor así; los fundalianos posiblemente sabrán más acerca del actual paradero de Ras Thavas que nadie en Duhor. Había pensado primero en Duhor tan solo por estar seguro de encontrar allí una acogida amistosa.

—Que es más de lo que podemos esperar en Fundal, si es cierto lo que se dice de sus habitantes —respondí. Pero él negó con un movimiento de cabeza.

—Sin embargo iremos a Fundal —decidió—. Después de todo su jeddak, Dar Tarus, es amigo de Vad Varo, de modo que también puede ser amigo de los amigos de Vad Varo. De todas formas, tan sólo si esto no es así, entraremos en la ciudad haciéndonos pasar por panthans.

—Será curioso —dije sonriendo—, ver llegar a dos panthans a bordo de una nave de la casa del Señor de la Guerra de Barsoom.

Un panthan es un soldado de fortuna errabundo que alquila sus servicios y su espada a quien quiera pagarlos; y la paga corrientemente es baja, porque todo el mundo sabe que un panthan desea en mayor medida luchar que comer, de manera que nadie les paga demasiado. Y además, cuando se les paga, los panthans suelen gastar el dinero con prodigalidad, por lo que pronto vuelven a encontrarse en la pobreza.

—Ellos no verán nuestra nave —replicó John Carter—. Buscaremos un lugar donde esconderla antes de llegar, y alcanzaremos caminando las puertas de la ciudad —sonrió levemente—. Sé perfectamente cuánto les gusta caminar a los oficiales de mis naves, Vor Daj.

De modo que, mientras seguíamos volando hacia Fundal, desprendimos los adornos e insignias de nuestros correaes para dejarlos reducidos al cuero desnudo, para que de aquella guisa pudiésemos traspasar las puertas como panthans sin trabajo. Sabíamos que, aun así, podríamos encontrar dificultades para entrar en la ciudad, puesto que los marcianos sospechan siempre de los extranjeros, y, a veces, los espías se disfrazan de panthans. De todas formas la decisión estaba tomada. Con mi ayuda, John Carter recubrió la clara piel de su cuerpo con el pigmento rojo que siempre lleva consigo en sus viajes para el caso de que una emergencia le obligara a hacerse pasar por marciano de la raza roja de Barsoom.

Al avistar Fundal en el horizonte, pasamos a volar muy bajo, casi rozando el suelo, aprovechando las colinas para hurtarnos de la vista de posibles centinelas apostados en las murallas; y al llegar a pocos kilómetros de nuestro destino, el Señor de la Guerra hizo descender el navío y aterrizó en un pequeño cañón semioculto por un bosquecillo de árboles sompus, entre los cuales lo escondió. Desmontando luego los controles de la nave, los enterramos a poca distancia de la misma, tras tomar nota mental de los árboles y otras particularidades del terreno, a fin de poder encontrar fácilmente el lugar cuando deseáramos poner de nuevo en vuelo el aparato..., si regresábamos. Y después nos dirigimos a pie hacia Fundal.

CAPÍTULO III



Los guerreros invencibles

Poco tiempo después de que un soldado de fortuna virginiano llamado John Carter llegara por primera vez a Marte, la tribu Thark de marcianos verdes en cuyas manos cayó le otorgó el nombre de Dotar Sojat; pero en el curso de los años dicho nombre fue olvidado, puesto que tan solo le habían conocido por él algunos de los miembros de aquella raza salvaje durante un breve período de tiempo. De manera que el Señor de la Guerra decidió ahora adoptar de nuevo dicho nombre para su aventura. En cuanto al mío, poco podía decir a nadie en aquella parte del mundo; así fue como —Dotar Sojat y Vor Daj, dos panthans vagabundos, marcharon por las bajas colinas del oeste de Fundal en la mañana barsoomiana. La vegetación musgosa de color ocre no producía sonido alguno bajo nuestros pies calzados con suaves sandalias; nos movíamos tan silenciosamente como nuestras propias sombras que el sol naciente proyectaba hacia el oeste. Pájaros mudos de vivos colores nos vigilaban desde las ramas de los árboles skeel y sorapo, tan silenciosos como los insectos que revoloteaban alrededor de las coronas de las flores pimalia y gloresta que crecen profusamente en cada depresión de las colinas que limitan los secos mares de Barsoom. Marte es un mundo de silencio, donde incluso las criaturas dotadas de voz retienen ésta por temor a atraer sobre sus cabezas un súbito ataque. Pues Marte es igualmente un mundo de muerte.

Nosotros, los marcianos, abominamos del ruido. Nuestras voces, al igual que nuestra música, son suaves y apagadas; y aún así somos un pueblo de pocas palabras. John Carter me habló en cierta ocasión del estrépito de las ciudades terrestres, de los cobres, tambores y címbalos de la música terráquea, de la constante conversación sin sentido de millones de voces, hablando mucho para no decir nada. Creo que todo ello podría conducir a la demencia a cualquier marciano.

Estábamos todavía en las colinas y ni siquiera alcanzábamos a vislumbrar los muros de la ciudad, cuando nuestra atención se vio atraída por cierto sonido procedente de algún lugar detrás y por encima de nosotros. Nos volvimos simultáneamente, y la visión que captaron nuestros ojos fue tan asombrosa que llegamos a dudar del buen funcionamiento de nuestros sentidos. Alrededor de veinte pájaros gigantescos volaban hacia nosotros, y ello era de por sí suficientemente

extraordinario, puesto que las aves eran fácilmente identificables como malagors, una especie que comúnmente se consideraba extinguida. Pero, como añadidura a lo increíble de la escena, vimos claramente que un guerrero montaba a lomos de cada ave.

Resultaba evidente que nos habían visto, de forma que no hicimos ningún esfuerzo baldío por ocultarnos. Por un instante las aves volaron alrededor de nosotros, y luego todas tomaron tierra, formando un círculo casi perfecto cuyo centro éramos nosotros.

Al aproximarse los pájaros, me llamó la atención un cierto aspecto grotesco en sus jinetes. Había en ellos algo inhumano, aunque a primera vista parecieran seres semejantes a nosotros mismos. Uno de ellos llevaba una mujer sujeta al lomo de su gran pájaro, pero la distancia era aún demasiado grande para tener una visión precisa de ella ni, por la misma razón, de los otros.

Cinco de los guerreros desmontaron y se dirigieron hacia nosotros. Ahora podía ver lo que había de extraño en su apariencia. Parecían desafortunados bocetos hechos por un mal dibujante, que algún mago incomprendible hubiera dotado de vida; unas verdaderas caricaturas humanas animadas. En ellos no existía la simetría; el brazo izquierdo de uno se veía anormalmente corto, en tanto que el derecho era tan largo que la mano correspondiente casi se arrastraba por el suelo; dos tercios del rostro de otro estaban por encima de los ojos, en tanto que la proporción era inversa en el tercio restante. Ojos, nariz y boca aparecían antinaturalmente desplazados; y además eran demasiado grandes o demasiado pequeños para armonizar con las facciones a las que pertenecían.

Pero existía una excepción: un guerrero que ahora desmontaba para avanzar tras los cinco que se aproximaban a nosotros. Se trataba en este caso de un hombre normal y bien formado, cuyos correajes y armas eran de excelentes calidad y diseño, el equipo completo de un luchador. En sus correajes lucía la insignia de un dwar, rango equivalente al de capitán en vuestra organización militar terrestre. A una orden suya, los cinco guerreros adelantados se detuvieron en su avance, y el oficial se dirigió entonces a nosotros.

—¿Sois fundalianos? —preguntó.

—Somos de Helium —respondió John Carter—. Al menos, allí fue donde estuvimos empleados la última vez. Como puedes ver, somos panthans.

—Pues ahora sois mis prisioneros. Arrojad al suelo vuestras armas.

Los labios del Señor de la Guerra se distendieron en la más suave de las sonrisas.

—Ven y quítanoslas —dijo en tono de desafío.

El otro hizo una mueca.

—Como queráis. Os superamos en número en una proporción de diez a uno. Os vamos a apresar de todas formas, pero si os resistís podéis resultar heridos o muertos.

Os aconsejo que os rindáis.

—Y yo te aconsejo que os mostréis juiciosos y nos dejes continuar nuestro camino, dado que no tenemos nada contra vosotros. Si nos atacáis, te aseguro que, en el peor de los casos, no moriríamos solos.

El dwar curvó los labios en una inescrutable sonrisa.

—Como queráis —replicó.

Se volvió hacia los cinco guerreros y les ordenó:

—¡Apresadlos!

Pero cuando avanzaron, el oficial no los acompañó, sino que retrocedió, actitud totalmente contraria a la ética que determina la actuación de los oficiales marcianos. Hubiera debido acompañarles y entrar él mismo en combate, para dar a sus hombres un ejemplo de valor.

Desenvainamos nuestras espadas largas e hicimos frente a las cinco horribles criaturas, situándonos espalda contra espalda al vernos rodeados. La hoja del Señor de la Guerra comenzó a tejer su habitual red de acero ante él, en tanto que yo me esforzaba en defender a mi príncipe y mantener en alto el honor de mi espada. Y no lo hacía mal, pues ya con anterioridad había sido definido como gran espadachín por el propio John Carter, que es el mejor de todos.

Nuestros adversarios no eran enemigos para nosotros. Se mostraban totalmente incapaces de atravesar nuestras guardias aunque luchaban con un completo desprecio a su propia vida, lanzándose ellos mismos contra las puntas de nuestras espadas y volviendo una y otra vez en busca de más y más heridas.

Pues aquél era el horror del fantástico combate. Una vez y otra vez lograba yo atravesar con mi espada a alguno de mis adversarios, sólo para ver cómo éste retrocedía hasta que la hoja salía de su cuerpo, y volvía luego a atacar como si nada le hubiera sucedido. Aquellas criaturas parecían inmunes al daño y al dolor, y también al miedo. Mi hoja de acero sesgó en cierta ocasión el brazo derecho de uno de nuestros enemigos, a la altura del hombro; pero mientras uno de sus compañeros se enfrentaba conmigo, el herido se inclinó para recoger la espada con la otra mano, apartando a un lado el brazo cortado de un puntapié antes de volver de nuevo al combate.

Poco después, John Carter logró decapitar a una de aquellas deformes criaturas, pero el cuerpo continuó corriendo de un lado para otro, lanzando estocadas y tajos con furia aparentemente ingobernables, hasta que el dwar ordenó a varios de los guerreros que aún no habían entrado en combate que lo capturaran y desarmaran. Entretanto, la cabeza cortada había rodado por el suelo, haciendo horribles muecas y mirando grotescamente entre el polvo.

Aquel fue el primero de nuestros enemigos en quedar permanentemente fuera de combate, y nos sugirió la única forma de salir victoriosos de la lucha.

—¡Decapítales, Vor Doj! —me gritó el Señor de la Guerra, y mientras hablaba corté la cabeza de otro enemigo.

Lo que siguió fue espantoso. La cosa continuó luchando y, en tanto que la cabeza rodaba por tierra haciendo gestos, el cuerpo se lanzó instintivamente contra las piernas de John Carter, apresándole por las rodillas y haciéndole perder el equilibrio.

Fue una suerte que yo estuviera atento a lo que sucedía, pues otra de las criaturas estuvo a punto de aprovechar la ocasión para traspasar de parte a parte al Señor de la Guerra antes de que pudiera reaccionar. Justo a tiempo pude llegar a su lado y decapitar limpiamente a aquel ser de un fuerte tajo de mi espada. Aquello nos dejaba sólo con dos enemigos, y el dwar se apresuró a llamarles a su lado, interrumpiendo el combate.

Se agruparon todos, y pude ver que el oficial les daba nuevas instrucciones, aunque no pude oír lo que les decía. Al principio pensé que renunciaban y se marchaban, puesto que varios de ellos hicieron despegar a sus grandes malagors, pero el dwar ni siquiera volvió a montar en el suyo. Simplemente permaneció de pie, contemplándonos. Aquellos que se habían remontado por los aires volaron alrededor de nosotros, en tanto que cierto número de sus compañeros desmontaban y se dirigían hacia nosotros, pero en esta ocasión manteniendo las distancias. Las tres cabezas cortadas continuaban en el suelo, y parecían contemplarnos con soma; los cuerpos correspondientes a dos de ellas habían sido ya desarmados y atados, y el tercero corría de aquí para allá, seguido por dos de sus compañeros, que agitaban unas redes con ánimo de atraparle con ellas.

Yo contemplaba tal espectáculo por el rabillo del ojo, puesto que toda mi atención estaba dedicada a quienes volaban sobre nuestras cabezas, intentando adivinar qué nueva clase de ataque desencadenarían sobre nosotros; y no tuve mucho que esperar antes de que mi curiosidad quedara satisfecha. Desplegando unas redes que llevaban tras las sillas, y que yo antes había confundido con parte de su aparejo de vuelo, las hicieron girar sobre sus cabezas antes de arrojarlas con gran tino encima de nosotros. Con un sentimiento de futilidad, golpeamos las redes con nuestras espadas y creo que las rasgamos en algunos puntos, pero sin conseguir libramos de ellas.

Fue entonces cuando los que nos habían rodeado en tierra se precipitaron contra nosotros. Luchamos, desde luego, pero ni siquiera la maestría del Señor de la Guerra pudo nada contra las opresivas mallas de las redes y la fuerza bruta de aquellas odiosas criaturas, que nos sobrepasaban grandemente en número. Pienso que nos hubieran matado en aquel mismo momento, pero, a una orden del dwar, se limitaron a amarrarnos.

Los voladores aterrizaron y se acercaron a nosotros para recuperar sus redes. Las cabezas y brazos amputados fueron cuidadosamente recogidos y apilados en unas grandes bolsas que colgaban de los costados de los malagors, junto con los cuerpos

sin cabeza fuertemente atados.

Mientras tales tareas eran llevadas a cabo, el oficial se aproximó a nosotros para hablarnos. No parecía enfadado por el daño que habíamos infligido a sus guerreros, y nos saludó formalmente, felicitándonos por nuestro valor y habilidad en el manejo de la espada.

—Sin embargo —añadió—, hubierais hecho mejor en seguir mi consejo de rendiros al principio. Ha sido un milagro que no hayáis resultado muertos o heridos de gravedad. Solamente vuestra fantástica habilidad como espadachines ha podido salvaros.

—El único milagro —replicó John Carter— es que algunos de tus guerreros conserven todavía sus cabezas. Su esgrima es abominable. El dwar sonrió.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero creo que lo que les falta en técnica les sobra en fuerza primitiva y absoluta carencia de miedo, además del hecho de que deben ser desmembrados para ponerlos fuera de combate. Como os habréis dado cuenta, esas criaturas no pueden morir.

—Y ahora que somos tus prisioneros —inquirió el Señor de la Guerra—, ¿qué piensas hacer con nosotros?

—Os entregaré a mis superiores, y ellos decidirán ¿Cuáles son vuestros nombres?

—Este es Vor Daj, y yo Dotar Sojat.

—Decís ser de Helium, y os dirigíais hacia Fundal. ¿Por qué?

—Como ya te he dicho, somos panthans. Estamos buscando quien nos contrate.

—¿Tenéis amigos en Fundal?

—No. Nunca hemos estado allí. Si alguna otra ciudad hubiera estado en nuestro camino, habríamos ofrecido nuestros servicios en ella. Ya conoces a los panthans.

El oficial asintió.

—Quizás todavía tengáis ocasión de luchar —dijo.

—¿Puedes decirme qué clase de guerreros son los tuyos? —pregunté a mi vez—. Nunca antes había visto unos seres como ellos.

—Muy pocos lo han hecho —replicó el oficial—. Se les llama hormads. Cuanto menos los mires, más te gustarán.

«Bueno, ahora que admitís ser mis prisioneros, tengo una proposición que haceros. Atados como estáis, el viaje a Morbus os resultará incómodo, y no quisiera que guerreros tan valientes como vosotros sufrieran molestias innecesarias. Dadme vuestra palabra de honor de que no intentaréis escapar antes de nuestra llegada a Morbus, y os quitaré las ataduras».

Era evidente que aquel dwar se comportaba como un sujeto decente. Aceptamos de buen grado, y él mismo desató nuestras ataduras; luego nos ordenó que subiéramos a las aves tras sendos guerreros suyos.

Fue entonces cuando por primera vez pude ver de cerca a la mujer que cabalgaba

en uno de los malagors, delante de un hormad. Nuestros ojos se encontraron, y pude advertir el terror y el desamparo reflejado en ellos. Tuve tiempo de ver también que era muy bella; luego las grandes aves se elevaron con terrorífico batir de alas, y nos encontramos camino de Morbus.

CAPÍTULO IV



El secreto de las marismas

Colgando en una red, a un costado del malagor en el que yo había montado, estaba una de las cabezas que habíamos cortado durante nuestra lucha con los hormads. Me pregunté cuál sería la razón para transportar aquel espantoso trofeo, y acabé por atribuirlo a alguna costumbre o superstición que requería disponer del cuerpo completo del caído para poder officiar sus funerales.

Nuestro viaje aéreo nos llevó por el sur de Fundal, ciudad que nuestro oficial buscaba evidentemente evitar. Allá abajo podía ver ahora las vastas marismas Toonolianas, hasta perderse de vista en la distancia, un laberinto de riachuelos surcando desoladas ciénagas de las que raramente brotaba una isla de terreno sólido, con el ocasional contraste, aquí y allá, del color oscuro de un bosque o del azul de un pequeño lago.

Mientras estaba contemplando el panorama que se extendía bajo nosotros, pude oír una voz exclamar en tono de queja.

—¡Vuélveme hacia el otro lado! No puedo ver nada sino el cuerpo emplumado de este pájaro...

La voz parecía proceder de muy cerca. Mirando hacia un costado pude ver que era la cabeza cortada de la red quien me había hablado.

En efecto, según se hallaba situado en la red, su cara aparecía mirando al costado del ave, y no parecía capaz de volverse o moverse por sí mismo. Era una extraña experiencia oír a semejante cosa dirigirse a uno en voz alta, y no ocultaré que sentí un violento escalofrío.

—No puedo darte la vuelta—le dije—. Me es imposible alcanzarte. Y además..., ¿para qué? ¿Qué diferencia hay en que tus *ojos* estén apuntando hacia un lugar u otro? Estás muerto, y los muertos no pueden ver.

—¿Y en cambio hablar sí, eh? Eres un idiota sin cerebro. No estoy muerto por la sencilla razón de que yo no puedo morir. El principio de la vida es inherente con mi ser, está implantado en cada célula de mis tejidos. Excepto en el caso de que sea totalmente destruido, por el fuego, por ejemplo, continuaré viviendo, y lo que vive, crece, tal es la ley de la naturaleza. ¿Quieres darme la vuelta, estúpido? Sacude la red o tira de ella, dame la vuelta de una vez.

Bien, los modales de aquella cosa no eran muy educadas, pero se me ocurrió que quizás estuviera yo también de un humor irritable si me hubieran cortado la cabeza, de modo que sacudí la red hasta que aquel ser pudo tener una visión distinta a la del costado del malagor.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

—Vor Daj.

—Me acordaré. Necesitarás un buen amigo cuando llegemos a Morbus. Créeme que me acordaré de ti.

—Gracias —dije, aunque dudaba de las ventajas que podría proporcionarme la amistad de una cabeza sin cuerpo.

Medité también si el hecho de haber sacudido la red para que la cosa pudiera ver el paisaje podría hacer olvidar el hecho de haberla decapitado, para que de tal forma me ofreciera su amistad. Le pregunté por su nombre tan sólo por cortesía.

Soy Tor-dur-bar —replicó—. El famoso Tor-dur-bar. Eres muy afortunado de tenerme por amigo, puesto que soy realmente importante. Ya apreciarás este hecho cuando llegemos a Morbus y aprendas a conocer a los hormads.

Tor-dur-bar significaba «cuatro-millón-ocho» en el lenguaje de los terrestres. Parecía un nombre extraño, pero ciertamente todo en los hormads lo era.

El hormad que cabalgaba ante mí, había oído evidentemente toda la conversación. Volvió a medias la cabeza y dijo en tono despectivo:

—No hagas caso a Tor-dur-bar; no es sino un presuntuoso. Soy yo el que es verdaderamente importante. Si buscas un amigo poderoso, bien, no tienes que ir más lejos. No puedo darte detalles, pues la modestia me lo impide, pero si de veras necesitas un amigo con influencia, aquí tienes a Toe-aytan-ov, once-cien-siete, en vuestra lengua.

Tor-dur-bar resopló con disgusto.

—¿Un presuntuoso, dices? Soy el producto mejor acabado de un millón de cultivos, para ser exacto, de más de un millón. A mi lado, Tee-aytan-ov es poco más que un experimento.

—Pues si se me ocurre cortar las ataduras de esa red, tú sí que serás un experimento fallido —amenazó Tee-aytan-ov.

Tor-dur-bar empezó en el acto a gritar.

—¡Sytor! ¡Sytor! ¡Crimen, atentado, asesinato!

El dwar, que volaba en cabeza de aquel extraño destacamento, hizo dar la vuelta a su malagor y se situó a nuestra altura.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Tee-aytan-ov me ha amenazado con dejarme caer en las marismas Toonolianas ¡Llévame lejos de él, buen Sytor!

—¿Peleándoos otra vez, eh? —restalló Sytor—. Si oigo otra discusión entre

vosotros, iréis directamente al incinerador en cuanto lleguemos a Morbus. Tee-aytan-ov, te hago responsable de que nada suceda a Tor-dur-bar. ¿Entendido?

Tee-aytan-ov gruñó afirmativamente, y Sytor volvió a su puesto. Después de esto, volamos en silencio, y tuve tiempo para especular sobre el origen de aquellas extrañas criaturas en cuyas manos habíamos caído.

El Señor de la Guerra volaba delante de mi malagor, y la muchacha un poco a mi izquierda. Miss ojos se desviaban a menudo en su dirección, expresando toda mi simpatía, pues estaba seguro de que también se trataba de una prisionera ¿Qué terrible destino la esperaba? Nuestra situación era ya bastante mala para un hombre; tan sólo podía conjeturar lo terrible que sería para una mujer.

Los malagors volaban rápido y suavemente; calculé su velocidad en unos cuatrocientos hodos por zode, unos cien kilómetros por hora. Aquellas aves parecían incansables, y volaban hora tras hora, sin dar muestra alguna de fatiga. Tras rodear Fundal, habíamos continuado hacia el este, y con la tarde ya bastante avanzada avistamos una ancha isla que surgía de las ciénagas. Una de las innumerables corrientes menores de agua de la marisma orillaba su límite septentrional, formando un lago en el que podía verse una pequeña ciudad amurallada. Describimos un círculo en tomo a la misma para aterrizar finalmente ante su puerta principal, que miraba directamente en dirección al lago.

Durante nuestro descenso había podido observar numerosas cabañas arracimadas fuera de la ciudad, por lo que pensé que allí debía vivir una población considerable. Y como tan solo había visto claramente una parte de la isla, que tenía bastante extensión, extrapolé que el número total de habitantes debía ser muy elevado. Tan solo más tarde pude enterarme hasta qué punto mis más exagerados cálculos quedaban por debajo de la verdad.

Tras desmontar, los tres prisioneros fuimos reunidos aparte. Colocaron en redes los brazos, cabezas y cuerpos de los heridos en la batalla de aquella misma mañana para transportarlos más fácilmente; más tarde, las puertas se abrieron, y así fue cómo hicimos nuestra entrada en la ciudad de Morbus.

El oficial a cargo de la puerta tenía la apariencia de un ser humano normal, pero sus guerreros eran grotescos y deformes hormads. El jefe cambió unas palabras con Sytor, haciéndole algunas preguntas sobre nosotros, y luego envió a los porteadores con su macabra carga al «Laboratorio de Restauración nº 3». A continuación, Sytor nos hizo marchar tras ellos por la avenida que, desde la puerta principal, llevaba hacia el sur.

Al llegar a la primera intersección, los porteadores torcieron hacia la izquierda con su carga de cuerpos mutilados, y de entre ellos brotó una voz conocida:

—Vor Daj, no te olvides que Tor-dur-bar es tu amigo y que Tee-aytan-ov es poco más que un simple experimento.

Miré hacia el origen de la voz, y pude ver la cabeza de Cuatro—millones—ocho contemplarme desde el fondo de una red. —¡No lo olvidaré —prometí.

Y pensé que, en efecto, nunca podría olvidar el horror de aquella cosa. De todas formas, seguía sin comprender cómo una cabeza sin cuerpo podría prestarme algún servicio, por muy amistosas que fueran sus intenciones.

Morbus difería de todas las demás ciudades marcianas que yo había tenido ocasión de visitar. Los edificios eran funcionales y sin ornamento, pero existía una cierta dignidad en la simplicidad de sus líneas, que tenían en sí mismas una extraña belleza. Daba la impresión de ser una ciudad nueva, construida de acuerdo con un plan bien concebido, cada línea diseñada para lograr una mayor eficacia. Pero yo era incapaz de imaginar a qué propósito podría servir una ciudad construida allí, en pleno centro de las Marismas Toonolianas. ¿Quién podría elegir vivir en aquellos remotos y depresivos lugares? ¿Cómo podría sobrevivir la numerosa población que había visto desde el aire, sin mercados ni comercio exterior? Tampoco había podido ver nada que se pareciera a campos de cultivos en los alrededores de la ciudad.

Nuestra llegada a un pequeño portal abierto en la pared blanca de uno de los edificios puso fin a mis especulaciones. Sytor golpeó la puerta con la empuñadura de su espada, y un panel se corrió, dejando ver un rostro inquisitivo.

—Soy Sytor, dwar del 10° ufan del 1° dar de la Guardia del 3° jed. Traigo unos prisioneros para presentar ante el Consejo de los Jeds.

—¿Cuántos? —preguntó el hombre del portillo.

—Tres. Dos hombres y una mujer.

La puerta se abrió, y Sytor nos hizo entrar, pero no nos acompañó. Nos encontramos en lo que debía ser un cuerpo de guardia, donde se encontraban alrededor de veinte guerreros hormads, además del oficial que nos había franqueado el paso. Este último, como los otros oficiales que hasta entonces habíamos visto, era un hombre normal de raza roja como yo mismo. Nos preguntó nuestros nombres, profesiones y ciudades de donde procedíamos, datos que apuntó en un libro. Fue durante este interrogatorio cuando me enteré que la muchacha se llamaba Janai. Dijo proceder de Amhor, una ciudad situada a unos mil doscientos kilómetros al norte de Morbus. De tan pequeña ciudad sólo sabía que la gobernaba un príncipe llamado Jal Had, cuya mala reputación había llegado hasta Helium.

Terminado el interrogatorio, el oficial ordenó a uno de los hormads que nos sacara de allí; y de tal forma fuimos conducidos por un corredor hasta un ancho patio en el que ya había cierto número de marcianos rojos.

—Deberéis permanecer aquí hasta que os llame —dijo el hormad—. No intentéis escapar. Tras de lo cual se marchó, dejándonos solo con nuestros nuevos compañeros.

—¡Escapar! —exclamó John Carter con una amarga sonrisa—. En el curso de mi vida he escapado de muchos sitios, y probablemente también lograría escapar de esta

ciudad, pero huir de las Marismas Toonolianas es otra cosa muy distinta. Sin embargo, ya veremos.

Los otros prisioneros, pues tal era su condición, se acercaron a nosotros. En total eran cinco.

—¡Kaor! —nos saludaron.

Respondimos a su saludo y luego intercambiamos nuestros respectivos nombres, así como información sobre el mundo exterior, sobre el que nos preguntaron con ansiedad, como si llevaran años prisioneros en Morbus. Pero no era tal el caso, simplemente ocurría que el aislamiento de la ciudad les daba la impresión de haber permanecido aislados del mundo durante mucho tiempo. Dos de ellos eran fundalianos, otros de Toonol, otros de Ptarth, y el último de Duhor.

—¿Con qué propósito nos han hecho prisioneros? —les preguntó John Carter.

—Utilizan algunos de sus cautivos como oficiales para entrenar y mandar a sus guerreros —explicó Pandar, uno de los fundalianos—. Los cuerpos de otros son empleados para alojar en ellos los cerebros de aquellos hormads que, por su inteligencia, son capaces de ocupar altos cargos. El resto va a parar a los laboratorios de cultivo, donde sus tejidos son usados para los malditos experimentos de Ras Thavas.

—¿Ras Thavas? —exclamó el Señor de la Guerra—. ¿Está Ras Thavas aquí, en Morbus?

—Aquí está, en efecto —replicó Gan Had de Toonol—. Un prisionero de su propia ciudad, esclavo de las odiosas criaturas a las que ha dado la vida.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John Carter.

—Después de que Vobis Kan, Jeddak de Toonol, expulsase a Ras Thavas de su laboratorio —explicó Gan Harid—, vino a esta isla para perfeccionar un descubrimiento en el que había estado trabajando durante años. Se trataba de la creación de seres humanos a partir de tejidos orgánicos también humanos. Había perfeccionado un sistema de cultivo en el cual dichos tejidos crecerían continuamente. El crecimiento de una pequeña partícula de tejido vivo podía llenar en poco tiempo un ala entera de su laboratorio, pero sin adoptar ninguna forma. El problema estaba en dirigir el crecimiento. Ras Thavas experimentó con diversos reptiles que tienen la facultad de reproducir ciertas partes amputadas de sus cuerpos, como colas, patas y dedos; y, finalmente, descubrió el principio. Aplicó éste al control del crecimiento de tejidos humanos en un cultivo altamente especializado, y el resultado de este experimento fueron los hormads. El setenta y cinco por ciento de los edificios de Morbus están dedicados al cultivo y crecimiento de esas horribles criaturas, de las que Ras Thavas deseaba tener el mayor número posible.

«Prácticamente son todos de una inteligencia extremadamente baja, pero unos pocos desarrollaron cerebros normales, y de entre ellos, varios se confabularon para

apoderarse de la ciudad y de la isla, estableciendo un reino propio. Bajo amenazas de muerte, obligaron a Ras Thavas a continuar produciendo esas criaturas en gran número, pues han concebido el plan de reunir un ejército de varios millones de hormads y conquistar el mundo entero. Piensan apoderarse primeramente de Funda] y de Toonol, y después extenderse gradualmente desde allí por toda la superficie del globo».

—Sorpriente —dijo John Carter—. Pero creo que esos seres no han considerado verdaderamente todas las dificultades de esa empresa. Es inconcebible, por ejemplo, que Barsoom pueda alimentar semejante ejército en campaña, y esta isla tan pequeña desde luego no podrá nutrir a una concentración tan grande de tropas.

—En eso estás equivocado —replicó Gan Hand—. La comida para los hormads se produce de idéntica manera que ellos mismos; todo se reduce a un diferente tipo de cultivo; el tejido animal crece con tal rapidez en esos cultivos que se puede transportar en carros que acompañen al ejército, abasteciéndolo con un incesante flujo de comida.

—¿Pero es que esperan acaso que esos semihumanos puedan salir victoriosos sobre tropas inteligentes y bien entrenadas en el arte de la guerra? —pregunté.

—Creo que sí —dijo Pandar—. Piensa en su mismo número abrumador, en su total falta de miedo y, sobre todo, en el hecho de que tengan que ser decapitados para ponerles fuera de combate.

—¿Y de cuántos guerreros constaría ese ejército?

—Hay varios millones de hormads en la isla. Sus cabañas están diseminadas por toda su superficie. Pienso que la isla podría contener un máximo de cien millones de hormads; y Ras Thavas afirma que puede construirlos a un ritmo de dos millones por año. Un cierto porcentaje de ellos resulta demasiado malformado para ser eficaz, y entonces se les devuelve a los cultivos para, con sus tejidos, seguir construyendo más y más. Pero la mayoría, si no muy eficaces, sí que son capaces al menos de sostener un arma.

—La situación sería realmente seria —dijo John Carter—, a no ser por un detalle.

—¿Qué detalle? —preguntó Gan Had.

—El transporte..., ¿cómo harán para transportar un ejército tan enorme?

—Efectivamente, ese habría sido su mayor problema, pero creo que Ras Thavas lo ha resuelto hace poco. Ha estado experimentando durante mucho tiempo con tejidos de malagors en un medio especial de cultivos.

Si puede producir esos pájaros en suficiente cantidad, el problema del transporte estará resuelto. En cuanto a las naves de guerra que pueda necesitar, piensa que al tomar Fundal y Toonol capturarán las suficientes para formar el núcleo de una gran flota, que luego crecería a medida que conquistasen otros reinos y ciudades.

La conversación fue interrumpida por la llegada de una pareja de hormads

transportando un recipiente conteniendo tejido animal para nuestra comida de la tarde. Ciertamente, era un alimento de aspecto poco apetitoso.

El prisionero de Duhor que, según parecía, había asumido voluntariamente el oficio de cocinero, encendió un fuego cerca del muro de ocho metros de alto que cerraba el único lado del patio no limitado por edificios adyacentes. Nuestro alimento no tardó en freírse sobre las llamas.

Pero yo no podía contemplar aquel tejido sin sentir una oleada de repulsión no obstante estar verdaderamente hambriento; mi mente estaba llena de sospechas relativas a lo que había oído momentos antes. Me volví hacia Gan Had y le pregunté:

—¿No se tratará de tejidos humanos, verdad?

El se encogió de hombros.

—Supongo que no, pero de todas formas esa cuestión carece de importancia para nosotros. Debemos comerlo porque es lo único que nos dan.

CAPÍTULO V



El juicio de los Jeds

Janai, la muchacha de Amhor, se sentaba aparte. Su situación parecía ser patética, una mujer solitaria encarcelada con siete hombres extraños en una ciudad de odiosos enemigos. Nosotros, los hombres rojos de Barsoom, somos una raza caballerosa por naturaleza, pero los hombres son hombres, y yo no sabía nada sobre los cinco que habíamos encontrado allí. En tanto que John Carter y yo permaneciéramos con ella, podía considerarse a salvo; eso lo sabía yo, pero ella lo desconocía para su bien.

Me acerqué a la muchacha con ánimo de entablar conversación con ella, pero antes de que pudiera decir una sola palabra, la puerta se abrió para dejar paso al oficial que nos había recibido y otros dos más, junto con varios hormads. Se aproximaron a nosotros, y los dos oficiales nuevos nos contemplaron detenidamente.

—No es un mal lote —dijo uno de ellos.

El otro hizo una mueca.

—Los jeds seleccionarán los mejores de entre ellos, y Ras Thavas dispondrá del material que quede. Como de costumbre.

—Pero ellos no quieren a la chica, ¿verdad? —preguntó el oficial de guardia, con interés.

—Tenemos órdenes de llevarles a todos los prisioneros —replicó uno de los otros.

—Me gustaría quedarme con la muchacha para mí —insistió el primero.

—¿Y quién no? —preguntó el otro con una sonrisa—. Si tuviera la cara de un ulsio podrías quedarte con ella, pero las caras bonitas van siempre a parar a los jeds, y ésta es mucho más que una cara bonita.

Janai se aproximó imperceptiblemente a mí hasta casi rozarme con la espalda. Movidado por un súbito impulso, tomé una de sus manos y la apreté suavemente; por un instante correspondió a mi apretón, buscando instintivamente protección, pero luego se soltó y se apartó un paso de mí.

—Tan solo quiero ayudarte —le dije.

—Eres muy gentil, pero nadie puede prestarme ayuda. Esto es mucho más fácil para vosotros, los hombres. Lo peor que pueden hacer con vosotros es mataros.

Los odiosos hormads nos rodearon y nos hicieron marchar a través del cuerpo de guardia, y luego, ya fuera del edificio, a lo largo de la avenida. John Carter preguntó

a uno de los oficiales a dónde nos llevaban.

—Al Consejo de los Siete Jeds —replicó el oficial—. Allí se determinará vuestro destino. Quizás alguno de vosotros vaya a parar a los tanques de cultivo; y los más afortunados serán retenidos para entrenar a las tropas, como ocurrió conmigo. No es gran cosa, pero siempre es mejor que perder la vida.

—¿Y qué es ese Consejo de los Siete Jeds? —preguntó de nuevo el Señor de la Guerra.

—Ellos son los dueños de Morbus; los siete hormads cuyos cerebros se desarrollaron normalmente, y arrebataron el control a Ras Thavas. Cada uno de ellos aspiraba al poder supremo, pero como ninguno tenía fuerza para conseguir lo que consideraba sus derechos, acordaron proclamarse los siete como jeds y gobernar conjuntamente.

No nos habíamos alejado demasiado de nuestra prisión cuando llegamos ante un gran edificio en cuya entrada había una guardia de hormads mandada por un par de oficiales. Quienes nos escoltaban sostuvieron un breve diálogo con ellos, y después nos llevaron al interior del edificio, siguiendo un corredor interminable que nos llevó a una gran cámara, a cuya puerta debimos aguardar unos minutos para un último control.

Cuando la puerta se abrió finalmente, pudimos ver a numerosos hormads y oficiales distribuidos por una vasta sala; en el extremo más lejano de la misma se alzaba un estrado sobre el que siete hombres de raza roja estaban sentados en sillones lujosamente esculpidos. Evidentemente debía tratarse de los siete jeds, pero no tenían el aspecto de los hormads que hasta el momento habíamos visto. Por el contrario parecía tratarse de hombres normales, y aun especialmente bien formados.

Nos condujeron al pie del estrado, y quienes estaban sobre el mismo nos examinaron detenidamente, preguntándonos luego lo mismo que el oficial de guardia hiciera cuando entramos en la prisión. A continuación discutieron acerca de nosotros como un hombre puede discutir sobre el número de calots o thoats que posee. Varios de ellos se mostraron muy interesados en Janai, y finalmente tres exigieron que les fuese entregada. Siguió un altercado que desembocó en una votación acerca de cuál de los tres se llevaría a la muchacha; pero, como ninguno alcanzó la mayoría requerida, decidieron que Janai permanecería retenida algunos días y que si los litigantes seguían sin ponerse de acuerdo al finalizar dicho período, la entregarían a Ras Thavas para que enriqueciera con su cuerpo los cultivos de tejido humano. Una vez despachado tal asunto, uno de los jeds se dirigió a los prisioneros varones.

—¿Cuántos de vosotros aceptáis servir como oficiales en nuestras tropas, y continuar así con vida? —preguntó.

Siendo la muerte la única alternativa, todos nosotros aceptamos.

Los jeds asintieron.

—Ahora vamos a comprobar quiénes de entre vosotros son aptos para mandar nuestros guerreros —dijo uno de ellos, y luego, dirigiéndose al oficial que estaba de pie junto a nosotros—. Trae siete de nuestros mejores luchadores.

Fuimos conducidos a otro lado del salón, donde debimos aguardar.

—Parece que vamos a luchar —dijo John Carter con una sonrisa.

—Creo que nada podría ser mejor para nosotros —le indiqué.

—Yo también lo creo.

El Señor de la Guerra se volvió hacia el oficial con el que había hablado en el camino desde la prisión.

—Creía que los jeds eran hormads —dijo.

—Y lo son.

—Pues no se parecen a los hormads que he visto hasta ahora.

—Ras Thavas ha arreglado eso —respondió el oficial—. Quizá ignores que Ras Thavas es el más grande de los científicos y cirujanos de Barsoom.

—He oído hablar mucho de él.

—Pues todo lo que has oído es cierto. Puede, con toda facilidad, extraer el cerebro de un hombre y colocarlo en el cráneo de otro hombre. Ha hecho esa operación cientos de veces. Cuando los siete jeds se hicieron con el poder, seleccionaron siete de los oficiales más fuertes y apuestos, y obligaron a Ras Thavas a transferir sus propios cerebros a los cráneos de esos hombres. Habían sido criaturas deformes, pero al cambiar de cuerpos se convirtieron en hombres hermosos.

—¿Y qué fue de esos siete oficiales? —pregunté.

—Fueron a parar a los tanques de cultivo o, mejor dicho, lo fueron sus cerebros junto con los antiguos de los jeds. ¡Bueno, aquí llegan los luchadores! Dentro de unos minutos puede que algunos de vosotros averigüéis qué son esos tanques de cultivo.

De nuevo nos condujeron al centro del salón, y se nos alineó frente a siete hormads enormes.

Cierto que hasta el momento habíamos visto muchas de aquellas criaturas deformes, pero éstas que ahora teníamos delante eran, con mucho, las más repulsivas. Se nos proporcionaron espadas, y un oficial nos dio las últimas instrucciones. Cada uno de nosotros debería luchar con el hormad que tenía enfrente, y a aquellos de nosotros que sobreviviéramos a la lucha sin ninguna herida seria se nos permitiría vivir y servir como oficiales en el ejército de Morbus.

A una orden del oficial las dos líneas avanzaron una contra la otra, y en el instante siguiente el salón retumbó con el choque de acero contra acero.

Nosotros, los hombres de Helium, estamos considerados como los mejores espadachines de Barsoom, y de todos ellos ninguno era tan hábil como John Carter; de modo que no tuve duda alguna sobre el resultado del encuentro, al menos en lo que a él se refería. En lo concerniente a mí mismo, la criatura que se me enfrentaba

dependía tan solo del peso y la fuerza bruta para intentar vencerme, según la táctica habitual de aquellos seres, en su mayoría de muy escasa inteligencia. Evidentemente esperaba romper mi guardia de un solo y terrorífico golpe con su pesada arma, pero yo era demasiado veterano en el manejo de la espada para ser víctima de un método de ataque tan tosco. Detuve el golpe y simultáneamente me eché a un lado, con lo que él pasó torpemente junto a mí. Pude entonces fácilmente atravesarle de parte a parte, pero había aprendido de mi primer encuentro con los hormads que lo que constituiría un golpe mortal para un hombre no causaría el más mínimo daño a uno de esos monstruos. Debería cercenarle sus piernas o sus brazos, o mejor aún su cabeza si es que quería poner fin a la lucha; así pues, él gozaba de gran ventaja sobre mí, aunque felizmente no insuperable.

Al menos así pensaba yo al comienzo de nuestro enfrentamiento, pero luego comencé a dudar de ello. El individuo que me atacaba era mucho mejor espadachín que ninguno de los hormads con quienes me había enfrentado antes. Como más tarde pude saber, las criaturas destinadas a probar a los nuevos oficiales eran seleccionadas por su inteligencia superior media, y especialmente entrenadas luego en el arte de la esgrima por los marcianos rojos que actuaban a las órdenes de los jedds.

Sin embargo, yo hubiera sido capaz de deshacerme prontamente de mi enemigo si este hubiera sido un hombre normal, pero lograr decapitarle constituía algo mucho más difícil de lo que había imaginado al principio.

Añadiré que nunca en mi vida me había enfrentado a un antagonista de aspecto tan desagradable; siendo especialmente horrible su cara. Un ojo estaba en el extremo superior del rostro, y parecía el doble de grande que su compañero; la nariz ocupaba el lugar de una de sus orejas y viceversa, y su boca era una horrorosa grieta de la que sobresalían unos dientes largos y afilados. Todo su aspecto era una clara muestra de inhumanidad.

Mientras combatía con aquel engendro pude lanzar algunas ojeadas ocasionales a los otros combates que se desarrollaban a nuestro alrededor. Vi caer sin vida a uno de los fundalianos, y casi simultáneamente observé como la cabeza del antagonista de John Carter rodaba por el suelo gritando y haciendo muecas, en tanto que el cuerpo correspondiente empezaba a correr sin rumbo fijo por toda la sala, amenazando con sus locas estocadas a todos los combatientes sin distinción de bando. Un grupo de oficiales y hormads iniciaron su persecución con redes y cuerdas en un esfuerzo por reducirle, pero, antes de que lo consiguieran, aquella cosa tropezó con mi antagonista, haciéndole perder el equilibrio y dándome la oportunidad que estaba esperando. Descargué un terrorífico tajo que alcanzó a mi enemigo justo en la garganta; su cabeza voló por los aires, y hubo entonces dos cuerpos decapitados corriendo de aquí para allá y agitando ciegamente sus pesadas espadas.

Los restantes hormads y los oficiales estaban igualmente en movimiento para

capturarles y, cuando finalmente lo consiguieron, ya todos los combates habían terminado. Otros dos luchadores hormads se retorcieron en el suelo, cada uno con una pierna cercenada, obra de Pandar y Gan Had. El hombre de Ptarth y el hombre de Duhor habían perecido, así como el fundaliano que viera caer al principio. Así pues, solamente quedábamos en pie y con vida cuatro de los siete que iniciáramos la lucha. Las dos cabezas caídas en el suelo continuaban gritando y haciendo gestos, hasta que otros hormads las recogieron y se las llevaron, junto con los demás restos de la pelea.

De nuevo fuimos llevados ante el estrado del Consejo de los Sietes Jeds, y otra vez se nos interrogó, aunque ahora con más consideración. Acabado este trámite, los jeds parlamentaron en voz baja un minuto entre ellos, y luego el que ocupaba la posición central en el estrado se dirigió a nosotros:

—Serviréis como oficiales, obedeciendo a vuestros superiores y a toda orden que os llegue de este Consejo —dijo—. No podréis escapar de Morbus, pero si servís lealmente se os permitirá vivir. Si os mostráis desleales o desobedientes iréis a parar a los tanques de cultivo, y eso será vuestro fin —Se volvió luego hacia John Carter y hacia mí—. Vosotros, hombres de Helium, seréis destinados a la guardia del laboratorio. Vuestro deber será impedir que Ras Thavas escape ni sufra daño alguno. Os hemos escogido para esta tarea por dos razones: sois unos espadachines extraordinarios y, además, viniendo de la lejana Helium, sois imparciales hacia Toonol y Fundal, y no actuaréis sino siguiendo vuestro propio interés. A Ras Thavas le gustaría escapar o volver a tomar el control de Morbus, mientras que Fundal desearía rescatarlo y Toonol destruirlo. Cualquiera de estos acontecimientos sería fatal para nosotros, puesto que interrumpiría para siempre la producción de hormads. El hombre de Fundal y el hombre de Toonol serán utilizados para entrenar a nuestros nuevos guerreros a medida que vayan saliendo de los tanques. El Consejo de los Siete Jeds ha hablado, ¡obedecedle! —Hizo una seña hacia el oficial que nos había traído allí—. Llevaoslo.

Miré a Janai, y ella me devolvió la mirada y me sonrió. Fue una pequeña y valiente sonrisa, una patética sonrisa que brotaba de un corazón desesperanzado. A continuación, nos condujeron fuera de la sala.

CAPÍTULO VI



Ras Thavas, el Cerebro Supremo de Marte

Mientras nos conducían por el corredor hacia la entrada principal del edificio, mi mente se ocupó en revivir los increíbles acontecimientos de aquel día. Aquellas pocas horas habían significado toda una vida para mí.

Había encontrado aventuras como nunca pude imaginar en mis sueños más fantasiosos. Me había convertido en oficial del ejército de una ciudad cuya existencia no conocía unas pocas horas antes. Y, sobre todo, había encontrado una extraña muchacha de Amhor y, por primera vez en mi vida, me había enamorado, tan solo para que me apartasen de su lado..., quizá para siempre.

El amor es ciertamente una cosa extraña. No podía decir cómo, cuándo, ni porqué había llegado, ni explicar nada sobre él. Tan sólo sabía que amaba a Janai, y que siempre la había amado, aún antes de conocerla. Y probablemente nunca más volvería a verla. No había tenido ocasión de declararle mi amor, ni siquiera de saber si éste era correspondido. Sabía que a partir de entonces todo el resto de mi vida quedaría entristecido por el pensamiento de aquel amor y el recuerdo de quien lo había hecho nacer. Pese a ello, no hubiera renunciado a tal sentimiento aunque hubiera podido hacerlo. Sí, el amor es ciertamente una cosa extraña.

En la intersección del pasillo principal con otro secundario, John Carter y yo fuimos desviados hacia la derecha, mientras que Pandar y Gan Had continuaban en dirección a la entrada principal; antes de separarnos tuvimos tiempo de despedirnos. Es notable cómo se forman las grandes amistades en circunstancias de común infortunio; aquellos hombres procedían de otras ciudades, ambas enemigas de Helium, y sin embargo, a causa de los peligros que habíamos debido afrontar juntos, yo sentía un afecto amistoso hacia ellos, y no dudaba de que ellos correspondían con igual amistad hacia John Carter y hacia mí. Me pregunté si nos volveríamos a encontrar.

Fuimos conducidos por el nuevo pasillo y luego, tras atravesar un gran patio, a otro edificio sobre cuya entrada había unas líneas de jeroglíficos intraducibles para mí. No hay en Barsoom dos naciones que tengan el mismo lenguaje escrito, aunque existe una escritura científica común que es conocida por todos los sabios del planeta. En contraste con ello, desde luego, el lenguaje hablado es único para todos los

pueblos marcianos, incluso para los salvajes hombres verdes que vagan por los fondos desecados de los antiguos mares. Volviendo a los jeroglíficos escritos sobre la puerta, John Carter, que estaba muy versado en lenguajes barsoomianos escritos, me dijo que significaba algo así como «Edificio Laboratorio».

Fuimos introducidos en una sala de audiencia de tamaño mediano, y el oficial nos dijo que aguardáramos mientras él iba a buscar a Ras Thavas, el hombre a quién deberíamos vigilar. Añadió que Ras Thavas, en tanto no tratara de escapar, debía ser tratado con el máximo respeto. Su libertad habría de ser absoluta dentro del laboratorio y, en cierto modo, también tendría autoridad sobre nosotros y si nos llamaba para que le ayudáramos en cualquier trabajo, deberíamos obedecerle. Resultaba evidente que, en cierto modo, el Consejo de los Siete Jeds temía a aquel genial científico pese a que este era su prisionero, y que por ello intentaba que su cautividad resultara tan agradable como fuera posible.

Confieso que estaba ansioso por conocer a Ras Thavas, de quien tanto había oído hablar. Era conocido como El Cerebro Supremo de Marte y, aunque en ocasiones había utilizado su talento para fines poco limpios, no por ello era menos admirado por su saber y su maestría. Debía tener más de un millón de años y tan sólo por éste hecho ya valía la pena conocerle, pues tal longevidad es insólita en Barsoom. Se supone que nuestro límite de vida roza los mil años, pero nuestras costumbres guerreras y la frecuencia del asesinato determina que pocos de nosotros alcancemos tal edad. Debía tratarse de una verdadera momia viviente, y me extrañó que fuera capaz de realizar todo el titánico trabajo de que nos habían hablado.

Habían transcurrido algunos minutos de espera cuando el oficial volvió acompañado por un hombre joven y muy apuesto, que nos miró con aire altanero y desdenoso, como si fuésemos la hez de la humanidad, y él mismo un dios.

—Dos espías más para que me vigilen —dijo en tono de burla.

—Dos buenos luchadores más para protegerte, Ras Thavas —corrigió el oficial que lo acompañaba.

¡De modo que aquel hombre era Ras Thavas! No podía dar crédito a mis ojos. Aquél era, sin duda, un hombre ciertamente joven; pues, aunque nosotros los marcianos mostramos poco indicios de vejez hasta el final de nuestras vidas, existen signos obvios e indiscutibles que denotaban la poca edad. Aquel hombre era un joven recién salido de la adolescencia.

Ras Thavas, si en efecto era él, continuaba escudriñándonos. Vi cómo fruncía el entrecejo al mirar a John Carter, como si intentara recordar un rostro visto con anterioridad. Sin embargo yo sabía que aquellos dos hombres nunca se habían encontrado antes. ¿Qué tendría Ras Thavas en la mente?

—¿Cómo puedo saber que estos hombres no han venido expresamente a Morbus para asesinarme? —dijo de pronto—. ¿Cómo puedo saber que no son enviados de

Fundal o de Toonol?

—Son de Helium —indicó el oficial, y entonces vi como el ceño de Ras Thavas se aclaraba como si de pronto su problema hubiera alcanzado solución—. Son dos panthans que iban a Fundal para ofrecer allí sus servicios. Ras Thavas hizo un gesto de asentimiento.

—Bueno —dijo—, los usaré para que me ayuden en el trabajo del laboratorio.

El oficial lo miró con sorpresa.

—¿No sería mejor que te sirvieran como guardianes? —sugirió—. Podría ser peligroso que estuvieras a solas con ellos en el laboratorio...

—Sé perfectamente lo que hago —gruñó Ras Thavas—. Y no necesito que ningún cerebro de quinta categoría me diga lo que tengo que hacer..., aunque quizás te haga demasiado honor con lo de quinta categoría.

El oficial se sonrojó.

—Mis órdenes son simplemente traer estos hombres ante ti —dijo—. El modo en que los utilices no me concierne en absoluto. Simplemente he querido ponerte en guardia.

—Pues sigue exactamente las órdenes que se te han dado, y métete en tus propios asuntos. Sé cuidar perfectamente de mí mismo.

El tono de voz de Ras Thavas era tan mordaz como sus palabras, y tuve la impresión de que íbamos a trabajar para una persona especialmente desagradable.

El oficial se encogió de hombros, dio una rápida orden a los guerreros hormads que lo acompañaban, y abandonó la cámara junto a ellos. Ras Thavas se dirigió entonces a nosotros.

—Venid conmigo —dijo.

Nos condujo a otra pequeña sala, con las paredes totalmente cubiertas de estanterías repletas de libros y manuscritos. Había un escritorio cubierto de papeles y cuadernos de notas; Ras Thavas se sentó ante él, indicándonos que hiciéramos otro tanto en un banco cercano.

—¿Cuáles son vuestros nombres? —preguntó.

—Me llamo Dotar Sojat —le respondió John Carter—. Y éste es Vor Daj.

—¿Conoces bien a Vor Daj, y le tienes por un hombre digno de confianza? —le preguntó Ras Thavas.

Era una extraña pregunta, puesto que el cirujano no nos conocía a ninguno de los dos.

—Conozco a Vor Daj desde hace años —indicó el Señor de la Guerra—, y puedo testimoniar su lealtad y su inteligencia, así como su habilidad y valentía como guerrero.

—Muy bien —asintió Ras Thavas—. Entonces puedo fiarme de los dos.

—¿Pero cómo confías tan ciegamente en mi palabra? Después de todo acabamos

de conocernos —dijo John Carter con un cierto acento burlón. Ras Thavas sonrió ampliamente.

—La integridad de John Carter, príncipe de Helium y Señor de la Guerra de Barsoom, es proverbial en todo el mundo —dijo.

Lo miramos con sorpresa.

—¿Qué te hace pensar que yo soy John Carter? —preguntó el Señor de la Guerra—. Me consta que nunca lo has visto.

—En la cámara de audiencia me di cuenta de que no eras verdaderamente un marciano de raza roja. Pude observar que el pigmento con el que te has teñido la piel se había desprendido en algunos puntos. Bien, sólo hay dos habitantes de Jasoom en todo Marte. Uno de ellos es Vad Varo, cuyo nombre terrestre es Paxton, pero a ese le conozco bien por haberme servido de asistente en mi antiguo laboratorio de Toonol. De hecho fue él quien, debidamente entrenado por mí, alcanzó el grado de habilidad suficiente para transferir mi viejo cerebro a este cuerpo joven que veis. Tú no eres Paxton, y como el otro jasoomiano es John Carter, opino que la deducción es simple.

—Tus sospechas son bien fundadas, y tu razonamiento impecable — dijo el Señor de la Guerra—. Soy John Carter, en efecto, y te lo hubiera dicho yo mismo si no lo hubieras descubierto, pues precisamente iba en tu busca cuando fuimos capturados por los hormads.

—¿Y qué puede querer de Ras Thavas el Señor de la Guerra de Barsoom? —preguntó el gran cirujano.

—Mi princesa, Dejah Thoris, resultó gravemente herida en la colisión entre dos aeronaves, y lleva muchos días inconsciente. Los mejores cirujanos de Helium son impotentes para ayudarla. Busco a Ras Thavas para implorar su ayuda a fin de devolverle la salud.

—Y has encontrado a Ras Thavas como prisionero en una remota isla de las Grandes Marismas Toonolianas..., un compañero tuyo de cautividad.

—Pero te he encontrado.

—¿Y qué provecho puede haber en ello para ti o para tu princesa? — preguntó el Cerebro Supremo de Marte..

—¿Vendrías conmigo y ayudarías a mi princesa si pudieras hacerlo? —inquirió a su vez John Carter.

—Desde luego. Prometí a Vad Varo y a Dar Tarus, jeddak de Fundal, que dedicaría mis habilidades y conocimientos a aliviar los sufrimientos y males de la humanidad.

—Entonces encontraremos un camino —le respondió John Carter—. Nos fugaremos.

Ras Thavas agitó la cabeza con pesimismo.

—Eso es fácil de decir, pero imposible de hacer. Nadie puede escapar de Morbus.

—Siempre habrá una forma —insistió el Señor de la Guerra—. Opino que las dificultades para escapar de la isla no deben de ser insuperables. Es la travesía de las Grandes Marismas Toonolianas lo que me preocupa.

Ras Thavas negó nuevamente con la cabeza.

—Nunca podremos ni tan siquiera salir de la isla. Hay patrullas por doquier, y también demasiados espías e informadores por todas partes. Muchos de los oficiales que parecen ser marcianos rojos, son en realidad hormads cuyos cerebros me han obligado a transplantar a los cuerpos de hombres normales. Ni siquiera yo sé quiénes son, puesto que todas las operaciones fueron llevadas a cabo en presencia del Consejo de los Siete Jeds, y con los rostros de los hombres rojos cuidadosamente enmascarados. Las mentes de algunos de esos siete jeds son ciertamente astutas. Pretenden introducir cerca de mí algunos espías, y si pudiera ver los rostros de esos marcianos rojos su plan no sería efectivo. Ahora no puedo saber quiénes de los oficiales que me rodean son hormads y quiénes hombres normales..., excepto en dos casos. Estoy seguro de John Carter porque nunca he transplantado un cerebro hormad al cuerpo de piel blanca de un jasoomiano; y John Carter te avala a ti, Vor Daj. A excepción de vosotros dos no puedo fiarme de nadie, por muy amistoso que parezca. Además...

Aquí fue interrumpido por un verdadero pandemonio que estalló de pronto en algún otro lugar del edificio. Parecía una espantosa mezcla de aullidos, lamentos, ronquidos y gruñidos, como si una horda de bestias salvajes hubieran sido alcanzada por la locura.

—Venid —dijo Ras Thavas—. Los monstruos están naciendo, y puede que me necesiten.

CAPÍTULO VII



La creación de la vida

Ras Thavas nos condujo a una enorme sala donde se desarrollaba un espectáculo como probablemente no pudiera contemplarse en ninguna otra parte del universo. En el centro había un inmenso tanque de alrededor de metro y medio de alto, del que brotaba incesantemente una espantosa horda de monstruos, más allá de toda capacidad de imaginación humana. Circunvalando el tanque había un gran número de hormads con sus oficiales, que se abalanzaban sobre aquellas horribles criaturas y las reducían y ataban, despedazándolas si eran deformes y arrojando sus fragmentos de nuevo al tanque. De este modo, destruían casi la mitad; pavorosas caricaturas de vida que no eran ni bestias ni hombres. Algunas aparecían simplemente como una gran masa de materia viviente, de donde a veces surgía un solo ojo o una sola mano. Otras se habían desarrollado con brazos y piernas traspuestos, y así intentaban caminar torpemente con la cabeza entre las piernas. Los órganos de otras muchas estaban grotescamente desplazados; nariz, orejas, ojos y bocas aparecían repartidos indiscriminadamente sobre la superficie de su torso y sus miembros.

Todos éstos eran destruidos; sólo quienes se presentaban con dos brazos y dos piernas más o menos en sus lugares, y los órganos faciales situados en la cabeza, eran respetados. La nariz podía muy bien estar situada bajo una oreja, y la boca entre las cejas, pero si tales órganos tenían apariencia de poder funcionar, la cosa no parecía importar.

Ras Thavas contempló el atroz espectáculo con evidente orgullo.

—¿Qué piensas de ellos? —preguntó al Señor de la Guerra.

—Que son horribles —replicó sinceramente John Carter. Ras Thavas pareció un tanto herido en su orgullo.

—Bueno, todavía no he logrado alcanzar la belleza —admitió—. Y debo admitir que ni siquiera la simetría, pero todo llegará. He creado seres humanos, y algún día lograré la creación del hombre perfecto, una nueva raza de superhombres que dominaran Barroom..., bellos, inteligentes, inmortales...

—Y mientras tanto esas horribles criaturas que salen de ahí se extenderán por el mundo y lo conquistarán. ¿Qué lugar quedará entonces para tus superhombres, Ras Thavas? Has creado un monstruo de Frankenstein que te destruirá no sólo a ti sino

también a toda la civilización del mundo. ¿No has pensado en las consecuencias de lo que has hecho?

—Sí, lo he pensado —reconoció el cirujano—. No entiendo a qué monstruo te refieres, pero sé lo que quieres decir. Piensa, sin embargo, que el plan es de los siete jeds, no mío. Yo me proponía tan sólo crear un pequeño ejército para conquistar Toonol y poder así volver a mi otra isla, a mi antiguo laboratorio...

El estrépito de la sala había ido elevándose hasta el punto de hacer imposible toda conversación. Cabezas aullantes rodaban por el suelo, mientras que los guerreros hormads arrastraban hacia fuera a los seres recién creados que juzgaban aptos para vivir, y otros guerreros entraban en la sala para cubrir sus puestos. Oleadas de hormads emergían constantemente del tanque de cultivo, que bullía de vida como un gigantesco caldero de brujas. Pensé en aquella misma escena multiplicada en otras cien cámaras similares repartidas por la ciudad de Morbus, con hordas de nuevos monstruos saliendo constantemente fuera de los muros para ser entrenados por oficiales o por iguales suyos más inteligentes. Me sentí contento cuando Ras Thavas sugirió que fuéramos a inspeccionar otras fases de su trabajo, alejándonos así de aquella verdadera cámara de horrores.

Pasamos a la llamada cámara de reconstrucción, donde las cabezas cortadas desarrollaban nuevos cuerpos, y los cuerpos decapitados otras cabezas. Hormads que habían perdido brazos o piernas recibían allí también nuevos miembros, que les crecían en los burbujeantes tanques en los que eran sumergidos. Algunas veces estas actividades resultaban fallidas, y podía ocurrir que una pierna surgiera de la garganta de una cabeza cortada, en lugar del cuerpo entero que se pretendía. Un caso así podía verse en un rincón de la cámara, y la cabeza no parecía nada satisfecha con la situación, de la que parecía culpar a Ras Thavas.

—¿Qué piensas que haga ahora, con sólo una cabeza y una pierna? — le preguntó—. ¡Y te llamas a ti mismo el Cerebro Supremo de Marte! ¡Puaff! En realidad tienes menos sesos que un sorak, ese bicho con seis patas, un cuerpo y casi sin cabeza. ¿Qué vas a hacer ahora conmigo? Vamos, me gustaría saberlo...

—Bueno —dijo Ras Thavas, dubitativo—, podría cortarte en dos pedazos y arrojarlos de nuevo al tanque de cultivo.

—¡No, no! —chilló la cabeza en tono de voz muy distinto—. ¡Déjame vivir! Córta-me esta maldita pierna y déjame probar suerte otra vez en el tanque de regeneración. Puede que ahora me crezca un cuerpo...

—De acuerdo —aceptó Ras Thavas—. Mañana lo haré.

—¿Cómo puede aferrarse tanto a la vida una cosa así? —pregunté cuando hubimos dejado atrás a la criatura.

—Es una característica de los seres vivos, independientemente de su forma —replicó Ras Thavas—. Incluso esas pobres monstruosidades asexuadas, cuyo sólo

placer es la de devorar tejido crudo, desean continuar viviendo. Ni siquiera sueñan en la existencia de sentimientos tales como el amor o la amistad, ni tienen recursos espirituales ni mentales que les permitan gozar de satisfacciones ni de alegrías, y sin embargo se aferran a la vida, a la única vida que conocen...

—Ahora que hablas de amistad... —le interrumpí—. La cabeza de Tor-dur-bar me dijo que no olvidara el hecho de que era mi amigo.

—En efecto, conocen esa palabra —contestó Ras Thavas—, pero estoy seguro de que no tienen idea de sus implicaciones. Una de las primeras cosas que aprenden es a obedecer, y quizás quisiera decir que deseaba obedecerte o servirte a ti. Puede que ahora mismo te haya olvidado por completo; algunos de ellos carecen prácticamente de memoria. Todas sus reacciones son mecánicas; responden a estímulos repetidos, aprenden a nadar, a luchar, a ir, a venir, a detenerse... En realidad hacen lo que ven hacer a sus compañeros. ¡Bueno! De todas formas sería una buena idea ir a ver a Tor-dur-bar, y comprobar si se acuerda de ti. Puede ser un experimento interesante.

Pasamos a otra cámara donde el trabajo de reconstrucción orgánica parecía más avanzado, y Ras Thavas hizo una pregunta al oficial encargado. El hombre nos condujo al otro extremo de la sala, junto a un ancho tanque donde numerosos cuerpos desarrollaban brazos, piernas y cabezas; y varias cabezas esperaban que les crecieran nuevos cuerpos.

No habíamos hecho más que acercarnos al tanque, cuando una de las cabezas me saludó:

—¡Kaor, Vor Daj!

Se trataba del mismo Cuatro—millón—ocho al que buscaba.

—¡Kaor, Tor-dur-bar! —le contesté—. Me alegro de verte de nuevo.

—No olvides que soy tu único amigo en Morbus —dijo—. Dentro de poco tendré un cuerpo nuevo, y entonces estaré listo para ayudarte en todo lo que necesites.

—Es un hormad de una inteligencia inusitada —murmuró Ras Thavas—, haré bien en no perderlo de vista.

—Para un cerebro como el mío, deberíamos buscar un cuerpo fuerte y bien hecho, y transplantarme a él —solicitó Tor-dur-bar—. Me gustaría uno que se pareciera al de Vor Daj o al de su amigo.

—Ya veremos —dijo Ras Thavas, y a continuación se apoyó en el borde del tanque y cuchicheó en dirección a la cabeza—. No quiero oír nada más sobre el asunto, simplemente confía en mí.

—¿Cuánto tardará en crecer el nuevo cuerpo de Tor-dur-bar? —preguntó John Carter cuando nos alejamos del tanque.

—Nueve días, pero puede ser que el cuerpo sea deforme o inútil, y entonces deberá volver a empezar desde cero. He conseguido mucho, pero todavía no soy capaz de controlar al cien por cien el crecimiento de cuerpos o de otras partes

orgánicas. Ordinariamente toda cabeza de hormad dará origen a un cuerpo, pero puede ser un cuerpo malformado o mutilado, o en ocasiones sólo parte de un cuerpo, e incluso otra cabeza. ¡Ah, algún día seré capaz de controlarlo todo, algún día seré capaz de crear seres humanos perfectos!

—Si existe verdaderamente un Dios Todopoderoso, podría sentirse ofendido por esa usurpación de sus prerrogativas —hizo notar, con una sonrisa, el Señor de la Guerra.

—El origen de la vida es un oscuro misterio —dijo Ras Thavas—. Hay quien lo da como resultado de un accidente, mientras otros prefieren sugerir que es debido a la acción de un Ser Supremo. Creo que los científicos de tu Tierra natal creen que toda la vida de ese planeta ha evolucionado a partir de una baja forma de vida llamada ameba, una microscópica masa de protoplasma dotada de núcleo, sin el menor rudimento de consciencia ni vida mental. Pienso que un creador omnipotente hubiera empezado por crear, en primer lugar, la forma más elevada concebible..., una criatura perfecta. Y sin embargo, en ninguno de nuestros mundos existen seres perfectos, ni que siquiera se aproximen a la perfección.

«Ahora bien, en Marte tenemos otra teoría sobre la creación y la evolución. Creemos que diversas sustancias del planeta se combinaron químicamente hasta formar una espora, la base de la vida vegetal. De esa espora, tras infinitas edades, creció y floreció el Árbol de la Vida, posiblemente en el centro del Valle de Dor, hace millones de años. El fruto del Árbol fue evolucionando lentamente, pasando de forma de vida vegetal a una combinación de planta y animal. En los primeros estadios de existencia del Árbol, sus frutos desarrollaron el poder de la acción muscular independiente, mientras permanecían sujetos a la planta materna, y más tarde un cerebro se desarrolló en cada fruto, de manera que, mientras colgaban de un largo péndulo, comenzaron a pensar y a moverse como individuos. Más tarde, con el desarrollo de la percepción, a esos cerebros les llegó el don de la comparación. Los primeros juicios fueron desarrollados y comparados, y de esta forma la razón y sus poderes llegaron por primera vez a Barsoom.

«Pasaron las eras. El Árbol de la Vida creó y desechó muchas formas de vida, pero todas ellas seguían colgando de sus ramas por pedúnculos de longitudes varias. Finalmente, en la parte superior de los frutos, se fueron poco a poco desarrollando pequeños hombres planta como aquellos que, en estatura mucho mayor, pueblan hoy en día el Valle del Dor. Pero entonces colgaban de las ramas del Árbol, sujetos a él por los pedúnculos que les brotaban de la parte superior de sus cabezas.

«Los frutos que los primitivos hombres plantas mantenían así colgados de las ramas del Árbol de la Vida, eran semejantes a gruesas nueces de un cuarto de metro de diámetro, divididos por un doble tabique interior en cuatro secciones. En la primera de ellas estaba el hombre planta, en la segunda un gusano de seis patas, en la

tercera el antepasado del mono blanco, y en la cuarta el primer hombre. Cuando el fruto se desprendió, el hombre planta continuó colgado por su pedúnculo, pero las otras tres secciones se separaron al caer al suelo, y los esfuerzos que sus aprisionados ocupantes hacían por escapar los enviaron saltando en todas direcciones.

«Con el tiempo, según se dice, esas criaturas prisioneras se fueron extendiendo por toda la superficie del planeta. Durante muchos años vivieron sus largas vidas encerrados en esas cáscaras, saltando y brincando de aquí para allá, cayendo en los ríos, lagos y mares que entonces existían en la superficie de Barsoom, y esparciéndose más y más lejos por el nuevo mundo. Billones de ellos debieron morir antes de que uno de los primeros hombres lograra romper las paredes de su cárcel y brotara a la luz del sol. Movido por la curiosidad, ese humano rompió muchas otras cáscaras, y Barsoom empezó a poblarse de ese modo. El Árbol de la Vida había muerto entretanto, pero, antes de que esto sucediera, los hombres planta aprendieron a separarse de él, y su bisexualidad les permitió reproducirse por sí mismos a la manera de las plantas a las que tanto se parecían».

—Los he visto en el Valle del Dor —dijo John Carter—. Muchos de ellos llevaban un pequeño hombre planta bajo cada brazo, adherido a él como frutos, mediante un vástago que les brotaba de lo alto de la cabeza.

—Así evolucionaron todas las especies de la vida —continuó Ras Thavas—. Y fue estudiando esta evolución como aprendí a reproducir la vida.

—Quizás para tu desgracia —sugerí.

—Quizás —suspiró él.

CAPÍTULO VIII



El asesino rojo



A partir de entonces pasamos muchos días junto a Ras Thavas, pero invariablemente siempre había otras personas alrededor, así que no tuvimos ninguna oportunidad para trazar planes, pues no podíamos estar seguros de quién era amigo y quién espía. El recuerdo de Janai torturaba continuamente mi mente, y no dejaba de buscar un medio para saber qué había sido de ella. Ras Thavas me aconsejó que no mostrara demasiado interés, puesto que podría levantar sospechas que llevarían quizá a mi propia muerte y a la de la muchacha; pero, por otra parte, me aseguré que me ayudaría en lo posible, siempre que pudiera hacerlo sin riesgo; y un día, en efecto, lo hizo.

Cierto número de hormads especialmente inteligentes se debían presentar ese día ante el Consejo de los Siete Jeds, a fin de que juzgaran su capacidad para ser incluidos en las guardias personales que los jeds mantenían; y Ras Thavas me eligió a mí, junto con otros oficiales, para que les acompañara. Aquella era la primera vez que tenía ocasión de salir del edificio del laboratorio, pues nos estaba terminantemente prohibido abandonarlo a no ser en cumplimiento de una misión como aquella.

Al entrar en el gran edificio que albergaba al Consejo de los Siete Jeds, todos mis pensamientos estaban puestos en Janai, y la esperanza de poder verla de nuevo. Atisé ansiosamente a lo largo de todos los corredores y a través de las puertas que encontrábamos en nuestro camino; incluso consideré la idea de abandonar el grupo y ocultarme en alguna sala con vistas a registrar después el palacio entero. Felizmente, mi sentido común me hizo renunciar a tal locura, que hubiera conducido inevitablemente a mi perdición, continué, pues, junto a los otros hasta la cámara donde el Consejo tenía su sede.

El examen de los hormads fue extremadamente detallado, y mientras atendía a las preguntas, respuestas y reacciones de los jeds, el inicio de un plan nació en mi mente. Si pudiera hacer que mi amigo Tor-dur-bar fuera elegido para la guardia de uno de los jeds, sin duda, a través de él, podría tener noticias sobre Janai. No podía saber entonces de qué diferente modo habría de desarrollarse dicho plan, ni la fantástica forma en que finalmente se llevaría a efecto.

Mientras todos permanecíamos aún en la cámara del Consejo, irrumpieron en ella

un grupo de guerreros hormads llevando con ellos un prisionero, un gigantesco hombre rojo de aspecto fanfarrón, con el cuerpo marcado por diversas cicatrices de guerrero, y cuyo rostro burlón y paso altivo y arrogante mostraban un desafío deliberado hacia sus captores y hacia los siete jeds. Era un hombre muy fuerte, y pese a los esfuerzos de quienes le llevaban, les arrastró materialmente hasta el mismo pie del estrado, lugar donde finalmente consiguieron detenerle.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó uno de los jeds.

—Soy Gantur Gur, el Asesino de Amhor —replicó el mismo cautivo con fuerte vozarrón—. Devolvedme mi espada, apestosos ulsios, y os mostraré lo que un verdadero hombre de armas puede hacer con esas monstruosidades deformes que os sirven, y también con vosotros mismos. Me han capturado con redes, y eso no es forma decente de apresar a un guerrero.

—¡Silencio! —ordenó el jed, pálido de rabia por haber sido comparado con una rata, que tal es el ulsio en Barsoom.

—¿Silencio? —gritó Gantun Gur—. ¡Por mi primer antepasado, que todavía tiene que nacer quien obligue a callar a Gantun Gur! Baja aquí, asqueroso gusano, intenta hacerme callar si puedes...

—¡Llévadle fuera de aquí ahora mismo! —estalló el jed—. Entregádselo a Ras Thavas y decidle que le quite el cerebro y que lo queme. Con el cuerpo puede hacer lo que le parezca bien.

Gantun Gur luchó como un demonio, derribando hormads a derecha e izquierda, y únicamente pudieron dominarlo haciendo de nuevo uso de las redes. Sólo después de que éstas lo sujetasen, vomitando juramentos e insultos, pudo el Asesino de Amhor ser arrastrado fuera de la sala, en dirección al laboratorio.

Zanjado el incidente, los jeds tardaron poco en finalizar la selección de los hormads. Separados los escogidos para las guardias, condujimos el resto fuera de la cámara del Consejo, donde otros oficiales les recibieron para asignarles aquellas tareas que parecieran convenientes para ellos. A continuación regresé con los demás oficiales al edificio, sin haber tenido ocasión de ver a Janai ni de saber nada sobre ella. Me sentía terriblemente defraudado y desesperado.

Encontré a Ras Thavas en su pequeño estudio privado. Junto a él estaba John Carter y un hormad relativamente bien formado, que estaba de espalda a la puerta cuando yo entré por ella. Pero en cuanto oyó mi voz, el hormad se volvió y me llamó por mi nombre; se trataba de Tor-dur-bar, cuyo cuerpo había ya crecido.

Y no podía decirse que fuera un mal cuerpo. Un brazo era ligeramente más largo que el otro, el torso estaba fuera de proporción con las cortas piernas, y tenía seis dedos en un pie y un pulgar extra en la mano izquierda; pero no dejaba de ser un bello espécimen para el baremo de un hormad.

—¡Bueno, aquí me tienes otra vez completo! —exclamó, con una amplia sonrisa

partiendo en dos su horrible rostro—. ¿Qué te parezco?

—Estoy encantado de que seas mi amigo —dije—. Creo que ese nuevo cuerpo tuyo debe ser muy fuerte; parece espléndidamente musculado.

—Y realmente lo es. Me hubiera gustado, sin embargo, tener un cuerpo como el tuyo—dijo Tor-dur-bar—. Precisamente estaba hablando ahora mismo con Ras Thavas sobre el particular, y me había prometido dármelo en cuanto le fuera posible. No tu mismo cuerpo, desde luego, sino uno similar.

Instantáneamente me acordé de Gantun Gur, el Asesino de Amhor, y de la condena que había sido pronunciada por los jeds contra él.

—Pienso que hay un buen cuerpo a tu disposición en el laboratorio — dije, y resalté la historia de Gantun Gur—. Ahora todo depende de Ras Thavas; el jed dijo que podías hacer con el cuerpo lo que te pareciera más oportuno.

—Bueno, echaré un vistazo a ese cuerpo —dijo el Cerebro Supremo de Marte, y abrió la marcha hacia la sala donde las nuevas víctimas aguardaban sus decisiones.

Encontramos a Gantun Gur cuidadosamente atado y vigilado por una escolta de soldados. Cuando nos acercamos a él comenzó a vociferar e injuriar, insultándonos indiscriminadamente a los tres; parecía estar en disposición especialmente mala. Ras Thavas le contempló en silencio por un instante, y luego despidió a los oficiales y guerreros que le guardaban.

—Nos ocuparemos de él —dijo—. Informad al Consejo de los Siete Jeds que su cerebro será incinerado, y su cuerpo dedicado a un buen uso.

Ante esto, Gantun Gur estalló en tales vociferaciones que pensé si no se habría vuelto loco, y probablemente así era. Sus dientes rechinaban, y su boca echaba espumarajos, mientras dirigía a Ras Thavas los más terribles insultos.

El cirujano se volvió hacia Tor-dur-bar.

—¿Puedes transportarle? —le preguntó.

Por toda respuesta, el hormad cogió al furioso hombre rojo tan fácilmente como si careciera de peso, y se lo echó a la espalda. Decididamente, el nuevo cuerpo de Tor-dur-bar no carecía de fuerza.

Ras Thavas nos condujo a su estudio privado y luego, a través de una pequeña puerta, hasta una sala que yo no había visto nunca antes. Había allí dos mesas separadas unos centímetros entre sí, y cuyas superficies estaban hechas de sólida y brillante ersita pulimentada. En uno de los extremos de las mesas había un estante con cuatro recipientes de vidrio, dos de ellos vacíos y los otros dos llenos de un líquido claro e incoloro parecido al agua. Debajo de cada mesa había un pequeño motor, y podían verse también por doquier numerosos instrumentos de cirugía cuidadosamente alineados, varios recipientes conteniendo líquidos coloreados, y toda la parafernalia propia de un hospital o un laboratorio, sobre cuyo uso, siendo yo un simple guerrero, poco podía conocer.

Ras Thavas ordenó a Tor-dur-bar que depositara su carga humana sobre una de las mesas.

—Y tiéndete tú mismo en la otra —le dijo.

—¿Vas a hacerlo realmente? —se regocijó el hormad—. ¿Vas a darme ese magnífico cuerpo y esa hermosa cara?

—Bueno, yo no lo definiría como particularmente hermoso —respondió Ras Thavas con una suave sonrisa.

—¡Oh, el cuerpo y la cara son maravillosos! —exclamó Tor-dur-bar—: Seré tu esclavo para siempre si haces eso por mí.

Aunque Gantun Gur estaba fuertemente atado, el cirujano hizo que John Carter y yo mismo lo sujetáramos fuertemente, mientras él practicaba dos incisiones en su cuerpo, la primera en una gran vena y la otra en una arteria. Aplicó luego a dichas incisiones sendos tubos, el primero conectado con un recipiente de cristal vacío, y el segundo con otro lleno de aquel líquido incoloro. Una vez hecho esto, puso en funcionamiento el motor situado bajo la mesa, y la sangre de Gantun Gur fue bombeada al recipiente vacío, al tiempo que el contenido del otro pasaba a su sistema circulatorio. Desde luego el Asesino de Amhor perdió el conocimiento apenas puesto en marcha el motor, y confieso que no pude evitar un suspiro de alivio al dejar de oír sus insultos y maldiciones. Cuando toda su sangre estuvo reemplazada por el líquido incoloro, Ras Thavas retiró los tubos y cerró las incisiones hechas en su cuerpo con apósitos de material adhesivo; luego se volvió hacia Tor-dur-bar.

—¿En verdad quieres ser un hombre rojo? —le preguntó.

—Quiero probar —replicó el hormad.

Ras Thavas repitió en él la operación que antes llevara a cabo con Gantun Gur; roció luego ambos cuerpos con un poderoso antiséptico, y a continuación hizo otro tanto consigo mismo, prestando especial atención a la desinfección de sus manos. Acto seguido, seleccionó un afilado cuchillo de entre los instrumentos quirúrgicos, y con él cortó hábilmente el cuero cabelludo de los dos seres, siguiendo una línea alrededor de las cabezas.

Una vez efectuados tales preparativos, inició la operación propiamente dicha cortando con toda precisión la parte superior de ambos cráneos con una pequeña sierra circular acoplada en el extremo de un largo mango, siguiendo la misma línea en la que antes había cortado el cuero cabelludo.

Lo que presenciamos a continuación fue una larga y maravillosa muestra de habilidad quirúrgica. Al cabo de cuatro horas, había transplantado el cerebro de Tor-dur-bar a la cavidad craneal del que había sido el Asesino de Amhor, conectando cuidadosamente todos los nervios y ganglios, y vuelto a colocar la tapa craneal. Esta última fue sujeta con un material adhesivo que no solamente era antiséptico y cicatrizante, sino también localmente anestésico.

Ras Thavas recalentó por último la sangre que había quitado del cuerpo de Gantun Gur, añadió unas gotas de una solución química, y la bombeó de nuevo a las venas y arterias de donde había salido, extrayendo al hacerlo el líquido incoloro sustitutivo. Para terminar, le administró una inyección hipodérmica.

—Dentro de una hora —dijo—, Tor-dur-bar volverá a la vida dentro de un nuevo cuerpo.

Fue mientras contemplaba aquella increíble operación cuando un loco plan se insinuó en mi mente, un plan que podía permitirme ayudar a Janai o, por lo menos, averiguar la suerte que había corrido. Me dirigí hacia Ras Thavas.

—¿Podrías devolver el cerebro de Gantun Gur a su cabeza, si lo desearas? —le pregunté.

—Desde luego.

—¿O ponerla dentro del cráneo vacío de Tor-dur-bar?

—Ciertamente.

—¿Y cuánto tiempo puede conservarse un cuerpo privado de cerebro?

—El líquido que me habéis visto inyectar en el sistema circulatorio en este cuerpo es capaz de conservarlo indefinidamente. ¿Pero dónde quieres ir a parar con esas preguntas?

—Quiero que transfieras mi cerebro al antiguo cuerpo de Tor-dur-bar —dije llanamente.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó John Carter.

—No. Bueno, quizá un poco, si es que el amor es una especie de locura. Como hormad podré ser enviado al Consejo de los Siete Jeds, y quizá elegido para servir a uno de ellos. Estoy casi seguro de ser elegido porque sé las respuestas que debo dar a sus preguntas. Una vez en el palacio tendré oportunidad de descubrir lo que ha ocurrido a Janai, incluso quizá de rescatarla. Cuando vuelva aquí, triunfante o fracasado, Ras Thavas podrá devolver mi cerebro a mi cuerpo. ¿Harás eso por mí, Ras Thavas?

El cirujano, desconcertado, dirigió una mirada interrogativa a John Carter.

—No tengo ningún derecho a hacer objeciones —dijo el Señor de la Guerra—. El cerebro y el cuerpo de Vor Daj son de su exclusiva pertenencia.

—Muy bien —decidió Ras Thavas \Ayúdame a sacar de su mesa al nuevo Tor-dur-bar, y luego túbate sobre ella, Vor Daj.

CAPÍTULO IX



De hombre a hormad

Cuando recuperé el sentido, la primera imagen que vieron mis ojos fue la de mi propio cuerpo sobre la vecina mesa, a escasos centímetros de mí. Es ciertamente una espantosa experiencia poder contemplar el cadáver de uno mismo; pero cuando pude incorporarme y echar una ojeada a mi nuevo cuerpo, la cosa fue todavía peor. Ciertamente me había ya imaginado anticipadamente lo desagradable que podría ser convertirse en un normad de cuerpo mal formado y rostro odioso, pero ahora sentí un escalofrío al reconocer mi nuevo cuerpo con las manos. ¿Y si algo le ocurría a Ras Thavas? Aquel pensamiento me dejó completamente bañado de sudor.

John Carter y el propio cirujano estaban junto a mí, contemplándome con interés.

—¿Como te sientes? —preguntó el segundo—. No tienes muy buen aspecto.

Con toda franqueza le conté la idea que se me había ocurrido. Él se limitó a encogerse de hombros.

—Bueno, sería una mala cosa para ti —dijo—, pero hay otro hombre que probablemente sería entonces el único en poder solucionar tu problema, en el caso de que yo desapareciera. Sin embargo no creo que pudiera entrar en Morbus, al menos mientras los hormads manden aquí.

—¿Y quién es ese hombre? —pregunté.

—Vad Varo, actualmente Príncipe de Duhor. Su verdadero nombre es Ulysses Paxton de Jasoom, y fue asistente mío en mi laboratorio de Toonol. Fue precisamente él quien transplantó mi cerebro a este cuerpo joven que poseo ahora.

«Pero no debes preocuparte. He vivido durante mil años, y los hormads me necesitan. No hay razón para que no viva otros mil años con este cuerpo, y cuando el plazo vaya acercándose a su término tendré ocasión de sobra para entrenar otro asistente para que me transfiera a un nuevo cuerpo. Me propongo, por si no lo sabes, vivir eternamente».

—Espero que así sea —dije.

Justamente en aquel momento descubrí el cuerpo del Asesino de Amhon tumbado aún en el suelo.

—¿Qué le ha ocurrido a Tor-dur-bar? —pregunté—. ¿Es posible que yo haya despertado antes que él?

—Le he mantenido bajo anestesia —dijo Ras Thavas—. John Carter y yo hemos decidido que lo mejor es que nadie, fuera de nosotros tres, sepa que tu cerebro ha sido transplantado al cuerpo de un hormad.

—Tenéis mucha razón —asentí—. Dejemos que todo el mundo crea que soy un verdadero hormad.

—Llevaremos a Tor-dur-bar a mi estudio, y allí volverá a la vida. Pero cuando ello suceda, tú deberás estar fuera de su vista. Ve al laboratorio y ayuda a los nuevos hormads a salir de los tanques. Di al oficial que yo te envío.

—Pero si Tor-dur-bar me ve casualmente más tarde, reconocerá su antiguo cuerpo.

—No lo creo. No ha visto su rostro lo suficiente como para que le sea excesivamente familiar; apenas hay espejos en Morbus. Y en cuanto al cuerpo, recuerda que también para él era de muy reciente adquisición, de modo que no lo reconocerá tampoco. Si lo hace... en fin, ya veremos lo que hacemos.

Los siguientes días no fueron muy agradables para mí. Era un hormad. Me codeaba con otros hormads, y me alimentaba con comida de hormads, aquel odioso tejido animal crudo. Ras Thavas me proporcionó un arma y con ella hube de desmembrar aquellas horribles caricaturas de humanidad que brotaban de sus abominables tanques y eran demasiado mal formadas para ser utilizadas como guerreros.

Un día me encontré con Teo-aytan-ov, con quien había volado en el malagor que me trajo a Morbus. Para mi disgusto, reconoció al punto mi nuevo rostro y se dirigió hacia mí.

—¡Kaor, Tor-dur-bar! —me saludó—. Veo que tienes un nuevo cuerpo. ¿Sabes lo que ha sido de mi amigo Vor Daj?

—Lo ignoro —dije—. Quizás haya ido a parar a los tanques. Precisamente recuerdo que me hablo de ti la última vez que nos vimos, antes de que perdiera su pista, deseaba que tú y yo fuéramos amigos.

—Bueno ¿por qué no? —asintió Tao-aytan-ov.

—Por mí parte creo que es una excelente idea —dije, puesto que necesitaba todos los amigos que pudiera conseguir—. ¿A qué te dedicas ahora?

—Soy miembro de la guardia personal del Tercer Jed —me contesto con orgullo—. Habitualmente vivo en el palacio.

—Eso está muy bien,— lije—. Supongo que estarás enterado de todo lo que ocurre allí.

—Bueno, todos llevamos una vida muy agradable. A veces pienso cuánto me gustaría ser uno de los jeds. Aunque solo fuera por tener un cuerpo como los suyos...

—Yo me preguntaba qué habría sido de la muchacha que llevamos al palacio junto con nuestro amigo Vor Daj —aventuré.

—¿Qué muchacha?

—Creo que se llamaba Janai o algo por el estilo.

¡Ah, sí, Janai! Todavía está allí. Dos de los jeds la quieren para ellos, pero los otros no quieren dársela. Han efectuado ya varias votaciones sobre ese particular, y nunca han llegado a un acuerdo. Yo creo que todos ellos la quieren para sí. Después de todo, es la mujer más hermosa que hemos capturado en mucho tiempo.

—Así que, de momento, está a salvo ¿no? —pregunté.

—Depende de lo que tú consideras estar a salvo. En mi opinión lo estaría más si fuera conseguida por alguno de los jeds que la desean. Tendría todo lo que quisiera, y no estaría constantemente en peligro de ser arrojada a los tanques de Ras Thavas ¿Pero por qué te interesas tanto por ella? —su rostro se deformó en una desagradable sonrisa—. ¿Quizás es que la quieres para ti?

Sin duda se hubiera sorprendido de haber sabido hasta qué punto había acertado en lo que consideraba una broma grosera.

—¿Y cómo te va a ti en tu calidad de miembro de la guardia de un jed? —Me apresuré a cambiar de conversación.

—Pues muy bien. Te tratan estupendamente, tienes comida en abundancia y un sitio limpio donde dormir, y no creas que se trabaja demasiado, además tienes libertad casi absoluta. Si lo deseara, podría pasearme por toda la isla de Morbus, con excepción de los aposentos privados de los jeds, en tanto que a ti te está prohibido abandonar el laboratorio. Tocó una medalla que colgaba de su cuello—. Ahí la tienes, ésta es la insignia que me da tanta libertad; significa que estoy al servicio del Tercer Jed. Nadie se arriesgaría a interponerse en mi camino, soy una persona muy importante. ¡Ah, Tor-dur-bar, qué triste debe sentirse quien tan sólo sea un trozo de tejido animal andante y parlante, como tú!

—Es muy agradable tener un amigo tan importante —dije, ignorando su arrogancia—. Especialmente uno capaz de ayudarme en lo que pueda...

—¿Ayudarte en qué forma? —preguntó.

—Bueno, sé que los jeds están continuamente buscando buenos guerreros para sustituir a lo que son desmembrados en las luchas. Si yo fuera elegido para la guardia del Tercer Jed, juntos podríamos hacer grandes cosas. De modo que, en el caso de que me presentaras ante el consejo para ser examinado, podrías decir alguna palabrita cuando pregunten si alguien me conoce.

Durante un minuto Tee-aytan-ov me examinó con ojos críticos.

—¿Y por qué no? —dijo finalmente—. Pareces muy fuerte, y a veces, cuando los miembros de dos guardias luchan entre sí, es conveniente tener al lado un amigo dotado de fuerza. Sí, te ayudaré en lo que pueda. Algunas veces el jed nos pregunta si conocemos entre nuestros antiguos compañeros algún guerrero hábil y fuerte que además sea inteligente y, si se da el caso, le llaman para examinarle. Desde luego yo

no aseguraría que tienes mucha inteligencia, pero creo que serías admitido por ser tan fuerte. ¿Tienes idea de hasta que punto lo eres?

No pude responderle con exactitud. Sabía que debía ser bastante fuerte por la facilidad con que cargaba los cuerpos, pero de todas formas respondí:

—Realmente no lo sé.

—¿Podrías levantarme en alto? —preguntó—. Como puedes ver, soy una persona bastante pesada.

—Puedo intentarlo —accedí.

Lo agarré fuertemente y lo separé del suelo con gran facilidad. En realidad casi me pareció que carecía de peso, de modo que se me ocurrió comprobar si podía levantarlo por encima de mi cabeza. Y tuve un éxito mayor de lo que él o yo esperábamos, ya que su cuerpo fue proyectado por los aires casi hasta el techo de la sala, y apenas si tuvo tiempo de recogerlo de nuevo cuando caía a plomo.

Apenas se vio seguro sobre sus pies, me contemplo con asombro.

—¡Eres la persona más fuerte de Morbus! —dijo—. Nunca había visto a nadie tan fuerte como tú. Desde luego que hablaré al Tercer Jed acerca de ti.

Todavía con expresión estupefacta, se alejó de allí, dejándome lleno de esperanza. Hasta el momento había esperado que algún día Ras Thavas lograra incluirme en un grupo de hormads enviados para ser examinados por los jeds, pero como las filas de los guardias personales eran cubiertas a menudo con seres procedentes del campo, más allá de los muros de la ciudad; pensaba que debería esperar mucho tiempo antes de tener dicha oportunidad.

Ras Thavas me había destinado como sirviente personal de John Carter, de manera que no nos habíamos separado; y como ambos trabajábamos habitualmente para Ras Thavas, los tres estábamos constantemente en contacto. En presencia de otros, se me trataba como a cualquiera otro hormad, como a un sirviente torpe e ignorante; pero cuando estábamos solos me aceptaban desde luego como a un igual. También ellos se maravillaban de mi fuerza, que en realidad no era sino un accidente en el crecimiento corporal del verdadero Tor-dur-bar. Estaba seguro que, más de una vez, Ras Thavas estuvo tentado de despedazarme y arrojar mis fragmentos a un tanque de regeneración con la esperanza de producir una nueva serie de hormads superpoderosos.

John Carter es una de las personas más humanas que nunca he conocido. Un gran hombre en cualquier sentido de la expresión, como estadista y como soldado; además, quizás el mejor espadachín viviente de Barsoom, feroz y terrible en el combate, pero modesto y agradable en cualquier otra circunstancia, y poseedor en todo instante de un gran sentido del humor. Cuando nos hallábamos solos solía bromear conmigo acerca de mi recién adquirida «hermosura», de forma que ambos acabamos riendo a carcajadas, aunque ciertamente mi aspecto más podía inspirar

horror que alegría. Aquel torso inmenso en equilibrio sobre dos cortas piernas, aquel brazo derecho colgando hasta más abajo de las rodillas, mientras que izquierdo apenas si me llegaba a la cintura... todo estaba grotescamente fuera de proporción.

—Pero tu cara es, desde luego, el mayor de tus atractivos —me decía el Señor de la Guerra, tras contemplarme largamente—. Me gustaría llevarte a Helium en tu cuerpo actual. Bastaría decir «Aquí está el noble Vor Daj, padwar de la guardia del Señor de la Guerra» y todas las mujeres caerían a tus pies.

Efectivamente, mi rostro era como para llamar la atención. Ni siquiera una sola de sus facciones estaba colocada donde debía, y todas aparecían por completo desproporcionadas, mi ojo derecho parecía haber emigrado hacia arriba, situándose cerca de la línea del pelo y siendo el doble de grande que el izquierdo; por su parte, éste se hallaba sólo a unos milímetros de la oreja del mismo lado. Mi boca nacía casi en la barbilla, y luego seguía con una pendiente de alrededor de 45 grados hasta un lugar por debajo de mi alejado ojo izquierdo. Mi nariz apenas era algo más que un botón, y ocupaba el lugar del que mi pequeño ojo izquierdo parecía haber desertado. Una de mis orejas era un brote pequeño y retorcido, mientras que la otra se mostraba como una masa peduncular que colgaba a lo largo de la mejilla correspondiente. Todo ello me hacía creer que la simetría de los humanos normales pudiera no ser una simple cuestión de accidente, tal como sostenía Ras Thavas.

En lo que se refiere al primitivo Tor-dur-bar, ahora en su nuevo cuerpo, había solicitado tener un nombre en vez de un número, de modo que Ras Thavas y John Carter le habían bautizado con el de Tun Gan, una aproximada transposición del primer nombre de Gantun Gur. Después de que dije, al respecto de la conversación de Tee-aytan-ov, que éste se había dirigido a mí como Tor-dur-bar, a Ras Thavas se le ocurrió decirle a Tun Gan que había injertado el cerebro de un nuevo hormad en su viejo cuerpo, y así lo hizo a la primera oportunidad.

Poco después me encontré con Tun Gan en uno de los corredores del laboratorio. Me miró fijamente por un instante, y luego me detuvo.

—¿Cuál es tu nombre?

—Tor-dur-bar —le respondí.

Se estremeció visiblemente.

—¿Te has dado cuenta del aspecto tan horrible que tienes? —preguntó, y luego continuó, antes de que pudiera replicar—. Apártate de mi camino si no quieres ir a parar al incinerador o a los tanques de cultivo.

Cuando conté lo ocurrido a Ras Thavas y a John Carter, ambos rieron de buena gana. Realmente era bueno poder reír de vez en cuando, máxime teniendo en cuenta que en la situación en que nos encontrábamos no existían muchas ocasiones de diversión. Yo mismo estaba preocupado por Janai, y también por las posibilidades que tendría de verme de nuevo en mi antiguo cuerpo; Ras Thavas sentía el fastidio de

no haber podido recuperar su laboratorio de Toonol y vengarse por sí mismo de Vobis Kan, el jeddak; y John Carter, según yo podía advertir, no dejaba de pensar en la situación en que se encontraba su princesa.

Estábamos hablando en el estudio privado de Ras Thavas cuando nos fue anunciada la visita de un oficial de palacio, y en el acto, sin esperar a ser invitado, el sujeto irrumpió en la estancia.

—Vengo por un hormad que se llama Tor-dur-bar —dijo—.Entregádmelo inmediatamente; es una orden del Consejo de los Siete Jeds.

Era un individuo hosco y arrogante, sin duda uno de los cautivos de raza roja en quienes se había implantado cerebro de hormad. Ras Thavas se encogió de hombros y me señaló.

—Ese es Tor-dur-bar —dijo simplemente.

CAPÍTULO X



Me reúno con Janai

Otros siete hormads estaban alineados junto conmigo, ante el estrado sobre el que se sentaban los siete jeds; y comprobé que yo era, sin duda ninguna, el más feo de todos.

Nos hicieron muchas preguntas, en una especie de test de inteligencia destinado a seleccionar aquellos hormads dignos de servir en aquel selecto cuerpo de monstruosos guardias. Pero hube de aprender que también era necesario alguna apariencia física, pues uno de los jeds me echó una ojeada y luego me rechazó con un gesto.

—No queremos en nuestros cuerpos de guardia criaturas tan espantosas —dijo.

Paseé mi mirada por los otros hormads que estaban en la sala, y francamente no encontré mucho que escoger entre ellos y yo; todos éramos unos monstruos como para producir pesadillas. ¿Qué diferencia podía haber en que yo fuese un poco más feo? Pero por descontado, no había nada que yo pudiera hacer, de manera que, desalentado me aparté de la fila.

Rechazaron a cinco de los siete hormads restantes, y aceptaron a los otros dos, aunque tanto uno como el otro hubieran podido ganar fácilmente un concurso de imbecilidad.

Fue entonces cuando el Tercer Jed se dirigió a un oficial.

—¿Cuál de ellos es el hormad que he mandado venir? —preguntó—. ¿Cuál de ellos es Tor-dur-bar?

—Yo soy Tor-dur-bar —dije.

—Ven aquí —ordenó El Tercer Jed, y de nuevo subí los peldaños del estrado.

—Uno de mis guardias me ha dicho que eres la persona más fuerte de Morbus —continuó el Tercer Jed—. ¿Es cierto eso?

—No lo sé —respondí—. Desde luego, soy muy fuerte.

—Dice que puedes lanzar un hombre hasta el techo, y luego recogerlo cuando cae. Muéstrame cómo lo haces.

En el acto agarré a uno de los hormads rechazados y lo lancé por los aires lo más arriba que pude. Y entonces supe que no conocía mi propia fuerza, pues la pobre criatura se estrelló contra el techo con un sonoro golpe, y cuando cayó de nuevo a mis

brazos estaba inconsciente y sangrando. Los siete jeds y el resto de los presentes en la sala me miraron con estupefacción.

—Puede que no sea demasiado hermoso —dijo el Tercer Jed—, pero le quiero en mi guardia.

—El jed que antes me había rechazado tuvo algo que objetar.

Los guardias deben ser inteligentes —dijo—, y esta criatura, a juzgar por su aspecto, no puede tener ni una onza de cerebro dentro de lo que le sirve de cabeza.

—Vamos a verlo —dijo otro jed.

Tras de lo que todos empezaron a hacerme preguntas. Desde luego se trataba de cuestiones muy simples, que el más ignorante de los hombres rojos hubiera podido responder con gran facilidad, ya que quienes preguntaban tenían tan solo cerebro y experiencia de hormads.

—Pues es muy inteligente —dijo el Tercer Jed—. Ha respondido fácilmente a todas nuestras preguntas. Insisto en quedarme con él.

—Lo echaremos a suerte entre nosotros —intervino el Primer Jed.

—No haremos nada de eso —tronó entonces el Tercer Jed, enfadado—. Me pertenece a mí. ¿Acaso no he sido yo quien le ha mandado venir? Ninguno de vosotros había siquiera oído hablar de él.

—Votemos sobre ello —propuso el Cuarto Jed.

El Quinto Jed, que era el que me había rechazado al principio, no decía nada. Quizás pensaba que yo le había hecho pasar por tonto al probar ser una mercancía tan deseable que varios jeds se me disputaban.

—Vamos —invitó el séptimo Jed—, empecemos la votación para decidir si se lo entregamos al Tercer Jed o le echamos a suertes entre nosotros.

—Bueno, pero será una pérdida de tiempo —intervino el Tercer Jed—, puesto que de una manera u otra, yo me quedaré con él.

Se trataba de un hombre muy grande, más robusto que cualquiera de sus colegas.

—¡Siempre estás creándonos problemas! —se quejó el Primer Jed.

—Sois vosotros quienes creáis problemas —rebatí el Tercer Jed—, al intentar privarme de lo que legítimamente me pertenece.

—El Tercer Jed tiene razón —apoyó de pronto el Segundo Jed—. Ninguno de nosotros se había interesado por ese hormad. Incluso se le había rechazado, antes de que el Tercer Jed probara que podía ser un guardia muy conveniente.

Discutieron todavía durante algún tiempo, pero finalmente el Tercer Jed se salió con la suya, y yo tuve un nuevo amo. Para empezar me puso a cargo de uno de sus propios oficiales, a fin de que me iniciara en los deberes de un guardia en el palacio de los siete jeds de Morbus.

El oficial me condujo por un largo pasillo hasta llegar a una sala bastante grande donde se encontraban muchos otros guerreros hormads. Tee-aytan-ov estaba entre

ellos, y no perdió tiempo para empezar por presumir de haberme introducido en el cuerpo de guardias.

Una de las primeras cosas que me enseñaron fue que debía luchar, y si era preciso morir, en defensa de la persona del Tercer Jed. Me colgaron del cuello la insignia de los guardias, y luego el oficial se dispuso a entrenarme en el manejo de la espada larga. Debí fingir entonces una cierta torpeza, para que mi instructor no llegara a sospechar que estaba mucho más familiarizado con aquella arma que él mismo; pero de todas formas me cumplimentó por mi habilidad, y dijo que a partir de ahora se ocuparía diariamente de entrenarme.

Mis camaradas de la guardia resultaron ser un estúpido y egoísta lote de cretinos. Se mostraban envidiosos entre sí, y también de los siete jeds, que, después de todo, no eran sino otros hormads como ellos, con cuerpo de hombres rojos. Pude descubrir que tan sólo el miedo les tenía a raya, pero que todos tenían la suficiente inteligencia como para estar descontentos de su vida y envidiar a los oficiales y a los jeds, quienes tenían poder y autoridad; ciertamente el terreno estaba abonado para el motín y la rebelión. Podía sentirse, a poco instinto que se tuviera, una ahogada subcorriente de descontento, mitigada por el miedo a los espías e informadores que pudieran deslizarse entre ellos, y que les impedía expresar sus sentimientos en voz alta.

Por mi parte, desde luego, la única desesperación era el retraso del momento en el que podría volver a ver a Janai. No me atrevía a preguntar sobre ella, lo que hubiera podido levantar sospechas, y por tanto decidí familiarizarme poco a poco con el paleta hasta conseguir averiguar dónde se hallaba recluida.

El día siguiente al de mi llegada tuve ocasión de formar parte de un destacamento enviado mas allá de las murallas, para patrullar por las sucias aldeas de los hormads comunes, pude ver allí a millares de criaturas monstruosas, adustas y estúpidas, sin más diversión ni objeto en la vida que comer y dormir, y justo la inteligencia necesaria para abominar de aquel estado de cosas. Ciertamente un gran número de ellos carecían prácticamente de cerebro y no tenían más imaginación que la que pudieran tener las bestias; tan sólo éstos estaban contentos.

Pude leer el odio y la envidia en las miradas que muchos de aquellos seres nos dirigían a nosotros y a nuestros oficiales, y había siempre un murmullo poco afectuoso que seguía nuestros pasos como el silbido del viento en la estela de un vehículo aéreo. Llegué a la conclusión de que los siete jeds de Morbus iban a encontrar muchos obstáculos en sus grandiosos planes de conquistar el mundo por medio de aquellas criaturas, y que el mayor de ellos serían sin duda las criaturas mismas.

En días sucesivos tuve ocasión de explorar el palacio hasta conocerlo relativamente bien, y cada vez que tenía un período de tiempo libre lo empleaba en la busca sistemática de Janai. Procuraba moverme siempre con paso vivo, como si

estuviera desempeñando alguna tarea importante, de forma que ningún oficial u hormad de los que se cruzaron conmigo me concedió nunca la menor atención.

Un día, sin embargo, cuando llegaba al principio de un pasillo, un hormad salió de pronto por una de las puertas del mismo y me cerró el paso.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¿No sabes que éstos son los alojamientos de las mujeres, y que nadie puede permanecer aquí excepto aquellos que las guardan?

—¿Eres tú, acaso, uno de sus guardianes? —inquirí.

—Sí, y ahora que lo sabes, márchate y no vuelvas nunca más. —Debe ser un puesto muy importante, el de guardián de las mujeres —dije.

Mi interlocutor se creció visiblemente.

—Desde luego que lo es. Solamente los más valerosos guerreros son escogidos.

—Y supongo que esas mujeres serán todas muy hermosas.

—Mucho.

—¡Ah, que envidia siento por ti! —exclamé—. ¡Cómo me gustaría ser yo también un guardián! Tendría ocasión de ver esas bellas mujeres tanto como me apeteciera. Jamás en mi vida he visto una. ¡Debe ser maravilloso poder mirarlas!

—Bueno —se ablandó el guardián—. Quizás no haya ningún mal en que les eches una pequeña ojeada. Pareces ser un sujeto muy inteligente ¿Cómo te llamas?

—Soy Tor-dur-bar —dije—. De la guardia del tercer Jed.

—¿Cómo? ¿Eres tú Tor-dur-bar, el hombre más fuerte de Morbus? — se asombró.

—Sí, ese soy yo.

—He oído hablar de ti. Se comenta mucho acerca de tu fuerza, y como arrojaste a un hormad contra el techo de la Sala del Consejo, tan fuerte que quedó listo para los tanques de cultivo. Será para mí un honor permitirte echar una mirada a las mujeres, siempre que me prometas no decírselo a nadie.

—Desde luego que no —le aseguré.

Avanzó hacia una puerta al final del pasillo, abriéndola cuando llegó a ella. Al otro lado había una gran sala ocupada por varias mujeres y algunos hormads asexuados que eran evidentemente su servidores.

—Puedes entrar —dijo mi compañero—. Todos pensarán que eres otro guardián.

Penetré en la sala, mirando afanosamente a mi alrededor; y de pronto el corazón me saltó en el pecho, porque en el fondo de la habitación estaba Janai. Olvidándome de todo, avancé hacia ella. Olvidé al guardián, olvidé que yo no era sino un odioso monstruo, olvidé todo, excepto que allí estaba la mujer a quien amaba, y que yo estaba allí también.

El guardián corrió tras de mí y colocó una mano en mi espalda.

—¡Eh! —exclamó—. ¿Qué haces?

Tan sólo entonces volví a la realidad.

—Me gustaría verlas de cerca —dije—. Quisiera averiguar lo que los jeds ven en esas mujeres.

—Bueno, pues ya las has visto bastante. Tampoco yo estoy muy seguro de lo que ven en ellas. Vamos, tienes que marcharte.

Pero en aquel mismo instante la puerta por la que habíamos entrado volvió abrirse, y el Tercer Jed irrumpió en la estancia. El guardián desorbitó los ojos, lleno de terror.

—¡Rápido! jadeó—. ¡Mézclate con los sirvientes! Finge ser uno de ellos, y quizá no se fije en ti.

Avancé rápidamente hacia Janai, y me arrodillé ante ella.

—¿Qué estás haciendo aquí, hormad? —me preguntó—. Tú no eres uno de nuestros servidores.

—Tengo un mensaje para ti —susurré.

Le toqué la mano. No pude evitarlo, y apenas si logré resistir el tremendo deseo de tomarla entre mis brazos, pero ella se apartó de mí, con una expresión de disgusto en el rostro.

—¡No me toques, hormad! —dijo—. O tendré que llamar a un guardián.

Recordé entonces la clase de monstruo que yo era, y me mantuve a distancia de ella.

—No llames al guardián —supliqué—. Por lo menos hasta que oigas mi mensaje.

—No hay nadie aquí cuyo mensaje desee oír —dijo.

—Existe Vor Daj —le recordé—. ¿Acaso le has olvidado?

Esperé nervioso su reacción.

—¿Vor Daj? —exclamó ella con súbito interés—. ¿Es él quien te envía?

—Sí. Me ha dicho que te buscara por todas partes y que, si te encontraba, te dijera que está pensando día y noche un plan para sacarte de Morbus.

—No hay ninguna esperanza de ello —suspiró—. Pero cuando le veas dile que no me he olvidado de él, y que nunca lo haré. Pienso en él cada día, y ahora más aún, al saber que se acuerda de mí y que quiere ayudarme.

Estaba dispuesto a decirle mucho más; a decirle que Vor Daj la amaba, para ver si a ella le agradaba o no, pero en aquel mismo instante escuché una fuerte voz que preguntaba:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Me volví sobresaltado, pero pude comprobar que la pregunta no me había sido dirigida. En la puerta estaba el Primer Jed, que acababa de llegar, y ahora se enfrentaba inquisitorialmente con el Tercer Jed.

—He venido por mi esclava —respondió éste último—. ¿Tienes algo que oponer?

—Estas mujeres todavía no han sido distribuidas por el Consejo —opuso el otro—. No tienes ningún derecho sobre ellas. Si necesitas esclavas, encarga unas cuantas

hormads ¡Y ahora, fuera de aquí!

Por toda respuesta, el Tercer Jed atravesó la sala de un par de zancadas y agarró por el brazo a Janai.

—¡Ven conmigo, mujer! —ordenó, mientras la arrastraba tras de sí.

Pero el Primer Jed, enfurecido, desenvainó su espada y le cerró el paso. El acero del Tercer Jed salió también de su vaina, y los dos se enzarzaron en el acto en un furioso combate, dejando libre a Janai.

El duelo era una muestra de una esgrima pésima, pero los contendientes saltaban por toda la sala, lanzando terroríficos golpes en todas direcciones, de modo que los restantes ocupantes de la misma debieron ponerse apresuradamente en movimiento para no resultar heridos. Corrí a interponerme entre los duelistas y Janai, y de pronto me encontré, sin saber cómo, junto a la puerta de entrada, teniendo a la muchacha detrás de mí. La atención del guardián y de todos los demás estaba concentrada, desde luego, en los dos jeds combatientes..., y la puerta se hallaba a nuestro alcance.

Pensé que en ningún lugar estaría Janai en mayor peligro que allí, y tal vez nunca tuviera una nueva oportunidad de llegar a los apartamentos donde se la mantenía prisionera. Desde luego no tenía la menor idea de adónde iba a llevarla, pero lo primero era sacarla de allí. En el caso de que pudiera, de algún modo, llevarla al laboratorio, estaba seguro de que John Carter y Ras Thavas hallarían algún lugar donde ocultarla. De modo que, acercando mi feo rostro al suyo maravilloso, susurré:

—Ven conmigo.

Pero noté que ella retrocedía.

—Por favor, no tengas miedo de mí —supliqué—. Hago esto por Vor Daj, que es mi amigo. Estoy intentando ayudarte.

—Está bien —dijo finalmente, ahora sin ninguna vacilación.

Eché una mirada al interior del salón; nadie miraba hacia nosotros, ya que estaban todos pendientes del combate. Tomé la mano de Janai, y ambos nos deslizamos por la puerta hasta el pasillo.

CAPÍTULO XI



La guerra de los Siete Jeds

Ahora que estábamos fuera de la sala que había sido prisión de Janai, no tenía idea de qué haría con ella. La mera sospecha de que si alguien nos salía al paso podría ser nuestro final me angustiaba. Pregunté a la muchacha si conocía algún lugar donde pudiera ocultarse hasta que yo hallara una forma de hacerla salir del palacio, pero ella negó; tan sólo conocía la sala donde había estado confinada.

Avanzamos por el pasillo, confiando en la suerte. Pero cuando llegábamos a la rampa de acceso pude ver a dos oficiales que subían por ella. A nuestra izquierda había una puerta y, como no teníamos otra elección, la abrí e introduje dentro a Janai, siguiéndola inmediatamente.

Por fortuna la habitación del otro lado estaba vacía; se trataba evidentemente de un almacén, a juzgar por las cajas y los sacos amontonados junto a las paredes. Al final de la sala había una ventana y en una de las paredes laterales se abría otra puerta.

Aguardé hasta oír cómo los oficiales pasaban de largo por el corredor y luego me arriesgué a abrir la puerta lateral para ver a dónde conducía. Hallé otra habitación en el centro de la cual había una pila de pieles y sedas de dormir. Todo estaba cubierto de polvo; una clara indicación de que el cuarto no había sido ocupado desde hacía mucho tiempo. En un rincón acortinado podía verse un baño, y de unos ganchos sujetos a la pared colgaban los correaes típicos de un guerrero, con inclusión de las armas. El anterior ocupante de la habitación parecía haber dejado todo en espera de un pronto regreso; y en mi opinión debía tratarse de algún oficial enviado a una expedición en la que había perdido la vida, puesto que los correaes y las armas que dejó atrás eran los que un soldado emplea para desfiles y paseos.

—Hemos encontrado un lugar magnífico para esconderte —dije—. Cierra la puerta y asegúrala bien; ahí tienes el cerrojo. En cuanto pueda te traeré comida, y luego tan a menudo como me sea posible. Creo que, de momento, estarás a salvo.

—Quizás Vor Daj pueda venir a verme —sugirió ella—. No olvides decirle dónde estoy.

—Puedes estar segura de que, si puede venir, lo hará. Pero ten en cuenta que se encuentra en el edificio del laboratorio, y no creo que pueda salir de allí. ¿Te gustaría

realmente mucho que viniera a verte? —no pude evitar preguntarle.

—Desde luego que sí —afirmó ella.

—Le encantará saberlo. Pero hasta que no pueda venir aquí, yo me encargaré de ayudarte lo mejor que pueda.

—¿Por qué eres tan bondadoso conmigo? —preguntó Janai—. Pareces muy diferente a todos los demás hormads que he conocido.

—Soy amigo de Vor Daj —le expliqué—, y haría cualquier cosa por él y por ti ¿No me tienes miedo ya?

—No —negó ella—. Te lo tenía al principio, pero ya no.

—Pues no debes tenerlo nunca más. Haré todo lo que pueda por ayudarte, incluso si eso significa dar mi vida por ti.

—Te lo agradezco de veras, aunque no querría que ello fuera necesario —me sonrió ella.

—Algún día comprenderás, pero no ahora. De momento debo irme. Sé valiente y no pierdas nunca la esperanza.

—Adiós... ¡oh, ni siquiera conozco tu nombre!

—Me llamo Tor-dur-bar —dije.

—¡Ah, ahora me acuerdo de ti! —exclamó—. Te cortaron la cabeza en el combate en que Vor Daj y Dotar Sojat fueron capturados. Recuerdo que prometiste a Vor Daj que sería su amigo. Ahora tienes un nuevo cuerpo.

—Y me gustaría tener también una nueva cara —dije, simulando una sonrisa con mi odiosa boca.

—Yo creo que es bastante con que tengas un buen corazón, Tor-dur-bar —me respondió ella.

—Y para mí es bastante que tú pienses eso, Janai —contesté—. Y ahora, adiós.

Pero mientras cruzaba por la otra sala me fijé en los sacos y cajas amontonados y vi con alegría que contenían alimentos. Así pues, me reuní de nuevo con Janai llevándole la buena noticia, después de lo cual la dejé definitivamente para regresar al cuarto de los guardias.

Mis compañeros en la guardia del Tercer Jed no eran personajes demasiado interesantes. Como la mayoría de las gentes estúpidas, tan sólo sabían hablar de ellos mismos, y era unos grandes fanfarrones. Otro tema importante de su conversación era el de la comida, y podían pasar horas enteras hablando de las grandes cantidades de tejido animal que habían tragado en ésta o la otra ocasión. Cuando no había oficiales cerca, solían renegar fuertemente contra la autoridad de los jeds, pero siempre se mostraban temerosos de la posible presencia de espías o informadores. El premio para estos soplones consistía en promociones a empleos más cómodos y, desde luego, también grandes cantidades de tejidos animales para comer. Poco después de llegar yo a la sala de guardia, entró un oficial que nos ordenó coger nuestras armas y

acompañarle. Nos precedió hasta una amplia sala donde pudimos ver que se habían concentrado todos los efectivos militares del Tercer Jed. Se escuchaban gran cantidad de rumores y conversaciones, los oficiales aparecían inusualmente serios, y la atmósfera se sentía cargada de nerviosismo y aprensión.

Finalmente entró en la sala el Tercer Jed en persona, acompañado por sus cuatro principales dwar. Advertí que mostraba varias heridas apresuradamente vendadas y, al recordar el posible origen de tales marcas, me pregunté como habría quedado el Primer Jed.

El Tercer Jed ascendió a un pequeño estrado y se dirigió a nosotros:

—Me vais a acompañar todos al Consejo de los Siete Jeds —anunció—. Vuestra tarea será de protegerme, y en todo caso obedecer a lo que os ordenen mis oficiales. Si sois leales, recibiréis una ración extra de comida y muchos privilegios. He dicho.

Y así fue como nos pusimos en marcha hacia la Sala del Consejo que, al llegar nosotros, estaba ya casi repleta con los hormads armados de las guardias personales de los otros jeds. La atmósfera aparecía tensa y llena de excitación; incluso los estúpidos hormads parecían conscientes de ello.

Seis Jeds estaban sentados en lo alto del estrado y pude ver que el Primer Jed ostentaba también varios vendajes manchados de sangre. Únicamente el trono del Tercer Jed se hallaba vacío.

Nuestro jed avanzó decididamente hacia el estrado, pero en vez de ascender al mismo se detuvo ante él, enfrentándose a los otros seis. Su voz y su actitud eran truculentas cuando se dirigió a ellos.

—Habéis enviado guerreros para asesinarme —dijo—. Todos ellos han ido a parar a los tanques de cultivos. No hay nadie en Morbus con suficiente poder o autoridad como para arrestarme.

«Me he enterado, por otra parte, de que a alguno de entre vosotros le gustaría convertirse en jeddak y gobernar sobre el resto, y estoy seguro de que el Primer Jed es uno de quienes piensan así. Pues bien, ha llegado en efecto la hora de determinar quién es digno de ser jeddak, pues estoy de acuerdo en que siete hombres no pueden gobernar tan bien como uno sólo. Una autoridad dividida deja de ser autoridad.

—Estás bajo arresto —interrumpió el Primer Jed.

El Tercer Jed se le rió en la cara.

—Nos estás dando pruebas adicionales de que no mereces ser jeddak, puesto que tan sólo puedes dar órdenes, y no hacerlas cumplir.

El Primer Jed se volvió a su guardia personal y ordenó al dwar que la mandaba:

—¡Cogedle! ¡Traedme aquí a ese traidor vivo o muerto!

Los guerreros del Primer Jed se pusieron en movimiento hacia nosotros, abriéndose paso lentamente a través de los grupos apiñados de los demás guardias. De pronto, sin saber cómo, me encontré en la misma línea del frente, haciendo cara a

unos hormads para mí desconocidos.

Un enorme guerrero fue el primero en enfrentarse con nosotros; dio un paso hacia mí mientras descargaba un tremendo golpe con su espada. Pero era demasiado lento y torpe, y no tuve ninguna dificultad para echarme rápidamente a un lado y esquivarle. Tanto impulso había puesto aquel sujeto en el golpe que, al fallar, perdió el equilibrio y cayó prácticamente en mis brazos ¡Maravilloso! Le apresé en el aire y luego le arrojé a varios metros de distancia, justo en medio de un grupo de sus compañeros. Varios de ellos cayeron por tierra como muñecos, al recibir el impacto.

—¡Buen trabajo, Tor-dur-bar! —me gritó el Tercer Jed—. ¡Tendrás por esto toda la carne que puedas comer!

Un segundo guerrero se me enfrentó, tan sólo para ser arrojado al otro extremo de la sala. Sólo en ese momento estaba empezando a comprender yo mismo la enorme fuerza que poseía mi cuerpo. Incluso me parecía imposible que ninguna criatura pudiera ser tan fuerte.

Siguió una pequeña pausa, durante la cual el Tercer Jed consiguió hacerse oír de nuevo:

—¡Yo, el Tercer jed, me proclamo a mí mismo jeddak de Morbus! — tronó—. ¡Que todos los jeds que estén de acuerdo me rindan vasallaje!

Así lo hizo, y la situación pareció volverse contra el Tercer Jed, puesto que la sala estaba repleta de guerreros de las restantes guardias personales. Y también para nosotros las cosas iban a empezar a ponerse feas.

Al comprender que su vida estaba en peligro, el tercer jed reaccionó entonces lo mejor que pudo, dándose media vuelta, habló con los dwars que estaban tras él y, en el acto, nos fueron dadas las órdenes de abrirnos paso fuera de la sala. El combate propiamente dicho se inició a continuación, cuando los restantes jeds ordenaron a sus guerreros que nos cerraran el paso. El Tercer Jed me llamó entonces por mi nombre:

—¡Tor-dur-bar! —gritó—. ¡Ábrenos camino!

Por un instante pensé que confiaba excesivamente en mis fuerzas, pero no por ello me lancé menos enérgicamente a la lucha, pensando que aquella era una excelente oportunidad para hacerme apreciar de él. Me abrí camino entre mis compañeros para colocarme en la retaguardia, que ahora era el nuevo frente de lucha, y al momento comprendí como podía sacar ventaja de una de mis deformaciones. Mi brazo hipertrofiado tomó la espada larga y, unida mi fuerza sobrehumana a la longitud del arma, se convirtió en una terrorífica máquina guerrera. Como por arte de magia una amplia brecha se abrió en las filas de nuestros enemigos, gran cantidad de los cuales fueron materialmente segados por el terrible filo de mi acero.

El suelo se llenó en poco tiempo de brazos y piernas segados y de cuerpos caídos. Podía verse cabezas cortadas aullando y gesticulando por entre los pies de los combatientes, y cuerpos acéfalos brincando a través de la sala, chocando

indiscriminadamente con amigos y enemigos. Nunca se vio tal masacre a lo que la Sala del Consejo de los siete Jeds de Morbus se convirtió en aquella ocasión.

Los hormads, en su mayor parte, eran demasiado estúpidos para conocer el miedo, pero cuando vieron, a sus oficiales huir de mí, su moral se vino abajo y se apresuraron a apartarse a un lado o a otro, dejándome paso libre. Así pues, logramos llegar a la puerta de salida con muy pocas bajas por nuestra parte.

Una vez fuera del palacio nos condujeron a paso de carga por la larga avenida que llevaba a la puerta principal de la ciudad. Allí no se sabía todavía nada de lo que había ocurrido en el palacio, de manera que la puerta fue abierta en obediencia a una simple orden del Tercer Jed. De todas formas los guardianes no hubieran podido impedirnos la salida, puesto que les superábamos muy ampliamente en números.

Me pregunté donde nos refugaríamos una vez abandonada la ciudad de Morbus, pero pronto tuve respuesta para mis dudas. Apenas llegamos a la primera de las aldeas exteriores, el Tercer Jed exigió la rendición de sus moradores, anunciando que él era el jeddak de Morbus. Rápida y eficientemente hizo pasar a su servicio oficiales y hormads, prometiendo a los primeros una rápida promoción y a los segundos un sustancial aumento de comida. A continuación, dejó a uno de sus oficiales como representante suyo y continuó su marcha en pos de nuevas conquistas.

En ninguna parte halló la menor oposición, y en sólo tres días de campaña había unido para su causa la isla de Morbus, con la sola excepción de la ciudad propiamente dicha. Los oficiales que dejara tras de sí, inteligentemente aleccionados, se habían apresurado a organizar a los guerreros locales para resistir cualquier operación militar de los otros jeds; sin embargo, durante aquellos tres días que duró la conquista, ninguna fuerza armada hizo intento de salir de la ciudad para oponerse a las actividades del nuevo jeddak.

El cuarto día nos encontró en una población bastante grande, cerca de la costa, y allí se estableció la capital provisional de Ay-mad, Jeddak de Morbus. Tal era el nuevo nombre que el Tercer Jed se había dado, cuya traducción literal sería la de Hombre Uno, Hombre Número Uno, o Primer hombre. De cualquier forma ello significaba Hombre—Que—Gobierna, y pienso sinceramente que, de entre todos los jeds, él era el más cualificado para ser jeddak. Tenía el rostro y el físico apropiado para su categoría, y poseía el mejor cerebro de cuantos hormads había yo conocido hasta el momento.

Desde luego los últimos acontecimientos me habían colocado personalmente en una situación muy difícil. Janai había quedado en la ciudad, sin ninguna esperanza de que yo pudiera socorrerla, e igualmente me hallaba separado del Señor de la Guerra y de Ras Thavas. Tan sólo era yo un pobre hormad sin influencia ni posición para intentar nada y, por otra parte, resultaba demasiado conocido en la ciudad como para poder introducirme en ella. Mis deformes fracciones debían ser ahora tristemente

familiares para los seguidores de los otros seis jeds, y toda esperanza de entrar en la ciudad sin ser reconocido resultaba fútil.

Cuando finalmente acampamos en tomo a la nueva capital de Ay-mad, me encontré a mí mismo sentado en el suelo junto con mis compañeros hormads, atiborrándonos todos con las raciones de grasiento tejido animal que constituían nuestra recompensa por las conquistas realizadas. Aquello podía satisfacer a la mayoría de las pobres y estúpidas criaturas que eran mis camaradas, pero no a mí. Me sabía con más cerebro, más capacidad, más experiencia y más fuerza física que ninguno de ellos, me sabía muy superior en todo al mismo jeddak y, sin embargo, era tan solo un odioso y malformado hormad que ni siquiera un calot que se respetara a sí mismo me elegiría nunca por compañero.

Cuando más ocupado estaba en compadecerme a mí mismo, me interrumpió un oficial que gritaba mi nombre. Me puse en pie.

—Yo soy Tor-dur-bar —dije.

—Ven conmigo. El jeddak requiere tu presencia. Le seguí hasta el lugar donde se alojaban el jeddak y sus altos oficiales, mientras meditaba que tarea habría ideado Ay-mad para probar una vez más mi monstruosa fuerza física, ya que no podía concebir que me llamara para otra cosa. Había empezado a adquirir el clásico complejo de inferioridad de un verdadero hormad.

Se había erigido el inevitable estrado y trono para Ay-mad y éste se hallaba orgullosamente sentado, rodeado por sus altos oficiales, como corresponde a un auténtico jeddak.

—Aproxímate, Tor-dur-bar —ordenó, y yo avancé hasta llegar al pie del trono.

—Arrodíllate —habló de nuevo, y yo obedecí, ya que tan solo era un pobre hormad.

—La victoria que obtuvimos en la cámara del consejo te la debo a ti, más que a cualquier otro —dijo entonces el jeddak—. No solamente tienes la fuerza de muchos hombres juntos, sino que también posees inteligencia, Por todo ello te nombro dwar y, cuando entremos en Morbus, podrás seleccionar el cuerpo de cualquier hombre rojo que desees, y yo haré que Ras Thavas transfiera a él tu cerebro.

De modo que era dwar. Di humildemente las gracias a Ay-mad, y me uní a los restantes dwar que se agrupaban a su alrededor. Todos poseían cuerpos de hombres rojos y yo no podía saber cuantos de ellos tenían cerebros de hormad en sus cráneos. Por lo que sabía, bien pudiera ser yo el único del grupo en poseer un cerebro humano.

CAPÍTULO XII



La recompensa del guerrero

Morbus era una ciudad amurallada y resultaba prácticamente inconquistable para un ejército de hombres armados únicamente con espadas. Ay-mad intentó tomarla al asalto durante siete días, pero sus oleadas de hormads se estrellaban inútilmente una y otra vez contra las formidables puertas de madera, mientras que los guerreros defensores arrojaban piedras sobre sus cabezas. Cada anochecer los nuestros debían retroceder a sus bases de partida, y los defensores probablemente se retiraban tranquilamente a dormir en un clima de completa seguridad. El octavo día, Aymad llamó a conferencia a sus dwars.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo—. Podemos estar aporreando esas puertas durante mil años sin conseguir otra cosa que algunas fisuras en ellas. ¿Qué debemos hacer para tomar Morbus? Si queremos conquistar el mundo, primeramente deberemos apoderarnos de Morbus y de Ras Thavas.

—Nunca podremos conquistar el mundo —intervine—. Pero sí, en cambio, tomar Morbus.

—¿Y por qué no podremos conquistar el mundo? —inquirió el jeddak.

—Porque es demasiado grande, y hay muchas naciones poderosas en él.

—¿Qué puedes tú conocer sobre el mundo, Tor-dur-bar? —preguntó Ay-mad—. No eres sino un simple hormad que nunca ha podido ver nada fuera de Morbus.

—Podrás comprobar que digo la verdad en el caso en que intentes conquistar el mundo —repliqué—. Pero creo que te será fácil apoderarte de Morbus.

—¿De qué manera?

En pocas palabras le dije lo que yo haría si tuviera a mi cargo el mando supremo. Se me quedó contemplando largo rato mientras digería mi plan.

—¡Es muy sencillo! —dijo al fin, y luego, dirigiéndose a los otros—. ¿Cómo es que ninguno de vosotros lo ha pensado? Diríase que Tor-dur-bar es aquí el único que tiene cerebro.

Durante toda aquella noche y la siguiente, miles de hormads se ocuparon de construir largas escaleras de maderas. Finalmente logramos disponer de un millar de ellas, y cuando ambas lunas se ocultaron bajo el horizonte en el transcurso de la tercera noche, cien mil hormads avanzaron simultáneamente a paso ligero hacia las

murallas de Morbus, llevando una de dichas escaleras a la cabeza de cada columna. Alzaron las escaleras en un millar de lugares, todo a lo largo de las murallas, y por cada una de ellas, a una señal dada, subió un centenar de guerreros, alcanzando en poco tiempo la cima de los muros e internándose luego por las calles de la ciudad antes de que sus habitantes se dieran cuenta de lo que estaba ocurriendo.

El resto fue fácil. Nos apoderamos de la ciudad con muy pocas pérdidas, y Ay-mad, junto con sus dwarfs, penetró en la Sala del Consejo con aspecto de conquistador. Lo primero que hizo fue echar abajo del estrado los tronos excepto uno; luego, sentándose en éste, ordenó que los restantes jedds fueran llevados a su presencia. Ciertamente constituía un tímido y aterrorizado grupo cuando hicieron su aparición.

—¿Preferís ser muertos o que vuestros cerebros sean devueltos a los cuerpos de hormads de los que procedéis? —preguntó llanamente el jeddak.

—No puedes hacer eso último —replicó el Quinto Jed—, pero si te fuera posible, yo preferiría ir a parar a los tanques antes de ser otra vez un hormad.

—¿Cómo que no puedo hacerlo? —preguntó Ay-mad—. Ras Thavas ha transferido cerebros una infinidad de veces, y no veo por qué no ha de poder seguir haciéndolo.

—Es que Ras Thavas no está —repuso el Quinto Jed—. Ha desaparecido.

Es fácil imaginar el impacto que tal noticia causó en mí. Si aquella desaparición era definitiva, podía resignarme a pasar mi vida entera dentro de un repulsivo cuerpo de hormad. Y no había escapatoria posible, puesto que Vad Varo de Duhor, el único otro hombre en el mundo que hubiera podido devolverme a mi cuerpo legítimo, era tan inalcanzable para mí como si hubiera vuelto a su nativa Jasoom. Con el nuevo jeddak de Morbus en guerra para conquistar el planeta entero, todos los restantes habitantes de éste serían nuestros enemigos.

Y en lo que respecta a Janai... Siempre sería repulsivo para ella y, por consiguiente, jamás le podría decir la verdad. Mejor prefería que me creyera muerto y no que mi cerebro estaba aposentado tras la aborrecible e inhumana máscara que ahora lo albergaba. ¿Cómo podría alguien con mi aspecto pensar tan solamente en el amor? No, el amor no era para los hormads.

En medio de mi ofuscación, apenas si pude oír cómo Ay-mad preguntaba lo que le había ocurrido a Ras Thavas.

—Nadie lo sabe —replicó el Quinto Jed—. Simplemente ha desaparecido. Como de ningún modo hubiera podido salir de la ciudad sin ser visto, creemos que algunos de sus hormads deben haberle cogido y arrojado a uno de sus propios tanques de cultivo, como venganza.

Ay-mad estaba furioso, puesto que sin Ras Thavas todos sus sueños de conquista mundial caían por tierra.

—¡Esto es obra de mis enemigos! —gritó—. Alguno de vosotros, jeds, ha intervenido para destruir a Ras Thavas u ocultarlo de mi vista. ¡Lleváoslos y recluidlos en celdas separadas, dentro de los pozos! El primero que confiese tendrá asegurada vida y libertad, y el resto morirá. Tenéis un día para pensarlo.

Después de que sacasen de la sala a los seis jeds, Ay-mad ofreció amnistía completa para todos aquellos oficiales que le juraran fidelidad, invitación que nadie se atrevió a rechazar, ya que una negativa significaría la muerte. Terminada finalmente la citada ceremonia a su gusto, lo que no llevó menos de un par de horas, Ay-mad reconoció públicamente que el éxito de las operaciones contra Morbus se debía a mí, y dijo que me concedería cualquier favor que le pidiera, aparte del de elevarme, como lo hizo, desde aquel mismo instante al grado de odwar, rango militar equivalente al de general en los ejércitos del planeta Tierra.

—Y ahora —continuó Ay-mad—, dime el favor que deseas recibir.

—Preferiría hacerlo en privado —respondí—, porque el favor que deseo pedirte no interesa a nadie sino a ti y a mí.

—Muy bien —aceptó él—. Te concederé una audiencia privada inmediatamente después de que ésta termine.

Con la comprensible impaciencia aguardé a que acabara la sesión en la Cámara del Consejo, y cuando por fin Ay-mad la dio por terminada y me hizo seña de que le siguiera, no pude evitar lanzar un suspiro de alivio. El jeddak me condujo a una pequeña cámara situada inmediatamente detrás del estrado, y se sentó tras una gran mesa de trabajo.

—Y ahora, tú dirás.

—En realidad quisiera pedirte dos favores, jeddak —dije—. El primero es que me nombres jefe supremo del edificio del laboratorio.

—No veo ninguna objeción a ello —comentó Ay-mad—. Pero..., ¿a qué se debe ese extraño interés?

—Hay allí un cuerpo de guerrero rojo al que desearía que fuera transferido mi cerebro si Ras Thavas aparece de nuevo —expliqué—. Y teniendo la jefatura en el laboratorio, podré proteger ese cuerpo contra todo daño y tenerlo dispuesto para que Ras Thavas efectúe la operación.

—Muy bien —asintió el jeddak—. Tu primer deseo será satisfecho. ¿Cuál es el otro?

—Quiero que me entregues una muchacha llamada Janai.

Ante esto, el rostro de Ay-mad se ensombreció.

—¿Para qué quieres a esa muchacha? —preguntó—. Tú no eres sino un hormad.

—Pero puede que algún día posea el cuerpo de un guerrero rojo. —Bueno, pero ¿por que precisamente esa muchacha, Janai? ¿Qué sabes de ella? No creo que ni siquiera hayas tenido ocasión de verla.

—Yo formaba parte del grupo que la capturó. Es la única mujer que de alguna forma me ha atraído.

—Pues no puedo dártela aunque quisiera —dijo él—. También ella ha desaparecido. Mientras yo combatía contra el Primer Jed en el alojamiento de las mujeres, ella aprovechó la confusión para escapar, y nadie ha vuelto a verla después.

—¿Me la entregarías si yo la encontrara? —propuse.

—Es que la quiero para mí.

—Pero tú, como jeddak, puedes escoger entre otras muchas. He visto maravillosas mujeres en el palacio, y entre ellas habrá ciertamente alguna capacitada para ser una magnífica esposa y una excelente jeddara para Morbus. De todos los favores que puedo pedirte, éste es el que más te agradecería.

Me echó una larga ojeada, aún no convencido.

—Sin duda, ella preferiría morir por su propia mano antes que pertenecer a un odioso monstruo como tú.

—En ese caso..., mi deseo es éste: que si se localiza a Janai, se le deje esa decisión a ella misma.

Ay-mad rió de buena gana.

—Eso puedo concedértelo con toda tranquilidad —dijo—. Pero..., ¿de verdad piensas que una mujer como Janai podría preferirte a ti antes que a un jeddak, elegir a un monstruo antes que a un hombre?

—He oído decir que las mujeres son impredecibles y por mi parte acataré de buen grado su decisión si tú te comprometes a hacer otro tanto.

—Entonces te lo concedo —accedió, visiblemente de buen humor, ya que tenía absoluta seguridad de ser él, en su caso, el elegido—. Pero no te has excedido demasiado en la petición de favores a cambio de los grandes servicios que me has prestado. Al menos podías haberme pedido un palacio a tu gusto y gran cantidad de sirvientes.

—He pedido tan sólo las dos cosas que más deseaba —dijo—. Y estoy muy contento de que me las hayas concedido.

—Bueno, pues podrás tener el palacio y los sirvientes en cuanto lo desees, puesto que de acuerdo con tu última proposición no tendrás nunca a Janai, aunque sea encontrada.

Tan pronto como pude separarme del jeddak, me apresuré a correr hacia las habitaciones donde había dejado a Janai, y mi corazón latía locamente en mi pecho ante el temor de no encontrarla allí. Debía tener mucho cuidado de que nadie me viera entrar en el almacén que era su escondite, ya que no deseaba de ninguna manera que Ay-mad se enterase de que yo siempre había sabido donde estaba la muchacha. Afortunadamente el pasillo estaba vacío y pude entrar en el almacén sin que nadie me viera. Una vez ante la puerta de la habitación de Janai, golpeé con los nudillos. Nadie

respondió.

—¡Janai! —llamé—. Soy Tor-dur-bar. ¿Estás ahí?

Solo entonces pude oír el sonido de un cerrojo al ser descorrido, y luego la puerta se abrió. ¡Allí estaba ella! Mi corazón casi se detuvo en su palpar, tal fue el alivio que sentí ¡Ah, qué hermosa era! Me pareció que cada vez que la veía de nuevo su hermosura aumentaba ante mis ojos.

—Has tardado mucho tiempo en venir —me dijo—. Empezaba a temer que nunca mas aparecieras ¿Me traes noticias de Vor Daj?

¡De modo que ella continuaba pensando en Vor Daj! Aquél era un verdadero estímulo para el amor que por ella sentía. Penetré en la sala y cerré la puerta.

—Vor Daj te manda sus saludos —dije—. Créeme que no piensa sino en ti y en el modo de ayudarte.

—¿Pero por qué no puede venir a verme?

—Le resulta imposible. Está preso en el edificio del laboratorio, pero me ha encargado que vele por ti en lo que pueda. Y ahora me es más fácil que antes, puesto que ha habido grandes cambios en Morbus desde nuestro último encuentro. Ahora soy odwar, y mi influencia con el nuevo jeddak es considerable.

—He oído ruidos de combates en el exterior—dijo ella—. Cuéntame lo que ha ocurrido.

Le dije con brevedad que el Tercer Jed era ahora jeddak.

—Entonces estoy perdida —suspiró— porque tendrá todo el poder y no habrá nadie que pueda oponerse a sus deseos.

—Pues quizás eso mismo sea tu salvación —le dije—. Para recompensarme por los servicios que le he prestado, el nuevo jeddak me ha nombrado odwar y me ha prometido también concederme cualquier favor que le pidiera.

—¿Y qué le has pedido?

—A ti.

Pude notar perfectamente su escalofrío, mientras clavaba la vista en mi odioso rostro y en mi cuerpo deforme.

—Por favor... —imploró—. Dices que eres mi amigo y el de Vor Daj.

Estoy seguro que él no desearía que me tomaras para ti.

—Tan sólo hice esa petición a fin de poder protegerte para Vor Daj — me apresuré a explicar.

—¿Y cómo sabe Vor Daj que yo deseo que alguien me proteja para él? — preguntó Janai con un mohín.

—No lo sabe. Tan sólo espera que yo pueda protegerte de los demás. ¿Es que acaso te he dicho en algún momento que Vor Daj te desee para sí mismo?

No pude resistir el decir esto, simplemente para vencer su supuesta indiferencia hacia Vor Daj. Su barbilla se alzó ligeramente, y eso me gustó. Conozco algo de las

mujeres y sus reacciones.

—¿Y qué dijo el tercer Jed cuando me solicitaste? —inquirió ella, cambiando de conversación.

—Es ahora jeddak y se ha dado a sí mismo el nombre de Ay-mad — expliqué—. Dijo que nunca me aceptarías, así que resolví arreglar la cuestión anticipadamente. Eres tú quien debe decidir. Creo que Vor Daj te ama, y tú puedes escoger entre él y Ay-mad. El jeddak te pedirá que hagas la elección entre él y yo, pero verdaderamente lo harás entre él y Vor Daj, aunque Ay-mad lo ignore. Si me escoges a mí, el jeddak se sentirá sin duda insultado y humillado, pero creo que hará honor a su promesa. Entonces te llevaré conmigo y te protegeré hasta que llegue el momento en que Vor Daj y tú podáis escapar de Morbus. Puedo asegurarte también que Vor Daj te sacará de aquí sin ninguna condición, pues él tan sólo desea ayudarte.

—Estoy segura de ello —afirmó—, y tú puedes estar también seguro de que cuando llegue el momento te escogeré a ti.

—¿Aunque Ay-mad te dé la oportunidad de convertirte en jeddara?

—Aunque así sea.

CAPÍTULO XIII



John Carter ha desaparecido

Después de dejar a Janai, me dirigí al laboratorio para reunirme con John Carter y preguntarle qué sabía sobre la desaparición de Ras Thavas. Janai y yo habíamos decidido que ella permanecería aún escondida durante unos pocos días, a fin de no despertar las sospechas de Ay-mad en el sentido de haberla encontrado yo demasiado fácilmente. Pensamos que yo podría organizar una búsqueda sistemática durante la cual Janai sería hallada por alguna otra persona, aunque procurando no estar yo muy lejos cuando tal cosa sucediera, a fin de evitar cualquier alteración de nuestros planes.

Una de las primeras personas que encontré al entrar en el edificio del laboratorio fue Tun Gan. Nada más verme él, estalló en un ataque de rabia.

—¡Te dije que te apartara de mi vista! —gritó—. ¿Es que quieres que te mande a los incineradores?

Le mostré mi insignia, que evidentemente no había visto.

—¿Crees poder mandar a los incineradores a un odwar del jeddak de Morbus?

Se desinfló al instante.

—¿Tú, un odwar? —preguntó, incrédulo.

—¿Y por qué no?

—Porque no eres sino un hormad.

—Bueno, puede que sí, pero ahora soy además un odwar, Podría ser yo quien te mandara a los incineradores o a los tanques de cultivo, pero no lo haré. Después de todo tengo ahora tu cuerpo y eso hace que seamos amigos ¿No te parece?

—De acuerdo —afirmó, ¿qué otra cosa podía hacer?—. Pero no entiendo cómo han podido hacerte odwar con una cara tan horrible y un cuerpo tan espantoso.

—No olvides que tú mismo tuviste antes esta cara y este cuerpo —le recordé—, y piensa que no supiste sacar ningún provecho de ellos. Hace falta algo más que un cuerpo y una cara para llegar a un alto cargo. Hace falta un cerebro que piense en algo más que en la comida.

—Puede que tengas razón. Pero de todas formas..., todavía sigo sin entender porqué te han tenido que elegir a ti, cuando existen tantos hombres guapos y apuestos, tales como yo, para poder escoger.

—Bueno, ya basta. No estoy aquí para discutir contigo las decisiones del jeddak.

Se me ha otorgado la jefatura suprema del laboratorio, y para empezar necesito hablar con Dotar Sojat ¿Sabes dónde está?

—No, y dudo que nadie lo sepa. Desapareció al mismo tiempo que Ras Thavas.

Aquello constituía un nuevo e inesperado golpe para mí ¡John Carter desaparecido! Pero una segunda reflexión hizo renacer mi esperanza. Si habían desaparecido a la vez y nadie sabía dónde estaban, era posible que hubieran encontrado la forma de escapar de Morbus. Ciertamente John Carter nunca me habría abandonado, y era seguro que si se había marchado por su propia voluntad no tardaría mucho en regresar para buscarme. No era propio de él, dejarme metido en aquel horrible recipiente hormad.

—¿Y no tienes idea de lo que ha sido de ellos? —pregunté a Tun Gan.

—Pueden haber ido a parar a alguno de los tanques de cultivo —indicó él—. Algunos de los hormads más viejos solían mostrarse torpes, y Ras Thavas les había amenazado más de una vez con arrojarles a los tanques. Pueden haber aprovechado la confusión de la batalla para vengarse en la misma forma, de él y de su amigo.

—Voy al estudio de Ras Tahavas —anuncié—. Acompáñame.

Encontré la sala en el mismo estado en que la había visto la última vez. Nada indicaba que allí se hubiera producido la menor violencia, ni pude hallar pista alguna que me aclarara la desaparición de mis amigos. Me hallaba completamente confuso.

—¿Cuándo se les vio por última vez? —pregunté.

—Hace tres días. Uno de los hormads dijo que les había visto en la zona de los pozos. No puedo imaginar lo que harían allí, pues no hay ningún prisionero en las celdas. Todos están en los pozos de otros edificios de la ciudad.

—¿Han sido registrados los pozos?

—Sí, pero no se ha encontrado rastro de los desaparecidos.

—Espérame aquí un momento —ordené.

Tenía el propósito de entrar en el pequeño laboratorio adyacente para echar un vistazo a mi cuerpo. Quería asegurarme de que estaba sano y salvo, pero no deseaba que Tun Gan lo viera, pues quizás pudiera sospechar algo. No es que le considerara especialmente brillante, pero tampoco hacía falta ser un genio para, viendo el cuerpo y el interés que yo tenía en él, hacerse una idea de adónde pudiera haber ido a parar el cerebro de Vor Daj.

Dejando, pues, al hormad en el estudio, busqué el lugar donde Ras Thavas me había dicho que estaba la llave del laboratorio y, habiéndola encontrado, la introduje en la cerradura. Un momento después, nada más entrar en la nueva pieza, me quedé paralizado por el espanto.

Mi cuerpo había desaparecido.

Sentí que las rodillas se me doblaban, y apenas si pude dejarme caer en un banco, con la cabeza entre las manos ¡Mi cuerpo había también desaparecido! Y con él mi

última esperanza de unirme a Janai. Era impensable que pudiera unirme a ella con tan horrible rostro y grotesco cuerpo. ¡Nadie podría tener ningún respeto por Janai ni por ninguna otra mujer que se uniera a un ser tan abominable como yo!

Al cabo de un rato me tranquilicé lo suficiente como para inspeccionar los alrededores de la mesa sobre la que había visto mi cuerpo por última vez. Todo parecía estar en orden, salvo por una única excepción: el recipiente que contenía mi sangre no estaba en su sitio.

¿Sería posible que Ras Thavas hubiera transferido otro cerebro a mi cuerpo? Desde luego no lo hubiera hecho sin la aprobación de John Carter, y si el Señor de la Guerra lo había aprobado, no hay duda de que sus buenas razones habría tenido para ello.

Se me ocurrió una. Quizás ambos habían encontrado una oportunidad para huir de la isla en forma tal que debía ser aprovechada en aquel mismo instante, o se desvanecería. En tal caso, puede que hubieran pensado que mejor sería introducir un cerebro en mi cuerpo y llevárselo consigo, en lugar de dejarlo atrás con peligro de que fuera destruido. Desde luego John Carter tan sólo habría consentido esto de tener la absoluta seguridad de regresar.

Pero, sin embargo, todo eran elucubraciones. La única verdad era que no podía estar seguro de nada.

Mientras estaba sentado, meditando sobre los últimos sucesos, recordé de pronto el diario que escribía Ras Thavas, y que debía encontrarse en un cajón de la mesa que había ante mí. Quizás hubiera en él alguna anotación reciente que me diera la pista que buscaba. Busqué afanosamente, pero el diario tampoco estaba allí. Tan solo hallé una hoja de papel en la que alguien había escrito un par de números: «3-17» ¿qué querían decir? En lo que a mí respecta, no pude hallar en ellos el menor significado.

Regresé al estudio y ordené a Tun Gan que me acompañara mientras hacía una inspección de los laboratorios. Ya que ostentaba el cargo de jefe supremo del laboratorio, al menos debía hacer algo que estuviera en línea con mi recién adquirida autoridad.

—¿Qué tal marchan las cosas tras la desaparición de Ras Thavas? — pregunté a Tun Gan.

—Pues, a decir verdad, nada bien —respondió—. De hecho, todo parece haberse estropeado desde que él falta.

En cuanto entramos en la primera sala de tanques pude comprobar lo que quería decir; efectivamente no podía decirse que las cosas marcharan a la perfección. El suelo estaba cubierto con restos de extrañas monstruosidades a las que los oficiales habían debido destruir. Algunos de esos restos aún gozaban de una espantosa vida, las piernas intentaban caminar, las manos agarraban cuanto caía a su alcance, las cabezas gritaban y hacían muecas... Llamé al oficial responsable de la sala.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunté—. ¿Por qué no haces algo al respecto de esas cosas que hay en el suelo?

—¿Y quién eres tú para pedirme explicaciones, hormad? —replicó de mal talante. Le mostré la insignia de mi cargo, y al momento su actitud cambió.

—Estoy al mando del laboratorio —le informé—. Responde a mis preguntas.

—No sabemos qué hacer con ellas —confesó el oficial—. Solamente Ras Thavas conocía con exactitud la manera de rebanar esos trozos vivientes, y en qué tanques debían de ser echados.

—Pues arrójalos al incinerador —ordené—. Quiero que todos estos restos sean quemados antes de que Ras Thavas regrese.

—Así se hará —convino el oficial—. Debo informarte que algo anda mal en la sala de tanques número 4. Quizás sería conveniente que acudieras a inspeccionarla.

Cuando llegué a la sala número 4, el espectáculo que se presentó ante mis ojos fue el más horroroso que había visto en mi vida. Algo había fallado, evidentemente, en el medio de cultivo y en lugar de formarse hormads individuales era una gran masa de horrible tejido animal la que emergía del tanque y se desbordaba por el suelo. Varias partes humanas y órganos internos y externos crecían aquí y allá, sin ninguna relación aparente entre sí, aquí una pierna, allá una mano, y también diversas cabezas que aullaban y gesticulaban para añadir aún más espanto a la escena.

—Intentamos solucionarlo de algún modo —dijo el oficial—. Pero cuando quisimos matar la masa, las manos agarraban y las cabezas mordían a quienes se acercaban. Hasta los mismos hormads escaparon aterrorizados, y si ellos lo hacían, puedes imaginarte la reacción de los humanos. Nadie quiere ni siquiera acercarse a la masa.

Estuve en todo de acuerdo con él. En realidad no se me ocurrió nada que hacer u ordenar hacer. Resultaba imposible acercarse al tanque para volver a echar dentro la masa desparramada ni interrumpir su crecimiento, y no veía cómo se la podría destruir.

—Cerrad las puertas y las ventanas —dije—. Espero que esta cosa se consuma por sí misma o se muera de hambre.

Pero en el momento de salir vi como una de las cabezas daba un terrible mordisco en un trozo adyacente de tejido animal. No, era poco probable que aquello muriera de hambre.

El horror de la escena me persiguió durante mucho tiempo, y no pude evitar la especulación sobre lo que estaría ocurriendo en aquella cámara de horrores cuyas puertas y ventanas habían sido cerradas y atrancadas.

Pasé varios días intentando poner en orden el edificio del laboratorio, pero sin demasiado éxito, ya que nadie parecía saber exactamente cómo preparar el tejido animal para los tanques de cultivo a fin de que éstos produjeran sus horribles frutos.

La consecuencia fue un rápido decrecimiento en el número de hormads, por lo que, en privado, no pude menos que alegrarme. Mi máximo deseo era que desaparecieran todos, e incluso hubiera querido que Ras Thavas no regresara nunca para continuar sus experimentos, a no ser por el hecho de que tan solo su vuelta podría, quizás, devolverme el cuerpo que me pertenecía.

Durante todos estos días me abstuve de visitar a Janai, para evitar ser sorprendido pero finalmente me decidí a «encontrarla». De forma que fui a ver a Ay-mad y le dije que, no teniendo noticias de ella, proponía una búsqueda exhaustiva por todo el palacio.

—En el caso de que la encontráramos —dijo él con pesimismo—, tan sólo hallaríamos un cadáver. No ha podido dejar el palacio, pues convendrías conmigo en que, de haberlo hecho, algún miembro de la guardia o alguno de nuestros espías la hubieran visto.

—¿Pero por qué tiene que estar muerta? —pregunté.

—La gente no puede vivir sin comer ni beber, y no veo cómo hubiera podido hacerse con alimentos. Ve en su busca si quieres, Tor-dur-bar, pero tu recompensa no será, en todo caso, sino el cuerpo de una mujer muerta.

Tan nervioso estaba yo, que creí ver en la expresión del jeddak algo siniestro mientras decía estas palabras ¿Quizás una media sonrisa de satisfacción? ¿Sería posible que hubiere encontrado por su cuenta a Janai y la hubiera asesinado? Inmediatamente mi imaginación empezó a trabajar, conjurando las más horribles escenas, y tuve que hacer un gran esfuerzo para no precipitarme inmediatamente hacia el escondite de la muchacha para averiguar si le había ocurrido algo. Pero, finalmente, prevaleció mi buen juicio y, tras dejar al jeddak, me limité a organizar la búsqueda. Seleccioné una serie de oficiales y envié a cada uno de ellos, a la cabeza de un destacamento de hormads, a una parte determinada del palacio, con orden de mirar cada habitación y cada posible escondrijo.

Acompañé personalmente a una de las partidas, la mandada por Sytor. Formaba parte del destacamento el hormad Tee-aytan-ov, quien no desaprovechó la ocasión para jactarse repetidamente de la amistad que le unía conmigo. La parte del palacio en la que actuaríamos incluía la habitación donde Janai estaba escondida.

Me cuidé mucho de no dirigir la partida hacia el apartamento, pero no pude evitar ponerme cada vez más nervioso a medida que la rutina del registro iba acercándose al mismo. Cuando finalmente llegamos ante la puerta del almacén, a duras penas pude permitir que Sytor me precediera al interior.

—No parece que esté aquí —me arriesgué a decir por encima de la espada del oficial.

—Bueno, pero allí hay otra puerta —indico Sytor, tal como yo esperaba.

—Probablemente otro almacén —repliqué, intentando aparentar indiferencia,

aunque mi corazón latía locamente.

—Está cerrada —anunció Sytor, tras haber probado a empujar la puerta—. Cerrada por el otro lado. Me parece sospechoso.

Me aproximé y golpeé la puerta.

—¡Janai! ¿Estás ahí? —llamé.

Nadie respondió a la llamada, lo que aumentó mi inquietud.

—¡Janai! ¡Janai! —repetí.

—No creo que esté ahí dentro —dijo Sytor—. Pero de todas formas derribaremos la puerta, para estar seguros.

—De acuerdo, derribémosla.

Envió a unos hormads a por las necesarias herramientas y, cuando las hubieron traído, les ordenó atacar la puerta con ellas. Pero tan pronto como los paneles empezaron a ceder, pude escuchar al otro lado la voz de Janai.

—Está bien, ya salgo.

Oímos el ruido de un cerrojo al ser descorrido, y la puerta se abrió. Sentí una inmensa oleada de alivio al ver aparecer a Janai, sana y salva.

—¿Qué queréis de mí? —nos preguntó.

—Vamos a conducirte a presencia de Ay-mad, el jeddak de Morbus — le replicó Sytor.

—Estoy dispuesta.

Aparentaba no conocerme y llegué a pensar, alarmado, que acaso hubiera decidido no desaprovechar la oportunidad de convertirse en jeddara. Había tenido muchos días para pensar sobre el particular, en el tiempo en que la había dejado sola, y quizás hubiera cambiado de opinión. La tentación de aceptar lo que se le ofrecía era muy grande; a la mujeres les gusta la seguridad por encima de otras muchas cosas.

Mil inquietos pensamientos cruzaban por mi mente mientras acompañaba a Janai y a Sytor hacia la sala de audiencias de Ay-mad, jeddak de Morbus.

CAPÍTULO XIV



Cuando el monstruo crece

El amor posee una imaginación mórbida, presta a crear las más espantosas imágenes mentales y a escoger, de entre todas las posibilidades, siempre la peor. Aunque es preciso admitir que a menudo es clarividente.

Mientras caminábamos por los corredores del palacio, yo pensaba continuamente en Sytor con su rostro agradable y su cuerpo bien formado, en Ay-mad con las galas de un jeddak y en Janai, perfecta y encantadora. Y al compararles conmigo, con mi rostro espantoso y mi cuerpo malformado, sentía que el corazón me sangraba ¿Cómo podía esperar que Janai me eligiera a mí antes que a un hombre normal? Y en el caso en que dicho hombre normal fuera por añadidura jeddak ¿qué esperanza podía yo tener? No lograba personalizarme a mí mismo en el Vor Daj real, y debí admitir que resultaba verdaderamente alienante tener un solo cerebro y dos cuerpos diferentes.

Una vez presente en la sala, pude ver cómo los ojos de Ay-mad devoraban materialmente a Janai. Me juré a mí mismo que si ella me elegía y el jeddak intentaba faltar a su promesa, lo mataría con mis propias manos.

Ay-mad despidió a Sytor y a sus hormads. Luego, dirigiéndose a Janai, le habló así:

—Este hormad —y me señaló— me ha prestado grandes servicios. Para recompensarle por ellos, le prometí que le concedería cualquier favor que me pidiera. Te pidió a ti, Janai. Más tarde decidimos, sin embargo, que se te permitiría elegir a ti misma. En el caso en que Ras Thavas vuelva a aparecer, este hormad conseguirá un nuevo cuerpo, pero, de no ser así, continuará en el que tiene ahora. Si me escoges a mí, serás la jeddara de Morbus. Tienes la palabra.

En medio de mi nerviosismo, no pude por menos de reconocer que Ay-mad había presentado la situación de forma equitativa. Pero, aún así, todas las ventajas seguían estando de su parte, de manera que ¿por qué falsear los hechos? No parecía haber duda alguna acerca de cual sería la mejor elección para Janai; Ay-mad le ofrecía matrimonio y posición, en tanto que Vor Daj no tenía nada que ofrecer. No había tampoco motivo para que el corazón de Janai la impulsara hacia uno u otro, en realidad apenas si conocía a ninguno de los dos.

—¿Y bien? —preguntó Ay-mad, impaciente—. ¿Cuál es tu respuesta?

—Elijo tomar a Tor-dur-bar —replicó ella.

Ay-mad se mordió los labios, pero supo actuar como un verdadero jeddak.

—Pues que así sea —dijo—, aunque pienso que tu elección no ha sido acertada. Si alguna vez cambias de idea, te ruego que lo pongas en mi conocimiento.

Tras lo cual nos dio permiso para marcharnos.

Durante el trayecto hasta el edificio del laboratorio sentí como si caminara sobre nubes. Janai había hecho su elección y ahora estaba en mi compañía, bajo mi protección. Parecía demasiado hermoso para ser cierto.

—¿Veremos ahora a Vor Daj? —preguntó.

—Temo que no.

—¿Por qué? —Y su voz se mostró súbitamente deprimida.

—Puede que pase todavía un poco de tiempo —dije—. Pero no debes preocuparte, puesto que yo cuidaré de ti y me ocuparé de tu seguridad.

—Pero yo creía que íbamos al encuentro de Vor Daj —insistió ella—. ¿Es que me has engañado, hormad?

—Si piensas así, tal vez será mejor que vuelvas junto a Ay-mad y le digas que has cambiado de idea —estallé, súbitamente furioso.

En aquel momento me sentí sumergido en la más loca serie de emociones que jamás sintiera hombre alguno. ¡Estaba celoso de mí mismo! Janai se mostró contrita.

—Lo siento —dijo—, pero es que estoy muy nerviosa. Por favor, perdóname. Piensa que me han pasado cosas capaces de enloquecer a cualquiera.

Había seleccionado y arreglado un alojamiento para Janai en el edificio del laboratorio, junto al mío y lo más lejos posible de los horrores de las salas de tanques. También había elegido varios hormads especialmente inteligentes para que fueran sus servidores y guardias, y me alegré al notar que ella apreciaba en algo tales medidas. La dejé instalada y, tras decirle que si me necesitaba para algo me enviara algún sirviente como mensajero, regresé al estudio de Ras Thavas.

Había hecho todo lo que podía mientras siguiera en posesión de aquel espantoso cuerpo, y sabía que no podría ir mucho más lejos, Quizás me fuera posible arreglar la huida de Janai fuera de Morbus, pero mi monstruoso aspecto me impedía acompañarla por el mundo exterior. Tan solo en la misma Morbus podría encontrarme a salvo.

Para tener algo en que ocupar mi mente comencé a examinar las notas y papeles de Ras Thavas, pese a que la mayoría me resultaban absolutamente incomprensibles. De todas formas mis pensamientos no podían apartarse de Janai, aunque también pensaba en cual sería el paradero de John Carter y Ras Thavas, y donde habría ido a parar mi pobre cuerpo. El futuro no se me presentaba demasiado prometedor.

De pronto me di cuenta de que tenía entre las manos los planos de un edificio, y no tardé en comprobar que se trataba del propio laboratorio del que era jefe y

director. Pude reconocer fácilmente los dos pisos con los que había tenido ya tiempo de familiarizarme.

En otro de los papeles aparecía un plano del nivel de los pozos, debajo del edificio, que estaba dividido en pasillos y celdas. Había tres largos corredores todo a lo largo del nivel, y otros cinco transversales, tanto unos como otros numerados del 1 al 8. También las celdas que se abrían en los corredores se hallaban numeradas, números pares a un lado de cada corredor y números impares al otro.

No pude encontrar nada de interés en aquellos planos y ya los estaba enrollando para devolverlos a su cajón cuando el hormad de guardia anunció la llegada de Tun Gan. Le hice pasar y noté una gran excitación en sus facciones.

—¿Qué ocurre? —le pregunté, adivinando por su expresión que debía tratarse de algo grave.

—Por favor, ven conmigo —pidió—, y te lo enseñaré.

Me llevó por el pasillo principal y luego a una sala adyacente al patio interior que proporcionaba luz y ventilación a varias de las salas del edificio del laboratorio, entre ellas aquella número 4, cuyas ventanas atrancadas quedaban justamente enfrente de las correspondientes a la sala en que nos encontrábamos. El espectáculo que presenciábamos al asomarnos al patio era verdaderamente terrorífico; la masa de tejido viviente había crecido de tal manera en el medio de cultivo ideado por Ras Thavas, que había llegado a llenar la sala, ejerciendo presión en todas direcciones hasta reventar finalmente una de las ventanas. La horrible masa viviente caía ahora en cascada por ella hasta el suelo del patio.

—¡Mírala! —exclamó Tun Gan—. ¿Qué podemos hacer para detenerla?

—No se me ocurre nada —confesé—. Y dudo que ni el mismo Ras Thavas pudiera poner remedio a la cosa, en el estado en que ahora se encuentra. Creo que ha creado una fuerza que ha escapado a su control.

—¿Pero cómo acabará esto? —preguntó de nuevo Tun Gan, inquieto.

—No lo sé. Si no deja de crecer, devorará toda cosa viviente que exista sobre Morbus. Crece y crece, y se alimenta de su propio tejido. Quizás llegue a sumergir todo el planeta. ¿Quién podría detenerla?

Tun Gan meneó la cabeza; luego pareció tener una idea.

—Tal vez Ay-mad pueda detenerla —sugirió—. Después de todo, él es el jeddak.

Por una vez en mi vida me encontré ansioso de descargar mi responsabilidad sobre otras espaldas, pues me encontraba completamente inerte ante una emergencia que nunca antes se había presentado desde el día en que el mundo fue creado.

—Ve a buscarle —dije—. Dile que en el laboratorio ha ocurrido algo que él debe ver con sus propios ojos.

Pero cuando, a su debido tiempo, Ay-mad llegó junto a nosotros, miró a través de la ventana y escuchó mis explicaciones sobre el fenómeno, se negó en redondo a

descargarme de la responsabilidad.

—¿No me pediste la jefatura del laboratorio? —me preguntó—. Pues ya la tienes. Ese es tu problema, no el mío.

Tras de lo cual se dio media vuelta y regresó tranquilamente al palacio. Para entonces ya todo el suelo del patio estaba cubierto por la agitada y serpeante masa, aumentada sin cesar por la horrible catarata que caía desde la ventana rota.

Bueno, pensé, después de todo aquella cosa espantosa tardaría aún bastante tiempo en llenar el patio, y quizás antes se me ocurriera algo para detenerla. De manera que volví a mi alojamiento y me senté junto a una ventana, contemplando desalentadamente las calles de Morbus y las tristes Marismas Toonoltianas que se extendían más allá en todas direcciones, tan lejos como podía alcanzar la vista. No podía olvidar la espantosa masa viviente que se había incubado en la sala de tanques número 4, y cerré maquinalmente los ojos como queriendo escapar a aquel recuerdo.

Por alguna razón volvieron entonces a mi mente los planos del edificio, tal como los había encontrado en el cajón de la mesa de Ras Thavas; luego rememoré mi viaje desde Helium en compañía de John Carter, y ello me hizo pensar en mi cuerpo perdido, ataviado con los correajes de la guardia del Señor de la Guerra. ¿Dónde habría ido a parar? La última vez que lo vi se hallaba sobre la mesa de ersita del laboratorio privado de Ras Thavas, pero ahora la mesa estaba vacía y por toda pista no había quedado sino una hoja con las cifras 3-17 escritas en ella. ¿Quién podría saber su significado?

Y de pronto mi mente pareció brincar como galvanizada por una idea. ¡Aquellas cifras podrían en verdad significar algo! Salté en pie y corrí de nuevo al estudio de Ras Thavas. Una vez allí, extraje los planos del cajón y los extendí sobre la mesa, buscando el correspondiente al piso de los pozos. Teniéndolo ante mi vista, recorrí con mi dedo índice el corredor número 3 hasta llegar a la celda no 17. ¿Sería aquella la respuesta? Examiné el plano con todo cuidado y descubrí en una esquina de aquella celda un minúsculo círculo apenas perceptible. Comprobé de inmediato que no existía ningún círculo similar en las otras celdas. ¿Qué significaría aquello? ¿Tendría relación con la cifra 3-17 de la hoja hallada junto a la mesa donde mi antiguo cuerpo había reposado?

Tan solo había una manera de saberlo. Volví a guardar cuidadosamente los planos en el cajón de la mesa y abandoné el estudio. Cruzándome con hormads y oficiales, enfilé hacia la rampa que llevaba al nivel inferior, donde se encontraban las celdas. Llevaba el mapa indeleblemente grabado en la mente y estaba dispuesto a averiguar su secreto.

Los pasillos y las celdas estaban visiblemente numeradas, de modo que no tuve dificultad para encontrar la celda número 17 del pasillo 3. Empujé la puerta y la encontré cerrada.

¡Estúpido de mí! Debía haber pensado que aquella puerta no podría abrirse así como así en el caso de ocultar aquello en que pensaba. Recordé el manajo de llaves que Ras Thavas guardaba en su estudio, de modo que volví sobre mis pasos, deshaciendo el camino recorrido. Pero en esta ocasión creí advertir cómo algunos oficiales y hormads me miraban de una forma que me pareció llena de sospecha. Podían ser espías, pensé, soplones al servicio de Ay-mad. Decidí poner sumo cuidado y al mismo tiempo darme prisa en realizar mis planes.

Comencé a actuar con aparente descuido. Fingí inspeccionar una de las salas de tanques, envié a diversas misiones a los oficiales de quienes sospechaba, me asomé a todas las ventanas que daban al patio interior invadido por la masa...

Finalmente, seguí mi camino hacia el estudio, y allí no tuve la menor dificultad para encontrar la llave que buscaba, puesto que Ras Thavas era escrupulosamente metódico en todo lo que hacía y cada llave se hallaba marcada y numerada.

Ahora debía regresar a los pozos sin levantar demasiadas sospechas. Una vez más recorrí al azar salas y corredores antes de dirigirme como por casualidad a la rampa. Tras asegurarme de que nadie me observaba, descendí de nuevo y no tardé en hallarme una vez más ante la puerta de la celda 3-17. Introduje la llave en la cerradura y, tras una última mirada a lo largo del pasillo para comprobar que estaba solo, la hice girar y empujé la puerta, que se abrió sin dificultad. Del mismo modo que el pasillo, la celda estaba alumbrada por los bulbos eternos de radium comúnmente usados en Barsoom, de manera que pude ver perfectamente todo su interior.

Directamente ante mí, sobre la mesa, yacía mi antiguo cuerpo. Me apresuré a cerrar la puerta tras de mí, temblando por la emoción. Sí, era mi cuerpo, y junto a él estaba también la vasija que contenía mi sangre. De modo que, finalmente, estábamos todos juntos, mi cerebro y mi sangre, pero todavía cada uno por su lado, y tan alejados mutuamente como lo estaban los polos de Barsoom. Sólo Ras Thavas podía unirme en una sola entidad, y Ras Thavas no estaba.

CAPÍTULO XV



Vuelvo a encontrar al Señor de la Guerra

Durante algún tiempo permanecí en pie, contemplando mi cuerpo. Nunca fui presumido, pero al compararlo con la horrible cosa que ahora contenía mi cerebro, me pareció un prodigio de belleza y armonía. Pensé en Janai, que ahora estaría en los aposentos superiores, y me maldije mil veces por haber cambiado aquel cuerpo que ella hubiera podido amar por otro que ninguna criatura viviente miraría sin espanto.

Pero, como el arrepentimiento tardío pocas veces sirve para nada práctico, me esforcé en pensar en otras cosas. Recordé el pequeño círculo dibujado en el plano y me acerqué a la esquina correspondiente de la celda, intentando averiguar si allí había algo digno de atención.

Y, en efecto, lo había. Apenas era visible, pero estaba allí; una leve línea que marcaba una circunferencia de alrededor de medio metro de diámetro. Me puse a gatas para examinarla más de cerca, y en uno de sus lados pude advertir una ligera ranura. Aquello tenía todo el aspecto de una trampa en el suelo, y la ranura bien podía corresponder a un agarradero para abrirla. Introduje allí mi daga y empujé hacia arriba con todas mis fuerzas, haciendo palanca con el arma; la trampa se abrió con facilidad. Pronto estuvo lo suficientemente alta como para que yo pudiera introducir los dedos bajo ella y, logrado esto, no me hizo falta mucho tiempo para levantarla del todo, revelando un negro agujero en el lugar en que antes estuviera.

¿Adónde conducía aquel pozo? ¿Cuál era su propósito? No había sino un modo de enterarse, y lo utilicé. Hice pasar mi cuerpo por la abertura, que era suficientemente ancha para permitir su paso. Con mi brazo más largo me colgué del borde y, al estirar los pies hacia abajo, no tardé en sentir el contacto del suelo bajo ellos. No podía hacer sino esperar que aquél fuera el verdadero fondo del pozo, de modo que solté le presa, quedando de pie con todos los sentidos alerta.

Me encontré pisando un suelo completamente sólido. La leve claridad que me llegaba a través de la abertura de arriba me permitía ver un estrecho corredor que se perdía en las tinieblas, hacia algún ignorado destino.

Bien, una vez llegado tan lejos, no podía menos que explorarlo. Pensé cerrar de algún modo la abertura con la tapa, para que si alguien penetraba en la celda no pudiera averiguar lo ocurrido pero luego me di cuenta de que si la tapa también era

puerta, nunca más podría regresar. De estar libre la abertura, un ligero salto podía hacerme agarrar su borde pero, si se hallaba cerrada, nunca podría volver a la celda desde abajo.

El problema no era fácil, pero alguna solución habría de tener. Y no tardé en hallarla al descubrir una especie de pértiga con clavijas transversales, apoyada en la pared al principio del corredor oscuro. Situándola contra el borde de la abertura, subí por ella y coloqué la tapa casi en su posición; luego descendí y la misma pértiga me sirvió para acabar de cerrar la trampa, dejándola como antes de entrar yo en ella.

A continuación inicié la exploración del pasillo. Dada la oscuridad absoluta que ahora reinaba debí avanzar con cuidado, colocando primeramente un pie antes de cada paso y manteniendo abiertos los brazos para tocar con las manos ambas paredes y advertir la posible presencia de alguna galería transversal o confluyente que pudiera hacerme extraviar el camino cuando regresara..., si es que regresaba.

Este súbito pensamiento hizo que me detuviera repentinamente. ¿Qué sería de Janai si yo no volvía? Quizás debería abandonar la empresa y regresar a la celda y al edificio. Pero no, después de todo era en interés de la propia Janai por lo que exploraba los pozos inferiores de Morbus, en los que muy bien pudiera encontrar un camino hacia la libertad.

Continué avanzando y cada vez más deprisa a medida que iba familiarizándome con el corredor. El suelo no presentaba el menor obstáculo, y ninguna abertura transversal era hallada por mis manos al tantear las paredes. Una o dos veces se curvó la galería, pero nunca demasiado. A cada instante pensaba estar a punto de alcanzar su final, pero siempre seguía y seguía. Las paredes estaban ahora húmedas y el corredor entero olía a moho, mientras el suelo descendía en una suave rampa. Vacilé pero tan sólo por un instante antes de continuar. Calculé que el túnel descendía en un ángulo de quince grados y luego volví a la horizontal al alcanzar un nivel diez o doce metros inferior al original. Tanto las paredes como el techo goteaba ahora agua, y el suelo se notaba resbaladizo. Mientras avanzaba por aquel negro e interminable camino pensé que quizás no llevara a ningún parte y que, de hacerlo, puede que me condujera a algún nuevo peligro. Dudé de nuevo si no haría mejor en volver atrás, pero no por temor, sino tan sólo pensando en Janai y en el desamparo en que quedaría si a mí me sucediera algo.

«¡Hormad!», aún podía oírle pronunciar aquella palabra refiriéndose a mí, y sentía perfectamente el disgusto en el que el vocablo venía envuelto por mucho que ella hubiera querido ocultarlo. ¡Y de qué manera cambiaba su voz cuando se refería a Vor Daj! Estuve a punto de caer de nuevo en un ataque de celos dirigidos contra mí mismo; pero mi sentido del humor prevaleció, y me eché a reír. Mi risa resonó en el corredor oscuro con ecos tan lúgubres y sepulcrales que no pude continuar con ella. Tan horrible había resultado el sonido que mi momentánea alegría quedó

completamente apagada.

El suelo del pasillo ascendió ahora de nuevo, de forma progresiva. Arriba, aún más arriba. Cuando pensé que habría alcanzado el nivel original, vi de pronto ante mí una luz, o acaso fuera una oscuridad menos profunda que el resto. Un instante después me encontraba en la salida del túnel.

Era de noche y ninguna luna brillaba en el cielo. ¿Dónde podría hallarme? Me di cuenta de que debía haber recorrido kilómetros y kilómetros por el subterráneo, y que sin duda había rebasado con mucho las murallas de Morbus. ¿Pero dónde estaba?

Súbitamente una figura se alzó ante mí, y a la luz de las estrellas pude ver que se trataba de un hormad.

—¿Quién eres? —me preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Y, sin esperar respuesta a sus preguntas, se lanzó sobre mí empuñando su espada larga.

Aquel sí que era un lenguaje que yo entendía perfectamente y para el que tenía respuesta. Desenfundé como un rayo y ambos cruzamos nuestros aceros. Aquel hormad resultó ser mucho mejor espadachín que ninguno de quienes antes había encontrado, incluso usaba algunas estocadas que hubiera jurado que sólo los discípulos de John Carter podían conocer. Cuando se dio cuenta de que yo era capaz de parar aquellas estocadas y que de ninguna manera constituía una presa fácil, lanzó un grito de llamada; y en el momento siguiente otras dos o tres figuras surgieron de la noche. El jefe del grupo no era ningún hormad, siendo su esencia completamente humana, y tan sólo un instante antes de enzarzarme con él conseguí reconocerle.

—¡John Carter! —grité—. ¡Soy yo, Vor Daj!

Al momento retrocedió un paso y abatió la punta de su arma.

—¡Vor Daj! —exclamó alborozado—. ¡En el nombre de mi primer antepasado! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Ras Thavas y un segundo hormad se nos acercaron, mientras yo iniciaba el relato de cómo había descubierto la celda número 17 y me había abierto luego paso por el túnel.

—¿Y qué os ha ocurrido a vosotros? —pregunté una vez acabada mi historia.

—Será mejor que te lo explique Ras Thavas —dijo el Señor de la Guerra.

—Morbus es una ciudad muy antigua—comenzó el gran cirujano—. Fue construida en tiempos prehistóricos por un pueblo hoy desaparecido. La descubrí en el curso de mi vuelo después de ser derrotado en Toonol, y más tarde la reacondicioné y reconstruí con ayuda de mis primeros hormads, pero siempre aprovechando las funciones y cimientos de la vieja ciudad, que estaba admirablemente construida. En realidad no lo conozco todo sobre ella, aunque existen planos de muchos edificios, incluyendo el del laboratorio. Me fijé por casualidad en el pequeño círculo de la celda número 17, y pensé que algo debía significar, aunque

nunca tuve tiempo para ir a investigar. Cuando decidí esconder tu cuerpo donde no pudiera ser descubierto por nadie, seleccioné la celda 17 y fue entonces cuando descubrí que lleva a esta pequeña isla a unos cuatro kilómetros de la costa de Morbus.

«Dur-dan e Il-dur-en transportaron tu cuerpo a la celda y después me acompañaron por el túnel, junto a John Carter. Son dos de mis mejores hormads, inteligentes y leales. Una vez fuera de Morbus decidimos cruzar las Grandes Marismas Toonolianas para recuperar la nave de John Carter y volar a Helium, con la esperanza de llegar a tiempo para salvar de la muerte a Dejah Thoris.

«Hemos estado construyendo un pequeño bote para cruzar las marismas, y ya casi esta terminado. Desde luego no pensábamos abandonarte, pero como la nave tan solo puede transportar a dos personas, planeamos regresar luego por ti, y nos figuramos que estarías más seguro en Morbus que esperándonos en las calles de Fundal».

—Así opino yo también —convine—. Desde un principio sabía que nuestro objetivo era encontrarte y llevarte a Helium lo más rápidamente posible. Y como la nave, en efecto, tan sólo tiene cabida para dos personas, ya contaba con tener que quedarme en tierra hasta que regresaran a buscarme. Sería un pequeño sacrificio hecho en honor de la Princesa de Helium, y nunca dudé de que John Carter enviara luego a por mí.

—Desde luego —dijo el Señor de la Guerra—. No creas que me agrada dejarte en estas condiciones, pero no puedo hacer otra cosa. La idea era enviar a la ciudad a Il-dur-en con un mensaje para ti explicándolo todo. Dur-dan nos acompañaría hasta la nave y después regresaría a Morbus.

—¿Cuándo pensáis salir? —pregunté.

—El bote estará terminado mañana mismo, y saldremos con él en cuanto oscurezca. Pensamos navegar de noche y escondemos durante el día en algún islote deshabitado. Ras Thavas, que conoce bien las marismas, asegura que es imposible atravesarlas de día sin una fuerte escolta de guerreros, pues muchas de las islas están pobladas por aborígenes salvajes y por piratas y bandidos todavía más salvajes. Las Grandes Marismas Toonolianas son las últimas heces de los grandes océanos que en tiempos pasados cubrían gran parte de Barsoom, y las criaturas que las habitan parecen ser también las últimas heces de la humanidad.

—¿Puedo ayudaros de alguna forma? —pregunté.

—No. Bastante has sacrificado ya.

—Entonces regresaré a la ciudad antes de que mi ausencia sea advertida. También yo tengo ahora responsabilidades.

—¿A qué te refieres?

—A Janai —dije simplemente.

—Janai? —se interesó el Señor de la Guerra—. ¿La has encontrado por fin? ¿Cómo está?

Les relaté entonces cuanto había acontecido en la ciudad durante su ausencia, que Ay-mad era jeddak y único dueño de Morbus, que me había nombrado odwar y director de los laboratorios y que Janai estaba ahora bajo mi protección.

—Así que estás al mando del edificio del laboratorio —dijo Ras Thavas—. ¿Y qué tal marchan las cosas después de que yo me fuera?

—Pues, a decir verdad..., no demasiado bien —respondí—. Lo único bueno que pasa allí es que la producción de hormads ha cesado casi por completo, pero creo que, en compensación, ha aparecido algo infinitamente peor que los hormads.—Y le conté lo que estaba sucediendo en la sala de tanques número 4. Pareció muy interesado.

—Es verdaderamente deplorable —dijo—. En ocasiones he temido que ocurriera una cosa así. Si no encontramos la forma de detener esa monstruosidad, lo mejor es que te prepares para escapar de Morbus lo antes que puedas. Si sigue creciendo puede cubrir toda la superficie de Morbus, ¿qué digo?, teóricamente podría cubrir todo Barsoom, asimilando las restantes formas vivientes.

«Es la vida en su estado primordial, que no puede morir por sí misma y resulta muy difícil de controlar. Normalmente la misma Naturaleza la controla, pero he aprendido para mi mal que el hombre nunca podrá hacerlo. Creo que he interferido en el funcionamiento sistemático de la Naturaleza, y puede que éste sea mi castigo».

—¿Pero cómo se puede interrumpir ese crecimiento? ¿Cómo podemos impedir que siga desarrollándose? —pregunté, inquieto ante sus palabras.

Ras Thavas meneó la cabeza con pesimismo.

—Quizá otro fenómeno de la Naturaleza pueda detenerlo.

—¿Qué fenómeno?

—El fuego —dijo— pero puede que la cosa haya llegado ya demasiado lejos...

—Yo también lo temo —admití.

—Entonces lo mejor que puedes hacer es huir con Janai antes de que sea demasiado tarde y esperar nuestro regreso en esta isla.

—Volveremos con suficientes hombres y naves para derrotar a Morbus y rescataros —prometió el Señor de la Guerra—. Y estudiaremos también la forma de detener esa pesadilla de que habláis.

—Pues hasta entonces, mi señor —me despedí—. Y deseo de todo corazón que me traigas entonces la noticia de que la Princesa de Helium está totalmente curada.

CAPÍTULO XVI



Habla el jeddak

Me hallaba terriblemente deprimido mientras regresaba a través del oscuro túnel. Me parecía que tan solo existía una débil probabilidad de que John Carter y Ras Thavas lograran cruzar las inmensas marismas.

El Señor de la Guerra podía morir, y mi adorada princesa Dejan Thoris quedaría con ello también condenada a muerte. En cuanto a mí mismo, mi destino sería entonces vivir todo el resto de mis días en aquel horrendo cuerpo de hormad y perder para siempre a Janai.

Sí, después de todo me quedaría una razón para vivir, precisamente Janai, y dedicaría desde luego toda mi vida a protegerla. Posiblemente hallaría la forma de huir de Morbus, aun cuando John Carter no pudiera regresar a por nosotros, y el descubrimiento del túnel subterráneo significaba de todas formas una esperanza en tal sentido.

Finalmente me hallé de vuelta en la celda número 17. De nuevo me detuve para admirar melancólicamente mi antiguo cuerpo. ¿Podría alguna vez animarlo de nuevo con mi cerebro? Pensando sin cesar en ello, ascendí a los niveles superiores. Cuando me acercaba al estudio de Ras Thavas, me encontré de nuevo con Tun Gan.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo con evidente alivio.

—¿Por qué? ¿Algo anda mal?

—No lo sé —respondió—, como tampoco sé dónde has ido ni lo que has estado haciendo. ¿Sabes si alguien te ha seguido o simplemente te ha visto?

—Nadie me ha visto —dije—, pero eso no hubiera importado. Simplemente he estado inspeccionando los pozos —no tenía la menor intención de fiarme todavía de aquel hormad con cuerpo de hombre rojo—. ¿Pero por qué me haces esas preguntas?

—Los espías de Ay-mad han estado muy activos últimamente —dijo—. Conozco la identidad de algunos de ellos, y sospecho la de otros, pero creo que ha mandado otros nuevos exclusivamente para vigilarte. Se dice que se puso muy furioso cuando la mujer te eligió a ti en lugar de a él, renunciando a ser jeddara de Morbus.

—¿Entonces me ha estado buscando? —pregunté.

—Sí, por toda partes. Incluso en los alojamientos de las mujeres.

—¿Y ella está todavía allí? ¿No se la han llevado?

—No, que yo sepa.

—¿Pero puedes estar seguro?

—Bueno, no —vaciló.

Mi corazón saltó de nuevo. ¿Sería posible que tal cosa hubiera sucedido? Me precipité hacia los apartamentos donde había dejado a Janai, con Tun Gan pisándome los talones. El sujeto parecía sinceramente tan preocupado como yo, y pensé que después de todo quizás fuera buena persona y mereciera mi confianza. Así lo esperaba, puesto que si Ay-mad planeaba arrebatarme a Janai, yo necesitaría todos los aliados que pudiera conseguir.

Cuando el guardián del corredor me reconoció, se apartó de mi camino para dejarme entrar. Al principio no pude ver a Janai, pero luego la descubrí sentada de espalda a mí y mirando por la ventana. Pronuncié su nombre y ella se levantó y se volvió hacia mí. Al principio pareció contenta de verme, pero cuando sus ojos se fijaron en Tun Gan los dilató de terror y retrocedió bruscamente.

—¿Qué hace aquí ese hombre? —preguntó.

—Es uno de mis oficiales —dije— ¿Por qué le temes? ¿Te ha causado algún mal mientras yo estaba fuera?

—¿Es que no sabes quién es?

—Naturalmente. Es Tun Gan, un buen oficial.

—Es Gantun Gur, el Asesino de Amhor—dijo—. Él mató a mi padre.

Comprendí en el acto su natural error.

—Es tan sólo el cuerpo de Gantun Gur —expliqué—. El cerebro del Asesino ha sido quemado y el que ahora tiene pertenece a un amigo.

—¡Oh! —exclamó ella, con alivio—. Otra muestra del trabajo de Ras Thavas, supongo. Perdóname, Tun Gan. No podía saberlo.

—Me gustaría que me hablaras sobre ese hombre cuyo cuerpo es ahora mío —pidió Tun Gan, interesado.

—Era un famoso asesino de Amhor, empleado a menudo por el príncipe de Jal Had. El príncipe me deseaba, pero mi padre no quería entregarme a él, puesto que sabía que yo antes preferiría morir que ser su esposa. Jal Had empleó entonces los servicios de Gantun Gur para asesinar a mi padre y raptarme. Logró lo primero mas no lo segundo, puesto que pude escapar y dejar la ciudad en dirección a Ptarth, donde mi padre tenía algunos buenos amigos. Gantun Gur, sin embargo, me siguió, capitaneando una banda de criminales, todos ellos miembros de la Cofradía de Asesinos. Junto con ellos atacó a la pequeña partida de hombres leales que me escoltaban al exilio. Se entabló la lucha, y todavía seguía cuando cayó la noche, llevando la peor parte los hombres de mi bando. Conseguí huir al amparo de la oscuridad, pero dos días más tarde un destacamento de hormads me capturó. Supongo que a Gantun Gur le sucedió lo mismo.

—Pues ya no tienes que temer nada de él —dije—. Su cerebro ha sido destruido.

—Pero piensa que resulta muy extraño verlo igual que cuando le conocí, y sin embargo saber que no es él.

—En Morbus ocurren cosas muy extrañas —dije—. No todas las personas que puedes ver aquí tienen los cuerpos o los cerebros con que originalmente nacieron.

Cosas extrañas, en efecto. Ahí estaba Tun Gan con el cuerpo de Gantun Gur y el cerebro de Tor-dur-bar, y ahí estaba yo con el cuerpo de Tor-dur-bar y el cerebro de Vor Daj. Pensé, y no por primera vez, lo que diría Janai si llegara a saber la verdad. Si tuviese yo la seguridad de que la muchacha amaba a Vor Daj me arriesgaría a contarle la verdad, pero si no le amaba, y yo no tenía ninguna razón para suponer que lo hiciera, mi presente cuerpo podría repugnarle tanto que quizás nunca podría ya amarme aunque regresara al mío propio. Por tanto decidí no decir nada.

Le expliqué, en cambio, por qué Tun Gan y yo habíamos venido a sus apartamentos, y que debía tener mucho cuidado en adelante con lo que hacía o decía, puesto que muy bien pudiera estar rodeada de espías de Aymad. Ella me miró interrogativamente durante un momento, y luego dijo:

—Has sido muy bueno conmigo, Tor-dur-bar. Eres el único amigo que tengo y quisiera que vinieras a verme más a menudo. No tienes por qué tener razones especiales o excusas para venir, siempre me alegraré de verte ¿Me traes hoy algunas noticias de Vor Daj?

Mi corazón había saltado al escuchar la primera parte de su frase, pero con la última me llegó de nuevo una oleada de aquellos incomprensibles celos contra mí mismo. ¿Acaso pudiera ser que el cuerpo de Tor-dur-bar estuviera tan fundido con el cerebro de Vor Daj como para absorber la personalidad de este último? ¿Podría ser que yo amase a Janai como lo haría un hormad? ¿Y qué podría suceder de ser ello cierto? ¿Podría llegar a odiar a Vor Daj hasta el punto de destruir su cuerpo porque Janai lo encontraría más agradable que el deforme de Tor-dur-bar? La idea era fantástica, pero igualmente fantásticas eran las condiciones en que me encontraba.

—No puedo traerte noticias de Vor Daj —dije—, porque ha desaparecido. Quizás si llegáramos a conocer lo que les ha sucedido a Dotar Sojat y Ras Thavas podríamos tener alguna noticia sobre el paradero de Vor Daj.

—¿Quieres decir que no sabes dónde está? —preguntó ella—. Tor-dur-bar, creo que en todo esto hay algo raro. Quiero confiar en ti, pero comprende que has sido muy evasivo en lo concerniente a Vor Daj. Parece como si quisieras impedir que me encontrara con él. ¿Por qué?

—Te equivocas —respondí—. Debes confiar en mí, Janai. Te prometo que en cuanto pueda os haré salir de Morbus a ti y a Vor Daj. Eso es todo lo que te puedo decir. Pero, por otra parte, ¿por qué estás tan ansiosa de ver a Vor Daj?

Creí sorprenderla con esa pregunta hasta el punto de que quizás me diera un

atisbo de lo que sentía por Vor Daj. No puedo decir si en aquel momento deseaba o temía que manifestara sentimiento afectivo hacia él, de tal manera confusas eran las reacciones de mi personalidad; sin embargo, mi estratagema falló, puesto que la respuesta de Janai no me indicó lo que esperaba.

—Prometió ayudarme a escapar —dijo simplemente.

Así pues, eso era todo; su interés por Vor Daj era puramente egoísta. Bueno, pese a todo, era mejor que ningún interés en absoluto. Así son las razones del amor, que pueden hacer un loco de un hombre sensato. Entonces se me ocurrió pensar que el interés que yo mismo tenía por Janai podría ser considerado también como egoísta. En efecto, las dos posturas no dejaban de tener cierta similitud, ella deseaba su libertad y yo la deseaba a ella.

La cuestión fundamental era la siguiente: ¿Sería yo capaz de arriesgarlo todo, incluso la vida, para dar la libertad a Janai, sabiendo que con ello la perdería para siempre? Sí, sabía que sería capaz de hacerlo, de manera que quizás mi amor no fuese completamente egoísta. Me complació pensar en ello.

Mientras estaba entregado a estas elucubraciones me di cuenta de que dos de los sirvientes hormads se mantenían muy cerca de nosotros, e incluso se acercaban paulatinamente más y más, buscando obviamente enterarse de lo que estábamos hablando. Se trataba de una pareja de los espías de Ay-mad, no me cabía la menor duda, pero su táctica era tan chapucera que llegaba a parecer inocente. Previne en voz baja a Janai de lo que estaba ocurriendo y luego, ya en tono alto, le dije:

—No, esa no es la costumbre. No tengo ninguna intención de permitirte salir de tus apartamentos, de modo que no te molestes en volvérmelo a pedir. Aquí estás más segura que en ninguna parte. Ahora me perteneces y estoy en mi perfecto derecho de matar a cualquiera que amenace dañarte. Y no te quepa ninguna duda de que lo haré.

Aquellas palabras, desde luego, estaban destinadas a los oídos de los espías. Tras pronunciarlas abandoné la habitación, seguido de Tun Gan.

Cuando estuve de nuevo en el estudio medité qué debía hacer a continuación. Ante todo necesitaba rodear a Janai y a mí mismo con un grupo de personas leales, y para ello debía correr algunos riesgos.

Para empezar sondeé a Tun Gan, me dijo que se sentía deudor hacia Ras Thavas y Vor Daj y que por tanto, siendo yo amigo de ellos, me serviría de la mejor forma que pudiera. Por otra parte no tenía la menor simpatía hacia ninguno de los jeds.

Durante los siguientes dos días hablé con Sytor, Pandar, Gan Had y Tee-aytan-ov y me convencí de que podría contar con su lealtad. Incluso conseguí que Tee-aytan-ov fuera enviado ocasionalmente al edificio del laboratorio, donde eran necesarios cada vez más oficiales a fin de intentar controlar la horrible masa viviente que brotaba de la sala de tanques número 4, de modo que el hormad se convirtió en mi espía particular dentro del palacio del jeddak.

En lo referente a Sytor, el oficial que nos capturó al Señor de la Guerra y a mí, me había caído bien desde el primer momento y, después de hablar varias veces con él, llegué a la conclusión de que se trataba de un hombre rojo normal en posesión de su propio cerebro, ya que se mostraba familiarizado con temas del mundo exterior que hubieran resultado extraños para cualquier hormad. Procedía de Duser, y en todo momento se mostró ansioso por escapar de Morbus para regresar a allá.

Pandar era el hombre de Fundal y Gan Had el de Toonol que habían sido mis camaradas de cautiverio en los primeros días de mi estancia en Morbus, de modo que conocía algo acerca de ellos. Ambos me aseguraron que si yo verdaderamente servía la causa de Vor Daj y Dotar Sojat, con gusto colaborarían conmigo.

Todos estos hombres suponían, desde luego, que yo no era otra cosa que un hormad, pero mi rango les aseguraba que tenía una gran influencia y que era una persona muy importante. Les expliqué que se me había prometido el cuerpo de un hombre rojo en cuanto Ras Thavas fuera localizado, y que después de ello estaría tan ansioso como ellos de dejar Morbus.

Entre tanto el crecimiento de la cosa procedente de la sala de tanques número 4 había llenado el ancho patio. Por orden mía se habían cerrado y atrancado todas las puertas y ventanas que daban al mismo, de modo que la cosa no podía penetrar en el edificio, pero más tarde o más temprano, si su crecimiento no se detenía, rebosaría sobre los tejados y se esparciría por las calles y avenidas de Morbus.

La producción de nuevos hormads prácticamente había cesado, y yo había ordenado parar todos los tanques que aparecían demasiado llenos, a fin de evitar una repetición del caso de la sala del tanque número 4. Para ello había necesitado visitar numerosos edificios en los que cuales había tanques, y fue al regreso de una de estas visitas cuando recibí la comunicación de que Ay-mad quería verme.

Nada más llegar al palacio Tee-aytan-ov me salió al paso.

—Ten cuidado —me advirtió—. Sé que están preparando algo contra ti. No puedo decirte exactamente qué, pero un servidor del jeddak me ha contado que sigue furioso contigo y con la mujer. Parece que la encuentra mucho más deseable ahora que la ha perdido. Si quieres evitar disgustos deberías dársela, puesto que en caso contrario podría matarte y llevársela de todos modos, y no creo que haya mujer alguna que merezca correr ese riesgo.

Le di las gracias por su consejo y continué hasta la sala de audiencia, donde Ay-mad me esperaba sentado en el trono y rodeado por sus principales oficiales. El jeddak me miró sin mucha simpatía mientras que yo ocupaba mi puesto entre ellos; el único de todos en no poseer el cuerpo de un hombre rojo. Sobre cuántos cerebros de hormad habría a mi alrededor no podía yo saber nada, pero de lo que había oído desde que llegué a Morbus pude suponer que la mayoría de aquellos oficiales tenía uno de ellos. Pensé que muchos se sorprenderían, y Ay-mad el primero, si pudieran

saber que mi caso era inverso y que tras la fachada de mi odioso rostro hormad se encontraba el cerebro de un noble de Helium, compañero y amigo del Señor de la Guerra de Barsoom. Ay-mad apuntó su índice hacia mí.

—Tenía confianza en ti —dijo—. Te puse al mando del laboratorio y ¿qué es lo que ha sucedido? El suministro de guerreros ha cesado.

—Yo no soy Ras Thavas —le recordé.

—Además de ello has permitido la catástrofe de la sala de tanques número 4 que amenaza con sumergirnos a todos nosotros.

—Permíteme repetirte una vez más que yo no soy el Cerebro Supremo de Barsoom —insistí.

Pero él no prestó atención a mis palabras, sino que continuó:

—Todos esos fallos amenazan abortar mi proyecto de conquistar el mundo, y no estoy dispuesto a consentirlos. Has fracasado en tu tarea como director del laboratorio, y por tanto te destituyo de ese cargo. Sin embargo voy a darte una oportunidad para que redimas tus faltas. Tengo intención de conquistar la ciudad de Fundal, a fin de capturar allí las suficientes naves como para llevar mis guerreros a Toonol. La conquista de esta última ciudad me proporcionaría a su vez naves para atacar otras ciudades, y así sucesivamente. Pues bien, te voy a dar el mando de la expedición contra Fundal, y no creo que te resulte demasiado difícil conquistarla. Dispondrás de quinientos malagors los cuales, contando con dos viajes diarios de ida y vuelta, te permitirán llevar a mil guerreros diarios a un punto cercano a Fundal. Mejor dicho, dos mil, ya que los pájaros pueden llevar carga doble. Del mismo modo, iniciado el asedio, podrás llevar de un golpe mil guerreros al interior del recinto amurallado, aun en el caso de que los fundalianos hubieran logrado cerrar sus puertas ante el cuerpo principal. Desde luego transportaré primeramente los tanques de tejido necesarios para alimentar a los guerreros durante la batalla. Creo que te bastará con veinte mil hormads, pero podremos seguir enviándote dos mil por día hasta que la campaña termine, a fin de cubrir las bajas que se produzcan.

«De momento abandonarás tus alojamientos en el edificio de los laboratorios, y te trasladarás con tus servidores a otro que se te proporcionarán en el palacio.

Comprendí al instante lo que el jeddak intentaba lograr. Quería trasladar al palacio a Janai para tenerla a su alcance en cuanto yo partiera con la expedición contra Fundal.

—El traslado a palacio lo harás inmediatamente y en cuanto sea posible —dijo—, comenzarán los transportes de tropas hacia Fundal. He hablado.

CAPÍTULO XVII



Escapar... ¡Ahora o nunca!

Me encontraba enfrentado con un terrible problema para el que no parecía existir solución. Si hubiera estado en posesión de mi propio cuerpo habría huido inmediatamente con Janai por el túnel que llevaba a la isla donde estaban ocultos Ras Thavas y John Cáster, y allí hubiéramos esperado el regreso de éstos. ¿Pero cómo podría abandonar en la ciudad mi cuerpo, y qué probabilidades tendría en el mundo exterior bajo el aspecto de un hormad? Por otra parte, sentía que mi deber como hombre rojo era hacer fracasar el intento de conquista mundial de Ay-mad. Mientras caminaba hacia los apartamentos de Janai para ponerla en antecedentes de lo que ocurría, mi moral había alcanzado su nadir. Ya no podía descender más.

Al cruzar por un corredor del edificio de los laboratorios me encontré con Tun Gan, quien también parecía preocupado por algo.

—La masa de la sala de tanques número 4 ha alcanzado el tejado y ya ha empezado a derramarse en una calle de la ciudad. Su velocidad de crecimiento parece haber aumentado y si no se la detiene será sólo cuestión de tiempo el que sumerja la ciudad entera.

—Y también toda la isla —dije—. Pero no puedo hacer nada; Ay-mad me ha relevado de mis funciones como jefe del edificio de laboratorio. La responsabilidad corresponde ahora a mi sucesor.

—¿Pero qué crees que podemos hacer para salvamos? —preguntó Tun Gan—. Si no se detiene el crecimiento de esa cosa todos estaremos perdidos. Ha devorado ya a varios guerreros que intentaron destruirla. Las manos los agarraron y les llevaron hasta las cabezas, que los devoraron a dentelladas. Si no se soluciona esto, todos acabaremos así.

Bien, ¿qué podríamos hacer para salvarnos? Hasta el momento el «nos» correspondía en mi pensamiento tan sólo a Janai y a mí mismo, pero ahora empecé a pensar igualmente en otros, en Pandar, Gan Had y Sytor, sin olvidar tampoco a Tun Gan, el Asesino de Amhor con cerebro de hormad ni al pobre Tee—ayton—ov. Todos ellos habían sido tan amigos míos como se podía ser dentro de Morbus, y me propuse salvarles.

—Tun Gan —dije— ¿Te gustaría escapar de aquí?

—Desde luego.

—¿Y te comprometerías a servirme lealmente si te ayudara a ello, olvidando tu condición de hormad?

—Ya no soy un hormad, sino un hombre rojo —respondió—, y te serviré fielmente si me ayudas a salir de este horror en que se ha convertido la ciudad de Morbus.

—Muy bien. En primer lugar ve a buscar a Pandar, Gan Had, Sytor y Tee-aytan-ov, y di les que vengán a los apartamentos de Janai. Ten cuidado y no permitas que nadie se entere de lo que les dices. ¡Aprisa, Tun Gan!

Una vez que se marchó, continué mi camino algo más animado hasta reunirme con Janai. Rápidamente puse en sus conocimientos las últimas ordenes de Ay-mad en el sentido de trasladarnos al palacio. Los dos servidores de quienes sospechaba ser espías estaban allí, y aproveché para enviarles a preparar el guardarropa de su señora para la mudanza, a fin de tener oportunidad de hablar privadamente con Janai. Le dije entonces lo que había tras las ordenes del jeddak y que yo tenía un plan que podía significar una esperanza de huida.

—Aceptaré cualquier riesgo —dijo ella—, antes que permanecer en el palacio de Ay-mad después de que tú te hayas ido. Eres la única persona en Morbus en quien puedo confiar, mi único amigo, aunque no puedo comprender el motivo de esa amistad que me ofreces.

—Porque Vor Daj es mi amigo, y él te ama —dije.

Me portaba así con cierta cobardía, adoptando esa forma de declarar mi amor, al no tener el coraje de descubrir ante Janai mi verdadera personalidad; y en el acto sentí haber hablado. Pues ¿qué sucedería si Janai rechazaba el amor de Vor Daj? Él no estaría allí para insistir en el cortejo, y ciertamente ningún horroroso hormad podría hacerlo por él. De manera que aguarde la respuesta con el alma en vilo.

Janai permaneció silenciosa por un instante, y luego preguntó:

—¿Qué te hace pensar que Vor Daj me ama?

—Creo que es algo totalmente obvio. No se interesaría tanto por una mujer si no la amase.

—Pues yo creo que estás equivocado. Vor Daj se interesaría por cualquier mujer roja que estuviera prisionera en Morbus. ¿Cómo podría existir el amor entre nosotros dos? Apenas si nos conocemos el uno al otro, y tan solo hemos cruzado unas pocas palabras.

Estaba a punto de indicar algo en contra de su razonamiento cuando Pandar, Gun Had y Sytor irrumpieron en la estancia, poniendo punto final a la conversación y dejándome con las mismas dudas que antes acerca de los sentimientos de Janai hacia Vor Daj. Como aquel trío estaba empleado en el edificio de los laboratorios, Tun Gan les había encontrado con rapidez. Les envié a mi estudio para que me esperaran allí,

ya que deseaba hablar con todos en un lugar donde nuestras palabras no pudieran llegar a oídos de ningún espía.

Pocos minutos después llegó Tun Gan acompañado de Tee-aytan-ov y con ellos quedó completada la lista de aquellos de quienes esperaba amistad y ayuda para mi empresa. Para entonces los servidores de Janai habían ya empaquetado todos los efectos de ésta, por lo que les ordené que los llevaran a los nuevos apartamentos del palacio, deshaciéndome así de ellos.

Tan pronto como hubieran salido me dirigí a mi estudio junto con Janai, Tun Gan y Tee-aytan-ov, reuniéndonos allí con los restantes miembros de la partida. Una vez todos juntos les expliqué mi intención de escapar de Morbus, invitándoles a acompañarme si lo deseaban. Todos aceptaron, aunque Sytor manifestó algunas dudas, que supuse que todos los demás compartían, acerca de la viabilidad del intento.

—¿Cuál es tu plan?,—me preguntó.

—He descubierto un pasadizo que lleva a una isla cerca de las costas de Morbus —expliqué—. Es en esa isla donde se refugiaron Dotar Sojat y Ras Thavas tras desaparecer de la ciudad. Ya deben haber partido los dos para Helium, pero estoy completamente seguro de que Dotar Sojat regresará con una flota de guerra para rescatarme de Morbus.

Tee-aytan-ov se mostró escéptico sobre el particular.

—¿Por qué Dotar Sojat tendría tanto interés en rescatar un simple Normad? —preguntó.

Sytor intervino igualmente en su apoyo.

—¿Y cómo podría de todas maneras Dotar Sojat, un simple panthan, persuadir al jeddak de Helium para que envíe su flota aérea a las Marismas Toonolianas, tan solo por un hormad?

—Debo admitir —repliqué— que la idea parece fantástica, pero es porque no conocéis todos los hechos, y hay poderosas razones para que, por ahora, no la divulgue enteramente. Sin embargo, para vuestra tranquilidad, aclararé el último punto que ha tocado Sytor, el referente a la capacidad de Dotar Sojat para enviar desde Helium una flota de naves de guerra. Dotar Sojat es en realidad John Carter, el Señor de la Guerra de Barsoom.

La noticia les dejó incrédulos al principio, pero cuando les expliqué las razones que había tenido John Carter para venir a Morbus, finalmente me creyeron. Sin embargo, Tee-aytan-ov siguió manifestando no entender por qué el poderoso Señor de la Guerra pudiera estar interesado por un hormad hasta el punto de enviar una gran flota tan lejos de Helium para rescatarlo.

Me dije que había cometido un error al hablar, pero encontraba cada vez más difícil dissociar mis dos personalidades. Para mí mismo yo era Vor Daj, noble del

Imperio Heliumita. Para los demás era simplemente Tor-dur-bar, un hormad de Morbus.

—Quizás —dije, intentando una explicación—, haya yo sobreestimado mi propia importancia cuando os dije que John Carter volvería para buscarme a mí. En realidad regresará por Vor Daj, pero al mismo tiempo me rescatará a mí también, puesto que tanto Vor Daj como él mismo son mis amigos.

—¿Y nos dejará embarcar también a nosotros? —preguntó Pandar de Fundal.

—Rescatará a todo aquel que designe Vor Daj, y eso significa cualquiera que yo sugiera, pues repito que Vor Daj es amigo mío.

—Pero Vor Daj ha desaparecido —intervino Gan Had de Toonol—. Nadie sabe su paradero, y se dice que ha muerto.

—No me has dicho nada de esto, Tor-dur-bar —exclamó Janai y luego, volviéndose hacia Sytor—. ¿No podría ser que este hormad intentara un truco a fin de apoderarse de nosotros por alguna razón?

—Yo no te he engañado, Janai —intenté convencerla—. Te dije que Vor Daj había desaparecido.

—Pero no que se le creía muerto. Dices que no sabes dónde está y al mismo tiempo nos cuentas que John Carter regresará para recogerle y entonces él designará quién debe embarcar y quién no ¿Qué es lo que debemos creer?

—Debes confiar en mí si es que quieres dejar Morbus —estallé—. Dentro de unos minutos verás tú misma a Vor Daj y entonces comprenderás porqué no ha podido venir a reunirse contigo.

Estaba empezando a perder la paciencia con todos ellos, por gastar tiempo en discusiones estúpidas en el momento en que era necesario actuar a toda prisa para escapar antes de que se despertaran las sospechas de Ay-mad.

—¿Pero de qué estás hablando ahora? —preguntó Janai—. Dices que no sabes dónde está Vor Daj y después que yo podré verle dentro de unos pocos minutos...

—Hasta hace muy poco tiempo no sabía dónde estaba. Luego, cuando le encontré, creí que sería mejor para ti no decirte la verdad, ya que esperabas su ayuda. Vor Daj no puede ayudarte ahora, y sólo yo puedo hacerlo. Desgraciadamente para llevar a cabo mi plan de fuga deberé mostrarte lo que le ha sucedido a Vor Daj. Y ahora, ya hemos perdido demasiado tiempo hablando. Yo me marché de Morbus y Janai vendrá conmigo porque he jurado a Vor Daj que le ayudaría. Los demás vendrán también si lo desean.

—Yo iré contigo —decidió Pandar—. Cualquier sitio será mejor para nosotros que esta ciudad.

Todos decidieron acompañarme, aunque noté una cierta reluctancia en Sytor. En el momento de ponerme en marcha le sorprendí acercándose disimuladamente a Janai para susurrarle al oído algunas palabras.

Llevando conmigo a Tee-aytan-ov regresé al pequeño laboratorio y recogí todo el instrumental necesario para devolver mi cerebro a su propio cuerpo. Entregué los instrumentos a Tee—ayta—ov, luego desconecté y desmonté el motor, puesto que sin él la sangre no podría ser bombeada en mis venas y arterias. Todo esto llevó cierto tiempo pero finalmente me hallé preparado para partir.

Sería demasiado esperar que nuestra marcha no despertara sospechas; mi mayor esperanza era que lográsemos llegar a la celda 3-17 antes de ser organizada la persecución contra nosotros. El espectáculo de dos hormads, cuatro hombres rojos y Janai marchando hacia los pozos, por no hablar de la carga que entre Tee-aytan-ov y yo transportábamos no dejó, en efecto, de llamar la atención. Pero lo peor fue que uno de los afectados, para desgracia nuestra, fue el dwar a quien Ay-mad había nombrado mi sucesor en la jefatura del edificio de los laboratorios.

—¿A dónde vais? —preguntó, cortándonos el paso—. ¿Qué pensáis hacer con todo ese equipo?

—Lo llevamos a los pozos para ponerlo a salvo —le respondí—. Ras Thavas lo necesitará cuando regrese.

—Igualmente estaba a salvo en el sitio donde lo habéis cogido —dijo él—. Yo estoy ahora al mando de todo esto y si hay algo que mover se hará por mis órdenes. Haced el favor de dejar ahora mismo todo ese equipo donde lo habéis encontrado.

—¿Y desde cuando un dwar da órdenes a un odwar? —pregunté con altivez—. ¡Apártate de en medio!

Tras de lo cual intenté seguir mi camino hacia los pozos, junto con mis compañeros.

—¡Espera un momento! —gritó él—. No vas a ir a ninguna parte con ese equipo y con la muchacha a menos que tengas orden expresa de Ay-mad. Y sé que las órdenes del jeddak son de que lleves la muchacha al palacio, no a los pozos. Tengo la misión de hacer que cumplas dichas órdenes.

Tras de lo cual alzó la voz para pedir auxilio. Comprendí que una partida de guerreros hormads debía andar por los alrededores, así que grité a mis compañeros que corrieran detrás de mí a la mayor velocidad posible hacia los pozos.

Nos precipitamos a la carrera por la larga rampa descendente con el gobernador del laboratorio pisándonos los talones sin dejar de gritar pidiendo ayuda. Y oí cómo sus voces eran contestadas por las de un buen número de guerreros lanzados ya en persecución nuestra.

CAPÍTULO XVIII



La Isla de la traición

Todo mi plan parecía ahora abocado al fracaso. Aunque consiguiéramos llegar a la celda 3-17, no podría arriesgarme a entrar en ella y mostrar así su secreto a nuestros perseguidores. Habíamos llegado demasiado lejos, sin embargo, para volverme atrás. Tan solo quedaba una solución al problema: hacer de modo que ninguno de nuestros perseguidores pudiera regresar para dar noticias a Ay-mad.

Habíamos alcanzado ya el nivel de los pozos, y corríamos ahora por el pasillo principal del mismo. El gobernador de los laboratorios nos seguía, aunque a una distancia prudente, y los gritos de los restantes perseguidores anunciaban a las claras que éstos no nos habían perdido la pista. Me puse a la altura de Tun Gan y le di algunas instrucciones en voz baja, tras de lo cual él me dejó y habló brevemente con Tee-aytan-ov y con Pandar. A continuación los tres se desviaron bruscamente por un pasillo lateral.

El gobernador dudó por un momento, pero se abstuvo de perseguirles. Su principal interés estaba en Janai y en mí, de modo que seguía tras nosotros. En la siguiente intersección conduje al resto de la partida por el corredor de la derecha, e inmediatamente después hice alto, dejando en el suelo mi carga.

—Les haremos frente aquí —dije—. Debéis recordar tan sólo una cosa: nuestra única oportunidad de escapar depende de que ni uno solo de nuestros perseguidores escape con vida para guiar a otros hasta aquí.

Sytor y Gan Had se situaron cubriéndome los flancos mientras Janai permanecía tras nosotros. El gobernador, al verse de pronto frente a tres guerreros, se detuvo en seco, fuera del alcance de nuestras espadas, para esperar a los que llegaban tras de él. Ninguno de los dos bandos contaría con armas de fuego, pues los materiales necesarios para su construcción y amunicionamiento no existía en las Marismas Toonolianas, o por lo menos no habían sido descubiertos hasta el momento. Nuestras armas serían la espada larga, la espada corta y la daga.

No tuvimos que esperar mucho tiempo antes de que los guerreros enemigos estuvieran a la vista; eran nueve en total, todos ellos hormads. El gobernador tenía el cuerpo de un hombre rojo y el cerebro de un hormad, le conocía bien de palacio y sabía que era astuto y cruel, pero carente de coraje físico. Ordenó detenerse a sus

guerreros y los diez quedaron enfrentados con nosotros.

—Haríais mejor en rendiros y venir conmigo —dijo el gobernador—. No tenéis ninguna probabilidad, somos diez contra tres. Si os rendís ahora no diré nada a Ay-mad acerca de vuestra fuga.

Estaba visiblemente ansioso de evitar la lucha, pero para nosotros este era el único medio de escapar, pues una vez en el palacio de Ay-mad, al menos Janai y yo estaríamos irremisiblemente perdidos. Así que fingí estudiar la proposición hasta que vi a Tun Gan, Pandar y Tee-aytan-ov aparecer tras el gobernador y su partida.

—¡Ahora! —exclamé.

En respuesta, los tres recién llegados lanzaron un grito de guerra que hizo volverse simultáneamente a nuestros diez enemigos. Entonces Sytor, Gan Had y yo cargamos contra ellos empuñando nuestras espadas.

Nos superaban en número, pero en realidad nunca tuvieron una oportunidad de vencer. El ataque por sorpresa les desconcertó ya grandemente, pero el verdadero factor de nuestra victoria fue mi fuerza sobrehumana y el formidable brazo anormalmente largo con que sostenía mi espada. No quiero decir con esto que la lucha fuera fácil, al contrario, al darse cuenta de que sus vidas estaban en juego, pelearon furiosamente como ratas acorraladas.

Vi al infortunado Tee-aytan-ov caer con el cráneo partido en dos y a Pandar ser herido, aunque no antes de haber decapitado a uno de sus enemigos. Tun Gan hizo lo propio con otros dos y también Gan Had peleaba bien, pero, para mi sorpresa, Sytor se mantuvo atrás, esquivando la lucha.

Sin embargo no me era necesario en absoluto, mi brazo monstruoso descargaba formidables golpes de espada, abriendo las cabezas enemigas desde la coronilla al mentón, hasta que finalmente de todo el bando enemigo tan solo quedó en pie el gobernador, y ello por haber quedado tan lejos de la pelea como había podido. Ahora, gritando, intentó huir, pero Tun Gan le cerró el paso. Hubo un momentáneo choque de espadas, un chillido, y Tun Gan clavó su espada en pleno corazón del gobernador del edificio de los laboratorios, limpiando la hoja en las ropas de su enemigo caído.

El corredor presentaba ahora un horrible aspecto, lleno de charcos de sangre y de cuerpos abatidos. No me gusta relatar lo que tuvimos que hacer a continuación, pero era absolutamente necesario destruir completamente los cerebros de nuestros enemigos hormads antes de poder continuar nuestro camino.

Entregando a Tun Gan los instrumentos que había transportado Tee-aytan-ov, recogí por mi parte el motor y reemprendimos todos la marcha hacia la celda 3-17. Me di cuenta de que Sytor se acercaba de nuevo a Janai para susurrarle unas palabras, pero en aquel momento me hallaba demasiado ocupado en otro asunto para prestar demasiada atención al hecho. Hasta el momento habíamos tenido éxito, ¿quién podía anticipar lo que nos depararía el futuro? No tenía idea, por ejemplo, que medios de

subsistencia encontraríamos en la isla, ni tampoco lo que haríamos para escapar de la peligrosa vecindad de Morbus a través de las Grandes Marisma Toonolianas en el caso de que John Carter no regresara para recogerme. Tan sólo la muerte, pensaba yo, podía impedir su retorno y, pese a mis temores, me era muy difícil concebir que el poderoso Señor de la Guerra de Barsoom pudiera morir, puesto que para mí, como para otros muchos, parecía ser inmortal e invulnerable ¿Pero qué sucedería si, a pesar de todo, desaparecía en las marismas junto con Ras Thavas? Este pensamiento me llenaba de horror, pues sabía que entonces no me quedaría otro recurso que la autodestrucción, ya que la muerte era infinitamente mejor que vivir en mi actual forma repulsiva.

Sumido en tan triste pensamiento llegué finalmente ante la puerta de la celda 3-17 y, abriéndola, conduje mi partida al interior.

En cuanto Janai vio el cuerpo de Vor Daj yacente en la fría plancha de ersita, lanzó una exclamación horrorizada y se volvió hacia mí con furia.

—¡Me has mentado, Tor-dur-bar! —dijo en un murmullo sofocado—. Durante todo este tiempo sabías que Vor Daj estaba muerto ¿Por qué me has tratado tan cruelmente?

—Vor Daj no está muerto —me defendí—. Tan solo espera el retorno de Ras Thavas para que él le devuelva a la vida.

—¿Pero por qué no me lo has dicho? —preguntó.

—Tan sólo yo conocía el lugar donde el cuerpo de Vor Daj estaba escondido. Ni a ti ni a él os hubiera aprovechado nada que tú lo supieras, y cuantas menos personas tuvieran conocimiento mejor sería para todos. Ni siquiera a ti, en quien sé que puedo confiar, me arriesgué a decirte el lugar del escondite; y si ahora tú y algunos otros lo conocéis es tan sólo porque el único camino para escapar de Morbus pasa por aquí. Y te prometo que ninguno de quienes tienen este conocimiento regresará a Morbus mientras el cuerpo de Vor Daj permanezca aquí indefenso.

Sytor se había aproximado entretanto al lugar donde yacía el cuerpo de Vor Daj, y lo estaba examinando cuidadosamente. Luego alzó la cabeza y pude ver como sonreía al tiempo que miraba en mi dirección. Pensé que quizás sospechaba la verdad, pero me daba lo mismo con tal de que mantuviera cerrada la boca. Lo que no quería era que Janai llegara a saber que el cerebro de Vor Daj habitaba el odioso cuerpo de Tor-dur-bar ya que, aunque quizás fuera locura por mi parte, pensaba que sería luego incapaz de olvidarlo aun cuando devolvieran mi cerebro a su cuerpo original.

La muchacha se había mostrado pensativa mientras le explicaba las razones de no haberle puesto en antecedentes de la situación de Vor Daj, pero después se volvió hacia mí y me habló con afecto.

—Siento haber dudado de ti, Tor-dur-bar —dijo—. Has hecho bien en ocultar a todo el mundo lo sucedido a Vor Daj. Es una sabia precaución y, al mismo tiempo, un

acto de lealtad.

CAPÍTULO XIX



Alas en la noche



Fue con una sensación de alivio como conduje a mi pequeña partida por el túnel subterráneo que llevaba a la isla rocosa. La manera como escaparíamos de dicha isla constituía un problema propio del futuro. Seguía confiando, desde luego, en que John Carter volvería de Helium con una flota de rescate, pero sobre esta confianza se cernía como un fantasma la irreprimible duda de si, efectivamente, Ras Thavas y él lograrían atravesar los terribles yermos de las Grandes Marismas Toonolianas para llegar a la nave que dejáramos escondida cerca de Fundal.

La isla estaba poblada por pájaros y pequeños roedores, y en ella crecían árboles y arbustos que daban diversas clases de frutas y nueces. Con todo ello y con los peces que podíamos pescar, disponíamos de la suficiente comida como para no pasar hambre, aunque tampoco podía decirse que nadáramos en la abundancia. Habíamos construido una choza para Janai, a fin de procurarle alguna intimidad; en cuanto al resto de nosotros, dormíamos al raso.

La pequeña isla era montañosa, de manera que pudimos instalarnos en el lado más lejano a Morbus para que las colinas nos ocultaran de las vistas de la ciudad. En un punto apartado iniciamos la construcción de dos botes ligeros, cada uno de ellos capaz de transportar a tres de nosotros con la apropiada carga de provisiones, y uno de ellos era más ancho que el otro, a fin de acomodar en él el cuerpo de Vor Daj, pues yo estaba determinado a no dejarlo atrás en caso de que John Carter no regresara en un lapso de tiempo razonable y fuera necesario emprender por nuestros propios medios el peligroso viaje a través de las marismas.

Durante este período me di cuenta de que Sytor pasaba gran parte de su tiempo libre en compañía de Janai. Era un individuo de físico agradable y también un brillante conversador, de modo que no era extraño que ella prefiriese su compañía, aunque debo admitir que el hecho me proporcionaba terribles ataques de celos.

Sytor se mostraba igualmente muy amistoso hacia Pandar el fundaliano, de modo que en nuestra partida comenzaron a distinguirse dos grupo diferenciados; por una parte Pandar, Sytor y Janai, por otra Gan Had, Tun Gan y yo mismo. No existía ningún tipo de hostilidad, pero la división aparecía cada vez más pronunciada. Gan Had era toonoliano, y Toonol y Fundal eran enemigos hereditarios de modo que poco

en común podía tener con Pandar. En cuanto a Tun Gan, con el cuerpo de un hombre rojo y el cerebro de un hormad, y a mí mismo con el cuerpo de un hormad y el cerebro de un hombre rojo, posiblemente nos sintiéramos unidos el uno al otro por el conocimiento de que los demás nos consideraran en el fondo de sus corazones como verdaderos monstruos, más alejados de la humanidad que los animales de inferior escala zoológica. Puedo decir que el hecho de poseer un cuerpo tan feo como el mío no podía menos que producirme un grave complejo de inferioridad, y pienso que Tun Gan, aunque poseedor del cuerpo del que fuera Asesino de Amhor, debía pensar de forma parecida.

Después de que los dos botes estuvieran terminados, tras varias semanas de incesante trabajo en ellos, la forzada ociosidad pesó gravemente sobre nosotros, y la disensión comenzó a mostrar su poco agradable rostro en nuestro campamento. Sytor insistía en que debíamos marcharnos inmediatamente pero yo me oponía, prefiriendo esperar todavía algún tiempo más, pues estaba seguro de que si John Carter vivía y alcanzaba Helium, no dejaría de volver a por mí. Pandar estaba de parte de Sytor, pero Gan Had me apoyaba, pues el plan de aquel era que intentáramos llegar a Fundal, y el toonoliano temía ser hecho prisionero y convertido en esclavo si se presentaba allí. En las discusiones que con tal motivo se entablaron tuve la satisfacción de que al principio Janai se pusiera también de mi parte, aunque no sin reservas.

—No podemos marcharnos a menos que llevemos con nosotros el cuerpo de Vor Daj —dijo—, y Tor-dur-bar no permitirá que nos lo llevemos sin esperar todavía algún tiempo por si llegara la flota de Helium que espera. Por tanto creo que debemos aguardar. Sin embargo —y ahora se dirigió a mí—, pienso que estás en un error y que deberías plegarte al superior criterio de Sytor, que es un hombre rojo con el cerebro de un hombre rojo.

Sytor, presente durante esta conversación, me dirigió entonces una mirada significativa, y de nuevo pensé que sospechaba que el cerebro de Vor Daj se hallaba en el interior de mi deforme cabeza. Rogué para que no comunicara sus sospechas a Janai.

—Sytor puede tener el cerebro de un hombre rojo —respondí—, pero dicho cerebro funciona solo en interés del propio Sytor. El mío, aunque inferior, está guiado por un solo deseo: hacer todo lo posible para ayudarte a ti, Janai, y también a Vor Daj. No abandonaré esta isla hasta el retorno de John Carter, a menos que me vea absolutamente obligado a hacerlo o que llegue a perder toda esperanza de que ese retorno llegue a suceder. Y tampoco pienso permitir que te vayas, Janai. Los demás pueden hacerlo si quieren, pero yo he prometido a Vor Daj protegerte, y no considero protección adecuada el permitirte hacer un peligroso viaje a través de las Grandes Marismas Toonolianas para acabar en la inhospitalaria Fundal, a menos que no nos

quede otra alternativa.

—Te advierto que yo soy dueña de mi propio destino —replicó enfadada Janai—, y me marcharé de aquí si lo deseo; ningún hormad va a decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

—Janai tiene razón —apoyó Sytor—. No tienes ningún derecho a interferir.

—Pero sin embargo interfiere —contesté—. Ella permanecerá aquí aunque tenga que obligarla. Creo que deberéis admitir que soy físicamente capaz de hacerlo.

Bueno, como es natural las cosas no fueron demasiado agradables después de esto, y Janai, Sytor y Pandar pasaron juntos cada vez más tiempo conversando, a menudo con voz intencionadamente demasiado baja como para que yo pudiera oír lo que decían. Pensé que tan sólo estarían quejándose entre ellos y protestando por mis abusos.

Desde luego me sentía muy dolido al pensar que Janai se había puesto en contra mía, y era extremadamente desgraciado, pero no supe anticipar que de aquellas conversaciones pudiera resultar ningún disgusto. Por mi parte me hallaba dispuesto, pese a la renuencia de Janai, a continuar por el camino que mi buen sentido me mostraba ser el mejor.

Sytor y Pandar habían elegido para dormir un lugar bastante apartado del que Tun Gan, Gan Had y yo seleccionáramos, como si quisieran hacer resaltar el hecho de que no querían tratar con nosotros. Lo cual nos convenía perfectamente, pues yo ya empezaba a tenerles cierta antipatía.

Una noche, cuando me disponía a descansar después de una jornada de pesca, Tun Gan se me acercó y se sentó junto a mí.

—Hoy me he enterado de algo que puede interesarte —dijo—. Esta tarde yo estaba dormitando a la sombra de un arbusto junto a la playa cuando aparecieron Janai y Sytor y se sentaron cerca de donde estaba, sin verme. Empezaron a discutir y oí como Janai decía:

«—Estoy segura de que, a su manera, es leal a Vor Daj y a mí. Tan sólo es el juicio lo que le falla pero..., ¿qué se puede esperar del cerebro deformado de un hormad?»

«—Estás completamente equivocada —replicó Sytor—. Tiene tan solo una idea en la mente: que tú le perteneces. Hay algo que sé desde hace tiempo, pero que dudaba en decirte por no causarte dolor. El Vor Daj que conociste ha muerto. Su cerebro ha sido extraído y quemado, y Tor-dur-bar escondió y protegió el cuerpo esperando el regreso de Ras Thavas para que éste transfiriera su cerebro hormad a él. Entonces se podría presentar ante ti como un apuesto hombre rojo, esperando conquistarte. Pero no sería Vor Daj, desde luego, sino el cerebro de un hormad dentro del cuerpo de un hombre.

«—¡Qué horrible! —respondió Janai—. No puedo creer una cosa así. ¿Cómo te

has enterado de ello?

«—Por Ay-mad —dijo Sytor—. Me contó que la recompensa para Tor-dur-bar incluía la transferencia de su cerebro al cuerpo de un hombre rojo que deseara y estoy seguro de que ha destruido el cerebro de Vor Daj y guardado su cuerpo para cuando llegue el momento de ocuparlo.

—¿Y qué respondió Janai? —pregunté—. Espero que no creería esa historia, ¿no?

—Pues sí, parece que la creyó —repliqué Tun Gan—, porque dijo que eso explicaba muchas cosas que hasta el momento había sido incapaz de comprender y que era la única explicación lógica de por qué un hormad guardaba tan inquebrantable lealtad hacia un hombre rojo.

Me sentí humillado, amargado y herido, y medité cómo una muchacha como Janai podía ser tan ingrata respecto al amor y devoción que sentía por ella; pero luego recobré mi buen juicio y reconocí que la teoría de Sytor era lógica hasta cierto punto. No dejaba de ser convincente la idea de que un horrible hormad defendiera el cuerpo de un hombre rojo si deseaba ocuparlo algún día con la esperanza añadida de conquistar con él a una encantadora muchacha o, al menos, tener una oportunidad de conseguirla, cosa que de ninguna manera podría ni soñar con su propia y odiosa forma original.

—Creo que tendrías que vigilar a esa rata de Sytor —aconsejó Tun Gan.

—No por mucho tiempo —decidí entonces—. Mañana mismo le haré tragarse sus palabras, y luego revelaré la verdad, de la que tal vez Sytor tenga sospechas, pero que sin duda sorprenderá a Janai.

Durante casi toda la noche permanecí tendido y despierto pensando como reaccionaría Janai ante mi revelación, qué podría pensar o decir cuando supiera que tras mi horrenda faz de hormad se encontraba el cerebro de Vor Daj. Finalmente me rindió el sueño, y por haberlo hecho tan tarde, dormí hasta bien avanzada la mañana siguiente. Fue Gan Had de Toonol quién me despertó, sacudiéndome enérgicamente. Cuando abrí los ojos pude advertir que estaba muy excitado.

—¿Qué ocurre, Gan Had? —le pregunté.

—¡Sytor! —exclamó—. Él y Pandar han robado uno de los botes y han huido en él con Janai.

Salté en pie y corrí tan rápidamente como pude hacia el lugar donde habíamos ocultado las dos embarcaciones. Una de ellas había desaparecido, pero no era éste todo el daño, puesto que alguien había abierto un tremendo agujero en el bote restante a fin de retrasar durante varios días cualquier posible persecución.

De modo que esa era la recompensa para mi amor, lealtad y devoción. Mi corazón estaba enfermo y ya no me importaba si John Carter regresaba o no; mi vida se había convertido en un siniestro lugar vacío de todo lo que no fuera miseria. Me senté, desconsolado junto al averiado bote, y noté entonces sobre mi espalda la mano

amistosa de Gan Had.

—No te aflijas —dijo—. Si se ha ido por su propia voluntad, no merece que te preocupes por ella.

Estas palabras hicieron brillar una leve esperanza en mi mente atribulada, justo lo suficiente para mantenerme en el mismo borde de una completa desesperación.

SI SE HA IDO POR SU PROPIA VOLUNTAD.

Quizás no hubiera sido así, quizás Sytor la hubiera forzado a marcharse con él. Era al menos una esperanza y determiné aferrarme a ella. Llamé a Tun Gan y entre los tres iniciamos la reparación del bote averiado. Trabajamos furiosamente, pero Sytor había realizado una eficiente labor de demolición y hubieron de pasar tres días enteros antes de que la embarcación quedara de nuevo lista para navegar.

Pensé que, dado que Pandar era de la partida, pudieran haber ido directamente hacia Fundal, donde aquél podría ser recibido como amigo; de modo que decidí seguirles hasta la citada ciudad, costara lo que costara. En mi furia me sentí poseedor de la fuerza de cien hombres e imaginaba ser capaz de destruir un ejército entero con una mano atada a la espalda, o de arrasar las murallas de las más poderosas fortalezas con mis puños desnudos.

Finalmente estuvimos dispuestos para partir, pero antes debimos realizar un último trabajo: con rocas, tierra y arbustos disimulamos la entrada del túnel que llevaba a la estancia donde yacía el cuerpo de Vor Daj.

Sytor se había apropiado del bote más grande, evidentemente más cómodo que el otro para su partida de tres personas, pero también era el más pesado, y a esto había que añadir que ellos disponían tan sólo de dos hombres para remar, mientras que nosotros éramos tres. Pero, sin embargo, teniendo en cuenta los tres días que nos llevaban de ventaja, calculé que haría falta un milagro para que les alcanzáramos antes de llegar a Fundal. Pese a ello, había una ligera probabilidad si podíamos seguirles a través del laberinto de canales cenagosos que se extendía entre nosotros y la ciudad; la de que su bote llegara inadvertidamente a un callejón sin salida y debiera retroceder varios kilómetros, poniéndose entonces a nuestro alcance. No existen mapas de las Grandes Marismas Toonolianas, y el terreno era igualmente desconocido para ambas partidas. Por mi parte, acostumbrado como estaba a observar el terreno desde el aire, disponía de un vago mapa mental del área sobre la que el Señor de la Guerra y yo habíamos volado mientras se nos transportaba como prisioneros en los malagors, pero no cabía duda de que Sytor había sobrevolado igualmente la región varias veces a lomos de malagor. De todas maneras era poco probable que ninguno de los dos gozáramos de una ventaja apreciable, puesto que desde la superficie del agua la visibilidad era obstruida continuamente por la vegetación que crecía en las mismas ciénagas y en la superficie de los numerosos islotes.

Mi corazón sufría grandemente al emprender la persecución, primeramente por mis dudas acerca de la lealtad de Janai y en segundo lugar por tener que abandonar mi cuerpo y andar por el mundo exterior bajo la apariencia de un horrible hormad. El porqué de seguir a Janai, que había escuchado a Sytor y le había creído, tan solo podía explicarse por el hecho de estar enamorado de ella y porque el amor vuelve locos a los hombres.

Partimos apenas cayó la noche, para que la oscuridad nos protegiera el mayor tiempo posible de las vistas de Morbus. Tan sólo Duros, la más lejana de las lunas, brillaba en el cielo, pero su luz servía más para alumbrarnos el camino que para ponernos en peligro, en tanto que las estrellas nos servían de guía. La fuerza prodigiosa de mi cuerpo de hormad proporcionaba un gran impulso a los remos, llevando el bote a buena velocidad, claro está que con la ayuda de los otros dos miembros de la partida... Habíamos decidido viajar tanto de noche como de día, durmiendo cada uno por turnos en el fondo de la embarcación en tanto que los compañeros remaban. Transportábamos una buena cantidad de provisiones y pensábamos que la velocidad que podríamos alcanzar en nuestro bote ligero nos pondría a salvo de cualquier banda de salvajes que intentara interceptarnos en sus propias canoas.

El primer día pudimos observar una banda de malagors que volaban sobre nosotros, también en dirección a Fundal. Nos hallábamos a cubierto de sus vistas por la frondosa vegetación que crecían en las orillas del canal que seguíamos, pero nosotros sí les veíamos claramente mientras pasaban, y advertimos que cada malagor transportaba sobre sus lomos un guerrero.

—Otra partida de merodeo —comentó Gan Had.

—Más bien creo que se trata de un grupo de búsqueda lanzado por Aymad en nuestra persecución —dije—. Ya debe saber que hemos salido de Morbus.

—Pero han pasado semanas desde que escapamos —intervino Tun Gan.

—Sí —repliqué—, pero creo que durante todo este tiempo ha debido estar enviando partidas en todas direcciones, aunque no las hayamos visto.

Gan Had asintió.

—Puede que tengas razón. Esperemos que no nos descubran, porque si nos capturan de nuevo iremos directamente a los tanques o al incinerador.

El segundo día, habiendo entrado en un lago de regular tamaño, una banda de salvajes que habitaban sus orillas nos descubrió, y en el acto echaron al agua buen número de canoas con ánimo de interceptarnos. Le dimos con fuerza a los remos y nuestro pequeño bote pareció volar sobre las aguas. Pero los salvajes habían lanzado varias canoas desde un punto de la orilla situado ante nosotros y existía grave peligro de que nos abordaran antes de que consiguiéramos pasar.

Ciertamente constituían un grupo truculento y cuando estuvimos lo

suficientemente cerca de ellos vi que iban completamente desnudos, sus abundantes greñas flotando al viento, y con manos, cuerpos y rostros pintados para hacerles todavía más horribles de lo que por naturaleza les correspondía. Estaban armados con toscas lanzas y garrotes, pero no había nada de tosco en la forma en que gobernaban sus largas canoas, que se deslizaban en el agua con sorprendente velocidad.

—¡Más rápido! —urgí. Y nuestra embarcación pareció dejar la superficie del agua, saltando adelante como si se tratara de una criatura viva.

Los salvajes gritaban ahora con excitación, como si fuera ya seguro que nos atraparían, pero la energía que ponían en sus feroces aullidos mejor la hubieran utilizado en los remos, porque finalmente conseguimos pasar ante sus canoas más avanzadas y comenzamos luego a ganar distancia ante ellos. Furiosos, nos arrojaron varias lanzas y garrotes desde las primeras de ellas, pero todos los tiros quedaron cortos, y pronto resultó que escapábamos de ellos y que ya no podríamos alcanzarlos.

Nos persiguieron, no obstante, todavía durante algún rato hasta que finalmente, en medio de un áspero coro de imprecaciones, hicieron dar media vuelta a sus canoas y regresaron a la orilla. Y bueno fue ello para nosotros, pues Tun Gan y Gan Had habían alcanzado el límite de sus fuerzas hasta el punto de que ambos cayeron en el fondo del bote nada más renunciar los salvajes a nuestra persecución. Por mi parte, yo no me sentía fatigado, de modo que continué remando pausadamente, llevando el bote hasta el final del lago. Allí encontramos el principio de un canal lleno de curvas que luego seguimos durante unas dos horas, sin que nos ocurrieran más percances. El sol estaba a punto de ponerse cuando oímos el batir de grandes alas que se aproximaban.

—Malagors —dijo Tun Gan.

—La partida de búsqueda que regresa —intervino Gan Had—. Me pregunto si habrán encontrado algo.

—Están volando muy bajo —hice notar—. Vamos, acerquémonos a esa isla y ocultemos el bote entre los matorrales de la orilla. Espero que no nos vean.

En las orillas de la isla, baja y plana hasta sobresalir tan solo unos centímetros sobre el nivel de las aguas, crecían abundantes arbustos y plantas, por lo que no nos costó gran trabajo ocultar el bote. Los malagors pasaron sobre nosotros y describieron luego un amplio círculo.

—Buscan dónde aterrizar —dijo Tun Gan—. A los hormads no les gusta volar de noche por que los malagors no ven bien en la oscuridad y Thuria, al cruzar sobre ellos, les confunde y asusta.

Vimos perfectamente a los malagors cuando pasaban de nuevo sobre nosotros, y creí advertir que tres de ellos llevaban carga doble. Mis compañeros se dieron cuenta también y Gan Had dijo que posiblemente transportaran prisioneros.

—Y creo que uno de ellos es una mujer —comentó Tun Gan—. Puede que hayan

capturado a Janai, Sytor y Pandar.

—Están tomando tierra en la isla —nos comunicó Gan Had—. Si esperamos a que sea de noche podremos huir tranquilamente.

—Pero primero debemos averiguar si uno de esos prisioneros es Janai —dije.

—Si nos descubren eso significará la muerte para todos —protestó Tun Gan—. Tenemos una oportunidad de escapar ahora, y de todas formas no creo que sea una ayuda para Janai el que caigamos prisioneros también nosotros.

—Tengo que averiguar eso —insistí—. Me acercaré a su campamento por la noche, y vosotros podéis esperarme aquí. Si tardo mucho en regresar, podéis continuar vuestro camino, y que la suerte os acompañe.

—¿Y en caso de que efectivamente Janai esté con ellos? —quiso saber Gan Had.

—Entonces me reuniré con vosotros y volveremos a Morbus. Si llevan a Janai a la ciudad, entraremos por el túnel subterráneo y la rescataremos.

—Pero no podemos hacer nada —protestó Gan Had—. Tan solo sacrificaríamos nuestras vidas inútilmente en añadidura de las suyas y sin provecho para nadie. No tienes derecho a imponernos esa aventura cuando no hay la menor esperanza de éxito. Créeme que si tuviéramos la más ligera posibilidad yo iría contigo de buen grado, pero como no es así, rehusó llanamente. No sacrificaré mi vida en una misión suicida.

—Si Janai ha sido apresada —repliqué—, volveré a Morbus aunque tenga que hacerlo solo. Vosotros dos podéis elegir entre venir conmigo o quedaros en esta isla.

Me miraron malhumorados, pero no dijeron una palabra. Rápidamente me deslicé entre los arbustos para iniciar mi exploración. A decir verdad muy pronto borré a Tun Gan y Gan Had de mi pensamiento, tan preocupado estaba por la idea de que Janai pudiera ser uno de los prisioneros que los hormads llevaban a Morbus. Los matorrales me proporcionaban una excelente cobertura y no tardé en oír voces ante mí. Me detuve entonces y aguardé a que la oscuridad se hiciera completa antes de proseguir.

Era ya noche cerrada cuando inicié mi avance con grandes precauciones hasta alcanzar un punto desde el que podía observar la partida enemiga. Estaba ésta compuesta por una docena de guerreros hormads y dos oficiales aparentemente humanos. Me arriesgué a aproximarme todavía más cerca y pude ver algunas figuras tendidas por tierra; al instante reconocí a Sytor en la más cercana. Estaba atado de pies y manos, y su presencia me indicó que Janai debería estar también allí. No obstante quise asegurarme y me moví cautelosamente hasta otra posición que me permitiera ver a los otros dos. Uno de ellos era, efectivamente, Janai.

Apenas puedo describir las emociones que me asaltaron en aquel instante, al ver a la mujer que amaba atada y tendida en tierra, otra vez en manos de los odiosos súbditos de Ay-mar y condenada a ser devuelta a éste. Se encontraba muy cerca de mí, pero sin embargo me era imposible hacerle conocer que estaba allí, dispuesto a

servirla de nuevo como si nunca me hubiera abandonado.

Durante un buen rato permanecí contemplándola, y luego me arrastré de nuevo hacia atrás. Aprovechando que ninguna de las dos lunas se hallaban en el cielo en aquel momento me puse en pie al hallarme lo suficientemente lejos y corrí a toda velocidad hacia el lugar donde había dejado a mis compañeros.

Era consciente de que la partida enemiga era demasiado poderosa como para pensar en vencerla por mí mismo o junto con Gan Had y Tun Gan. Por lo tanto me remití a mi primer plan de regresar a Morbus lo más rápidamente posible e intentar allí el rescate mediante algún ardid. Pero era también consciente de que, en el mejor de los casos, no llegaríamos a la ciudad hasta al menos dos días después que Janai con sus captores. ¿Y qué le podría ocurrir a la muchacha en aquel período de tiempo?

Me estremecí al pensar en ello y pude consolarme con la idea de que si no podía llegar a tiempo para rescatarla, al menos la vengaría. Bien, no me gustaba tener que obligar a Tun Gan y Gan Had a volver conmigo, pero no había otro remedio, necesitaba su fuerza como remeros para acelerar el retorno. Así que decidí olvidar mi anterior oferta alternativa de permitirles quedarse en la isla; por las buenas o por las malas deberían acompañarme en el viaje de vuelta a Morbus.

Pero mis pensamientos se vieron bruscamente cortados cuando llegué al lugar donde había dejado el bote. Había desaparecido. Gan Had y Tun Gan me habían abandonado, llevándose consigo el único medio de que disponía para llegar a Morbus.

Por un instante quedé absolutamente estupefacto ante la enormidad de la desgracia que había caído sobre mí, frustrándome toda posibilidad de hacer algo por Janai, que era lo único que me importaba. Desalentado, me senté en la orilla del canal y me cubrí el rostro con las manos mientras buscaba desesperadamente una idea para salvar a la muchacha. Concebí y descarté una docena de locos proyectos y finalmente me decidí por el único capaz de ofrecerme una remota posibilidad de éxito.

Volvería al campamento de los hormads y me entregaría a ellos. Al menos esto me situaría cerca de Janai y, una vez en Morbus, tal vez alguna afortunada circunstancia podría darme la oportunidad de huir con ella. Me dispuse a seguir dicho plan, aunque mi buen sentido me aseguraba que el solo fin del mismo sería la muerte.

Comencé a andar, sin ocultarme ahora, a través de los matorrales que cubrían la isla. Pero antes de llegar al campamento enemigo, un nuevo plan surgió en mi mente.

Si regresaba a Morbus prisionero y atado codo con codo, no había duda de que Ay-mad me destruiría mientras me hallara indefenso, ya que conocía de sobra mi gran fuerza; pero si pudiera alcanzar la ciudad sin ser advertido quizás pudiera llevar a buen efecto mis planes para salvar a la muchacha; especialmente si alcanzaba Morbus antes de que llegara ella. Me oculté una vez más entre los matorrales y me moví cautelosamente en torno al campamento hormad hasta el lugar donde se encontraba

los malagors. Varios de éstos se habían dormido ya con la cabeza oculta bajo las gigantescas alas, en tanto que otros se movían aún con inquietud de un lado para otro. No estaban atados de ninguna forma, puesto que los hormads sabían que jamás emprendían el vuelo por su propia voluntad durante la noche.

Tras describir un gran círculo me aproximé a los pájaros desde el lado más lejano del campamento y, siendo como era un hormad, no levanté sus sospechas. Acercándome al más próximo le tomé por el cuello y le conduje calladamente fuera del grupo de sus congéneres, tras de lo cual me icé a mí mismo sobre su espalda. Conocía algo del arte de conducir uno de esos pájaros gigantes por haber vigilado cuidadosamente a Tee-aytan-ov cuando nos transportaba prisionero hacia Morbus y haber hablado luego sobre el tema con algunos oficiales y guerreros hormad.

Al principio el pájaro se negó a cooperar e incluso se mostró agresivo haciéndome temer que el ruido que hacía atrajera la atención de alguien del campamento. Y tal fue el caso, puesto que de pronto llegó a mis oídos un grito.

—¿Qué estás haciendo ahí? —Y a la luz más lejana pude ver cómo se aproximaban tres hormads.

Desesperadamente urgí al pájaro gigantesco para que se elevara, acuciándolo con mis talones violentamente. Ahora los hormads corrían hacia mí y todo el campamento estaba despertando. El malagor, excitado por mis golpes y por el ruido de los guerreros que se acercaban, comenzó a correr alejándose de ellos y luego, desplegando sus inmensas alas, empezó a batirlas vigorosamente. Un instante más tarde despegamos del suelo e iniciamos un viaje aéreo en el seno de la noche.

Guiándome por las estrellas enfilé el vuelo del malagor hacia Morbus y eso es todo lo que tuve que hacer, puesto que el instinto del pájaro le mantendría directamente en ruta hacia su destino. El vuelo era rápido y seguro, aunque el malagor se excitó durante unos breves instantes cuando Thuria emergió en el horizonte para emprender su habitual órbita a través del firmamento.

Thuria, a unos diez mil kilómetros de la superficie de Barsoom, sólo tarda ocho horas en orbitar el planeta, presentando un magnífico espectáculo cuando corre a través de los cielos nocturnos, espectáculo que, sin embargo, provoca el terror en los corazones de los animales inferiores cuyos hábitos son normalmente diurnos. Pero mi malagor logró conservar la dirección de su vuelo, aunque perdiera altura rápidamente, como queriendo apartarse lo más posible de aquella gigantesca bola de fuego que aparentaba perseguirlo.

¡Ah, nuestras noches marcianas! Un magnífico espectáculo que jamás deja de encender la imaginación de los barsomianos ¡Que pálidas y descoloridas deben ser, en comparación, vuestras noches terrestres, con un solo satélite moviéndose por el cielo a velocidad de caracol y a tan gran distancia que no aparecerá más grande que una moneda! Incluso con la preocupación que tenía en la mente, todavía pude gozar

del espectáculo magnificente de la noche barsoomiana.

El veloz malagor recorrió la distancia que nos había requerido dos días de duros esfuerzos en unas pocas horas. Tuve alguna dificultad para convencer al pájaro de que descendiera en la isla del túnel en vez de el lugar a que estaba acostumbrado, junto a las murallas de Morbus, pero finalmente lo conseguí, y fue con gran alivio como salté de su lomo al suelo.

El malagor no parecía ahora muy dispuesto a levantar de nuevo el vuelo en la oscuridad pero al fin logré forzarle a ello, ya que no me interesaba que pudiera ser visto al elevarse de la isla después de la salida del sol, pues ello pudiera despertar sospechas enemigas sobre mi último santuario, en especial tras ser oído el relato que traería la expedición de búsqueda cuando regresara.

Tras ver desaparecer el gran pájaro rumbo a sus habituales alojamientos de Morbus, me dirigí a la boca del túnel que conducía al edificio de los laboratorios y me abrí camino entre los obstáculos que habíamos puesto en su boca, hasta conseguir deslizarme dentro. Pero antes de hacerlo arranqué un tupido arbusto y lo arrastré tras de mí al entrar, con la esperanza de que sirviera para ocultar la boca del túnel, disimulándola a miradas hostiles. Luego me apresuré por el largo camino subterráneo que llevaba a la celda 3-17.

Sentí una gran satisfacción al contemplar de nuevo mi cuerpo yacente en su escondite y no pude evitar permanecer un buen rato mirándolo y pensando que, a excepción de Janai, nunca había deseado tanto poseer una cosa. Mi rostro y mi cuerpo podrían tener su defecto pero, si se les comparaba con la grotesca monstruosidad que ahora era dirigida por mi cerebro, constituían sin duda para mí el objeto más maravilloso del mundo. Y lo veía allí, yacente e inanimado, tan perdido para mí como si hubiera sido arrojado al incinerador, a menos que Ras Thavas regresara.

¡Ras Thavas! ¡John Carter! ¿Dónde estarían en aquel momento? Quizá asesinados en Fundal, quizá muertos en las Grandes Marismas Toonolianas, quizá víctimas de algún accidente en su vuelo hacia Helium, si es que acaso habían conseguido recuperar el volador del Señor de la Guerra. Había yo abandonado casi por completo la idea de que regresaran a por mí, ya que había transcurrido suficiente tiempo para que John Carter hiciera viaje a Helium y regresara desde allí; pero sin embargo una última esperanza se negaba aún a morir dentro de mi mente.

CAPÍTULO XX



El poderoso jed de Gooli

Mis planes a partir de aquel momento dependían casi exclusivamente de las circunstancias que se me presentasen. Tenía la vaga idea de deslizarme en el palacio de Ay-mad antes de que me descubriesen y ocultarme en la sala del trono o en sus proximidades hasta que Janai fuera llevada a presencia del jeddak. Intentaría entonces eliminar a éste y, si lo conseguía, abrirme luego camino con la muchacha hacia la libertad. No me parecía que hubiese posibilidades de éxito en esta última empresa, pero de todas formas al menos habría desaparecido el peor enemigo de Janai y, ¿quién sabe?, quizá lograra encontrar ayuda entre los mismos hormads, de los que sabía que estaban descontentos con su situación y a quienes quizá pudiera hacer rebelarse en la ciudad e islas de Morbus una vez desaparecido el jeddak.

Tales eran mis planes, pero pronto hube de reconocer la necesidad de modificarlos. No había contado con la sala de tanques número 4.

Al aproximarme a la puerta que daba al pasillo me pareció oír un extraño sonido al otro lado de sus recios paneles, de modo que procuré poner todas mis precauciones al abrirla. Una vez lo hube hecho, el sonido llegó más claramente a mis oídos, un indescriptible ruido chapoteante completamente distinto a cualquier cosa que yo antes oyera, mezclado con el rumor de lo que parecía ser voces humanas aullando ininteligiblemente.

Incluso antes de verlo tuve la premonición de qué era lo que producía aquel ruido y cuando avancé por el pasillo pude confirmarlo al ver a mi derecha y no demasiado lejos de la puerta de la celda la repulsiva oleada de tejido humano avanzando gradualmente hacia mí. Sobresalían de ella horribles fragmentos anatómicos, una mano, una pierna entera, un pie, un pulmón, un corazón palpitante y, aquí y allá, las espantosas cabezas aullantes.

De alguna forma aquel horror notó mi presencia y las cabezas redoblaron sus alaridos en tanto que las manos se alargaban para cogerme, aunque estaba de sobra fuera de su alcance. Si hubiera llegado unas horas más tarde, al abrir la puerta de la celda se hubiera derramado sobre mí aquella terrorífica masa viviente y tanto yo como mi cuerpo original hubiéramos sido devorado en un instante.

El pasillo de la izquierda, que conducía a la rampa que conduce a los niveles

superiores, aparecía libre. Pensé que la masa de la sala de tanques número 4 debía haber entrado por el extremo más alejado de los pozos a través de algún acceso abierto al nivel de la calle. Eventualmente llenaría todo el sector de los pozos y ascendería por la rampa para irrumpir en los pisos inferiores del edificio de los laboratorios.

Me pregunté cómo acabaría todo aquello. Teóricamente la masa no cesaría de crecer y extenderse a menos que fuera destruida de forma total. Podría rebosar la ciudad de Morbus e invadir las Grandes Marismas Toonolianas. Podría englobar ciudades enteras del mundo exterior y, si se mostraba incapaz de sobrepasar la altura de sus murallas, rodeándolas y aislarlas hasta que sus habitantes murieran lentamente de hambre. Podría extenderse por los fondos secos de los antiguos mares, cegar los canales y destruir las granjas que existían en sus orillas. Incluso podría cubrir por entero la superficie del planeta, aniquilando toda vida diferente a ella misma. Quizá siguiera creciendo y creciendo por toda la eternidad, alimentándose con su propio cuerpo y viviendo para siempre jamás. Era algo horrendo de pensar, pero completamente posible; el propio Ras Thavas me había hablado de ello.

Tras cerrar herméticamente la puerta de la celda, me apresuré por el corredor hacia la rampa de acceso, esperando no tener ningún otro encuentro desagradable, al menos antes de que acabara la noche. Pensaba que la disciplina en el edificio de los laboratorios había sido muy deficiente desde que fuera gobernado éste por hormads, y la cosa debería haber empeorado al ser despojado yo de su dirección, por lo que confié que no encontraría vigilancia nocturna alguna. Pero mi decepción fue grande cuando, al llegar a los niveles superiores, los encontré materialmente repletos con una multitud de guerreros y oficiales que corrían de un lado para otro.

Reinaba un verdadero pánico, hasta el punto de que nadie me prestó atención. Los oficiales intentaban mantener un mínimo de orden y disciplina, pero sus esfuerzos eran vanos ante el terror que reinaba entre sus subordinados. Por fragmentos de conversación que llegaban a mis oídos me enteré de que la masa de la sala de tanques número 4 había irrumpido en el palacio y que Ay-mad y su corte habían abandonado la ciudad pensando hallar refugio en algún lugar de la isla fuera de sus murallas. Me enteré asimismo de que la masa se estaba extendiendo a través de las principales avenidas y calles de la ciudad y que el miedo de los guerreros hormads era debido al pánico que tenían a que les cortasen todas las vías de huida. Ay-mad había dejado órdenes de que los guerreros permaneciesen en la ciudad para intentar destruir la masa o, al menos, impedir su crecimiento más allá de las murallas. Algunos oficiales con más sentido del deber que el resto intentaban hacer cumplir estas órdenes, pero la mayor parte de ellos estaban tan ansiosos de escapar como los mismos guerreros hormads colocados bajo sus órdenes.

De repente un guerrero alzó la voz por encima del tumulto para gritar a sus

compañeros:

—¿Pero por qué continuamos aquí para morir, mientras Ay-mad se escapa con sus favoritos? ¡Todavía hay una avenida abierta! ¡Vamos, seguidme!

Fue bastante. Como una inmensa ola, los odiosos monstruos arrollaron a sus oficiales, matando a algunos de ellos y pisoteando a otros, para precipitarse luego hacia la salida que debía llevar a la única avenida aún abierta. Nada podía resistir a semejante corriente de pánico y yo mismo fui arrastrado por aquella loca estampida fuera del edificio de los laboratorios.

En general no me sentía totalmente insatisfecho de la situación, puesto que, si era verdad que Ay-mad había abandonado la ciudad, ciertamente no le podrían entregar a Janai, y me cabía la esperanza de liberarla de alguna forma.

Una vez en la avenida, la aglomeración de fugitivos aclaró algo, y todos corrimos en grupos hasta la puerta de las murallas, pero la fuga no terminó allí, puesto que los aterrorizados hormads salieron de la ciudad y continuaron corriendo en un intento de interponer el mayor espacio posible entre aquella y sus personas.

Así pues no tardé en encontrarme prácticamente solo en el espacio abierto ante la ciudad donde los malagors solían aterrizar y despegar en sus vuelos. A dicho lugar llegaría sin duda Janai y sus captores, de manera que aguardé allí confiando en que me surgiera alguna circunstancia afortunada que me ofreciera la forma de rescatarla antes de que la condujese al interior de aquella ciudad de horror.

Al parecer no podía sino esperar a que llegara el alba, de modo que permanecí paseando en el espacio abierto entre las puertas de la ciudad y la playa del lago. Unos pocos oficiales y guerreros se movían ante la puerta y de vez en cuando llegaba allí un explorador que les informaba de los últimos progresos de la masa.

Había pensado que nadie se fijaría en mí pero cuando ya el horizonte empezaba a iluminarse, uno de los oficiales se me acercó.

—¿Que estás haciendo aquí? —preguntó.

—He sido enviado a este lugar por Ay-mad —le contesté con toda tranquilidad.

—Tu cara me resulta familiar —dudó el otro—. Estoy seguro de haberte visto en algún sitio antes de ahora. Hay algo en ti que me resulta sospechoso.

—No creo que tu opinión cuente para nada —dije, encogiéndome de hombros—. Soy un enviado del jeddak y traigo órdenes para el oficial al mando de la partida que salió en busca de los fugitivos.

—Bueno, tal vez eso sea verdad —admitió el oficial—, pero de todas formas sigo creyendo que tus facciones me son familiares.

—Lo dudo —repliqué—. He vivido en una pequeña aldea al otro extremo de la isla desde que me crearon.

—De acuerdo, no creo que eso importe mucho —convino al fin—. ¿Qué mensaje traes para el jefe de la partida de búsqueda?

—También traigo órdenes para el comandante de la guardia de esta puerta.

—Ese soy yo —dijo el oficial.

—Bien. Mis órdenes son hacerme cargo de la mujer, en el caso de que haya sido recapturada, tomar un malagor y volar directamente a presencia de Ay-mad. El comandante de la puerta deberá prestarme toda la ayuda necesaria para ello. Créeme que lamento causarte esa molestia.

—No es ninguna molestia —dijo él—, pero no acabo de entender en qué puedo ayudarte en este caso.

—Has de saber —me inventé—, que algunos informadores han dicho a Ay-mad que el jefe de la partida de búsqueda tenía la intención de quedarse con la mujer para sí mismo. En medio de todo este clima de confusión, insubordinación y motín que ha originado el abandono de la ciudad, Ay-mad no puede estar seguro de que se cumplan sus órdenes, y teme que ese oficial llegue a desafiarle y negarse a entregar la mujer cuando se dé cuenta de las condiciones que reinan aquí.

—Bueno —dijo el comandante del puesto—. Cuando lleguen, ya veremos lo que pasa.

—Casi sería mejor—sugerí—, no dejar que el oficial de la partida de búsqueda sepa lo que vamos a hacer. Yo me puedo esconder tras la puerta de la ciudad de modo que no me vea y tú podrías hacer que me lleven allí la mujer y que pongan a mi disposición un malagor. Mientras tanto tú conversarías con el oficial y distraerías su atención. Cuando veas que yo he salido con la muchacha, entonces le comunicas las órdenes de Ay-mad. Así se evitará alguna desagradable reacción por su parte, quizás incluso una lucha.

—Es una buena idea —admitió—. Veo que no eres tan estúpido como parece, hormad.

—Puedes estar seguro —sonreí interiormente—, de que no te equivocas en la estimación que haces de mi inteligencia.

—¡Mira! —gritó entonces el comandante—. Creo que ya llegan.

Efectivamente, a la naciente luz del alba, lejos y alto en el cielo, se veía a un pequeño grupito de puntos que creció rápidamente hasta convertirse en once malagors con su carga de guerreros y cautivos.

En tanto la partida aterrizaba, me apresuré a ocultarme tras la puerta, de modo que no pudiera ser visto ni reconocido por ninguno de los que llegaban. El comandante de la puerta avanzó para recibir al jefe de la partida y vi cómo ambos hablaban animadamente. Los cautivos fueron descargados y al cabo de unos minutos observé como un guerrero de la guardia de la puerta conducía a Janai donde yo estaba, mientras que otro hormad les seguía conduciendo un malagor. Escruté detenidamente la poco agradable fisonomía de ambos sujetos mientras se aproximaba, hasta estar seguro de que no conocía a ninguno de ellos, siendo por tanto

poco probable que ellos me conocieran a mí.

Janai llegó a la puerta y se encontró de manos a boca conmigo.

—¡Tor-dur-bar! —exclamó.

—¡Silencio! —susurré—. Te encuentras en grave peligro, y tan sólo yo puedo salvarte si pones tu confianza en mí, cosa que evidentemente no has hecho en el pasado.

—No creo que nunca haya confiado completamente en nadie —respondió ella en el mismo tono de voz—, pero créeme que he confiado en ti mucho más que en cualquier otro.

El guerrero que traía el malagor llegó en aquel momento a la puerta. Indiqué a Janai que retrocediera al abrigo de ésta y luego llevé al gran pájaro hasta ella. En un instante ambos estuvimos a lomos del malagor y éste despegaba agitando sus inmensas alas. La ciudad de Morbus se empequeñeció pronto bajo nosotros.

En un principio dirigí el vuelo del pájaro hacia el extremo oriental de la isla, para hacer creer que efectivamente íbamos en busca de Ay-mad, pero cuando hubimos sobrepasado algunas colinas y estuve seguro de que no seríamos visto desde Morbus, le hice virar hacia el Sur y poner rumbo hacia Fundal.

Apenas dejamos atrás la isla, el inmenso pájaro comenzó a intranquilizarse hasta el punto de hacerse casi ingobernable, buscando sin duda regresar junto a sus congéneres. Hube de luchar duramente con él para mantenerle en vuelo hacia donde me interesaba. Al fin pareció conformarse, y tan sólo entonces tuve ocasión de conversar tranquilamente con Janai.

—¿Cómo es posible que estuvieras esperando en la puerta cuando nosotros llegamos? —preguntó ella—. ¿Y cómo es que eres tu el mensajero escogido por Ay-mad para llevarme hasta él?

—Ay-mad no tiene la menor idea de esto —repliqué—. Todo es una invención mía para engañar al comandante de la puerta y al jefe de la partida de búsqueda que os capturo.

—¿Pero cómo sabías que me habían vuelto a capturar y que llegaríamos hoy a Morbus? Todo esto es muy confuso; no puedo entenderlo.

—¿No te enteraste de que alguien robó un malagor mientras estabais pasando la noche en la isla de las marismas? —pregunté.

—¡Tor-dur-bar! —exclamó ella—. ¿De modo que fuiste tú? ¿Pero qué estabas haciendo en esa isla?

—Había partido en tu busca y estaba cerca de la isla cuando vi a los malagors aterrizar en ella.

—Ya veo —dijo la muchacha—. Te has portado de un modo verdaderamente hábil y has demostrado ser un valiente.

—Si me hubieras creído y hubieras confiado en mí —dije—, habríamos escapado

y no creo ser tan tonto como Sytor para permitir que nos recapturaran.

—Te he creído y he confiado en ti mucho más que en cualquier otro — respondió ella.

—¿Entonces por qué huiste con Sytor?

—Yo no hui con Sytor. Intento persuadirme para que lo hiciera contándome muchas historias acerca de ti, pero yo no le quise creer. Finalmente le dije con toda claridad que no le acompañaba, pero Pandar y él me sorprendieron por la noche y me llevaron con ellos por la fuerza.

—Estoy contento de que no fueras con ellos voluntariamente —dije.

Y desde luego era cierto. Me alegraba mucho pensar que no lo había hecho, y la amaba por ello mucho más que antes, aunque sabía de sobra que de poco podía ello servirme mientras yo tuviera aquel horrible cuerpo y aquel rostro monstruoso e inhumano.

—¿Y qué hay de Vor Daj? —me preguntó Janai.

—Debemos dejar su cuerpo en la ciudad hasta que Ras Thavas regrese; no hay otra alternativa.

—¿Pero si Ras Thavas no regresa? —inquirió ella con voz temblorosa.

—Entonces Vor Daj continuará donde está por toda la eternidad.

—Es horrible —suspiró ella—. Es un hombre tan amable, tan maravilloso...

—¿Es eso lo que piensas de él? —No pude por menos de preguntar. Y en el acto me avergoncé de mí mismo por aprovechar de ese modo la situación en que me hallaba respecto a Janai.

—Me resulta muy agradable —dijo ella, ahora en tono displicente.

Su respuesta no tenía nada de alentadora ni de excitante; podría haber hablado así de un thoot o de un calot de su propiedad.

Poco después del mediodía se hizo evidente que el malagor había alcanzado el límite de sus fuerzas. Empezó a descender cada vez más bajo sobre las marismas, de forma que debí dirigirlo hacia una de las islas que estaban a la vista en aquel momento. Se trataba de una isla de aspecto atractivo, con colinas, cañadas y bosques, e incluso un riachuelo que partía de un pequeño lago, cosa poco usual en Barsoom. Tomó tierra en ella el malagor y en el instante siguiente se desplomó sobre un costado, permaneciendo luego jadeando y agitándose hasta el punto que temí fuera a morir de un momento a otro.

—Pobre animal —se compadeció Janai—. Ha estado transportando carga doble durante los últimos tres días y recibiendo comida insuficiente, prácticamente nada.

—Bueno, al menos nos ha sacado de Morbus —dije—. Y si se recupera nos podrá llevar por etapas hasta el mismo Helium.

—¿Por qué Helium?

—Porque es el único lugar de Barsoom donde podemos estar seguros de

encontrar asilo.

—¿Y de dónde te viene esa seguridad?

—De que tú eres amiga de Vor Daj, y John Carter, Señor de la Guerra de Barsoom, ha dicho que todos los amigos de Vor Daj serán bien recibidos y mejor tratados en Helium.

—¿Y en cuanto a ti? —preguntó Janai.

No pude evitar un escalofrío ante el solo pensamiento de entrar en Helium con mi actual aspecto, y ella debió darse cuenta, puesto que agregó rápidamente:

—Estoy segura de que te recibirán igualmente bien, puesto que lo mereces mucho más que yo —permaneció un instante en silencio y luego preguntó—. ¿Sabes dónde está el cerebro de Vor Daj? Sytor me dijo que lo habían destruido.

Por un instante pensé en decirle la verdad, pero en el último momento me faltó el valor, de modo que me limité a decir vagamente y sin faltar a la verdad:

—No ha sido destruido. Ras Thavas sabe donde está, y si lo encontramos podrá restituirlo a su legítimo cuerpo.

—Pero no me parece fácil que nosotros dos consigamos encontrar a Ras Thavas en toda la superficie de Barsoom —dijo ella con tristeza.

Tampoco a mí me pareció fácil, pero me negaba a perder toda esperanza. ¡John Carter tenía que estar vivo! ¡Ras Thavas tenía que estar vivo! Y más tarde o más temprano acabaríamos por encontrarles.

¿Pero qué sería entretanto de mi cuerpo abandonado bajo el edificio de los laboratorios de Morbus? ¿Qué ocurriría si la masa de la sala de tanques número 4 lograra abrirse camino al interior de la celda 3-17? El solo pensamiento de que ello pudiera ocurrir bastaba para casi paralizar los latidos de mi corazón. ¡Y sin embargo la cosa era posible! Si el edificio y el corredor quedaban llenos de la masa, la inmensa presión ejercida por ésta podría quebrar incluso los recios paneles de la puerta de la celda. Y entonces aquellas espantosas cabezas devorarían mi cuerpo, destruyéndolo para siempre.

Además, si la repulsiva masa llegaba a cubrir toda la isla y expandirse por las marismas sería imposible recuperar el cuerpo aunque éste permaneciera intacto en su escondite, y lo habría perdido de igual forma para siempre.

Aquellos no eran pensamientos demasiado agradables y me sentía extremadamente deprimido. Súbitamente, una exclamación de Janai me apartó de mis cavilaciones.

—¡Mira! —gritó.

Me volví en la dirección que señalaba y vi un grupo de extrañas criaturas que se acercaban a nosotros dando prodigiosos brincos. Aparentemente se trataba de algún grupo de especie humana, pero algunas de sus características morfológicas les apartaban de cualquier otro animal marciano. Poseían unas piernas largas y poderosas

cuyas rodillas mantenían siempre flexionadas, excepto inmediatamente después de iniciar uno de sus fantásticos saltos, y también disponían de una gruesa y poderosa cola. El resto de sus anatomía era aparentemente humana.

Cuando se aproximaron lo suficiente me di cuenta de que iban casi enteramente desnudos, llevando tan solo un correa que soportaba a un costado una espada corta y al otro una daga. Además de estas armas cada uno de ellos llevaba en su mano derecha una pequeña lanza o jabalina.

Rápidamente nos rodearon, aunque permaneciendo a una cierta distancia de nosotros. Permanecían todos ellos con las rodillas dobladas, sostenidos por sus anchos pies planos y por la extremidad de la cola.

—¿Quiénes sois y qué estáis haciendo aquí? —preguntó uno de ellos, sorprendiéndome con el hecho de poseer un lenguaje.

—Estábamos volando sobre vuestra isla —expliqué—, cuando nuestro malagor se agotó y nos forzó a aterrizar aquí a fin de darle descanso. En cuanto adquiera fuerza de nuevo continuaremos nuestro viaje.

El sujeto movió la cabeza.

—Nunca os marcharéis de Gooli —dijo y luego, contemplándome, preguntó—: ¿Qué clase de ser eres tú?

—Soy un hombre —dije, empleando el sentido más amplio del término.

Moví la cabeza con aire dubitativo.

—¿Y qué clase de ser es ese otro? —Y señaló a Janai.

—Una mujer —repliqué.

De nuevo negó con la cabeza.

—En todo caso será solo una mujer a medias —contestó—. No tiene posibilidades de transportar a sus pequeños ni de mantenerlos calientes.

Si alguna vez llegara a tener alguno, sin duda se le moriría nada más salir del cascarón.

Bueno, aquello no era en absoluto sujeto de discusión y me limité a guardar silencio. Janai parecía ligeramente divertida, puesto que si por algo destacaba era precisamente por su feminidad.

—¿Qué pensáis hacer con nosotros? —pregunté.

—Os llevaremos ante nuestro jed, y él decidirá. Quizás os deje con vida para que trabajéis, o quizá ordene destruiros. Tú eres muy feo, pero pareces fuerte y creo que llegarías a ser un buen trabajador. En cuanto a esa mujer, si es que puede llamársele así, no imagino para que puede servir.

Tuve dudas acerca de cómo reaccionar. Estaba rodeado por casi cincuenta guerreros tosca pero eficientemente armados. Con mi terrorífica fuerza podría destruir, quizás, a una buena parte de ellos, pero estaba seguro de que finalmente me dominarían y me quitarían la vida, sería mejor acompañarles ante su jed y esperar una

mejor oportunidad para intentar la huida.

—Muy bien —dije—. Iremos con vosotros.

—Naturalmente que vendréis con nosotros —respondió el guerrero—. ¿Qué otra cosa podréis hacer?

—Yo podría luchar.

—¡Ah, ah! —exclamó, muy divertido—. ¿De modo que te gusta luchar? Bien, creo que si tal es el caso, el jed te dará satisfacción. ¡En marcha!

Nos condujeron siguiendo el arroyo y después a través de una gran pradera en cuyo fondo se alzaba un bosque. Junto a éste podía verse una aldea de chozas con techo de pajas.

—Ésta —indico el jefe, señalando hacia allá— es Gooli, la ciudad más grande del mundo. Allí, en aquel gran palacio, vive Anatok, jed de Gooli y de toda la isla de Ompt.

Al aproximarnos al poblado, un par de centenares de individuos salieron a nuestro encuentro. Había hombres, mujeres y niños, y cuando examiné a las mujeres comprendí por qué el jefe de la partida que nos había capturado pensaba que Janai era poco femenina. Los goolianos de la isla de Ompt son ovíparos como todos los barsoomianos, pero además son también marsupiales. Las hembras ponen huevos que luego guardan en una bolsa situada en la parte baja de su abdomen. Los huevos se rompen dentro de esa bolsa, y los pequeños viven allí dentro hasta que son capaces de arreglárselas por sí mismos. Resultaba divertido ver las cabecitas que asomaban de las bolsas maternas y que nos contemplaban con sus ojos maravillados. Hasta aquel día yo había creído que tan sólo existía una especie de marsupiales en Barsoom, perteneciente al orden de los reptiles, de modo que no podía sino contemplar con interés aquel pueblo casi humano cuyos niños se criaban en bolsas marsupiales.

Las gentes que llegaban desde la ciudad para recibimos no se mostraron muy amistosos hacia nosotros, sino que nos tiraban y empujaban continuamente a fin de vernos lo mejor posible. Mi estatura los sobrepasaba ampliamente y parecían tener miedo de mi horrible aspecto, pero en cambio maltrataron a Janai hasta el punto de hacerme intervenir. Rechacé a empellones a los más impertinentes, haciendo que varios de ellos rodaran por el suelo. Ello motivó que tres o cuatro de sus compañeros sacaran sus espadas y se aproximaron a mí con no muy buenas intenciones, pero los miembros de la partida que nos había capturado actuaron ahora como guardaespaldas, repeliendo bruscamente a los atacantes. Después de eso se mantuvieron a distancia y nos llevaron sin más incidentes al poblado. Nos dirigieron allí hacia una choza algo más grande que las demás, que asumí debía ser el magnífico palacio de Anatok. En efecto, no tardé en comprobarlo al ver salir de ella al propio jed, seguido por varios hombres y mujeres y toda una horda de chiquillería. Imaginé que los hombres serían sus consejeros y las mujeres sus esposas y sirvientes.

Anatok pareció muy interesado por nosotros, y preguntó muchos detalles acerca de nuestra captura. A continuación nos habló directamente para preguntarnos de dónde procedíamos.

—Venimos de Morbus —dije— y nos dirigimos a Helium.

—Morbus..., Helium... —repitió él—. Nunca he oído hablar de esos lugares. Pequeñas aldeas, sin duda, habitadas por salvajes. Sois muy afortunados por haber venido a parar a una espléndida ciudad como es Gooli. ¿No os parece?

—Creo que, efectivamente, es más agradable vivir en Gooli que en Morbus, y la vida aquí debe ser menos complicada que en Helium — respondí sin mentir.

Hice luego una pausa para observar el efecto de mis palabras en el jed.

—Nuestras naciones —continué luego—, no tienen querella alguna. No estamos en guerra y, por tanto, creo que lo mejor sería que nos dejarais continuar en paz nuestro camino.

Pero el jed se echo a reír.

—¡Ah, qué gente tan simple nos llega de las aldeas primitivas! — exclamó—. Sois mis esclavos y cuando no necesite más vuestros servicios seréis destruidos. ¿Es que creéis que vamos a permitir que ningún extranjero salga de Ompt para luego conducir hasta aquí ejércitos enemigos que destruyan nuestra magnífica ciudad y roben nuestras inmensas riquezas?

—Nuestro pueblo jamás haría nada así —rebatí—. Está demasiado lejos de vosotros y, además, no son tales nuestras costumbres. Si un habitante de Gooli, por ejemplo, llegara a nuestra ciudad sería tratado con amistad, y desde luego se le permitiría seguir libremente su camino. Tan solo luchamos contra nuestros enemigos.

—Eso quiere decir —intervino el jefe de la partida—, que este sujeto nos considera enemigos suyos, pues me dijo que deseaba luchar con nosotros.

—¿Ah, sí? —exclamó Anatok—. Bien, pues creo que tus deseos se van a ver cumplidos. No hay nada que me agrada tanto como una buena lucha. ¿Qué armas escoges para combatir?

—Combatiré con cualquier arma que elijan mis antagonistas —le contesté.

CAPÍTULO XXI



Al parecer los combates personales eran un asunto de considerable importancia para los goolíanos. El jed y sus consejeros entablaron una larga discusión relativa a la selección de un antagonista para mí. Se discutieron las cualidades de un buen número de guerreros, e incluso llegaron a compararse sus antepasados de la quinta y la sexta generación. Por la importancia que daban al tema parecía como si se tratara de un vital asunto de estado. La conferencia era interrumpida a menudo por sugerencias y comentarios de otros miembros de la tribu, y llegué a pensar que no terminaría nunca. Pero finalmente fue elegido un desgarrado joven macho, quien, sin duda impresionado por el honor que se le hacía, se lanzó a un largo y violento discurso en el que enumeró sus numerosas virtudes y las de sus antepasados, mientras me consideraba con aires de superioridad y se jactaba de que conmigo no tendría ni para empezar. Finalmente concluyó su arenga eligiendo las espadas como armas para el combate.

Anatok se dirigió entonces hacia mí preguntándome si tenía algo que decir, ya que, al parecer, los discursos de autoelogio formaban parte del ceremonial que precedía al duelo.

—Tan sólo tengo una pregunta que hacer —dije.

—¿De qué se trata?

—¿Cuál será mi recompensa si consigo derrotar a vuestro campeón? Anatok pareció momentáneamente confuso.

—Confieso que no había pensado en ello —dijo—, pero después de todo es algo sin importancia, ya que no vas a derrotarle.

—Pero si acaso llegara a suceder —insistí—. ¿Cuál sería mi recompensa? ¿Nos dejarías en libertad a mi compañera y a mí?

El jed sonrió.

—Desde luego que sí —dijo—. En realidad puedo prometerte cualquier cosa que me pidas, puesto que cuando la lucha termine tú estarás muerto.

—Muy bien —repliqué—, pero de todas formas no te olvides de tu promesa.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir? —se admiró Anatok—. ¿No vas a explicarnos lo valiente que eres, a cuántos hombres has matado y qué magnífica

madera de luchador hay en ti? ¿O es que te consideras un mal guerrero?

—Eso es algo a lo que sólo la espada puede contestar —respondí—. Mi antagonista ha dado una apreciable muestra de fanfarronería, y hubiera podido continuar hablando indefinidamente sin que ello derramara la menor gota de mi sangre ni me causara el mas mínimo daño. Ni siquiera es capaz de asustarme, puesto que ya antes he tratado con muchos fanfarrones y he llegado a la conclusión de que quienes más se jactan son quienes luego hacen menos honor a su jactancia.

—Resulta evidente —dijo Anatok—, que lo ignoras todo acerca de los guerreros de Gooli. Somos el pueblo más valiente del mundo y nuestros luchadores son los mejores espadachines de Barsoom. Tales atributos hacen que Gooli sea la nación más poderosa del orbe, como indica el hecho de haber construido esta magnífica ciudad y haber sabido protegerla durante generaciones, salvaguardando además nuestros inmensos tesoros.

Eché una ojeada a la triste aldea de chozas con techos de pajas y me pregunté dónde podría estar escondido aquellos tesoros de que Anatok hablaba, y en qué consistían. Quizás se tratara de alguna colección de gemas raras y metales preciosos.

—No veo por aquí demasiadas muestras de riquezas ni de grandes tesoros —dije—. ¿No estarás fanfarroneando tú también?

Anatok se enfureció grandemente al oír estas palabras.

—¿Es que te atreves a dudar de mis palabras, odioso salvaje? —aulló. ¿Qué puedes saber tú de riquezas y tesoros? Estoy seguro de que no has visto en toda tu vida nada que se pueda comparar a las riquezas de Gooli.

—¡Enséñale el tesoro antes de que muera! —gritó un guerrero—. Tal vez entonces comprenda cómo hemos llegado a ser un pueblo tan bravo y belicoso, a fin de protegerlo y acrecentarlo.

—No es mala idea —convino Anatok—. Que compruebe con sus propios ojos que Gooli no fanfarronea en lo relativo a su riquezas, antes de que la dura experiencia le enseñe que tampoco lo hacemos sobre nuestra bravura y habilidad con la espada. Ven, salvaje, y verás nuestro tesoro.

Me hizo seña de que penetrara tras él en el palacio y yo así lo hice, seguido de cerca a mi vez por una escolta de guerreros. El interior de la choza estaba desoladoramente vacío, a excepción de algunos montones de paja y hojarasca situados alrededor de los muros y que evidentemente servían para dormir, algunas armas, unos pocos y primitivos utensilios de cocina y una gran arca situada en el centro exacto del edificio. Anatok me condujo hasta el citado mueble y, con gran prosopopeya, abrió la tapa para mostrarme su contenido.

—Después de ver esto ya no encontrarás en el mundo nada que valga la pena de ser contemplado. ¡Estas son las riquezas de Gooli!

El arca estaba llena en sus tres cuartas partes con conchas marinas. Anatok y los

otros me miraban fijamente para contemplar mi reacción.

—¿Pero dónde está el tesoro? —pregunté—. No veo nada sino simples conchas.

Anatok fue presa de un terrible ataque de rabia.

—¡Pobre, ignorante y estúpido salvaje! —gritó—. ¡Debía haberme imaginado que jamás podrías apreciar el valor y la belleza del tesoro de Gooli! Vamos, que empiece la lucha, puesto que cuanto antes seas eliminado tanto mejor para el mundo. Nosotros los goolianos somos la raza más inteligente y el pueblo más sabio de Barsoom, y por ello no podemos soportar la ignorancia y la estupidez.

—Vamos pues —accedí—. Cuanto antes empecemos mejor será para todos.

Resultó que los preparativos del duelo eran también motivo de muchas ceremonias. Fue formada una procesión con Anatok y sus consejeros en la cabeza. Inmediatamente detrás venía mi antagonista, seguido por una guardia de honor compuesta por diez guerreros. Tras ellos avanzaba yo y quizá me hubiera sentido muy solitario a no ser porque Janai marchaba voluntariamente a mi lado, sin que los goolianos objetaran nada. Todo el resto de la tribu, guerreros, mujeres y niños, venían detrás de nosotros y no dejaba de ser una curiosa procesión aquella en que todos eran participantes y nadie espectadores. Dimos una vuelta en torno al edificio del palacio y a continuación seguimos por la calle principal de la aldea hasta salir de la misma. A cierta distancia de las últimas chozas los goolianos formaron un círculo en el centro del cual me encontraba yo mismo junto con mi adversario y su guardia de honor. A una seña de Anatok, desenfundé mi espada y lo mismo hicieron mi enemigo y los diez guerreros que estaban junto a él. Me volví hacia Anatok.

—¿Qué hacen ahí esos otros guerreros? —pregunté.

—Son los asistentes de Zuki —fue la respuesta.

—¿Y se supone que tengo que luchar con todos ellos a la vez?

—¡Oh, no! —respondió el jed—. Solamente tienes que luchar con Zuki. Sus asistentes están ahí únicamente para ayudarle si se encuentra en dificultades.

De modo que, efectivamente, yo debería combatir contra once adversarios.

—¡Lucha, cobarde! —me gritó Anatok—. ¡Queremos presenciar un buen combate!

Me volví hacia Zuki y sus asistentes. Estaban avanzando ya en mi dirección, bien que muy despacio, mientras hacían toda clases de muecas feroces con la esperanza de atemorizarme. Tenían un aspecto tan ridículo que apenas pude contener una carcajada, pero sin embargo me di cuenta de que la cosa iba en serio y que la proporción de once a uno podía ser fatal para mí por muy malos espadachines que ellos fueran.

Mi rostro era ya de por sí extremadamente feo, pero logré retorcerlo en la más horrorosa mueca imaginable, y acto seguido me precipité sobre mis enemigos lanzando un alarido aterrador.

La reacción fue asombrosa. Zuki fue el primero en dar media vuelta y salir corriendo, tropezando con sus asistentes, y estos mismos no aguardaron mucho para imitarle, partiendo todos en loca estampida a lo largo del círculo que formaban sus conciudadanos.

No les perseguí, y cuando se dieron cuenta de ello poco a poco se fueron deteniendo y volviéndose hacia mí.

—¡Vaya! —me dirigía Anatok—. ¿Es esto un ejemplo de latan ensalzada bravura de los goolíanos?

—Acabas de presenciar una eficiente muestra de estrategia guerrera —replicó tranquilamente el jed—, aunque, como es natural, eres demasiado ignorante para apreciarla.

De nuevo avanzaron mis antagonistas hacia mí, pero ahora todavía más despacio que la vez anterior. Ahora vociferaban una especie de grito de guerra mientras continuaban con sus muecas belicosas.

Estaba yo a punto de cargar de nuevo contra ellos cuando una de las mujeres que presenciaban el espectáculo lanzó un fuerte chillido al tiempo que indicaba la salida del valle. Todos, espectadores y combatientes, nos volvimos para ver lo que había atraído su atención, y así pude ver acercarse a media docena de salvajes semejantes a los que atacaron nuestro bote cuando Gan Had, Tun Gan y yo perseguíamos la embarcación de Sytor.

Ante la visión de aquellos individuos, todos los goolíanos prorrumpieron en gritos y lamentos. Mujeres, niños y casi todos los guerreros corrieron hacia el bosque, y no pude en el primer momento advertir si quienes se quedaban lo hacían por estar paralizados por el miedo o, por contrario, a causa de algún súbito acceso de coraje. Por cierto que Zuki, mi valeroso antagonista, no estaba entre ellos, sino que corría hombro con hombro con Anatok en dirección al bosque, habiendo sacado una apreciable ventaja al resto de los fugitivos.

—¿Quiénes son esos? —pregunté a uno de los guerreros que permanecían junto a Janai y a mí.

—Son los devoradores de hombres —replicó—. Después de su última incursión se nos escogió a nosotros para el sacrificio, el día que volvieran otra vez.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté—. ¿De qué sacrificio hablas?

—De nuestro sacrificio —replicó tristemente—. Si no se les entregan cinco guerreros cuando vienen, esos salvajes atacarían nuestra ciudad, quemarían los edificios, robarían el tesoro, raptarían a las mujeres y matarían a todos los hombres que encontraran en su camino. La elección es clara, pero no por ello deja de ser dura para quienes somos escogidos. Sin embargo no hay otro remedio sino obedecer, puesto que si no lo hiciéramos nuestros conciudadanos nos matarían entre torturas.

—¿Pero por qué no les atacáis? —pregunté—. Ellos son tan solo seis, y nosotros

somos también seis ¡Luchemos, pues! Al menos tenemos tantas posibilidades como ellos.

Me miró con sorpresa.

—Pero nunca hemos luchado contra los salvajes —dijo—, incluso en el caso de ser nosotros diez contra uno. No es buena estrategia.

—Olvídate de la estrategia —ordené—, y lucha a mi lado contra esos salvajes.

El resto de los sacrificados se habían acercado, interesándose claramente por el asunto.

—¿Crees que lo podemos hacer? —preguntó uno de ellos a un compañero.

—Nunca se ha hecho —replicó el otro.

—¡Pero no hay razón para que lo hagáis vosotros ahora! —estallé—.

¡Dadme tan solo una pequeña ayuda y veréis cómo los matamos a todos!

—Dame una espada —intervino Janai—. Yo sí que te ayudaré.

—Bueno, podemos probar —vacilo uno de los goolíanos.

—¿Y por qué no? —preguntó otro—. De todas formas vamos a morir...

Durante toda esta conversación los salvajes se nos habían ido aproximando, y ahora estaban muy próximos. Reían y bromeaban groseramente entre ellos mientras lanzaban miradas evaluadoras a los goolíanos.

—Vamos —ordenó uno de ellos—. Tirad vuestras armas al suelo y venid con nosotros.

Por toda respuesta salté hacia adelante y partí de un solo golpe la cabeza del caníbal desde la coronilla al esternón. Tras de mí avanzaron los cinco goolíanos, bien que con su habitual lentitud. No tenían agallas para lanzarse de buenas a primeras a la lucha, pero cuando vieron el éxito de mi primer golpe no dejaron de sentirse envalentonados, en tanto que, en la misma medida, la moral de los salvajes descendía. Pero no me contenté con mi primera victoria, sino que me precipité sobre el resto de los caníbales espada en mano. Resistieron como pudieron, pero mi habilidad de espadachín y mi tremenda fuerza me daban una ventaja que ellos no podían contrarrestar. El resultado fue que unos minutos después de comenzado el combate, tres de los salvajes yacían en tierra sin vida y los otros tres huían tan rápido como les era posible.

A la vista del enemigo en fuga, algo que seguramente nunca habían visto antes en sus vidas, los goolíanos se transformaron en demonios de la guerra y se lanzaron en su persecución. Fácilmente podrían haberles dado alcance, puesto que se desplazaban con saltos de hasta ocho metros largos, pero les dejaron escapar hasta el extremo del valle sin acercarse demasiado a ellos. Luego suspendieron la persecución y volvieron atrás saltando alegremente, con el fulgor de la victoria brillando en sus ojos y los rostros distendidos por radiantes expresiones de autosatisfacción.

Evidentemente el combate había sido contemplado por aquellos que se

escondieron en el bosque, y ahora toda la tribu venía hacia nosotros. Anatok lucía una ligera mueca preocupada, pero sus primeras palabras desmintieron de sobra su expresión.

—Ya has podido comprobar la eficacia de nuestra estrategia —dijo—. Aparentando huir en desorden, les atraemos para luego destruirles.

—Ni me engañas a mí ni te engañas a ti mismo —respondí, ya harto—. Sois una raza de fanfarrones y de cobardes. He tenido que luchar yo solo para salvar a los cinco hombres que habéis ofrecido como tributo a los caníbales sin hacer el menor esfuerzo por defenderles. Has permitido que seis salvajes te hagan correr a ti y a todos tus guerreros. Puedo mataros a todos vosotros con una mano atada a la espalda y tú lo sabes perfectamente. Ahora te exijo que como recompensa por lo que he hecho permitas a mi compañera y a mí permanecer entre vosotros con toda seguridad hasta que encontremos la forma de continuar nuestro camino ¡Y escúchame bien, jed de Gooli! Si rehusas serás el primero en sentir el filo de mi espada.

—No necesitas amenazarme —respondió Anatok, temblando de miedo—. Ya antes de que hablaras tenía la intención de daros a los dos la libertad como recompensa por lo que tú has hecho. Si lo deseáis podéis quedarnos a vivir en Gooli, con tal de que tú te comprometas a combatir contra nuestros enemigos cada vez que éstos vengan.

CAPÍTULO XXII



Partimos hacia Fundal

Al día siguiente Janai y yo fuimos al lugar donde habíamos dejado el malagor para ver si se había recuperado, pero no encontramos el menor rastro de él. Debimos por tanto asumir que el pájaro había huido por su cuenta o lo habían capturado los salvajes, quienes, según Anatok, venían desde una isla no muy alejada de Ompt.

Comencé inmediatamente a construir un bote, y en esta tarea me ayudaron de buena gana los goolíanos, aunque en general eran bastante perezosos y se cansaban enseguida. Sin el menor asomo de duda eran la raza más inútil de cuantas hasta el momento había conocido, usando prácticamente todas sus energías en lanzar fanfarronadas con poco o ningún reflejo práctico. Por ejemplo, durante varias horas después del encuentro con los salvajes estuvieron jactándose de la gran victoria obtenida y tomando todo el crédito para sí mismos. Anatok, en particular, estuvo mucho tiempo elogiando su maravillosa estrategia, como él la llamaba. Quizás haya en Barsoom gentes parecidas a las de Gooli, pero confieso que hasta el momento no he podido encontrarlas.

En las semanas que siguieron, en tanto avanzaba la construcción del bote, tuve ocasión de intimar con Zuki, mi valeroso adversario en el frustrado duelo. Había en él un aceptable nivel de inteligencia y también un rudimentario sentido del humor que parecía faltar por completo en el resto de sus compatriotas. En una ocasión le pregunté porqué su pueblo consideraba las conchas marinas como un valioso tesoro.

—Bueno, Anatok desea poseer un tesoro a fin de proporcionarse a sí mismo un complejo de superioridad —me respondió—. De igual manera ocurrió con los jed que le precedieron y, para decir verdad, con todos los goolíanos. Pero, siendo como somos un pueblo cauteloso hemos escogido un tesoro tal que no despierte la codicia de nadie, pues, de otra forma, todos los pueblos guerreros de las cercanías estarían en continua lucha contra nosotros para arrebatárnoslo. Te confieso que hay ocasiones en las que pienso que esto es un poco estúpido, pero nunca osaría decírselo a Anatok ni a quienes le rodean. Durante todas sus vidas han estado oyendo hablar del gran valor que tiene el tesoro de Gooli y al final han llegado a creérselo. No dudan de él simplemente porque no desean dudar.

—¿Y ocurre eso también con el supuesto valor y conocimiento estratégico de

Anatok?

—¡Oh, eso es muy diferente! —respondió Zuki—. Esas cosas son reales. Nosotros somos verdaderamente el pueblo más valiente del mundo, y Anatok es el más grande estratega de todo Barsoom.

Bueno, el sentido del humor de Zuki había alcanzado su límite en la cuestión del tesoro. Era simplemente incapaz de dudar acerca de la valentía de los goolíanos o de la estrategia de Anatok. Y quizás aquella posición de tonto egoísmo fuera beneficioso para el pueblo de Gooli, pues le proporcionaba una cierta moral que se hubiera derrumbado por tierra en el caso de admitirse la verdad.

Janai trabajaba junto conmigo en la construcción del bote, de manera que estábamos mucho tiempo juntos; no obstante siempre tenía la sensación de que me encontraba repulsivo. Nunca me tocaba si podía evitarlo, ni fijaba directamente su mirada en mi rostro, y desde luego yo no podía reprochárselo. Pensaba que los sentimientos de la muchacha hacia mí debían parecerse a los normales hacia un perro feo y fiel. Y en ocasiones me hubiera gustado ser efectivamente un perro para ella, puesto que entonces al menos me habría acariciado. Pero debía convenir en que yo era mucho más feo que un carlot marciano y que no podía despertar sino repulsión física, independientemente de los sentimientos que ella pudiera tener hacia mí.

Estos pensamientos me llevaron de nuevo al de mi pobre cuerpo original ¿Estaría aún a salvo en su escondite de la celda 3-17? ¿O acaso la horrible masa de la Sala de Tanques número 4 habría logrado derribar la puerta y lo habría devorado? ¿Podría verlo de nuevo? ¿Podría poseerlo otra vez, animarlo con este mi cerebro que tan sólo existía para Janai, aunque ella no lo sospechara? Existían pocas esperanzas, y además la pérdida de nuestro malagor convertía el viaje a Helium en una empresa de casi imposible cumplimiento.

Finalmente el bote quedó terminado y los goolíanos me ayudaron a llevarlo hasta el lago. Lo equiparon luego con provisiones y nos obsequiaron con algunas jabalinas para mí y una espada y una daga para Janai. También fanfarronearon alegremente acerca de la construcción del bote, asegurando que era sin duda la mejor embarcación que jamás se hubiera construido y que nadie sino los goolíanos hubieran sido capaces de tal empresa. Asimismo elogiaron grandemente la calidad de las provisiones y de las armas que nos habían dado.

Finalmente nos despedimos de ellos y les dejamos, todavía fanfarroneando, para iniciar el peligroso viaje hacia el Oeste a través de las Grandes Marismas Toonolianas.

CAPÍTULO XXIII



Inmensas extensiones de las Grandes Marismas son inhabitables para el hombre, y así viajamos durante varios días por un lúgubre país donde ni siquiera los salvajes aborígenes podían vivir. Sin embargo encontramos otras amenazas en forma de grandes reptiles e insectos gigantes. Algunos de estos últimos alcanzaban enormes proporciones, con una envergadura de alas que llegaba a los diez metros. Provistos de poderosas mandíbulas o de aguijones semejantes a hojas de espadas, y a veces con ambos a la vez; cualquiera de aquellos monstruos hubiera podido aniquilarnos fácilmente, pero, por fortuna, ninguno de ellos llegó a atacarnos. Los reptiles de la ciénagas, de talla inferior a la suya, era sus presas naturales, y pudimos asistir a varios encuentros feroces entre ambas especies, en las cuales los insectos solían resultar victoriosos.

Había transcurrido una semana desde que dejamos Gooli y remábamos por uno de los numerosos lagos que punteaban las Marismas, cuando avistamos una gran nave de guerra que volaba lentamente en nuestra dirección. Instantáneamente mi corazón saltó de alegría.

—¡John Carter! —grité—. ¡Finalmente ha venido! ¡Janai, estás salvada!

—Y sin duda Ras Thavas vendrá con él —dijo la muchacha—, y podremos volver a Morbus para resucitar a Vor Daj.

—¡Y él podrá vivir, moverse y amar de nuevo! —exclamé, transportado por el júbilo que dicha anticipación engendraba.

—Pero supongamos que no se trate de John Carter —dijo de pronto Janai.

—Tiene que serlo. ¿Qué otro hombre civilizado podría venir a volar sobre estas odiosas ciénagas? —respondí.

Dejamos de remar y contemplamos la aproximación de la gran nave. Navegaba a muy baja altura, apenas a treinta metros sobre el nivel del suelo, y avanzaba lentamente. Cuando estuvo cerca me puse en pie sobre la canoa y agité los brazos para llamar su atención, aunque sabía que no podía dejar de habernos visto, puesto que venía directamente hacia nosotros.

La nave no enarbolaba insignia alguna que proclamara su nacionalidad, pero ello no era extraño en las flotas aéreas marcianas cuando una nave aislada penetraba en un

país potencialmente enemigo. Las líneas de la nave no me resultaban familiares, siéndome imposible identificar su tipo y clase. Evidentemente se trataba de una nave de línea de modelo antiguo, algunas de las cuales estaban aún en servicio en las lejanas fronteras de Helium.

No podía imaginar por qué John Carter había escogido una nave así en preferencia a cualquiera de los veloces nuevos modelos de la marina heliumética, pero ciertamente debía existir alguna buena razón desconocida para mí.

Cuando la nave estuvo prácticamente encima de nosotros descendió aún más, lo que me convenció de que no le habíamos pasado inadvertido, y finalmente se detuvo en el aire a pocos metros de nuestras cabezas. Una maroma de aterrizaje descendió hasta la canoa, saliendo de una portilla, y me apresuré a amarrarla al cuerpo de Janai para que pudiera ser subida hasta la nave. Mientras estaba empeñado en esta tarea otra maroma fue lanzada para mí, y poco tardamos los dos en ser izados a la nave aérea.

En el mismo instante en que nos encontramos en su interior y tuve ocasión de contemplar a los tripulantes que nos rodeaban, me di cuenta de que no se trataba de una nave de Helium, ya que los hombres ostentaban unos correaes desconocidos para mí.

Janai se dio cuenta también, puesto que volvió hacia mí la vista y me dijo temerosamente:

—Ni John Carter ni Ras Thavas están en esta nave. No pertenece a la armada de Helium, sino a la de Jal Had, príncipe de Amhor. Si descubre mi identidad creo que habría hecho mejor quedándome en Morbus.

—Pues no dejes que la conozcan —dije—. Recuerda que eres una mujer de Helium.

Ella asintió, mostrando haber comprendido.

A decir verdad los oficiales y tripulantes que nos rodeaban parecían en principio más interesados en mí que en Janai, y comentaban animadamente mi fealdad. Fuimos llevados al puente, ante el oficial que mandaba la nave, y éste me miró con visible repugnancia.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿De dónde vienes?

—Soy un hormad de Morbus —repliqué—, y mi compañera es una mujer de Helium, amiga y protegida de John Carter, el Señor de la Guerra de Barsoom.

Fijó su mirada en Janai durante un momento, y luego sus labios se distendieron en una desagradable sonrisa.

—¿De modo que una mujer de Helium? —dijo—. ¿Cuándo has cambiado tu nacionalidad, Janai? No pretendas negar tu identidad, porque te conozco muy bien. Hubiera reconocido tu rostro entre millones, puesto que tu retrato preside mi camarote, igual que los de todos los comandantes de las naves de Amhor. Mi

recompensa será enorme cuando te lleve al príncipe Jal Had.

—Te repito que esta mujer está bajo la protección del Señor de la Guerra de Barsoom —insistí—. Sea cual sea la recompensa que Jal Had te ha ofrecido, John Carter te entregará otra mayor si la devuelves a Helium.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó el comandante a Janai, indicándome con un movimiento de cabeza—. ¿Eras acaso su prisionera?

—No —replicó ella—. Es mi amigo. Ha arriesgado varias veces su vida para salvarme y me llevaba a Helium cuando tú nos has capturado. Por favor, no me lleves a Amhor. Mi amigo Tor-dur-bar dice la verdad, John Carter te pagará una buena recompensa si nos llevas a los dos a Helium.

—¿Para ser luego torturado hasta la muerte cuando regrese a Amhor? —preguntó el comandante—. ¡Ni pensarlo siquiera! Iremos a Amhor y creo que incluso tendré derecho a una recompensa extra por entregar ese monstruo a Jal Had. Puede representar una valiosa adición a su colección zoológica, y divertir y entretener en gran medida a los ciudadanos de Amhor. En lo que a ti respecta, Janai, creo que Jal Had te tratará bien, basta con que dejes de ser la pequeña tonta que eras antes y te avengas a razones..., y después de todo no es tan malo ser princesa de Amhor.

—Antes preferiría ser concubina de Ay-mad en Morbus —dijo firmemente la muchacha—. Y antes que cualquiera de esas dos cosas, preferiría morir.

El comandante se encogió de hombros.

—Bueno, eso es asunto tuyo —dijo—. Tendrás tiempo de pensar en ello con tranquilidad antes de que llegemos a Amhor, y muy bien puede ser que cambies de idea.

A continuación dio instrucciones para que se nos proporcionara alojamiento y fuéramos cuidadosamente vigilados, aunque no confinados a menos de que nos mostráramos intratables.

Mientras nos conducían hacia una escalera que llevaba a los niveles inferiores de la nave vi cómo un hombre echaba a correr de pronto hacia la barandilla de la cubierta y, saltando por encima de ella, se arrojaba al vacío. La cosa fue tan rápida que nadie tuvo tiempo de interceptarle y pienso que el comandante no debió dar excesiva importancia al caso pues, aunque se dio al instante la alarma, la nave continuó tranquilamente su ruta. Pregunté al oficial que nos acompañaba quién era aquel hombre y por qué había saltado fuera de la nave.

—Se trata de un prisionero que evidentemente ha preferido la muerte a ser esclavizado en Amhor —me respondió.

Estábamos todavía a muy baja altura sobre la superficie del lago, y uno de los tripulantes que se había asomado a la barandilla tras que el fugitivo saltara, anunció que aquel sujeto estaba nadando hacia nuestra abandonada canoa.

—Solo y desarmado como está, no creo que dure mucho en las Grandes

Marismas Toonolianas —comentó el oficial, en tanto que descendíamos hacia nuestros nuevos alojamientos.

A Janai le proporcionaron la mejor cabina de la nave; puede que los oficiales pensaran que pronto iba a ser la princesa de Amhor y no quisieran que guardara mal recuerdo de ellos. Tuve así el leve consuelo de pensar que, al menos hasta que llegáramos a nuestro destino, sería tratada con la mayor cortesía y consideración.

A mí me tocó un pequeño camarote doble, en el que ya había acomodado otro hombre. Cuando entré se hallaba éste de espalda a la puerta, mirando por un estrecho ventanillo que daba al exterior. El oficial que me guiaba se despidió de mí con un gesto y cerró luego la puerta, dejándome a solas con mi nuevo compañero.

El golpe de la puerta al cerrarse hizo que éste se volviera hacia mí, tras de lo cual ambos a la vez lanzamos una exclamación de sorpresa. Mi compañero de camarote no era otro que Tun Gan, quien me dirigió una mirada de preocupación al reconocerme. Sin duda pensaba en cómo me había abandonado a mi suerte en la isla de las Marismas.

—¿De modo que eres tú? —pregunté.

—Sí, y supongo que ahora querrás matarme —replicó—. Sin embargo debes ser comprensivo. Gad Had y yo discutimos largamente el asunto antes de marcharnos. No deseábamos abandonarte, pero consideramos que todos moriríamos si volvíamos a Morbus, mientras que si nos marchábamos en la canoa, al menos nosotros dos tendríamos una probabilidad de sobrevivir.

—No os lo reprocho —le aseguré—. Quizás, en idénticas circunstancias, yo hubiera hecho lo mismo. Y después de todo fue mejor para mí que me abandonarais, pues a causa de ello fui capaz de llegar a Morbus en sólo unas horas y rescatar a Janai cuando llegó con la partida que la había capturado. Pero..., ¿cómo es que estás a bordo de esta nave?

—Gan Had y yo fuimos capturados hace alrededor de una semana, y quizás fuera ello un bien para nosotros, puesto que estábamos siendo perseguidos por una multitud de nativos cuando la nave descendió de los cielos, dispersando a los salvajes. De no ser así probablemente nos habrían capturado, de modo que no puedo decir que lamentara nuestra captura. En cambio Gan Had no pensaba lo mismo, le era insoportable la idea de ser esclavizado en Amhor. Todos sus deseos estriban en regresar a su hogar en Toonol.

—¿Y dónde está ahora Gan Had? —pregunté.

—Acaba de lanzarse al lago, le estaba viendo nadar cuando tú has llegado. Ya ha quedado muy atrás, pero creo que ha logrado alcanzar una canoa, presumo que aquella en la que tú venías. Ahora debe de estar remando alegremente hacia Toonol.

—Espero que logre llegar —deseé.

—Pues yo temo que no —profetizó Tun Gan—. No creo que ningún hombre solo

pueda pasar a través de los horrores de esos pantanos infernales.

—Y sin embargo habéis hecho un largo camino por ellos —le recordé.

—Sí, pero ¿quién puede saber lo que hay en el resto de la ruta?

—¿Y no sientes temor de lo que te pueda esperar en Amhor?

—¿Por qué habría de sentirlo? —preguntó a su vez—. Ellos piensan que yo soy Gantun Gur, el Asesino de Amhor, y por ello me tratan con un gran respeto.

—¡Extraordinario! —exclamé—. Por un momento había olvidado que ocupas el cuerpo de Gantun Gur. ¿Y piensas que podrás seguir engañándoles?

—Creo que sí —replicó—. Mi cerebro es mucho más inteligente que el de la generalidad de los hormads. Les he dicho que recibí una herida grave en la cabeza, haciéndome olvidar buena parte de mi vida anterior, y no pienso que hayan dudado de mi palabra.

—No pueden hacerlo —dije—, porque nunca podrán concebir que el cerebro de otra criatura haya sido injertado en el cráneo de Gantun Gur.

—Entonces nunca conocerán la verdad, a menos que tú no se la digas —indiqué—. Y te ruego que no lo hagas. Simplemente acuérdate de llamarme siempre por mi nuevo nombre en presencia de extraños... ¿Por qué estás sonriendo?

—Porque la situación no deja de ser divertida. Ninguno de nosotros es lo que aparenta. Yo tengo tu cuerpo y tú tienes el cuerpo de otra persona.

—¿Y puedo saber quién eres tú, que habitas en mi cuerpo? —me preguntó de pronto—. Confieso que a menudo me lo he preguntado.

—Pues puedes seguir preguntándotelo —respondí—, porque nunca llegarás a saberlo.

Me miró fijamente por un momento y súbitamente su rostro se iluminó.

—¡Ahora lo sé! —exclamó— ¡Qué estúpido he sido al no pensar en ello antes!

—¡No sabes nada! —grité—. Y si yo fuera tú no me metería en esa clase de conjeturas.

Asintió.

—Muy bien, Tor-dur-bar, si es eso lo que deseas. Para cambiar de conversación le comenté:

—Me ha extrañado que esta nave de Amhor esté volando solitaria sobre las Grandes Marismas Toonolianas. ¿Qué es lo que busca por estas soledades?

—Jal Had, príncipe de Amhor, tiene la afición de coleccionar bestias salvajes. Se dice que posee ya gran número de ellas, pero aún desea tener más. Esta nave está buscando nuevos especímenes en las Grandes Marismas.

—¿Así que no estaba buscando a Janai?

—No ¿Estaba Janai contigo cuando te capturaron? Solo pude ver dos figuras confusas cuando la nave pasó por encima de vosotros.

—Pues sí, Janai está a bordo, y mi problema es ahora sacarla de la nave y huir

con ella antes de que lleguemos a Amhor.

—Bueno, quizás no te resulte demasiado difícil —dijo—. De cuando en cuando hacen descender la nave para cazar nuevos especímenes de la fauna local, y entonces la vigilancia es mas bien floja. No nos vigilan demasiado estrechamente, y ya has visto de que forma tan fácil ha conseguido Gan Had escapar de la nave.

Pero, en contra del optimismo de dichas palabras, no pude hallar ninguna oportunidad para escapar. La nave había enfilado directamente hacia Amhor nada más tener su comandante a Janai a bordo. Ni aterrizó en ninguna parte ni siquiera voló cerca del suelo.

Amhor se encuentra a unos mil kilómetros al norte del punto en que fuimos capturados, y la nave puesta a toda máquina podía recorrer dicha distancia en alrededor de siete horas y media. Durante todo este tiempo permaneció en su cabina y ni siquiera tuve ocasión de verla.

Llegamos sobre Amhor en mitad de la noche, y permanecemos flotando sobre la ciudad hasta las primeras luces del alba, rodeados de patrulleros aéreos como protección y salvaguardia de la preciosa carga que la nave transportaba. Jal Had estaba durmiendo cuando llegamos y nadie se atrevió a despertarle. Por las conversaciones que oí a mi alrededor comprendí que el príncipe tenía una reputación siniestra, y que todo el mundo tenía miedo de él.

Aproximadamente al segundo zode hizo su aparición una embarcación aérea con las insignias reales de Amhor, la cual tomó a bordo a Janai sin que yo pudiera hacer nada por impedirlo. Previendo sin duda alguna violencia por mi parte, los tripulantes de la nave me habían sacado del camarote de Gantun Gur nada más llegar sobre la ciudad, recluyéndome en otro situado en la bodega de la nave. Estaba yo al borde de la desesperación, puesto que empezaba a comprender que no solamente no podría ya nunca recuperar mi cuerpo, sino que probablemente no volvería a ver más a Janai. Me despreocupé de todo cuanto pudiera ocurrirme en el futuro; ahora tan sólo deseaba que la muerte me llegara pronto.

CAPÍTULO XXIV



En la jaula

Después de que Janai dejara la nave, ésta se puso en movimiento para posarse en una torre de aterrizaje. Unos minutos más tarde la puerta de mi prisión se abrió y me encontré ante un destacamento de guerreros mandado por un oficial. Llevaban pesadas cadenas y con ellas sujetaron mis manos sin que yo tuviera ánimo para oponer la menor resistencia.

Me sacaron de la nave y me llevaron a la estación de aterrizaje y de allí, por el ascensor, al suelo. Los guerreros de la escolta eran hombres que no me habían visto antes y se mostraban muy interesados por mi persona, aunque un poco asustados. Una vez en la calle atraje un momento la atención de los viandantes hasta que me introdujeron en una nave de superficie que se puso en marcha inmediatamente a lo largo de la avenida que llevaba a los terrenos del palacio.

Estas naves de superficie son un medio común de transporte en muchas ciudades marcianas. Pueden volar a una altura máxima de treinta metros y a una velocidad máxima de noventa kilómetros por hora. En Amhor todo el tráfico de Norte a Sur se mueve al nivel del suelo y en las intersecciones el tráfico perpendicular de Este a Oeste cruza por encima de él, siendo obligado a ello por medio de unas rampas que se alzan suavemente hasta cortarse en seco justo por encima de la intersección propiamente dicha. Todas las avenidas son de dirección única, variando de sentido alternativamente, de manera que la mitad de dichas avenidas llevan el tráfico en un sentido y la otra mitad en el otro. Para pasar de la dirección Este—Oeste a la Norte—Sur y viceversa el vehículo debe tomar altura y elevarse sobre los dos ramales de dirección. De tal forma se mantiene una velocidad constante en el tráfico de unos setenta y cinco kilómetros por hora. Existen abundantes lugares de aparcamiento, algunos de ellos junto a los edificios, a niveles de hasta treinta metros de altura. En cuanto a los peatones, circulan a ambos lados de las avenidas y pueden cruzarlas por pasos subterráneos sin estorbar el tráfico.

He hecho esta descripción del control de tráfico en una ciudad marciana de forma detallada e incluso puede que tediosa porque John Carter me ha explicado hasta qué punto es confuso y congestionado el tráfico en las ciudades de la Tierra y tengo la esperanza de que algunos de los científicos de vuestro planeta sean incitados con ello

a inventar una nave de superficie similar al que se usa constantemente en las grandes poblaciones de Barsoom.

Los terrenos del palacio que constituía nuestro destino cubrían un área de alrededor de treinta acres. La avenida que llevaba a ellos estaba flanqueada por las lujosas mansiones de los nobles junto con las mejores tiendas y hoteles de la urbe. Amhor es una ciudad pequeña, y la única del principado que puede aspirar a tal título, puesto que las demás son tan solo pueblos pequeños diseminados por todo su territorio. La principal actividad económica del principado no es otro que la cría de thoats y zitidars, animales marcianos de silla y de gran tiro, respectivamente. Ambas especies son también criadas para alimento, y Amhor exporta carne, cuero y otros productos de estos animales a las cercanas ciudades de Duhor, Fundal y Toonol.

Amhor es punto de reunión de todos los tratantes y abastecedores del país, gente profana y bulliciosa, grandes gastadores y siempre con la bolsa bien repleta. Un lugar no carente de atractivos excepto para conocerlo desde el interior de la jaula de un jardín zoológico, como por desgracia iba a ser mi caso.

Nuestro volador de suelo penetró por una de las puertas de la muralla que cercaba los terrenos del palacio. Una vez en el interior, pude ver a ambos lados de la avenida multitud de jaulas, pozos y cuevas conteniendo especímenes de la fauna del planeta, y ciertamente debía constituir un divertido e interesante espectáculo para los ciudadanos que recorrían la avenida, ya que aquella parte de los terrenos del palacio estaba abierta al público.

Pero la colección zoológica de Jal Had tenía una característica que la diferenciaba de los parques similares de otras ciudades barsoomianas; la inclusión en ella de varios tipos de humanos de Marte. Así que fui introducido en una jaula, pasando a formar parte del espectáculo como ejemplar exhibido en vez de como espectador. No obstante una vez dentro, procuré enterarme de la naturaleza de los seres que me rodeaban en mis mismas condiciones.

En la jaula de la izquierda estaba encerrado un gigantesco hombre verde, con largos colmillos de marfil y cuatro poderosos brazos; y en la de mi derecha un hombre rojo. Había también thoats, zitidars e incluso grandes monos blancos, feroces y peludas bestias lejanamente parecidas al hombre, que eran quizás las más terribles de todas las fieras marcianas.

No muy lejos de mí se hallaban enjaulados dos apt, los monstruos árticos del país de Okar. Esas grandes bestias cubiertas por blancas pieles, seis patas, cuatro de las cuales son cortas y pesadas, muy apropiadas para caminar sobre el hielo y la nieve. Las otras dos extremidades se proyectan hacia delante desde sus hombros todo a lo largo de su fuerte y poderoso cuello y terminan en unas manos blancas y sin pelo que les sirven para agarrar a sus presas. Según me comentó John Carter en cierta ocasión, la cabeza y la boca de un apt es muy similar a las de un animal terrestre

llamado hipopótamo, exceptuando el hecho, de que de cada lado de la mandíbula inferior del apt salen dos fuertes cuernos que se curvan ligeramente hacia arriba hasta llegar a la altura de la frente. Sus dos grandes ojos se extienden en sendos alveolos ovales que van desde la parte alta del cráneo hasta las mismas raíces de los cuernos, de forma que estas armas brotan prácticamente de la parte de abajo de los ojos. Cada uno de dichos ojos está compuesto de varios millares de ocelos, como los de los insectos, pero en el caso del apt, cada ocelo dispone de su propio párpado, de manera que la bestia puede cerrar o abrir cuantas facetas de sus ojos desee.

Había asimismo banths, calots, darseens, orluks, siths, soraks, ulsios y muchas otras bestias y hombres, entre ellos incluso un kaldane, uno de los extraños hombres —araña que habitan Bantoom. Pero en cuanto yo llegué y me encerraron en mi jaula me convertí en la pieza más popular de la exposición, sin duda por no haber en ella ejemplar que superara mi horrorosa fealdad. Quizás hubiera debido sentirme orgulloso por atraer más público que cualquiera otro de los monstruos reunidos por Jal Had para su colección zoológica. Espectadores boquiabiertos se agolpaban ante mi jaula, muchos de ellos hostigándome con largos bastones o arrojándome piedras y pellas de fango.

Al poco tiempo de estar allí, un cuidador se acercó con un cartel que tuve tiempo de leer antes de que lo colgaran de la parte alta de la jaula para beneficio e instrucción de la audiencia:

HORMAD DE MORBUS
HOMBRE BESTIA CAPTURADO EN LAS
TIERRAS SALVAJES DE LAS GRANDES
MARISMAS TOONOLIANAS

Llevaba ya unas dos horas en la jaula cuando un destacamento de la guardia de palacio apareció en la avenida y procedió a expulsar del zoo a todos los visitantes. Pocos minutos más tarde se escucho un toque de trompeta en el extremo más alejado de la avenida y, al mirar hacia allá, pude ver un grupo de hombres y mujeres que se aproximaban.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté al hombre rojo que ocupaba la jaula vecina.

El sujeto me miro con expresión de sorpresa como si no esperara que yo tuviera el don de la palabra.

—Es Jal Had que viene a verte —respondió al fin—. Debe de estar muy orgulloso de tenerte en su zoo, pues no creo que exista en el mundo otro ejemplar como tú.

—Pues quizás dentro de poco tiempo se entere de que sí los hay — dije—. Y seguramente para su mal, pues hay millones de seres parecidos a mí y sus jefes cuentan con ellos para invadir y conquistar todo Barsoom.

El hombre rojo se echo a reír con incredulidad, cosa que no hubiera hecho de saber todo lo que yo sabía.

Entretanto la comitiva real se estaba aproximando a nosotros, marchando Jal Had unos pasos delante de los demás. Era un hombre grueso de boca cruel y ojos astutos. Se detuvo al llegar ante mi jaula y me estuvo contemplando atentamente mientras los miembros de su séquito iba reuniéndose a su alrededor. Entonces vi que Janai formaba parte del grupo; me miré y pude ver como las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Espléndido —dijo Jal Had, una vez terminado su examen—. Estoy seguro de que no hay ejemplar igual en todo el mundo —se volvió hacia sus compañeros y les pregunto—. ¿Qué pensáis de él?

—¡Es maravilloso! —respondieron todos casi al unísono.

Tan solo Janai permaneció silenciosa. Jal Had fijo su mirada en la muchacha.

—¿Y qué piensas tú, amor mío? —preguntó.

—Siento mucha lástima por él —replicó ella—. Tor-dur-bar es mi amigo, y es una crueldad tenerle encerrado en una jaula.

—¿Es que quieres que deje a las bestias salvajes rondar en libertad por la ciudad? —preguntó el príncipe.

—Tor-dur-bar no es una bestia salvaje, sino un amigo bravo y leal. De no ser por él yo estaría ahora muerta, aunque después de todo quizás hubiera sido lo mejor para mí. Pero sin embargo le guardo eterno agradecimiento por los peligros y trabajos que ha sabido soportar por mí.

—Bueno, entonces le premiaremos —dijo magnánimamente Jal Had—. Haré que reciba las sobras de la mesa real.

De modo que así estaban las cosas. Yo, un noble de Helium, sería alimentado con las sobras de la mesa de Jal Had, príncipe de Amhor. Sin embargo me consolé a mí mismo con el pensamiento de que esas sobras serían probablemente mejores que la comida que se servía a las bestias del zoo, de modo que decidí tragarme mi orgullo y aceptarlas en su momento. Desde luego no tuve oportunidad de conversar con Janai, de modo que no pude enterarme de lo que le había ocurrido ni de que futuro le esperaba, aun en el caso en que ella misma lo supiera.

—Háblame de ti mismo —me ordenó Jal Had—. ¿Eres una simple monstruosidad aislada o hay otros semejantes a ti? ¿Tú padre o tu madre se parecían a ti?

—No tengo ni padre ni madre —dije—. Y efectivamente hay otros semejantes a mí. Millones de ellos.

—¿Que no tienes padre ni madre? —Se extrañó—. Pero supongo que alguna hembra habrá puesto el huevo del que has salido ¿no es cierto?

—Yo no he salido de ningún huevo —repliqué.

—Bueno —dijo Jal Had—. Veo que no sólo eres el monstruo más horroroso que jamás he visto, sino también el más grande embustero. Quizás una buena tanda de latigazos ten enseñen a no mentirle a Jal Had.

—No está mintiendo —intervino Janai—. Todo lo que ha dicho es cierto.

—¿Tú también? —El príncipe se volvió hacia ella—¿Tú también me tomas por un estúpido? Piensa que puedo hacer azotar a mis mujeres del mismo modo que a mis animales, si me dan motivo para ello.

—Eres tú el que está probando que en efecto eres un estúpido —no pude evitar el decirlo—, porque los dos te estamos diciendo la verdad Y no nos crees.

—¡Silencio! —aulló un oficial de la guardia—. Príncipe, ¿quieres que mate ahora mismo a esa bestia presuntuosa?

—No —replicó Jal Had—. Es un ejemplar demasiado valioso. Puede que más tarde ordene que le azoten.

Pensé, en el colmo de la furia, que no envidiaba a quien tuviera la temeridad de entrar en mi jaula para azotarme ¡A mí, que tenía fuerza suficiente para despedazar a un hombre ordinario!

Jal Had se había dado media vuelta y se alejaba ahora seguido por su séquito. Tan pronto como la comitiva real dejó la avenida, las puertas fueron abiertas nuevamente al público de modo que, hasta el anoecer, debí sufrir las miradas y los insultos de aquellas gentes. Ahora me daba cuenta de lo que deben sentir los animales de los parques zoológicos ante la multitud de papanatas boquiabiertos que acuden a verlos.

Después de que los últimos visitantes dejaron el zoo al llegar la noche, los animales fueron alimentados, pues sin duda Jal Had había descubierto que las bestias en cautividad comen mejor si no hay espectadores mirándolas mientras lo hacen; de modo que los animales pudieron alimentarse en paz y con toda comodidad permitida por sus jaulas. A mí no me dieron de comer al mismo tiempo que a los otros, sino que un poco más tarde un joven esclavo llegó del palacio de Jal Had con una cesta conteniendo lo que debían ser las sobras de la cena del príncipe.

El muchacho me contempló con temor y desconfianza mientras se aproximaba a mi jaula. Había en la parte frontal de la misma, cerca del techo, una pequeña ventana a través de la cual debía ser introducida la comida, pero el muchacho tenía evidentemente miedo de abrirla por temor a que yo pudiera agarrarle si lo hacía.

—No tengas miedo —le tranquilicé—. No pienso hacerte ningún daño; no soy una fiera salvaje.

Se acercó entonces y tímidamente abrió la pequeña ventana.

—No te tengo miedo —dijo.

Pero me di cuenta de que sí me lo tenía.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—De Duhor.

—El amigo de un amigo mío vive allí.

—¿Cual es su nombre? —me preguntó con curiosidad.

—Vad Varo.

—¡Ah, Vad Varo! Le conozco bien. Incluso iba a ser destinado a su departamento en cuanto terminara mi educación. Es el marido de Valla Día, nuestra princesa, y un gran guerrero. ¿Y quien es ese amigo común que los dos tenéis?

—John Carter, príncipe de Helium y Señor de la Guerra de Barsoom —contesté. Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Es que conoces personalmente a John Carter? ¡Ah! ¿Quién no ha oído hablar de él, del mejor espadachín de todo Barsoom? ¿Pero cómo puede ser que alguien como tú conozca a John Carter?

—Puede parecerle extraño —admití—, pero te aseguro que John Carter es mi mejor amigo.

—¿Pero cómo has llegado a conocerle? —terció en la conversación el hombre rojo de la jaula contigua—. Yo soy de Helium y sé que en todo el imperio no hay ninguna criatura parecida a ti. Creo que eres una gran embustero; me mientes a mí, mientes a Jal Had y ahora estas mintiendo a ese joven esclavo. ¿Qué es lo que piensas ganar con todas esas mentiras? ¿Es que no sabes que los verdaderos barsoomianos tienen a gala ser un pueblo sincero?

—No estoy mintiendo a nadie —dije.

—¿Puedes describirme a John Carter? —tanteó el hombre rojo.

—Tiene el cabello negro y los ojos grises, y la piel más clara que tú — le repliqué—. Procede del planeta Jasoom y está casado con Dejah Thoris, la princesa de Helium. Cuando llegó a Barsoom fue capturado por los hombres verdes de Thark. Ha luchado en Okar, el país de los hombres amarillos en el lejano Norte, también ha combatido contra los temas del Valle de Dor..., y sus hazañas se han desarrollado todo a lo largo y a lo ancho de Barsoom. Cuando le vi por última vez, ambos estábamos en Morbus, en las Grandes Marismas Toonolianas.

El hombre rojo me miró con sorpresa.

—¡Por mi primer antepasado! —exclamó—. Desde luego conoces muchas cosas acerca de John Carter. Puede que, después de todo, estés diciendo la verdad.

El joven esclavo me miraba también con atención. Pude ver que le había impresionado fuertemente y esperé que podría ganar su confianza e incluso convertirle en amigo mío. Ciertamente no me vendría mal tener un amigo dentro del palacio de Jal Had, príncipe de Amhor.

—Así que has visto personalmente a John Carter —dijo—. Has estado ante él, le has hablado... ¡Ah, debe de ser maravilloso!

—Puede que algún día visite Duhor —le dije—. Y en el caso en que tú estés allí, puedes decirles que has conocido a Tor-dur-bar y que te has portado bien con él. Entonces John Carter será amigo tuyo también.

—Me portaré contigo tan bien como pueda —prometió—, y si necesitas alguna cosa que yo pueda proporcionarte, no tienes más que pedírmela.

—Bueno, hay algo que puedes hacer, efectivamente, por mí —dije.

—¿De qué se trata?

—Acércate para que pueda decírtelo al oído —vi que vacilaba—. Vamos, no tengas miedo, te prometo que no te haré ningún daño.

Se acercó a los barrotes de la jaula.

—¿De qué se trata? —volvió a preguntar.

Me arrodillé y acerqué mis labios a su oreja.

—Me interesa mucho todo lo que puedas saber acerca de la muchacha que vino conmigo, Janai. Quiero estar informado de todo lo que le ocurra en el palacio de Jal Had.

—Te contaré todo aquello de que pueda enterarme —dijo.

Tras lo cual, como se le hiciera tarde, tomó su cesta vacía y se alejó hacia el palacio.

CAPÍTULO XXV



Un asesino en el Zoo

Los siguientes días transcurrieron monótonamente, animados tan sólo por las conversaciones mantenidas con el hombre rojo de la jaula contigua y por las visitas, dos veces al día, del joven esclavo de Duhor, cuyo nombre era Orm-O.

Legué a desarrollar una gran amistad con el hombre rojo de Helium. Me dijo que su nombre era Ur Raj, y entonces recordé que le había conocido varios años antes. Era de Hastor, una ciudad en la frontera del imperio heliumita, y había sido padwar a bordo de una de las naves de guerra estacionadas allí. Le pregunté si se acordaba de un oficial llamado Vor Daj, y dijo que le recordaba muy bien.

—¿Es que lo conoces? —preguntó.

—Claro que le conozco —repliqué—. De hecho no existe nadie en el mundo que le conozca mejor que yo.

—¿Pero cómo le has conocido? —me preguntó.

—Estaba en Morbus con John Carter.

—Pues es un espléndido oficial —dijo—. Recuerdo que mantuve una larga conversación con él cuando la gran flota estuvo en Hastor.

—Sí; discutisteis acerca de una invención en la que tú estabas trabajando. Un método para detectar y localizar naves enemigas a gran distancia, identificándolas por el sonido de sus motores. Tu habías descubierto que no existen dos motores que produzcan las mismas vibraciones y hablas inventado un instrumento que recogía esas vibraciones a gran distancia. Le presentaste también una encantadora jovencita a quien deseabas convertir en tu esposa.

Los ojos de Ur Raj se desorbitaron de asombro.

—¿Pero cómo puedes saber todo eso? —preguntó—. Ciertamente debes ser amigo muy íntimo de Vor Daj para que te contase esa conversación que se desarrolló hace varios años.

—No me dijo nada acerca de tu invención —le dije—, ya que te había prometido no revelar a nadie ningún detalle de la misma hasta que tú la hubieras desarrollado y ofrecido a la marina de Helium.

—Pero si no te dijo nada..., ¿cómo puedes saber esas cosas? —me preguntó, confuso.

—Eso no puedo decírtelo —le repliqué—. Tan sólo asegurarte que Vor Daj no ha traicionado nunca tu confianza.

A partir de entonces noté que Ur Raj me miraba con algo de temor, como creyendo que debía poseer algún poder oculto de carácter sobrenatural. Le sorprendí más de una vez mirándome fijamente desde su jaula, como intentando resolver lo que para él constituía un misterio inexplicable.

El joven esclavo, Orm-O, se mostraba muy amistoso y me contaba todo aquello de que había podido enterarse relativo a Janai, pero por desgracia ello era muy poco o nada. No obstante me enteré por él de que la muchacha no estaba en peligro inmediato, ya que la esposa de más edad de Jal Had la había tomado bajo su protección. Dicha esposa, de nombre Vanuma, había puesto siempre objeciones a la afición del príncipe por otras mujeres y también se había opuesto a que el número de esposas aumentara, en especial con una persona tan encantadora como Janai.

—Se rumorea —me explicó Orm-O—, que Vanuma ha decidido eliminar a Janai a la primera ocasión que se le presente. Si aún vacila se debe a que teme que Jal Had, en su cólera, pueda llegar a matarla si lo hace, pero tiene la esperanza de lograr sus fines sin que ninguna sospecha recaiga sobre su persona. De hecho, se sabe que ha recibido varias veces la visita de Gantun Gur, el Asesino de Amhor, que ha vuelto recientemente de su cautividad en tierras lejanas. Debo decir que no me gustaría estar en la piel de Janai, especialmente si Gantun Gur se deja convencer por Vanuma y acepta encargarse del asunto.

Esta información me dejó preocupado por la suerte de Janai. Desde luego estaba seguro de que precisamente Gantun Gur nunca aceptaría matarla, pero temía que Vanuma hallara otros medios para lograr sus fines. Rogué a Orm-O que previniese a Janai, y él prometió hacerlo en cuanto tuviera una oportunidad.

El peligro que amenazaba a la muchacha llenaba constantemente mis pensamientos, y mi incapacidad para ayudarla casi me llevaba a la locura. ¡Ah, si al menos pudiera yo hacer algo! Pero me encontraba por completo impotente, pues me hallaba encerrado sin esperanza de libertad, y la situación de Janai parecía igualmente desesperada.

El zoo tenía algunos días de poca afluencia, pero por lo general había gran circulación de gente a lo largo de la avenida que transcurría entre las jaulas, y casi siempre había ante la mía un grupo de curiosos, aunque faltaran en las de otros ejemplares. Continuamente observaba nuevas caras, pero también otras que empezaba a conocer por su asiduidad.

Un día reconocí en el grupo a Gantun Gur. Se abrió paso con determinación entre los espectadores, despertando más de un gruñido e incluso palabras de protesta, pero todas estas expresiones cesaron como por encanto cuando fue reconocido y su nombre pasó de boca en boca. Los espectadores se apartaron entonces para abrirle

camino, puesto que nadie deseaba despertar la enemistad del Asesino de Amhor. ¡Tal era la reputación que el difunto original había adquirido!

—Kaor, Tor-dur-bar —dijo cuando llegó cerca de la jaula.

—Kaor, Gantun Gur —repliqué—. Me alegro de verte de nuevo y quisiera hablar contigo en privado.

—Eso puede arreglarse —asintió—. Volveré aquí después de que el zoo haya sido cerrado a los visitantes ordinarios. Ya ves, soy una persona privilegiada en Amhor, y sobre todo en el palacio y sus dependencias. Nadie desea enemistarse conmigo, ni siquiera el propio Jal Had.

Y dicho lo cual, se retiró. En las siguientes horas de nerviosa espera llegué a pensar que el día no acabaría nunca y que los visitantes jamás abandonarían el terreno del zoo, tan impaciente estaba por hablar con Gantun Gur. Las horas se deslizaron interminables, pero al fin pude ver cómo los guardianes invitaban al público a marcharse, y cómo los carros conteniendo la comida de las bestias hacían su aparición al final de la avenida. Luego fue Orm-O quien vino con su canasta de sobras para mí, pero todavía no había la menor señal de Gantun Gur. Pensé que quizá me hubiera abandonado por segunda vez, o que sus pretendidos privilegios no fueran sino fruto de su imaginación. Estaba particularmente ansioso de conversar con él, ya que finalmente había ideado un plan para proteger a Janai de los peligros que la amenazaban.

Pregunté a Orm-O si sabía algo nuevo sobre ella, pero el muchacho meneó la cabeza y dijo que en los últimos días no siquiera se la había visto por palacio.

—¡Quizás Vanuma la haya matado finalmente! —sugerí, espantado.

—Quizás —admitió él—. Lo último que pude oír sobre el particular era que Vanuma no trataba ya a Janai tan bien como al principio. Algunos dicen que en los últimos tiempos acostumbraba a azotarla todas las noches.

Yo no podía imaginar a Vanuma ni a ningún otro azotando a Janai, pues no era ella muchacha que se dejara azotar mansamente.

Ya era noche cerrada y había perdido yo toda esperanza de que Gantun Gur apareciera cuando le vi venir por fin en dirección a mi jaula.

—Kaor, Tor-dur-bar —saludó—. Siento haberme retrasado, pero he sido requerido por Jal Had en persona. Hasta hace un momento he estado conversando con él.

—¿A quién quiere que asesines ahora? —preguntó Ur Raj desde su propia jaula.

—Tan solo desea estar seguro de que nadie está planeando utilizarme contra él —replicó Gantun Gur—. Estoy viendo que es mucho mejor ser quien soy, jefe de la Cofradía de Asesinos, que príncipe de Amhor. Mi poder es ilimitado y todo el mundo me teme, puesto que si bien mi personalidad es conocida, no ocurre lo mismo con las de muchos de mis asesinos; y quienquiera que intente conspirar contra mí debe temer

que mis espías se enteren de ello.

—Has recorrido un largo camino desde el Edificio de los Laboratorios, Gantun Gur —dije con una sonrisa—. Pero dime ¿Está viva Janai? ¿Está bien y a salvo?

—Está viva y está bien, pero no a salvo; nunca estará a salvo mientras permanezca en Amhor. Desde luego su vida no está segura en tanto que Vanuma exista. No necesito decirte que ni mis asesinos ni yo mataríamos nunca a Janai, pero Vanuma puede hallar cualquier otro que lo haga e incluso, si llega a desesperarse, hacerlo ella misma. Mi conclusión es que lo mejor que podríamos hacer es liquidar a Vanuma.

—¡No, no! —objeté—. En el momento en que Vanuma muera, nadie protegerá a Janai contra Jal Had.

—Bueno, eso no deja de ser cierto —dijo Gantun Gur, rascándose la cabeza—. Te confieso que no había considerado las cosas desde ese punto de vista. Pero, después de todo, no creo que eso sea tan malo para Janai, puesto que se convertiría en princesa de Amhor, y, por lo que he visto de las demás esposas de Jal Had, no dudo que sería indiscutiblemente la primera de ellas.

—¡Pero ella no quiere casarse con Jal Had! —dije—. Vor Daj la ama, y debemos salvarla para él.

—Vor Daj —dijo Gantun Gur—, yace como muerto en los pozos bajo el Edificio de los Laboratorios de Morbus, y a estas horas debe estar bloqueado e incluso puede que ya devorado por el horror que surgió de la Sala de Tanques número 4. No, no, Tor-dur-bar, por más que admire tu lealtad hacia ese hombre, pienso que la llevas demasiado lejos. Ni tú, ni yo, ni Janai podemos esperar ver de nuevo a Vor Daj.

—Pero sin embargo debemos hacer lo que podamos para salvar a Janai. Por ella misma, por mí y por la esperanza, todo lo débil que sea, de que algún día Vor Daj pueda ser rescatado.

—Bueno, ¿tienes algún plan al respecto? —preguntó él.

—Sí, lo tengo.

—¿Y cuál es?

—Procura que llegue a oídos de Vanuma el rumor de que Jal Had se ha enterado de que ella anda buscando asesinos para matar a Janai y que ha jurado que si la muchacha muere, no importa cuál sea la causa, ella será inmediatamente ejecutada.

—No es mala idea —aprobó Gantun Gur—. Puedo hacer llegar a Vanuma ese rumor en plazo muy corto, por medio de una de sus esclavas.

—Respiraré con tranquilidad cuando lo hayas hecho —dije.

Y ciertamente aquella noche pude dormir mucho mejor que en las anteriores, porque creía que, al menos temporalmente, Janai estaría a salvo. Fue bueno para la paz de mi espíritu que fuera incapaz de prever lo que la mañana siguiente me traería.

CAPÍTULO XXVI



La mordedura de la serpiente

Mi jaula se hallaba dividida en dos partes, abierta la anterior a la avenida a través de los barrotes, y consistente la trasera en un oscuro compartimento en el que había una sola y pequeña ventana y la pesada puerta, firmemente cerrada, por donde me habían introducido a mi cautiverio. Esta segunda parte me servía de dormitorio, aunque por todo lecho no había sino un montón de la ocre vegetación semejante al musgo que cubre los secos fondos de los antiguos mares marcianos. Una puerta deslizante, que era subida y bajada por medio de una cuerda conectada con una polea dispuesta tras la jaula, conectaba los dos departamentos. Así, mientras yo estaba en el departamento frontal, los cuidadores del zoo podían cerrar la puerta y entrar en la parte trasera para efectuar la limpieza y viceversa, sin arriesgarse a permanecer en mi compañía. Debo decir en favor de Jal Had que mantenía las jaulas razonablemente limpias, pero ello era simplemente debido a que había comprobado que así los ejemplares gozaban de mejor salud y aspecto a los ojos de los visitantes, y no a ningún sentido humanitario que el príncipe pudiera poseer.

A la mañana siguiente después de la visita de Gantun Gur, me despertó un fuerte batir de tambores acompañado por las lúgubres notas de unos instrumentos de viento, produciendo entre todos una música semejante a una marcha fúnebre. Resultaba imposible seguir durmiendo, de modo que salí a la luz diurna que bañaba la parte delantera de la jaula a fin de intentar averiguar lo que ocurría. Pude ver a Ur Raj de pie, con el rostro apretado contra los barrotes de su propia jaula, mirando hacia el palacio.

—¿Qué es esa música? —pregunté—. ¿Están celebrando algo?

—Quizás sea así —replicó sonriendo—, puesto que esa música significa que ha muerto uno de los miembros de la familia real.

—Esperemos que haya sido Jal Had —dije.

—No creo que hayamos tenido esa suerte —rezongó el hombre rojo.

Los cuidadores venían ya por la avenida transportando la primera comida de los animales. Cuando llegaron a la altura de la jaula de Ur Raj les preguntamos quién había muerto, pero por toda respuesta nos dijeron de malos modos que eso no era asunto nuestro. No había ninguna razón para que no nos lo dijeran, si era que lo

sabían, pero creo que pensaban realzar su propia importancia al tratarnos como si fuéramos bestias en vez de seres humanos, y, desde luego, no se suponía que ningún animal tuviera necesidad de conocer los asuntos de su dueño.

El hombre verde de la jaula próxima a la mía no había sido hasta el momento un vecino amistoso. Nunca se dirigía a mí y las pocas veces que intenté hablar con él me respondió con monosílabos o simplemente permanecía en silencio. Quizá obedeciera esta actitud al hecho de que yo atrajera más espectadores que él, pero más probablemente se debía al propio carácter de su hosca y taciturna raza. Sin embargo ahora, inesperadamente, se dirigió a mí:

—Si Jal Had ha muerto —dijo—, sin duda habrá mucha confusión durante los próximos días. Llevo bastante tiempo encerrado aquí y he aprendido mucho. Entre otras cosas he aprendido que hay varios que quieren sucederle en el trono, y que muy bien pudiera estallar en Amhor una guerra civil. Sería una buena ocasión para intentar la fuga.

—Si yo hubiera pensado que existía una sola probabilidad de escapar —le repliqué—, no hubiera esperado a que Jal Had muriera.

—Ningún plan de fuga puede tener posibilidades de éxito a menos que ocurra algo que rompa la disciplina de los guardianes y cree disturbios en la ciudad —insistió él—. Pero si ello ocurriera, yo mismo tengo un plan que puede dar resultado.

—¿Cuál es ese plan? —pregunté.

—Acércate a los barrotes lo más que puedas para que pueda decírtelo en voz baja; no quiero que nadie más lo oiga. Un hombre por sí solo no puede llevarlo a la práctica, pero creo que nosotros dos y quizás el hombre rojo de la otra jaula también, seremos capaces de hacerlo. Te he vigilado estos días y creo que tienes el valor y la inteligencia para colaborar en mi plan.

A continuación, en cuchicheos, hizo llegar a mis oídos la idea de fuga que había desarrollado. No era mala del todo, e incluso podía haber una esperanza de éxito. El hombre verde me pidió que se la explicara a Ur Raj, y así lo hice. Me escuchó con atención y finalmente asintió pensativamente.

—Salga bien o mal —dijo—, al menos es algo mejor que permanecer cautivos aquí toda la vida.

—Estoy de acuerdo contigo —dije—. Y si tan sólo estuviera en juego mi propia vida, lo intentaría sin pensarlo un momento. Pero debo buscar cualquier oportunidad de llevarme a Janai conmigo.

—¿Pero qué interés puedes tú tener en esa muchacha, Janai? —preguntó Ur Raj—. Ella nunca se dignaría mirar siquiera a alguien de aspecto tan odioso como tú.

—He prometido a Vor Daj que la protegería —expliqué una vez más—. Y desde luego no me marcharé de aquí sin ella.

—Ya veo —dijo Ur Raj—. Así, como quiera que ningún plan de fuga puede tener

éxito, podemos pensar que nos llevaremos a Janai con nosotros. ¿Para qué vamos a complicarnos la vida por tan poca cosa? La imaginación es libre, Tor-dur-bar, y como poco podemos esperar de la realidad, al menos soñaremos que todo nos sale bien. Escaparemos fácilmente, destruiremos el poder de Jal Had y yo me erigiré en príncipe de Amhor. Entonces te nombraré a ti, Tor-dur-bar, odwar de mis tropas. Y, pensándolo bien..., ¿para qué esperar a mi ascensión al trono? ¡Te nombro odwar desde ahora mismo!

Acabó por reírse él mismo de su broma, que había empezado con cierta amargura, y yo le acompañé de buena gana.

—Pero piensa que yo era ya odwar en Morbus —dije.

—¡Ah! ¿Eras odwar en Morbus? Pues eso no puede seguir así. Desde este mismo momento te asciendo a jedwar.

El hombre verde nos miraba sin comprender que estábamos bromeando. Su raza no tenía ningún sentido del humor que nosotros pudiéramos aceptar como tal, y nunca reía ni sonreía excepto como respuesta a los sufrimientos de los otros. He visto a algunos de ellos retorcerse materialmente en el suelo preso de hilaridad mientras presenciaban la agonía de alguna pobre víctima sobre la que ejercían las más odiosas torturas.

De todas maneras el hombre rojo y yo hubiéramos podido continuar largo rato con nuestra jocosa conversación de no ser interrumpidos por la llegada de Orm-O con su cesta de sobras destinadas a mí.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Orm-O? —le pregunté—. ¿Qué significa esa música?

—¿Quieres decir que no te has enterado? —repuso—. Vanuma ha muerto. Una de sus esclavas me dijo que no había duda de que la habían envenenado, y Jal Had es el principal sospechoso.

¡Vanuma muerta! ¿Qué le sucedería ahora a Janai? La confusión que reinó en el palacio tras la muerte de la esposa del príncipe apenas nos afectó a nosotros, los habitantes del zoo. Al menos, mientras duraron los funerales, que fue durante cinco días, los terrenos del palacio fueron cerrados al público de modo que nadie viniera a contemplarnos ni a causarnos molestias. Sin embargo, creo que todos descubrimos pronto que la cosa no era tan agradable como al principio habíamos pensado, porque los días se hicieron terriblemente monótonos. Por extraño que pueda parecer yo mismo llegué a extrañar a los visitantes del zoo y pensé que hasta cierto punto éstos nos proporcionaban el mismo entretenimiento, cuando les veíamos a través de los barrotes de la jaula, que nosotros pudiéramos darles a ellos.

Durante aquel periodo de tiempo supe por Orm-O algo que me tranquilizó sobre la seguridad inmediata de Janai. Me dijo que la etiqueta amhoriana exigía un periodo de luto de veintisiete días durante los cuales la familia real debía evitar todo tipo de

fiestas y placeres, pero me dijo también que Jal Had planeaba tomar como esposa a Janai inmediatamente después de tal periodo.

Otra cosa que supe por él mismo fue que la familia de Vanuma creía que Jal Had era el culpable de la muerte de ésta. Se trataba de nobles poderosos de estirpe real y entre ellos había un aspirante al trono de Amhor. Dicho personaje, llamado Dur Ajmad, era bastante más popular que Jal Had y gozaba de gran ascendiente sobre el ejército, exceptuando las tropas personales del príncipe.

De no haber sido por Orm-O nadie en el zoo hubiera conocido estas noticias, pero contando con él estábamos muy bien informados y podíamos seguir los acontecimientos de palacio y de la ciudad tan bien como cualquiera de los habitantes ordinarios de Amhor. Por otra parte, a medida que los días pasaban, observé que la actitud de las gentes que visitaban el zoo había cambiado. Se les notaba tensos y nerviosos, y muchos de ellos dirigían miradas furtivas en dirección al palacio. El público que recorría la avenida era más numeroso que nunca, pero creo que dirigía más su atención hacia los terrenos en los que se alzaba el palacio que hacia las jaulas que nos contenían. Era frecuente que se reunieran en grupos y cuchichearan entre ellos sin prestar la menor atención a las dichas jaulas; evidentemente tenían asuntos más importantes que tratar que la contemplación de bestias salvajes.

El día anterior al del final del luto pude oír ya por la mañana temprano el estampido de las armas de fuego marcianas, seguido por toques de trompetas, gritos y órdenes. Los guardias cerraron las puertas que apenas acababan de abrir al público y, con excepción de un pequeño retén que quedó para guardarlas, todos los demás guardias y cuidadores corrieron en dirección al palacio.

Aquello era muy excitante, pero ninguna excitación podía hacerme pasar por alto el hecho de que ahora podía ser el momento adecuado para ejecutar el plan que Ur Raj, el hombre verde y yo habíamos discutido. Así pues, cuando el último de los guardianes pasó ante mi jaula en su marcha hacia el palacio, me arrojé al suelo y me reforcé en fingida agonía, mientras le llamaba a gritos. Ignoraba si el ardid daría resultado, puesto que el guardia muy bien pudiera continuar corriendo junto con sus compañeros para ver qué había ocurrido en el palacio, pero yo jugaba con el hecho de que si se llegaba a saber que un ejemplar tan valioso como yo había muerto por falta de ayuda, Jal Had castigaría ciertamente al culpable, y los castigos de Jal Had eran a menudo fatales.

El sujeto dudó por un momento, mientras se volvía para mirarme. Dio aún un par de pasos hacia el palacio, pero luego le pensó mejor y se volvió para correr a continuación hacia la jaula.

—¿Qué te pasa, bestia? —preguntó.

—¡Hay una serpiente en mi vasija! —me quejé—. Me ha mordido y ahora me estoy muriendo.

—¿Dónde te ha mordido? —preguntó de nuevo.

—En la mano —repliqué—. Mírala.

Se aproximó y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, salté rápidamente hacia los barrotes, pasé las manos entre ellos y le agarré por la garganta. Le retorcí el cuello con tan fuerza y rapidez que no tuvo la menor probabilidad de gritar pidiendo auxilio. Ur Raj y el hombre verde se apretaron contra los barrotes de sus propias jaulas para contemplar la escena; tan sólo ellos vieron morir al guardia.

Arrastré el cuerpo hacia mí hasta que pude echar mano a las llaves que colgaban de un anillo sujeto a su correa, y luego lo dejé tendido en el suelo. Utilizando la llave apropiada no me resultó difícil abrir el cerrojo que aseguraba la puerta delantera de la jaula, y un instante después estaba libre. Me deslicé inmediatamente hasta las otras jaulas por la parte de atrás, donde mis actividades pasarían inadvertidas para quien pasara por la avenida. Liberé a Ur Raj y al hombre verde, y durante un momento los tres permanecimos allí, discutiendo la conveniencia de llevar a cabo la siguiente etapa del plan que habíamos adoptado. Ciertamente representaba un considerable riesgo para nosotros, pero sabíamos que era indispensable para crear la diversión necesaria para tener una mejor probabilidad de escapar.

—Sí —decidió Ur Raj—. Cuanto mayor confusión creemos, mayores posibilidades tendremos de llegar al palacio y encontrar a Janai.

Debo decir que el plan entero parecía a primera vista demencial y sin esperanza. Había quizás una probabilidad entre cien millones de que alcanzara el éxito.

—Muy bien —asentí—. ¡Vamos a ello!

En la parte de atrás de la jaula encontramos buen número de pértigas y afilados arpones empleados por los cuidadores para controlar a las bestias. Nos armamos con ellos y nos dirigimos a las jaulas más cercanas a la puerta de entrada y por consiguiente más alejadas del palacio. Yo estaba armado, además, con la espada corta y la daga arrebatadas al guardián muerto, pero tales armas no me iban a ser de mucha utilidad en aquella fase del plan.

Comenzamos por las jaulas cercanas a la puerta, empezamos a liberar a los animales, dirigiéndolos luego por la parte de atrás de las jaulas en dirección al palacio.

Tenía miedo, desde luego, a que fuéramos incapaces de controlar a los animales y que éstos se revolvieran contra nosotros y nos despedazaran, pero las bestias habían aprendido por dolorosa experiencia a respetar las afiladas puntas de los arpones pertenecientes a los cuidadores, de forma que pudimos conducirlos con facilidad. Incluso los dos grandes apes y los monos blancos se movían obedientemente ante nosotros. Al principio los animales se mantuvieron en silencio, roto tan sólo por el gruñido aislado de algún carnívoro, respondido por el bufido nervioso y asustado de los herbívoros cercanos a él; pero al aumentar el número de bestias liberadas lo hizo

también el volumen y la frecuencia de sus voces, hasta que el aire resonó con los bramidos de los zitidars, los chillidos de los thoats enloquecidos, los rugidos y gruñidos de los apts y de los banths y los mil gritos de las otras bestias que avanzaban nerviosamente, azuzadas por nosotros.

El zoo estaba separado de los terrenos pertenecientes al palacio propiamente dicho por una puerta que normalmente se hallaba siempre cerrada, pero que en aquella ocasión los cuidadores, en su excitación, habían dejado abierta a sus espaldas. Hicimos pasar a través de ella el alud de animales enfurecidos que habíamos llevado hasta allí. Las bestias, agrupadas en una horrible masa y excitadas por su desacostumbrada libertad y por las voces de sus compañeras, formaban con sus gritos un espantoso diapasón de ferocidad que nadie, no diré ya en el palacio, sino mucho más allá de él, podía haber dejado de oír. Ante nosotros pude ver a los cuidadores y guardias que habían desertado de sus puestos, y los animales les vieron también. Los más inteligentes de ellos, como los monos blancos, debieron recordar entonces las mil crueldades y vejaciones sufridas durante su cautiverio y, con un horrible estruendo de rugidos y bramidos, cayeron sobre ellos, matando a varios antes de que pudieran reaccionar. Excitados luego hasta el paroxismo por el olor de la sangre, cargaron contra los guerreros que defendían las puertas del palacio, que poco antes habían sido amenazadas por los hombres de Dur Ajmad.

La confusión que este ataque creó era precisamente lo que necesitábamos; Ur Raj, el hombre verde y yo nos deslizamos rápidamente hasta un costado no amenazado del gigantesco edificio y penetramos en el mismo por una puerta lateral abandonada por sus centinelas, sin que nadie reparara mientras en nosotros.

Por fin me hallaba en el mismo edificio que Janai, pero el posible éxito final de nuestro plan estaba aún tan alejado como la luna más remota. Sí, nos hallábamos en el interior del palacio, pero ¿en qué lugar de la inmensa edificación era retenida Janai como prisionera?

CAPÍTULO XXVII



Vuelo hacia el peligro

Las salas y pasillos de la parte del palacio donde nos encontrábamos estaban de momento desiertas; sus ocupantes debían haber huido o quizás marchado a reforzar a quienes defendían la puerta principal contra las fieras.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo el hombre verde, cuyo nombre era Bal Tab—. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Dónde está la mujer roja?

—El palacio es muy grande —intervino con pesimismo Ur Raj—. Incluso si no encontramos oposición, esa búsqueda nos llevará mucho tiempo; pero desde luego debemos contar con que no tardaremos en tener guerreros que se opongan a nuestro paso.

—¡Eh, alguien viene corriendo por ese pasillo! —dijo Bal Tab—. Puedo oírle.

El pasillo en cuestión se curvaba hacia la izquierda delante de nosotros, y de esa curva surgió de pronto un joven a quién reconocí al instante. Era Orm-O, que corría velozmente hacia nosotros.

—He visto vuestra entrada en el palacio desde una de las ventanas — dijo—, y he venido a reunirme con vosotros tan pronto como he podido.

—¿Dónde está Janai? —le pregunté.

—Te mostraré el camino para llegar a ella —respondió—, pero si permanezco más tiempo con vosotros se darán cuenta y pueden matarme. En realidad quizás sea ya demasiado tarde, porque Jal Had ha irrumpido en los aposentos de las muchachas pese a que el período de luto no ha terminado todavía.

—¡Pues vamos aprisa! —grité.

Orm-O emprendió veloz carrera por el pasillo, seguido por nosotros tres. Nos condujo hasta el comienzo de una rampa espiral y nos dijo que subiéramos por ella hasta el tercer piso del edificio, torciéramos luego a la derecha y penetráramos por un corto corredor, al final del cual estaba la puerta de los aposentos de Janai.

—Si Jal Had está con ella, el corredor estará guardado —nos advirtió—. Pero no os dispararán con armas de fuego, puesto que Jal Had, temiendo un atentado contra su persona, no permite a nadie portar esa clase de armas en el interior del palacio.

Tras darle las gracias al muchacho ascendimos por la rampa espiral hasta el tercer nivel. Apenas llegamos al mismo pude ver a dos guerreros que montaban guardia a la

entrada de un corto corredor a nuestra derecha. Aquella debía ser la entrada a los aposentos de Janai.

Los centinelas nos vieron al mismo tiempo que nosotros a ellos, y en el acto desenfundaron sus espadas.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó uno de ellos.

—Tenemos que ver a Jal Had —repliqué decididamente.

—No tenéis que ver para nada al príncipe —dijo el guerrero—. Regresad a las jaulas de donde habéis salido.

Por toda respuesta Bal Tab atravesó de parte a parte al guerrero con el largo arpón que había conservado consigo, en tanto que yo acometía al otro con mi espada corta. El sujeto no era mal espadachín, pero no tenía la menor oportunidad contra un discípulo de John Carter que además tenía la ventaja de un brazo anormalmente largo dotado de monstruosa fuerza. Terminé con él rápidamente pues no tenía tiempo que perder ni deseaba hacerle sufrir inútilmente.

Bal Tab estaba sonriendo, pues a los de su raza les divierte ver morir a los hombres.

—Tienes un buen brazo para la espada —me dijo, y éste era uno de los mejores cumplidos que se puede esperar de un marciano verde.

Cruzando sobre el cuerpo de mi reciente antagonista recorrí el corto pasillo y, abriendo la puerta que hallé a su final, penetré en la estancia que había al otro lado, un pequeño vestíbulo desierto. Al fondo del mismo había otra puerta tras la cual pude oír el sonido de voces excitadas.

Cruzando rápidamente el vestíbulo penetré, en la segunda habitación y pude ver a Jal Had estrechando a Janai entre sus brazos. La muchacha le golpeaba y pugnaba por escapar. El rostro del príncipe estaba rojo de cólera y vi como alzaba el puño para golpearla.

—¡Detente! —grité, y ambos se volvieron hacia mí.

—¡Tor-dur-bar! —exclamo Janai, y noté una nota de alegría y alivio en su voz.

Jal Had, por su parte, arrojó a la muchacha lejos de sí de un empujón, mientras sacaba de la funda su pistola de radium. Me precipité sobre él, pero antes de que pudiera alcanzarle, un largo arpón de punta metálica silbó por encima de mi hombro y fue a enterrarse en pleno corazón del príncipe de Amhor, sin darle tiempo a levantar el arma y apretar el gatillo. Había sido Bal Tab quien había lanzado el arpón, salvándome con ello, sin ninguna duda, la vida.

Creo que todos quedamos por un momento sorprendidos por la enormidad de lo sucedido, y permanecemos inmóviles contemplando en silencio el cuerpo de Jal Had.

—Bueno, está muerto —dijo al fin Ur Raj—. ¿Qué hacemos ahora?

—El palacio y sus terrenos están llenos de guerreros —susurró Janai—. Si descubren lo que hemos hecho nos matarán.

—Antes de eso, nosotros tres les proporcionaremos una batalla que tardarán en olvidar —dijo Bal Tab.

—Puede que encontremos un lugar donde ocultarnos hasta que caiga la noche —propuso Ur Raj—. Estoy seguro de que al amparo de la oscuridad podremos deslizarnos fuera del palacio y luego salir de la ciudad.

—¿Conoces algún lugar donde podamos escondernos hasta la noche? —pregunté a Janai.

—No —respondió—, no conozco ningún escondrijo donde no nos encuentrasen fácilmente.

—¿Qué hay en el piso de arriba? —pregunté de nuevo.

—El hangar real —replicó ella—, donde están aparcadas las naves aéreas privadas del príncipe.

No pude evitar una exclamación de alegría.

—¡Que suerte! ¡Nada podía venirme mejor que una nave de Jal Had!

—Pero el hangar está bien guardado —dijo Janai—. Más de una vez he visto pasar ante mí puerta a los guerreros que iban a hacer el relevo de la guardia del hangar. Al menos debe haber una docena.

—Puede que no sean tantos —opinó Ur Raj—. Jal Had necesitaba a todos los hombres posible para guarnecer las puertas del palacio.

—Pues yo querría que fueran veinte por lo menos —dijo Bal Tab—, para que la lucha fuera mejor y más gloriosa. Espero que no sean demasiado pocos.

Entregué a Ur Raj la pistola de radium de Jal Had, y acto seguido los cuatro salimos al corredor y ascendimos por la rampa que debía conducir al hangar, situado sobre el techo de aquella ala del palacio. Envié por delante a Ur Raj porque era de menor talla que Bal Tab o que yo mismo, y por ello tendría más posibilidad de pasar inadvertido, además del hecho de ser un hombre rojo que hacía que, aunque fuera visto, su presencia despertara menos sospechas que la nuestra. Los otros tres avanzamos tras él a poca distancia y cuando alcanzó el punto desde el que podía ver el interior del hangar nos detuvimos y le esperamos. No tardó en regresar junto a nosotros.

—Tan solo hay dos hombres de guardia —dijo—. Será fácil.

—Nos lanzaremos sobre ellos a la carrera —les dije—. Si les cogemos por sorpresa puede que no tengamos necesidad de matarles.

Dije esto porque, aunque soy hombre de guerra experimentado y he tomado parte en muchos combates, sigue sin gustarme ver morir a los hombres, mucho menos por mi propia mano, si las cosas se pueden solucionar de otro modo. Pero los guerreros que guardaban el hangar real no nos dejaron alternativa, puesto que apenas nos vieron desfundaron sus espadas y cargaron contra nosotros. Por más que les prometí no causarles daño si se nos rendían, siguieron corriendo hacia nosotros y no nos quedó

más remedio que prepararnos para un combate a muerte.

Pero cuando la lucha iba justamente a empezar, parecieron cambiar de opinión. Uno de ellos se detuvo y habló rápidamente al oído de su compañero, quién dio una súbita media vuelta y corrió tan aprisa como pudo de nuevo hacia el interior del hangar. Mientras su valiente compañero se enfrentaba con nosotros pude ver como el segundo centinela desaparecía por una trampa abierta en el suelo. Evidentemente iba a buscar ayuda en tanto que el otro sacrificaba su vida para detenernos.

En el instante en que me di cuenta de ello, salté hacia adelante y rápidamente abatí al centinela, aunque debo decir que nunca di muerte a un hombre con más remordimiento. Aquel humilde guerrero era un héroe, si es que alguna vez ha habido uno, y me causó un gran dolor acabar con su vida; pero se trataba de él o de nosotros.

Sabiendo que la persecución podía iniciarse en cualquier momento, grité a los otros que me siguieran y me interné en el hangar, donde seleccioné rápidamente el volador que me pareció más veloz entre aquellos que podían transportar a nuestro grupo.

Como sabía que Ur Raj sabía pilotar la nave, le envié a la cabina de mandos y un momento después la nave se deslizaba bajo su mano con toda suavidad primeramente a través de la puerta del hangar y luego sobre el techo del palacio. Cuando salimos por fin al aire pude ver allá abajo los terrenos del palacio de donde nos llegaban los rugidos de las bestias y los gritos de los guerreros. Vi también cómo unos hombres luchaban contra otros junto a las puertas, y cómo los partidarios de Dur Ajmad empujaban a los restos de las tropas de Jal Had al interior del palacio.

Pero también pude ver cómo un patrullero aéreo que flotaba a poca distancia del edificio real giraba sobre sí mismo y ponía proa hacia nosotros. Ordené inmediatamente a Bal Tab y a Janai que se recluyeran en el camarote que había bajo cubierta y luego, tras dar las oportunas instrucciones a Ur Raj, yo mismo les seguí, a fin de que ninguno de nosotros tres pudiera ser visto por los tripulantes del patrullero.

Este se aproximaba rápidamente y, cuando llegó a distancia conveniente para hablar, un oficial nos preguntó quiénes éramos y a dónde íbamos. Siguiendo mis instrucciones, Ur Raj replicó que el príncipe Jal Had estaba a bordo y que había dado órdenes de mantener secreto su punto de destino. Puede que el comandante del patrullero tuviera sus dudas sobre la veracidad de dicha información, pero evidentemente no deseaba de ninguna forma despertar la animosidad del príncipe en el supuesto de que estuviera realmente en nuestra nave y hubiera dado aquellas órdenes, de modo que se separó de nosotros y nos dejó continuar libremente nuestro camino.

Pero antes de que saliéramos siquiera del recinto de la ciudad pude ver una docena de naves aéreas que despegaban en nuestra persecución. El centinela del hangar debía haber dado la alarma e incluso puede que alguien hubiera descubierto el

cuerpo sin vida de Jal Had. De cualquier modo era evidente que se nos perseguía, y cuando aquellas naves llegaron a la altura del patrullero y se comunicaron con él, se unió también a la persecución, desarrollando toda su velocidad.

CAPÍTULO XXVIII



La gran flota

Nuestra nave tenía aproximadamente la misma velocidad que los cruceros ligeros que nos perseguían, pero el patrullero era bastante más rápido y resultaba evidente que más pronto o más tarde nos alcanzaría.

Un rápido examen de nuestro vehículo reveló que existían varios fusiles en su armero situado bajo cubierta y también un pequeño cañón emplazado a popa, armas dotadas con la habitual munición explosiva marciana empleada en nuestro planeta desde los más remotos tiempos. Un solo blanco directo en cualquier parte vital de un navío podía bastar para inutilizarlo, y supe que tan pronto el patrullero nos tuviera en el radio de acción de su artillería comenzaría a hacer fuego contra nosotros. Entré en la cabina de mandos y pedí a Ur Raj que aumentara la velocidad.

—Estamos al límite máximo —dijo—, pero a pesar de todo siguen ganando terreno. Sin embargo tenemos una ventaja; el casco de esta nave está muy bien blindado, probablemente más que los de nuestros perseguidores, ya que se trata de la nave que usaba personalmente Jal Had. Solamente si consiguen algún impacto directo en los controles o en el timón podrán ponernos fuera de combate. A menos, claro está, que se nos sitúen de costado a poca distancia y nos abrasen a andanadas con sus baterías laterales. Pero cuento con nuestro cañón para evitar que alcancen esa situación.

Janai y Bal Tab se habían reunido conmigo en cubierta, y los tres contemplamos cómo el patrullero ganaba inexorablemente terrenos sobre nosotros.

—¡Mira! —exclamó Janai—. ¡Han disparado!

—Tiro corto —dijo Bal Tab—. Todavía están demasiado lejos.

—Pero no tardarán en tenernos a su alcance —profeticé. Dije luego a Janai y a Bal Tab que descendieran al camarote, pues no tenía sentido que arriesgaran innecesariamente sus vidas sobre cubierta.

—Cuando estemos a tiro de fusil ya te llamaré, Bal Tab —dije, sabiendo lo hábiles que son todos los marcianos verdes con las armas de fuego—. Sube entonces a cubierta con un par de los fusiles que están abajo.

Me situé tras el cañón y apunté cuidadosamente al patrullero que se aproximaba. Un nuevo disparo de éste quedó otra vez corto, pero ahora por muy poco, y entonces

disparé a mi vez.

—Buena puntería —oí detrás de mí la voz de Janai—. Has hecho un blanco perfecto con tu primer disparo.

Me volví y pude verles a ambos, Janai y Bal Tab, arrodillados detrás de mí. El escudo del cañón les protegía pero de todas formas no dejaban de estar en peligro. Efectivamente habían descendido al camarote, pero sólo para volver a subir con varios fusiles y abundante munición para los mismos. Aunque era cierto que mi disparo había dado en el blanco, no parecía haber causado daños apreciables en el patrullero, no consiguiendo tampoco amenguar su velocidad ni disminuir su potencia de fuego. Por el contrario la nave enemiga se desviaba ahora un tanto hacia la derecha con la posible intención de situarse a nuestro costado y hacer fuego por andanadas con sus baterías de estribor, tal como Ur Raj había advertido.

Nos cañoneábamos ahora mutuamente con bastante intensidad, y más de una vez sus obuses estallaron contra el costado de nuestra nave e incluso contra el escudo. Continuamos volando en línea recta ya que, si intentábamos presentar siempre nuestra popa al patrullero para proporcionarle un blanco más pequeño, deberíamos variar nuestra dirección y entrar en una curva que acabaría por ponernos al alcance de los cruceros, lo que significaría nuestra destrucción o captura inmediata.

La violenta persecución continuó hasta que la ciudad de Amhor quedó a gran distancia tras nosotros. Volábamos sobre las vastas extensiones donde antaño se extendían los poderosos océanos de Marte, en la actualidad llanuras desiertas tan sólo habitadas por las salvajes hordas de los hombres verdes. El patrullero había ganado mucho terreno, e incluso la flotilla de cruceros ligeros se hallaba algo más cercana, indicando con ello que su velocidad era un poco superior a la nuestra.

El patrullero había ido deslizándose hacia un lado y ya estaba a tiro de fusil, por lo que Bal Tab e incluso Janai, hacían fuego con las armas individuales, siendo respondidos de igual modo. Hubo un momento en el que la nave enemiga dejó de disparar e hizo señal de que nos rindiéramos a ella, pero por toda respuesta redoblamos el fuego. Lanzó entonces el patrullero una terrible andanada con sus cañones de costado, secundada por una nutrida descarga de fusilería. Una verdadera granizada de explosivos cayó sobre nosotros.

Conseguí arrastrar a Janai tras el escudo del cañón, pero Bal Tab no fue tan afortunado. Alcanzado por un proyectil, le vi erguirse en toda su estatura y desplomarse luego sobre la barandilla para caer a tierra por un costado de la nave.

Sentí mucho la muerte de aquel hombre verde, no solo por que reducía en gran medida nuestro potencial defensivo, sino porque se había mostrado como un leal camarada y un bravo luchador. Pero sin embargo las cosas habían tenido que ocurrir así, y era inútil perder el tiempo en lamentaciones. Bal Tab había muerto como desean hacerlo los de su raza, luchando; y su cuerpo yacía ahora en donde él hubiera

también deseado, sobre el musgo ocre del fondo de un mar muerto.

Los proyectiles estallaban ahora continuamente contra el blindaje de nuestro costado y el escudo del cañón que nos protegía a Janai y a mí. Ur Raj estaba menos expuesto, ya que la cabina del piloto era el lugar mejor blindado de toda la nave. Sin embargo era sólo cuestión de tiempo que la granizada incesante de explosivos lograsen destruir el blindaje y alcanzar algún punto vital, y ello significaría nuestro fin.

Grité para atraer la atención de Ur Raj y le dije que procurara tomar altura, puesto que si lográbamos colocarnos por encima del patrullero y dispararle desde arriba, quizás pudiéramos inutilizarlo. Pero en aquel momento Ur Raj me llamó y señaló hacia adelante.

Una simple mirada en aquella dirección hizo que mis ojos se desorbitaran y estuvo a punto de cortarme el aliento, puesto que pude ver una flota de grandes acorazados aéreos que venían hacia nosotros en formación de combate. Si hasta el momento no había observado aquella poderosa armada, ello se debía tan sólo a estar enfrascado en la lucha contra nuestros perseguidores.

Por la talla y el número de aquellas naves de guerra era cierto que no podían pertenecer a Amhor, pero desde nuestra posición, ligeramente por debajo de su nivel, no me era posible discernir las insignias que campeaban en su casco ni los colores de los gallardetes que ondeaban en sus superestructuras. Sin embargo, no importa a qué nación pertenecieran, no estaríamos peor en sus manos que en las de los amhrianos, de modo que di instrucciones a Ur Raj para que continuara nuestra ruta hacia aquella flota y buscar interponer alguna de sus naves entre nosotros y el patrullero, esperando que este último retuviera su fuego antes que arriesgarse a tocar alguna de aquellos acorazados cuyos grandes cañones podrían destruirle en un instante. Y no me equivoqué en mis conjeturas, puesto que el patrullero cesó casi al momento de disparar, aunque de momento continuó la persecución.

Nos aproximábamos rápidamente al buque insignia de la flota. Podía ver ya las curiosas cabezas de muchos tripulantes asomados desde las cubiertas, y súbitamente la gigantesca nave se detuvo en el aire, quedando flotando muy cerca de nosotros.

En el momento en que nuestros cascos quedaron más próximos, Ur Raj gritó súbitamente con exaltación:

—¡Es una flota de Helium!

Entonces yo también pude ver la insignia del casco de la nave, y mi corazón brincó de alegría al comprender que Janai estaba finalmente a salvo.

Ahora nos estaban llamando desde el acorazado, preguntándonos nuestra identidad.

—Ur Raj de Hator —respondí—, un pawdar de la Armada de Helium, y dos amigos suyos, fugitivos todos de las prisiones de la ciudad de Amhor.

Nos ordenaron entonces poner nuestra nave a bordo de la suya, y Ur Raj pilotó hábilmente nuestro aparato, aparcándolo con suavidad sobre la ancha cubierta superior del acorazado.

Oficiales y tripulantes me contemplaron con estupor cuando salté sobre la cubierta, ayudando después a Janai a descender. Ur Raj se unió luego a nosotros.

Entretanto el patrullero amhoriano había descubierto evidentemente la identidad de la flota, puesto que giró rápidamente sobre sí mismo y partió a toda velocidad al encuentro de los cruceros ligeros, uniéndose luego toda la flotilla en una retirada veloz hacia Amhor. Sabían sin duda que Ur Raj era nativo de Helium y temían las represalias de la flota por haberle mantenido en cautividad.

Janai, Ur Raj y yo fuimos llevados ante el comandante de la nave, a quien Ur Raj no tuvo la menor dificultad en convencer de su identidad.

—¿Y tus dos compañeros? —inquirió el oficial, indicando a Janai y a mí mismo.

—Somos amigos de Helium—respondí—. Yo soy compañero de Vor Daj, pawdar de la guardia del Señor de la Guerra, y ésta es la doncella Janai. He servido también fielmente al propio John Carter, y desearía saber si está vivo y bien.

—¿Eres Tor-dur-bar? —preguntó de pronto el oficial.

—Sí —respondí, sorprendido—. ¿Pero cómo puedes saber mi nombre?

—Esta flota iba hacia Amhor para buscarte a ti y a la joven Janai.

—¿Pero cómo podías saber que nos encontrábamos en Amhor? — pregunté de nuevo.

—Es muy sencillo —replico el oficial—, la flota conducía a John Carter y Ras Thavas de vuelta a Morbus y sobrevolaba en el día de ayer las Grandes Marismas Toonolianas cuando vimos a un hombre rojo que nos hacía señas desde una canoa. Descendimos entonces al nivel de las aguas y tomamos al hombre a bordo de nuestra nave. Nos dijo que su nombre era Gan Had, y que había huido de Morbus. El Señor de la Guerra parecía conocerle y cuando le interrogó supo por él que una nave de guerra de Amhor os había capturado a ti y a Janai. Inmediatamente la flota puso proa hacia Amhor para rescataros.

—Y ciertamente llegó a tiempo —dije—. Pero..., ¿quieres decir que John Carter y Ras Thavas están vivos y en esta misma flota?

—Sí, ambos se hallan a bordo del *Ruzaar*.

Siempre me he enorgullecido de mantener un perfecto control sobre mis emociones, pero al enterarme de que John Carter y Ras Thavas se hallaban a salvo estuve más cerca de desmayarme de lo que he estado en toda mi vida. El alivio, tras tantos meses de dudas e incertidumbres, resultaba casi demasiado intenso para resistirlo.

Pero entonces, disipada la anterior preocupación, otra asomó su fea cabeza en el interior de mi mente: John Carter y Ras Thavas estaban ciertamente vivos, pero

¿existía aún el cuerpo de Vor Daj? Y si era así ¿sería posible recuperarlo?

CAPÍTULO XXIX



Regreso a Morbus

A su debido tiempo fuimos llevados a bordo del *Ruzaar*, donde John Carter y Ras Thavas nos dieron una calurosa bienvenida. Cuando relatamos nuestras aventuras y Ur Raj hubo asegurado que no existían más heliuméticos prisioneros en Amhor, el Señor de la Guerra ordenó cambiar el rumbo de la flota y poner de nuevo proa hacia Morbus.

Ras Thavas se mostró muy interesado cuando les hablé del monstruoso desarrollo que había adquirido la cosa surgida de la Sala de Tanques número 4.

—Es malo —dijo—, muy malo. Puede que no seamos capaces de detenerlo. Bueno, al menos espero que no haya alcanzado el cuerpo de Vor Daj.

—¡Oh, no quiero ni pensar en ello! —exclamó Janai—. Vor Daj debe ser rescatado y vuelto a la vida.

—Es precisamente para eso por lo que he regresado con esta flota — dijo John Carter—, y puedes estar segura de que no regresaremos sin él, a menos que haya muerto definitivamente.

Con cierto temor pregunté entonces al Señor de la Guerra por la salud de Dejah Thoris.

—Gracias a Ras Thavas, Dejah Thoris se ha recuperado completamente —indicó—. Todos los grandes cirujanos de Helium la habían desahuciado, pero Ras Thavas, el hacedor de milagros, ha conseguido salvarla para mí.

—¿Tuvisteis muchas dificultades para regresar a Helium? —le pregunté.

—Algo hubo de eso —sonrió él—. Todo el camino de Morbus a Fundal fue una continua batalla contra insectos, fieras, reptiles y hombres salvajes. Te juro que para mí es un misterio cómo logramos sobrevivir, pero puedo decirte que Ras Thavas y el hormad Dur-dan demostraron ser unos grandes luchadores con la espada y la daga. Llegamos casi hasta el escondite de la nave sin sufrir pérdidas, pero justamente el día antes de encontrarlo, el pobre Dur-dan murió en combate contra una banda de salvajes, los últimos que se nos opusieron. Una vez en posesión de la nave, nada se interpuso entre nosotros y Helium, pero, evidentemente, debí aguardar allí unos días mientras Dejah Thoris se hallaba bajo tratamiento. Estaba seguro de que podrías arreglártelas por ti mismo durante ese tiempo; eres un hombre fuerte, inteligente y

lleno de recursos. Pero ahora temo que infravaloré los peligros que podían acecharte, sobre todo en lo relativo a esa masa viviente de la Sala de Tanques número 4.

—Ese ser representa un terrible peligro —dije—. Quizás un peligro a escala planetaria, y, desde luego, la cosa más horrible que yo jamás haya contemplado. No se le puede combatir porque aunque lo cortes en pedazos sigue creciendo y extendiéndose.

—Bien, al menos lo intentaremos —me sonrió tranquilamente el Señor de la Guerra de Barsoom.

Aquella tarde, mientras paseaba por cubierta, me encontré con Janai, que contemplaba el paisaje acodada sobre la barandilla. Sabiendo lo repulsivo que debía resultarle no quise forzar mi compañía, pero ella me llamó antes de que pudiera alejarme.

—Tor-dur-bar —lijo—. Temo no haberte agradecido adecuadamente todo lo que has hecho por mí.

—No tienes por qué hacerlo —respondí—. Para mí es bastante haber sido capaz de servirte a ti y de servir a Vor Daj. Me miro fijamente.

—Tor-dur-bar, ¿qué ocurriría si no pudieran recuperar el cuerpo de Vor Daj?

—Que yo habría perdido un amigo —repliqué.

—¿Vendrías entonces a vivir a Helium?

—No creo que me interesara vivir en ningún sitio —repuse con toda sinceridad.

—¿Por qué?

—Porque no creo que exista lugar en el mundo para un monstruo tan repulsivo como yo.

—No digas eso, Tor-dur-bar—dijo ella con dulzura—. No eres repulsivo, puesto que tu corazón es bueno. Al principio, antes de llegar a conocerte bien, confieso que sí que me lo parecía, pero ahora tú eres mi amigo, y tan solo veo en ti la bondad y nobleza de tu carácter.

Aquello era muy hermoso por su parte, y así se lo dije, pero no cambiaba el hecho de que mi horrible aspecto exterior aterrorizaría a las mujeres y niños de Helium si consentía en ir allí.

—Bueno, puede que tu apariencia física signifique alguna pequeña diferencia en Helium —admitió ella—, pero estoy convencida de que acabarías por hacer allí muchos amigos. ¿Has pensado, en cambio, en lo sola que yo quedaría si Vor Daj no es rescatado?

—No debes tener miedo, Janai —dije—. John Carter cuidará de ti.

—Pero él no tiene ninguna obligación hacia mí —insistió ella.

—No importa, te repito que cuidará de ti.

—¿Y tú vendrás a verme a menudo, Tor-dur-bar? —preguntó.

—Si tú lo deseas, desde luego —respondí, pero mientras decía esto sabía que Tor-

dur-bar el hormad jamás podría vivir en Helium.

Me contempló en silencio por unos instantes y luego dijo:

—Sé lo que estás pensando, Tor-dur-bar; no quieres ir a Helium con el aspecto que tienes ahora. Pero piensas que Ras Thavas ha regresado. ¿Por qué no le dices que te dé un cuerpo nuevo, como antes ha hecho con otros hormads?

—Es una idea —respondí—. Pero..., ¿dónde encontrará un cuerpo para mí?

—Está el de Vor Daj —dijo ella en un susurro.

—¿Quieres decir que te gustaría que Ras Thavas ponga mi cerebro en el cuerpo de Vor Daj? —pregunté con incredulidad.

—¿Y por qué no? —replicó ella—. Es tu cerebro el que ha sido mi mejor y más leal amigo. Sytor me dijo que el cerebro de Vor Daj había sido destruido, y quizás en eso dijera la verdad. Desde luego sé que mentía cuando me dijo que tú eras culpable de dicha destrucción, porque te conozco bien y sé que eres incapaz de causar daño a un amigo; pero si ha sido destruido de cualquier otra forma, nada podría ser mejor para mí que ver el cerebro de mi mejor amigo dentro del cuerpo de alguien a quien he admirado.

—Pero siempre te dirías a ti misma «este cuerpo tiene el cerebro de un hormad; no es Vor Daj, sino una cosa que nació de un tanque de cultivo».

—No —respondió ella—. No creo que ello significara la menor diferencia para mí. Incluso creo que no tendría ninguna dificultad en convencerme a mí misma de que cerebro y cuerpo han nacido juntos, puesto que me resulta más difícil hacerme a la idea de que un cerebro pensante pueda haber sido creado en un tanque de tejido animal.

—Si Ras Thavas encontrara un cuerpo conveniente para mí —dije, intentado dar a mis palabras un tono de broma—, puedes estar segura de que Vor Daj tendría un rival.

Pero ella me dirigió una mirada burlona.

—Pues yo no lo creo así —dijo.

Medité sobre lo que habría querido decir con aquellas palabras, y porqué me habría mirado de aquel modo. No podía pensar que sospechara la verdad, pues ciertamente era inconcebible que ningún hombre permitiera que su cerebro fuera transferido al cuerpo de un hormad. ¿Significaría, en cambio, que Vor Daj no tendría nunca un rival con posibilidades de éxito?

Era ya de noche cuando nos aproximamos a las Grandes Marismas Toonolianas. La gran flota sobrevoló majestuosamente la ciudad de Fundal, cuya iluminación centelleaba bajo nosotros como una mancha de luz en medio de la oscuridad, pero ningún patrullero se elevó para identificarnos. Nuestros acorazados volaban con todas las luces encendidas y debían ser perfectamente visibles desde la ciudad, pero Fundal no poseía una armada poderosa y no podía arriesgarse a desafiar ninguna flota

extranjera de la categoría de la nuestra. Estoy seguro de que el jed de Fundal respiró con más tranquilidad cuando el último de nuestros acorazados se desvaneció finalmente por el oeste en medio de la oscuridad.

CAPÍTULO XXX



El ocaso de dos mundos

Las desoladas extensiones de las Grandes Marismas Toonolianas sobre las que volábamos presentaban de noche un aspecto de misterio y extraña belleza en medio de la oscuridad. Sus aguas reflejaban las miríadas de estrellas que la tenue atmósfera marciana permite ver, y las lunas vagabundas hacían brillar a su paso los tranquilos lagos o derramaban su luz cambiante sobre los islotes rocosos, que bajo ella parecían transformarse en islas encantadas. Ocasionalmente podíamos ver allá abajo los fuegos de campamento de los salvajes, y llegaba hasta nuestros oídos el eco de canciones bárbaras y retumbo de tambores, atenuado por la distancia. De vez en cuando podíamos oír también algún grito o rugido procedente de la fauna salvaje de la región.

—El último de los grandes océanos —comentó John Carter, que se había unido a mí en la barandilla—. Su desaparición marcaría quizás la de todo un mundo, y Marte quedaría solitario y desierto por toda la eternidad, tan sólo poblada por el recuerdo de su pasada grandeza.

—Es una perspectiva triste —dije.

—Así me lo parece a mí también —suspiró el Señor de la Guerra.

—Pero a ti te queda al menos el consuelo de regresar a la Tierra —le recordé. John Carter sonrió.

—Bueno, no creo que ninguno de los dos debamos preocuparnos por el fin de Marte, al menos en el próximo millón de años.

—Sin embargo —respondí a su sonrisa—, cuando te oigo hablar de esa manera, creería fácilmente que piensas que ese fin está mucho más cerca.

—Comparativamente hablando, quizás no se halle tan lejos en el tiempo —replicó—. Aquí queda tan solo un pantano estrecho y cenagoso como remanente de los poderosos océanos que en un tiempo cubrían la mayor parte de Barsoom. En la Tierra las aguas ocupan aún las tres cuartas partes del globo, y en algunas partes llegan a alcanzar los diez kilómetros de profundidad, y, sin embargo, es evidente que, con el tiempo, ocurrirá del mismo modo que en este planeta. Las montañas se irán erosionando, los mares se evaporarán y llegará el día en que de nuestros majestuosos océanos tan sólo queden unas nuevas Marismas Toonolianas enclavadas en algún

lugar del lecho de lo que hoy es el inmenso Océano Pacífico.

—Me estás acabando de desanimar —dije.

—Bien, pues no hablemos más sobre ello —se echó él a reír—. Tenemos ciertamente asuntos de que hablar, más importantes que el ocaso de dos mundos. La suerte de un amigo es para mí más importante que la de un planeta. ¿Qué piensas hacer si tu cuerpo no puede ser recuperado?

—Nunca regresaré a Helium con este cuerpo de hormad —dije firmemente.

—Bueno, no puedo reprochártelo. Pero podríamos conseguirte otro cuerpo distinto.

—No —dije—. Lo he pensado muy bien y he llegado a una decisión irrevocable. Si mi cuerpo legítimo ha sido destruido, yo haré lo mismo con éste que ahora poseo y con el cerebro que contiene. Desde luego sé que existen cuerpos más deseables que el mío, pero he estado unido a él por mi nacimiento y no deseo vivir en el cuerpo de otra persona.

—No debes decidir tan aprisa en asunto de tanta importancia, Vor Daj.

—Tor-dur-bar, mi príncipe —le corregí.

—¿Por qué continúas con esa mascarada? —preguntó él.

—Porque no quiero que ella conozca la verdad.

John Carter negó con la cabeza.

—¿Piensas que significaría para ella la menor diferencia?

—Tengo miedo de que nunca llegue a olvidar esta cara y este cuerpo inhumano y que llegara a pensar si acaso después de todo el cerebro sea el de un hormad, aunque esté alojado en el cráneo de Vor Daj. Nadie conoce la verdad excepto Ras Thavas y tú, príncipe. Confío en que ninguno de vosotros revele el secreto a Janai.

—Como deseas —dijo—, aunque estoy seguro de que cometes una equivocación. Si verdaderamente le importas a Janai no habrá ninguna diferencia para ella; y si no le importas no habrá diferencia para ti.

—No —me obstiné—. Quiero olvidarme para siempre de Tor-dur-bar y estar seguro de que ella también le olvide.

—Pues no creo que lo haga—dijo John Carter—, porque, a juzgar del modo en que me ha hablado, tiene un afecto verdadero hacia Tor-dur-bar. Creo que Vor Daj tendría en él un rival poderoso.

—¡No digas eso! —rogué—. La idea me es más que repulsiva.

—Es el carácter lo que hace al hombre —comentó John Carter—, y no la arcilla con la que su cuerpo está construido.

—No, amigo mío —le repliqué—. Ninguna cita filosófica convertirá a Tor-dur-bar en compañero apropiado para una mujer roja, y para Janai menos que para nadie.

—Quizá tengas razón —agregó—, pero después de todos los sacrificios que has hecho por ella creo que te deseará una recompensa mejor que la de ser muerto por tu

propia mano.

—Bien —concluí—. El día de mañana traerá la respuesta para todas estas cuestiones, y creo que ya empiezo a ver clarear el alba en el horizonte.

Permanecemos en silencio por un instante y luego John Carter dijo:

—Puede que nuestras dificultades no terminen aunque logremos llegar a la celda 3-17 y al cuerpo de Vor Daj. Muy bien pudiera ser que el Edificio de los Laboratorios entero haya sido sumergido por la masa de la Sala de Tanques número 4, en cuyo caso sería prácticamente imposible llegar al laboratorio de Ras Thavas donde está toda la parafernalia necesaria para la delicada operación de devolver tu cerebro a tu cuerpo.

—Ya me he cuidado de eso —repliqué—, y antes de marcharme de Morbus me ocupé de llevar a la celda todo el equipo necesario.

—¡Magnífico! —exclamó—. Eso me quita un gran peso de encima. Ras Thavas y yo estábamos preocupados por la posibilidad de no poder alcanzar el laboratorio. Según él, tendríamos que destruir toda la ciudad de Morbus para rechazar fuera de sus límites a la masa de la Sala de Tanques número 4.

El sol lucía ya alto en el cielo cuando nos aproximamos a Morbus. Todas las naves, con excepción del *Ruzaar* fueron enviadas a circunvalar la isla a fin de descubrir la extensión alcanzada por la horrible masa viviente.

El *Ruzaar*, deslizándose a pocos metros de la superficie de las marismas, se aproximó a la pequeña isla de donde salía el túnel que llevaba a la celda 3-17. Pero cuando nos acercamos, un espantoso espectáculo se presentó ante nuestros ojos: un fragmento de la culebreante masa viviente había llegado a través de las aguas desde la isla principal de Morbus y ahora cubría completamente el islote. Odiosas cabezas nos miraban y gritaban su desafío, mientras que decenas de manos retorcidas se estiraban fútilmente intentando agarrar la nave.

Busqué con la vista la boca del túnel, pero era enteramente invisible, al estar cubierta por completo por aquella masa que se retorció. El espanto se apoderó de mí, puesto que pensé que era posible que la masa se hubiera introducido en el túnel y llegado por él hasta la celda 3-17, ya que aquella terrorífica cosa podía penetrar por cualquier abertura siguiendo la línea de menor resistencia y extendiéndose luego indefinidamente hasta que encontrara en su camino una barrera insalvable.

Sin embargo me aferré desesperadamente a la idea de que yo mismo había cubierto la boca del túnel lo suficientemente bien como para cerrar el paso a la masa. Pero, incluso si ello era cierto, no veía la forma de alcanzar el túnel a través de aquella repugnante montaña de horror viviente.

John Carter estaba asomado a la barandilla junto a varios miembros de su estado mayor. Janai, Ras Thavas y yo permanecemos cerca de él, y le veíamos contemplando con evidente aversión y horror aquella monstruosa creación involuntaria del Cerebro

Supremo de Marte. Rápidamente impartió instrucciones a los miembros de su estado mayor, y dos de éstos partieron para ponerlas en práctica. Esperamos luego un rato sin hablar, silenciados por el espanto que se retorció bajo nosotros, con sus miríadas cabezas chillando, gesticulando y haciendo muecas.

Janai estaba junto a mí y de pronto me cogió el brazo con fuerza; aquella era la primera vez que me tocaba voluntariamente.

—¡Es terrible! —susurró—. No creo que el cuerpo de Vor Daj exista todavía, ya que esa horrible masa debe haber ocupado todos los rincones de los edificios de Morbus.

Sacudí lentamente la cabeza, sin saber qué decir. Ella me oprimió afectuosamente el brazo.

—Tor-dur-bar, prométeme que no harás ninguna locura si el cuerpo de Vor Daj se ha perdido para siempre.

—No quiero ni pensar en ello —repliqué.

—Pero debemos hacerlo, y tú debes prometerme lo que te pido. Meneé de nuevo la cabeza.

—Me exiges demasiado —dije—. No podrá haber la menor brizna de felicidad en mi vida en tanto tenga el cuerpo de un hormad.

Me di cuenta de que me estaba traicionando a mí mismo, pero Janai no pareció reparar en ello, y permaneció en silencio contemplando la cosa horripilante de abajo.

El Ruzaar estaba ahora ascendiendo, y continuó dicha maniobra hasta alcanzar una altura de unos trescientos metros. Entonces se mantuvo de nuevo estacionado, suspendido directamente sobre la parte de la pequeña isla donde debía encontrarse la boca del túnel. Una bomba incendiaria fue arrojada, y la masa se retorció y gritó terriblemente mientras ardía, desparramando llamas en todas direcciones.

El horror de la escena era indescriptible, pero no por ello cesó la acción. Bombas tras bombas fueron arrojadas, hasta que tan sólo quedó una masa de carne abrasada y humeante en un radio de cientos de metros en torno a la ahora visible boca del túnel. Sólo entonces descendió el Ruzaar hasta muy cerca del suelo, y yo bajé a tierra por la escalerilla de aterrizaje, seguido por Ras Thavas y dos centenares de guerreros armados con espadas y antorchas encendidas. Con éstas atacaron inmediatamente a la masa viviente, que pretendía volver a cubrir el terreno que había perdido.

Yo tenía el corazón en la garganta mientras retiraba las piedras y la tierra con que antes bloqueara la entrada del túnel, pero mientras efectuaba este trabajo no vi señal alguna de que dicha barrera hubiera sido atravesada, y cuando finalmente logré abrirme camino sentí una gran alegría al ver que la boca del túnel se hallaba vacía.

Sin embargo encuentro difícil describir mi estado de ánimo mientras recorría una vez más el largo túnel que llevaba a la celda 3-17. ¿Estaría mi cuerpo aún allí? ¿Se hallaría sano y salvo? Imaginé toda suerte de cosas horribles que podrían haber

ocurrido durante mi ausencia. Corría ya materialmente por el oscuro túnel llevado por el ansia de conocer la verdad, y fue con mano temblorosa como finalmente me abrí paso a través de la trampa que llevaba a la celda. Un momento después irrumpía en ella.

Yaciendo en la mesa, tal y como le había dejado, estaba el cuerpo de Vor Daj.

No tardó Ras Thavas en unirse a mí y pude ver que también él lanzaba un suspiro de alivio al descubrir que tanto el cuerpo como el instrumental quirúrgico estaban intactos.

Sin ni siquiera esperar las instrucciones del Cerebro Supremo de Marte, tal era mi impaciencia, me tumbé yo mismo en la mesa de ersita junto a mi perdido cuerpo y Ras Thavas no tardó un minuto en inclinarse sobre mí con el escalpelo en la mano. Sentí una ligera incisión y un leve dolor, y al instante la consciencia me abandonó.

CAPÍTULO XXXI



El final de la aventura

Abrí los ojos, y mi primera visión fue la de Ras Thavas inclinado aún sobre mí. Desvió entonces la mirada y pude ver que junto a nosotros yacía sin movimiento el cuerpo del hormad Tor-dur-bar.

No pude evitar que las lágrimas corrieran por mis mejillas, lágrimas producidas por un alivio, felicidad y alegría como no había experimentado en mi vida, no sólo por haber recuperado al fin mi cuerpo, sino porque ahora podía ponerlo a los pies de Janai.

—¡Vamos, hijo! —apremió Ras Thavas—. Hemos estado aquí demasiado tiempo. La masa está gritando y retorciéndose en el corredor al otro lado de la puerta; y esperemos que no haya conseguido cubrir otra vez el suelo que perdió en el otro extremo del túnel.

—Muy bien dije—. Pongámonos en marcha.

Descendí de la mesa y, por primera vez en mucho tiempo, me erguí sobre mis propios pies. Pero al momento vacilé y me tambaleé, presa de un fuerte mareo, y Ras Thavas lo notó.

—Pasaré dentro de un momento —me sonrió—. Piensa que has estado muerto muchos días.

Permanecí en pie e inmóvil durante un instante, contemplando el grotesco cuerpo de Tor-dur-bar.

—Creo que te sirvió bastante bien —comentó Ras Thavas.

—Sí —asentí—, y la mejor recompensa que puedo ofrecerle es el olvido eterno. Le dejaremos aquí, sepultado en los pozos bajo el edificio donde adquirió el don de la vida. Y no creas, Ras Thavas, que siento la menor nostalgia por él.

—Pues poseía una gran fuerza —dijo el Cerebro Supremo de Marte—; y además, por lo que he oído, un magnífico brazo para la espada.

—Sin embargo sigo pensando que podré vivir perfectamente sin él.

—¡Ah, vanidad de vanidades! —exclamó Ras Thavas—. Tú, un guerrero, renuncias a una fuerza formidable y a un incomparable brazo para la espada a cambio de tener una cara bonita.

Se estaba burlando de mí, pero poco me importaba que el mundo entero lo hiciera

mientras yo hubiera recuperado el cuerpo que me pertenecía.

Nos apresuramos a través del túnel y cuando emergimos finalmente por el otro extremo del mismo, en la isla, los guerreros aún seguían luchando contra la insistente masa; desde que descendimos del *Ruzaar* el destacamento había sido relevado cuatro veces. Por la mañana temprano habíamos entrado en el túnel, y ahora el sol estaba a punto de desaparecer por el horizonte, aunque a mí me pareciera que apenas habían transcurrido unos minutos desde que el acorazado me pusiera en tierra.

Rápidamente fuimos todos izados de nuevo a bordo en donde casi se nos ahogó en congratulaciones y felicitaciones. John Cárter pasó amistosamente su mano sobre mis hombros.

—Créeme que no me hubiera preocupado más por la suerte de mi hijo de lo que lo he hecho por la tuya —dijo.

Esas fueron todas sus palabras, pero para mí valían más que un gran discurso que pronunciara otra persona. El Señor de la Guerra debió luego notar como mis ojos vagabundeaban a lo largo de la cubierta, y una ligera sonrisa curvó sus labios.

—¿Dónde está ella? —pregunté.

—No podía soportar la tensión de la espera —dijo—, y le aconsejé que se retirara a su camarote. Harías bien en ir a hablar con ella.

—Gracias, príncipe —dije, y un momento más tarde estaba golpeando la puerta del camarote de Janai.

—¿Quién llama? —preguntó ella desde dentro.

—Vor Daj —repliqué, y era tal mi ansiedad que, sin esperar invitación, empujé la puerta y entré.

Janai salió a mi encuentro con ojos interrogantes. —¿Eres tú realmente? —preguntó.

—Desde luego que soy yo —le aseguré. Y, llevado por un impulso incontenible, avancé hacia ella, deseando tomarla entre mis brazos y decirle lo mucho que la amaba. Pero Janai debió adivinar mi intención y me detuvo con un gesto.

—Espera —dijo—. ¿No te das cuenta de que apenas si nos conocemos, Vor Daj?

No había pensado en ello, pero era la verdad. Era a Tor-dur-bar a quién ella conocía, no a Vor Daj.

—Quiero que me contestes a una pregunta —pidió.

—¿Qué pregunta?

—¿Cómo murió Tee-aytan-ov?

Era ciertamente una extraña cuestión: ¿Qué tenía que ver con Janai o conmigo?

—Murió en el corredor que llevaba a la celda 3-17, a manos de los guerreros hormads que nos perseguían mientras escapábamos del Edificio de los Laboratorios —repliqué.

—Bien, ¿qué ibas a decirme cuando te interrumpí?

—Iba a decirte que te amaba —contesté—. Y a preguntarte si podía mantener alguna esperanza de que correspondas a mi amor.

—Apenas conozco a Vor Daj —dijo ella—. Es a Tor—dur—baca quien he aprendido a amar; pero ahora conozco la verdad que en los últimos tiempos no había hecho sino sospechar, y me doy cuenta del gran sacrificio que has hecho por mí.

Y antes de que hubiera podido meditar sobre sus palabras, avanzó hacia mí y puso sus queridos brazos en torno a mi cuello. Por primera vez pude sentir entonces los labios de la mujer a quien amaba apretando los míos.

Durante diez días la gran flota voló sobre Morbus, lanzando bombas incendiarias sobre la ciudad, la isla y la inmensa masa viviente que había amenazado con desparramarse en todas direcciones hasta cubrir el planeta entero. Y no cesó el bombardeo hasta que John Carter estuvo seguro de que incluso el último vestigio de aquel horror había sido exterminado. A continuación nuestra flota abandonó aquel escenario de desolación y, tras una breve parada en Toonol para dejar allí a Gan Had, puso proa hacia Helium. Para Janai y para mí habían terminado todos los horrores que nos amenazaran, y ahora se abría ante nosotros un futuro de felicidad.

Estábamos los dos sentados en el castillo de proa del *Ruzaar* cuando las dos altas torres de las ciudades gemelas aparecieron al fin en el horizonte.

—Quisiera que me explicaras una cosa —dije en aquel momento—. ¿Por qué me preguntaste como había muerto Tee-aytan-ov? Lo sabías tan bien como yo.

—¿Tan bien como Vor Daj, mi querido tonto? —exclamó ella riendo—. Gan Had, Tor-dur-bar y yo éramos los únicos supervivientes de aquella lucha que nos encontrábamos en la flota. Vor Daj no huyó con nosotros por los subterráneos ni combatió en ellos contra los hormads. De modo que cuando me contestaste correctamente, supe en el acto que el cerebro de Tor-dur-bar había sido transplantado a tu cráneo. Tenía verdadero interés en ello, puesto que dicho cerebro era el que poseía el carácter y la bondad de Tor-dur-bar que me hicieron amarle. No me importa nada dónde naciera originariamente ese cerebro, Vor Daj, y si no quieres decírmelo no te lo preguntaré; aunque sospecho que era el tuyo propio, el del Vor Daj original, que fue recluido voluntariamente en la cabeza de un hormad para protegerme mejor de Ay-mad y de los otros jeds.

—Es mi propio cerebro, en efecto alije.

—Querrás decir «era» —sonrió ella—. Ahora, como todo lo tuyo, me pertenece también a mí.